

Piotr Sztompka  
Sociología  
del cambio  
social

Alianza  
Universidad Textos

---

anza Universidad Textos

Piotr Sztompka

# Sociología del cambio social

Versión española de  
Ángel Rivero Rodríguez

INSTITUTO LIBRE DE FILOSOFIA Y CIENCIAS, A. C.  
BIBLIOTECA

Alianza  
Editorial

Título original: *The Sociology of Social Chance*

Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el art. 534-bis del Código Penal vigente, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagieren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.

© Piotr Sztompka, 1993  
© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1995  
J. I. Luca de Tena, 15; telef. 393 88 88; 28027 Madrid  
ISBN: 84-206-8153-9  
Depósito legal: M. 33.419-1995  
Fotocomposición e impresión: EFCA, S. A.  
Parque Industrial «Las Monjas»  
28850 Torrejón de Ardoz - MADRID  
Printed in Spain

*A mi madre*

---

# ÍNDICE

Lista de figuras .....	13
Lista de tablas.....	15
Prefacio .....	17
Agradecimientos.....	21

## Primera parte: CONCEPTOS Y CATEGORÍAS

1. CONCEPTOS FUNDAMENTALES EN EL ESTUDIO DEL CAMBIO .....	25
La metáfora orgánica: el enfoque clásico del cambio social.....	25
El modelo del sistema: el nacimiento del concepto de cambio social .....	26
Conjuntos de cambios: aumento de la complejidad de los conceptos di- námicos .....	29
Un modelo alternativo: el campo social dinámico.....	31
Variedades de procesos sociales: una tipología .....	34
2. VICISITUDES DE LA IDEA DE PROGRESO.....	47
Breve historia intelectual .....	47
La definición de progreso .....	50
El mecanismo de progreso.....	53
El derrumbe de la idea de progreso .....	56
Un concepto alternativo de progreso .....	58
3. LA DIMENSIÓN TEMPORAL DE LA SOCIEDAD: EL TIEMPO SOCIAL .....	65
El tiempo como dimensión de la vida social .....	65
El tiempo en tanto aspecto del cambio social .....	68

El cálculo del tiempo .....	69
El tiempo en la conciencia y en la cultura .....	70
Las funciones del tiempo social .....	74
Principales tradiciones teóricas en el estudio del tiempo .....	77
<b>MODALIDADES DE TRADICIÓN HISTÓRICA .....</b>	<b>81</b>
La naturaleza procesal de la sociedad .....	81
El concepto de tradición .....	84
El surgimiento y el cambio de la tradición .....	86
Las funciones de la tradición .....	88
Tradicionalismo y antitradicionalismo .....	91
<b>LA MODERNIDAD Y MÁS ALLÁ .....</b>	<b>93</b>
La definición de la modernidad .....	93
Aspectos de la modernidad .....	96
La personalidad moderna .....	100
El desencantamiento con la modernidad .....	102
Más allá de la modernidad .....	105
<b>LA GLOBALIZACIÓN DE LA SOCIEDAD HUMANA .....</b>	<b>111</b>
Del aislamiento a la globalización .....	111
Descripciones clásicas de la globalización .....	113
Un enfoque reciente: la globalización de la cultura .....	116
Las imágenes del mundo globalizado y las ideologías del globalismo .....	120

Segunda parte:

**TRES GRANDES VISIONES DE LA HISTORIA**

<b>EL EVOLUCIONISMO CLÁSICO .....</b>	<b>125</b>
La primera metáfora: organismo y crecimiento .....	125
Los fundadores del evolucionismo sociológico .....	127
El núcleo común de la teoría evolucionista .....	133
La debilidad del evolucionismo clásico .....	135
<b>EL NEOEVOLUCIONISMO .....</b>	<b>139</b>
El renacimiento del evolucionismo .....	139
El neoevolucionismo en la antropología cultural .....	140
El neoevolucionismo en sociología .....	144
El neofuncionalismo y el debate acerca de la diferenciación .....	148
El giro hacia el evolucionismo biológico .....	151
<b>TEORÍAS VIEJAS Y NUEVAS DE LA MODERNIZACIÓN .....</b>	<b>155</b>
Las últimas encarnaciones del evolucionismo .....	155
El concepto de modernización .....	158
Los mecanismos de la modernización .....	159

La crítica de la idea de modernización.....	161
Teoría de la neomodernización y de la neoconvergencia.....	162
10. LAS TEORÍAS DE LOS CICLOS HISTÓRICOS .....	169
La lógica de las teorías cíclicas.....	169
Precursores de la imagen cíclica.....	171
Historiosofías del surgimiento y la caída de las civilizaciones .....	172
Teorías sociológicas del cambio cíclico .....	176
11. EL MATERIALISMO HISTÓRICO .....	183
Raíces evolucionistas y hegelianas .....	183
La imagen marxiana de la historia: una reconstrucción a tres niveles .....	186
El nivel de la acción individual: la teoría del «ser de la especie».....	190
El nivel socioestructural: la teoría de clases .....	197
El nivel histórico-mundial: la teoría de la formación socioeconómica.....	199
La teoría multidimensional de la construcción de la historia.....	201
Tercera parte:	
<b>LA VISIÓN ALTERNATIVA: LA CONSTRUCCIÓN DE LA HISTORIA</b>	
12. CONTRA EL DESARROLLISMO: LA CRÍTICA MODERNA.....	207
La refutación del «historicismo»: Karl R. Popper .....	207
La engañosa metáfora del crecimiento: Robert Nisbet .....	210
«Postulados perniciosos»: Charles Tilly .....	212
«Dispensar» el siglo XIX: Immanuel Wallerstein.....	214
13. LA HISTORIA COMO PRODUCTO HUMANO: LA TEORÍA EN EVOLUCIÓN DE LA AGENCIA.....	217
En búsqueda de la agencia .....	217
Teorías modernas de la agencia .....	219
El coeficiente agencial.....	226
14. LA NUEVA SOCIOLOGÍA HISTÓRICA: CONCRECIÓN Y CONTINGENCIA .....	227
El auge de la sociología histórica .....	227
El nuevo historicismo .....	231
El coeficiente histórico.....	235
15. EL DEVENIR SOCIAL: LA ESENCIA DEL CAMBIO HISTÓRICO .....	239
Niveles de realidad social.....	239
El nivel intermedio: agencia y praxis.....	242
Los ambientes: naturaleza y conciencia .....	245
Se introducen el tiempo y la historia .....	250
El devenir del devenir social .....	256

Cuarta parte:  
ASPECTOS DEL DEVENIR SOCIAL

LAS IDEAS COMO FUERZAS HISTÓRICAS .....	261
Los intangibles en la historia .....	261
El espíritu del capitalismo .....	262
El ethos protestante.....	263
La personalidad innovadora.....	266
La motivación del éxito.....	268
El problema de la «mentalidad socialista» .....	269
EL SURGIMIENTO DE LO NORMATIVO: EVASIONES E INNOVACIONES .....	277
El núcleo normativo de la estructura social .....	277
Evasiones institucionalizadas de las reglas .....	278
Innovaciones normativas .....	282
LOS GRANDES INDIVIDUOS COMO AGENTES DEL CAMBIO .....	287
La historia como producto humano .....	287
Teorías en competencia .....	291
Convertirse en héroe .....	295
Ser un héroe .....	299
Se afecta la historia.....	300
LOS MOVIMIENTOS SOCIALES COMO FUERZAS DE CAMBIO.....	303
Los movimientos sociales entre los agentes del cambio .....	303
Definición de movimientos sociales .....	305
Los movimientos sociales y la modernidad .....	308
Tipos de movimientos sociales.....	310
Dinámicas internas de los movimientos sociales .....	314
Dinámicas externas de los movimientos sociales.....	321
El estado de las teorías de los movimientos sociales.....	324
LAS REVOLUCIONES: LA CUMBRE DEL CAMBIO SOCIAL .....	331
La revolución como forma de cambio.....	331
La idea de revolución: una ojeada a su historia .....	332
El concepto moderno de revolución .....	333
El curso de la revolución.....	336
Los modelos de revolución.....	338
Principales teorías de la revolución .....	339
La ignorancia definida en el estudio de las revoluciones.....	348
BIBLIOGRAFÍA .....	351
ÍNDICE DE AUTORES Y MATERIAS .....	369

# LISTA DE FIGURAS

1.1. Proceso unilineal o de dirección continua .....	36
1.2. Proceso multilineal o de ramificación en direcciones alternativas .....	37
1.3. Funciones de peldaño o saltos cuánticos .....	38
1.4. Proceso cíclico .....	38
1.5. Proceso espiral .....	39
1.6. Estancamiento .....	40
1.7. Proceso fortuito .....	40
8.1. Concepción de Steward del sistema social ( <i>Fuente: Kaplan y Manners 1972: 47</i> ) .....	143
8.2. Esquema evolucionista de Lenski ( <i>Fuente: Lenski 1966: 92</i> ) .....	146
11.1. Formación socioeconómica .....	200
15.1. Dimensiones y niveles de un proceso social .....	244
15.2. Agencia y praxis en funcionamiento .....	245
15.3. El flujo del proceso histórico .....	252
15.4. Diversos períodos temporales de la autotransformación social .....	253
17.1. Estadios secuenciales en la difusión de innovaciones .....	283
20.1. Privación aspiracional ( <i>Fuente: Gurr 1970: 51</i> ) .....	342
20.2. Privación decreciente ( <i>Fuente: Gurr 1970: 47</i> ) .....	343
20.3. Privación progresiva ( <i>Fuente: Gurr 1970: 53</i> ) .....	343

**Segunda parte**

**TRES GRANDES VISIONES  
DE LA HISTORIA**

# Capítulo 7

## EL EVOLUCIONISMO CLÁSICO

### La primera metáfora: organismo y crecimiento

La sociología nació como respuesta ante acuciantes presiones intelectuales y prácticas. Se esforzaba en comprender y controlar las inmensas transformaciones sociales que acontecían en Europa en medio de las grandes revoluciones: el surgimiento de la sociedad capitalista moderna, industrial, urbana y la erosión del orden comunal tradicional, agrícola. Enfrentados a esta realidad nueva, compleja y escurridiza, los filósofos convertidos en sociólogos del siglo XIX buscaron analogías heurísticas o modelos metafóricos en terrenos mejor conocidos. Así surgió la primera metáfora para representar la sociedad y sus cambios. Vino de la biología, y fue la metáfora del organismo y del crecimiento orgánico.

En manos de sus fundadores, la analogía orgánica fue considerada solamente como un instrumento heurístico, una herramienta intelectual útil. Ellos afirmaban algunas similitudes generales entre un organismo y la sociedad, pero eran igualmente conscientes de las diferencias y las disparidades. Sólo más tarde la metáfora fue tomada en su literalidad, y las sociedades devinieron reificadas, tratadas como enormes organismos supraindividuales. El abuso de la analogía, típico de la escuela del «organicismo» a finales del siglo XIX (Martindale 1960: 78-81), resultó ser un callejón sin salida, estéril, para los estudios sociológicos, mientras que el uso limitado, heurístico, se mostró considerablemente fértil y elástico (cf. Back 1971).

La analogía orgánica se refería en principio a la anatomía, a la constitución interna de la sociedad. Se vio que tanto los organismos como las sociedades están compuestos de elementos discernibles (células, individuos) agrupados en unidades más complejas (órganos, instituciones), y unidos, o integrados por una determinada red de relaciones (anatomía orgánica, lazos sociales). En suma, se les consideraba dotados de estructura. Pero había un claro reconocimiento de que el tipo de integración estructural difería: fuerte y densa en el caso de un organismo, ninguna parte del cual

podía concebirse que existiera al margen del todo, y mucho más difusa en el caso de la sociedad, donde tanto los individuos como las instituciones retenían, así se consideraba, algún grado de autonomía y autosuficiencia. La analogía orgánica también se aplicó a la fisiología, al funcionamiento interno de la sociedad. Se consideraba que los elementos orgánicos y sociales y los componentes más complejos realizaban papeles específicos, satisfacían funciones definidas dentro de sus totalidades específicas, y de esta manera contribuían a su preservación y continuación (orgánica o a la vida social). En resumen, el centro de atención estaba en la similitud de funciones. Pero de nuevo, las diferencias se percibían con claridad: los componentes altamente especializados, unifuncionales, o los órganos en el caso de un organismo, y los elementos multifuncionales mutuamente sustituibles o subsistemas en el caso de la sociedad.

Con respecto a las transformaciones dinámicas, en ambos casos había interrelación visible de continuidad y cambio. Al margen del movimiento continuo de elementos (células, tejidos, en el caso del organismo; personas, grupos en el caso de la sociedad), hay una persistencia de las totalidades, que duran más que sus partes. En ambos casos el lapso vital del organismo así como la historia de una sociedad están marcados por el crecimiento. Ésta es la noción crucial para comprender el cambio; proporciona la primera imagen de la transformación social, que arraigará profundamente en la teoría sociológica así como en el sentido común, y que será popular hasta nuestros días.

«Crecimiento» significa agrandamiento, expansión, complicación y diferenciación. Presume un proceso que (1) consiste en el despliegue de determinadas potencialidades inmanentes presentes desde el principio en el objeto de estudio (desvelando y mostrando lo ya codificado en la semilla o en el embrión), (2) opera en una dirección y es irreversible (no hay forma de volver desde la madurez a la juventud), (3) persiste inexorablemente y no puede ser detenido (no hay forma de mantenerse eternamente joven), (4) procede gradualmente, incrementalmente, paso a paso, y (5) pasa por estadios discernibles o fases (p.e. juventud, madurez, senilidad).

El concepto de crecimiento proporciona el núcleo a la idea sociológica de la evolución, fundamental para una escuela sociológica muy influyente en el estudio del cambio social, conocida como evolucionismo sociológico. Es necesario enfatizar que esta orientación en sociología precede en el tiempo y difiere significativamente del evolucionismo biológico (Darwin). Primero, era una teoría de la ontogénesis referida a una única, singular, totalidad (la sociedad humana), mientras que el darwinismo era una teoría de la filogénesis, referida al origen de una especie o población. Segundo, los sociólogos describieron el mecanismo como despliegue de potencialidades inmanentes, mientras que los darwinistas se ocuparon de las meras mutaciones dentro de las especies, de la lucha por la existencia, de la supervivencia del mejor adaptado y de la selección natural de aquellos segmentos mejor adaptados de la población. En el primer caso, el proceso era visto como algo suave en el que los motivos responsables del cambio eran interpretados como endógenos, inmanentes, mientras que en el último caso, el proceso estaba acompañado de tensiones, y los estímulos para el cambio se situaban en presiones exógenas, medioambientales. Tercero, el evolucionismo sociológico era estrictamente determinista, postulaba un proceso necesario inquebrantable, mientras que el evolucionismo biológico sólo era probabilista, y apuntaba a tendencias casi puntuales. Ambas ramas del evolucionismo estaban separadas. Du-

rante la mayor parte de su larga carrera, el evolucionismo en sociología ha ignorado o negado los desarrollos en la biología evolutiva. Sólo recientemente algunos autores han empezado a buscar inspiración en el evolucionismo biológico, y a proponer una teoría «evolutiva» (en lugar de «evolucionista») del cambio social o cultural, aplicando determinados resultados de la biología moderna (Langton 1979; Lopreato 1984; Burns y Dietz 1991; 1992).

### Los fundadores del evolucionismo sociológico

Comenzaremos por el principio, e ilustraremos la formulación del evolucionismo sociológico con el trabajo de seis representantes: Comte, Spencer, Morgan, Durkheim, Tönnies y Ward.

#### *Auguste Comte y el concepto idealista de evolución*

El fundador de la sociología asume que al objeto de entender el período de emergencia de la modernidad, es necesario ponerlo en un contexto histórico más amplio, tratarlo como una fase más en el largo curso de la historia humana. La sociedad capitalista, urbana, industrial, no es un accidente, sino un producto natural, necesario, de procesos anteriores. Es imposible proporcionar explicaciones adecuadas, predicciones y directivas prácticas aplicables a los fenómenos contemporáneos sin reconstruir el modelo y el mecanismo de toda la historia precedente.

Y esto es lo que intentó hacer por medio de la «ley de los tres estadios». La fuerza que dirige el cambio histórico se encuentra en el terreno de la mente o del espíritu: en las formas en las que la gente se aproxima y comprende la realidad, las presunciones y los métodos que se aplican en el esfuerzo por explicar, predecir y controlar el mundo. La calidad y la cantidad de conocimiento dominado por una sociedad crece de modo constante. Este rasgo central de la sociedad influye y determina el resto de los aspectos de la vida social, económica, política, militar. La raza humana atraviesa tres estadios: el teológico, el metafísico y el positivo. En el primer estadio, la gente se remite a entidades y poderes subnaturales como responsables de los sucesos terrenos. Se dirigen a espíritus o almas encarnados en objetos, plantas, animales (fetichismo, animismo), después a una multitud de dioses responsables de las distintas fases de la vida (politeísmo) y, por último, a un dios único y omnipotente (monoteísmo). Este período está caracterizado por la dominación de la vida militar y por la gran difusión de la esclavitud. El segundo, el estadio metafísico, llega cuando la gente reemplaza los dioses por causas y esencias abstractas, por principios fundamentales de la realidad tal como son concebidos por la razón. Las ideas de soberanía, imperio de la ley y gobierno legal dominan en la vida política. El tercero, el estadio positivo, se alcanza cuando la gente invoca leyes basadas en la evidencia empírica, en la observación, en la comparación y en la experimentación. Ésta es la época de la ciencia y del industrialismo. Una vez se alcanza el estadio positivo, el desarrollo sin fin queda abierto, puesto que la ciencia se mueve eternamente hacia adelante, acercándose más y más a la realidad, pero sin alcanzar nunca una verdad completa y final. El depósito del conoci-

miento humano se agranda de forma constante y gradual. El crecimiento cuantitativo, acumulativo, se vuelve dominante, una vez la aproximación última a la realidad, el tipo de ciencia positiva de la más alta calidad ha sido finalmente alcanzado. «Por tanto, la historia es la historia de los cambios en la mente y en la sociedad que se emparejan y reflejan entre sí» (Mazlish 1966: 197). La evolución es primariamente la evolución de los métodos de adquisición de conocimiento y el depósito de conocimiento resultante.

### *Herbert Spencer y el concepto naturalista de evolución*

Spencer concibe la evolución como el principio subyacente, común, a toda realidad, tanto natural como social. Esta coincidencia es debida al hecho de que toda realidad es básicamente material, consiste en materia, energía y movimiento. «La evolución es definible como el cambio desde una homogeneidad incoherente a una heterogeneidad coherente, acompañado de desperdicio de movimiento e integración de materia» (Spencer 1972: 71). El modelo de este proceso lo proporciona el crecimiento orgánico.

En su estadio primario, todo germen consta de una sustancia que es completamente uniforme, tanto en textura como en composición química. El primer paso es la aparición de una diferencia entre las dos partes de esta sustancia; o, como es denominado el fenómeno en lenguaje fisiológico, una diferenciación. Cada una de esas divisiones diferenciadas empieza en ese momento a mostrar de por sí algunas partes diferenciadas; y mediante esas diferenciaciones secundarias deviene tan definida como la original...Mediante tales diferenciaciones sin fin se produce finalmente esa combinación de tejidos y órganos que constituye el animal o la planta adultos. Ésta es la historia de todos y cada uno de los organismos (Spencer 1972: 39).

En suma, la evolución procede por medio de la diferenciación estructural y funcional: (1) de la simplicidad a la complejidad, (2) de lo amorfo a la articulación de las partes, (3) de la uniformidad, homogeneidad, a la especialización, a la heterogeneidad, y (4) de la fluidez a la estabilidad. Tal proceso es universal: «Tanto en el desarrollo de la tierra, como en el desarrollo de la vida en su superficie, en el desarrollo de la sociedad, del estado, de los productos, del comercio, del lenguaje, de la literatura, de la ciencia, del arte, aparece a lo largo de todos ellos esta misma evolución de lo simple a lo complejo a través de diferenciaciones sucesivas» (Spencer 1972: 40).

En la historia de la sociedad humana, la ley general de la evolución encuentra un desarrollo específico. El mecanismo de la evolución social está basado en tres regularidades. Primero, hay una inestabilidad inherente de las poblaciones uniformes, homogéneas. Los individuos humanos son fundamentalmente desiguales con respecto a las capacidades heredadas, a las experiencias individuales, a las condiciones ambientales en las que viven, a las oportunidades accidentales y a las privaciones con las que se encuentran. Por tanto, no pueden permanecer en una masa homogénea sin que surjan roles, funciones, poder, prestigio y propiedad distintos. Segundo, hay una tendencia a amplificar estas desigualdades, la especialización de los papeles se profundiza, las disparidades de poder y riqueza crecen. En efecto, las diferenciaciones inicia-

les se extienden de forma gradual y acumulativa. Tercero, como la gente de posición parecida tiende a agruparse (papeles, funciones, prestigio, riqueza), la sociedad empieza a dividirse en facciones, clases y grupos según diferenciaciones de clase, de nación y de ocupación.

Una vez se establecen los límites que protegen esas identidades, la segregación de la población se fortalece y ya no es posible el retorno a la homogeneidad.

Este mecanismo produce una secuencia de estadios distinguibles en la historia humana, desde las sociedades simples (aisladas entre sí, permeadas por actividades idénticas o parecidas de todos los miembros, huera de organización política), pasando por las sociedades complejas (en las que aparece la división del trabajo entre los individuos, la división de funciones entre segmentos de la sociedad, en la que la organización política cobra una importancia central), a continuación las sociedades doblemente complejas (que poseen un territorio común, una constitución y un sistema legal), hasta las civilizaciones (las más complejas totalidades sociales, estados nación, federaciones de estados o grandes imperios).

Para subrayar la dirección en la que se mueve el proceso evolutivo, Spencer introduce un primera tipología polar, dicotómica de las sociedades. Señala dos tipos ideales opuestos, bosquejados analíticamente, como mojones del punto de arranque y de llegada de la secuencia cronológica. La estrategia de especificar el curso del proceso

TABLA 7.1. *La sociedad militar frente a la industrial.*

	<i>Sociedad militar</i>	<i>Sociedad industrial</i>
Actividad dominante.	Defensa y conquista del territorio.	Producción pacífica e intercambio de bienes y servicios.
Principio integrador.	Coerción, sanciones rígidas.	Cooperación voluntaria, contratos.
Relación de los individuos con el Estado.	Dominación del Estado, sanciones rígidas.	Atención del Estado a las necesidades individuales, libertad.
Relación del Estado con otras organizaciones.	Monopolio y dominación del Estado.	Autonomía de las organizaciones privadas.
Estructura política.	Centralización, autocracia.	Democracia descentralizada.
Estratificación.	Adscripción, baja movilidad, sociedad cerrada.	Mérito, alta movilidad, sociedad abierta.
Actividad económica.	Autarquía, proteccionismo, autosuficiencia.	Interdependencia económica, libre comercio.
Valores dominantes.	Coraje, disciplina, obediencia, lealtad, patriotismo.	Iniciativa, inventiva, independencia, veracidad.

evolutivo se popularizará, y la encontraremos también en el trabajo de evolucionistas posteriores. En la versión spenceriana, se trata de la oposición de la sociedad militar y de la sociedad industrial. La tipología puede resumirse de forma esquemática (tabla 7.1), y se trata de una ligera modificación de la descripción dada por Neil J. Smelser (1968: 246).

### *Lewis Morgan (1818-81) y la concepción materialista de la evolución*

El antropólogo norteamericano Lewis Morgan introdujo una variante de la idea evolutiva centrada en el dominio de la tecnología. Fue el primero de la larga saga de los deterministas tecnológicos que hacen gravitar las fuerzas motrices últimas del cambio social en el campo de las invenciones y los descubrimientos que transforman gradualmente y por completo la forma de vida de las poblaciones humanas. Morgan creía que la uniformidad y la continuidad de la evolución derivaban de una subyacente universalidad y continuidad de las necesidades humanas materiales. Tales necesidades, típicas de la especie humana (por ejemplo, las de comida, refugio, comodidad, seguridad, etc.) proporcionan los estímulos necesarios para la búsqueda incesante de medios para satisfacerlas. Por tanto, la presión en favor de las innovaciones tecnológicas se origina en las necesidades naturales, materiales, experimentadas por los seres humanos. Una vez se logran nuevas tecnologías, alteran por completo el carácter de la sociedad, influyen las formas de vida familiar y la organización de parentesco, los modelos económicos y políticos, los valores culturales y la vida cotidiana.

La historia de la humanidad sigue tres fases diferenciadas: salvajismo, barbarie y civilización, separadas por importantes rupturas tecnológicas. Así, en el período del «bajo salvajismo» observamos la simple subsistencia, basada en la recolección de frutas y bayas. El «salvajismo medio» es testigo del descubrimiento del fuego y las artes de pesca. En el «alto salvajismo», la invención del arco y la flecha permitió la caza. En la «baja barbarie» la producción de cerámica constituye un significativo avance tecnológico. En la «barbarie media», observamos la domesticación de los animales y el regadío entre nuevas técnicas agrícolas. En la «alta barbarie», la producción de hierro y de herramientas de hierro es de una importancia revolucionaria. Por último, el nacimiento de la «civilización» está marcado por la invención del alfabeto fonético y el arte de la escritura (Harris 1968: 181).

Este tipo de explicación monocausal, tecnológica, se volvió muy influyente. Reapareció en la escuela marxista, y el conducto ideológico lo proporcionó Friedrich Engels, que utilizó las ideas de Morgan en su libro *Sobre el origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1884). Y fue retomada más tarde por representantes del neoevolucionismo: por ejemplo, Leslie White y Gerhard Lenski (véase el capítulo 8).

### *Émile Durkheim y el concepto sociologista de evolución*

El clásico francés del pensamiento sociológico era señaladamente antirreduccionista, rechazaba buscar las causas de los fenómenos sociales fuera del dominio de una realidad social específica («hechos sociales» sui géneris). Tal orientación queda clara-

mente reflejada en el enfoque de la evolución social ofrecido en su temprana obra *De la division du travail social* (1893).

Considera que la dirección principal de la evolución ha de buscarse en la creciente división del trabajo, en la diferenciación de tareas, deberes y papeles ocupacionales que se producen en la sociedad a lo largo del tiempo. Esta tendencia está relacionada con factores demográficos: el crecimiento de la población produce el crecimiento de la densidad demográfica y da lugar al crecimiento de la «densidad moral», que significa la intensificación de las interacciones, la complejidad de las relaciones sociales o, en suma, la calidad del lazo social. Siguiendo la estrategia de Spencer, Durkheim propone otra tipología dicotómica de las sociedades basada en la calidad diferente de los lazos sociales; la «solidaridad mecánica» está arraigada en la similitud de funciones y tareas no diferenciadas; la «solidaridad orgánica» está enraizada en la complementariedad, en la cooperación y en la indispensabilidad mutua de papeles y ocupaciones altamente diferenciados. La tipología es tratada como un esquema cronológico, que describe el punto inicial y el punto final de la evolución social: la historia se mueve desde la «solidaridad mecánica» a la «solidaridad orgánica». Los tipos polares pueden resumirse de forma esquemática (tabla 7.2).

TABLA 7.2. *Solidaridad mecánica frente a solidaridad orgánica.*

Rasgo	Solidaridad mecánica	Solidaridad orgánica
Carácter de las actividades. Principal lazo social.	Similar, consenso moral y religioso uniforme.	Altamente diferenciadas. Complementariedad y dependencia mutuas.
Posición del individuo.	Colectivismo, centralidad del grupo, comunidad.	Individualismo, centralidad de los individuos autónomos.
Estructura económica.	Aislada, autárquica, grupos autosuficientes.	División del trabajo, dependencia mutua de los grupos, intercambio.
Control social.	Leyes represivas para el castigo de las ofensas (ley criminal)	Ley restitutiva, salvaguarda de los contratos (ley civil).

### *Ferdinand Tönnies y la evolución sin progreso*

Una tipología parecida de las sociedades puede verse en un famoso tratado de Tönnies titulado *Gemeinschaft und Gesellschaft* (1887). Los lazos sociales personales, íntimos, primarios, autotélicos que caracterizan la «comunidad» se convierten en contactos impersonales, secundarios y puramente instrumentales en la «sociedad» moderna. De forma más específica, la dirección de la evolución puede representarse en un esquema (tabla 7.3).

TABLA 7.3. *Gemeinschaft frente a Gesellschaft.*

<i>Rasgo</i>	<i>Gemeinschaft</i>	<i>Gesellschaft</i>
Relaciones sociales.	Parentesco.	Intercambio económico.
Instituciones típicas.	Familia.	Estado y economía.
Imagen del individuo.	Sujeto.	Persona, ciudadano.
Forma de riqueza.	Tierra.	Dinero.
Tipo de leyes.	Ley familiar.	Ley de contratos.
Instituciones centrales.	Aldea.	Ciudad.
Control social.	Tradiciones, costumbres, religión.	Ley y opinión pública.

La singularidad del enfoque de Tönnies se pone de relieve en su actitud crítica hacia la sociedad moderna, y particularmente en su nostalgia por la comunidad perdida.

Este autor es un raro ejemplo de evolucionista que no considera la evolución como sinónimo de progreso. En su perspectiva, la evolución va contra las necesidades humanas, conduce al deterioro en lugar de a la mejora de la condición humana.

#### *Lester Ward (1841-1913) y la evolución de la evolución*

Una idea muy interesante fue añadida a la teoría de la evolución por un clásico norteamericano en este campo: Lester Ward y su *Dinamic Sociology* (1883). Ward afirma que el mecanismo de la evolución no es constante sino que cambia en el tiempo. La evolución abarca, en la amplitud de su alcance, también al mecanismo mismo de la evolución. La frontera más importante es la que divide el período de la evolución natural, espontánea («génesis») del período relativamente reciente de la evolución humana, orientada por fines («télesis»). La singularidad de la última radica en que está guiada por la conciencia y el propósito de los actores humanos. De forma más específica, la evolución comienza como «cosmogénesis», abarcando al entero universo. En un momento determinado aparece el fenómeno de la vida y emerge un mecanismo evolutivo nuevo: la «biogénesis» que complementa a la continua «cosmogénesis». En algún momento posterior aparecen los seres humanos, y otro mecanismo evolutivo enraizado en la mente y en la conciencia (conocido como «antropogénesis») comienza a funcionar junto a los dos anteriores, complementando la cosmogénesis y la biogénesis. Por último, los seres humanos alcanzan una nueva forma de organización, la sociedad, y desde entonces un nuevo mecanismo de la evolución social (denominado «sociogénesis») se añade a los anteriores. Así pues, cuatro mecanismos operan juntos, controlando las capas superpuestas de procesos de distin-

tos orígenes: cosmogénesis, biogénesis, antropogénesis y sociogénesis. Con las dos últimas fases, la evolución toma un rumbo nuevo. La planificación, anticipación y construcción del futuro proporcionan posibilidades completamente nuevas de cambio social. La evolución discurre por niveles siempre nuevos, superiores, y en el proceso se vuelve más multidimensional y humanizada (cf. Gella 1966).

### El núcleo común de la teoría evolucionista

La imagen específica del cambio social e histórico va tomando forma gradualmente en el trabajo de los evolucionistas clásicos. Al margen de las diferencias entre autores, todos parecen aceptar una serie de supuestos comunes que constituyen el núcleo de la teoría evolucionista.

1. Todos los evolucionistas asumen que la totalidad de la historia humana tiene una única forma, modelo, «lógica» o significado suyacente a la multitud de sucesos aparentemente azarosos e inconexos (Berlin 1966; Addis 1968). Este modelo puede descubrirse; es cognoscible, y el fin de la teoría evolutiva es reconstruirlo. Tal reconstrucción proporcionará una comprensión de la historia pasada y abre el camino para predecir la historia futura.
2. Se presume que el objeto del cambio en curso es la entera sociedad humana, la humanidad. Se la considera como una totalidad singular, la más general. Aun cuando algunos autores se centran en la evolución de algún fragmento escogido o algún aspecto de la sociedad, sea la religión (Benjamin Kidd) o la moral (Edward Westermarck) o la tecnología (Lewis Morgan), se entiende que evoluciona en conjunto con la totalidad de la sociedad, que es tan sólo el síntoma de una evolución social total.
3. Esta totalidad es concebida en términos orgánicos, por la aplicación de la *analogía orgánica*, en tanto sistema altamente integrado de componentes y subsistemas, todos ellos, en singular y en conjunto, contribuyen al mantenimiento y a la continuidad de la totalidad.
4. La atención se dirige hacia los cambios de tal totalidad orgánica, del sistema social. Si el cambio *en* elementos, componentes o subsistemas se toma en consideración, lo es desde la perspectiva de su contribución a la evolución general de la sociedad.
5. El cambio en la sociedad es considerado como algo omnipresente, como un rasgo natural, necesario e inescapable de la realidad social. Si se atiende a la estabilidad o al estancamiento es sólo en tanto cambio bloqueado, detenido: excepción.
6. Puesto que se aplica a una entidad singular, la sociedad como un todo evolutivo, el cambio es considerado como un proceso singular, omniabarcante, que puede percibirse y estudiarse como una totalidad, en su más alto nivel de abstracción.
7. El cambio en la sociedad es visto como direccional, se mueve desde formas primitivas a formas desarrolladas, de estados simples a complejos, de la dispersión a la agregación, de la homogeneidad a la heterogeneidad, del caos a

- la organización. Este movimiento es consistente e irreversible; ningún estadio anterior de la sociedad se repite, y cada estadio posterior es superior en la escala de la complejidad y la diferenciación.
- X 8. El cambio evolutivo es concebido como unilineal, sigue un modelo o trayectoria singular, preestablecida. Las diferencias obvias entre las diversas sociedades o culturas fragmentarias dentro de la sociedad humana como un todo son debidas a un ritmo más lento o más rápido del mismo proceso evolutivo en las distintas partes del mundo. Las sociedades más primitivas o atrasadas están, simplemente, retrasadas en el proceso, pero inevitablemente discurrirán por el mismo sendero, siguiendo a las más desarrolladas, y en particular a las sociedades más maduras de Occidente. «El criterio fundamental de las series es una ecuación entre modernidad, tal como se ha revelado en las sociedades de Occidente, y madurez; inversamente, el tradicionalismo sugiere inmadurez y falta de desarrollo» (Smith 1976: 37). Las sociedades primitivas contemporáneas nos muestran cómo eran nuestras sociedades occidentales en el pasado. La sociedad occidental muestra a las sociedades más primitivas cómo serán en el futuro. La escala analítica de diferenciación es equivalente a la escala cronológica de desarrollo. Por ponerlo de forma metafórica, sólo hay una escalera, en la que las diversas culturas o sociedades ocupan puestos más altos o más bajos.
  - L 9. Esta trayectoria común evolutiva se divide en distintos estadios, fases o períodos, que siguen una secuencia constante, y ninguno de los cuales puede saltarse.
  - L 10. El cambio evolutivo se percibe como gradual, continuo, incremental y acumulativo. El movimiento general de la evolución es suave e implica que no hay discontinuidades, rupturas o acelerones radicales. Incluso si las sociedades, las culturas o las civilizaciones fragmentarias experimentan crisis, retrocesos o erupciones, esto no impide la gradualidad general del cambio.
  - X 11. Se afirma que la evolución tiene un mecanismo causal universal y uniforme; en todos los estadios está implicado el mismo proceso, y las mismas causas moviéndolo hacia adelante. (Una excepción notable es Lester Ward con su noción de una secuencia de varios mecanismos evolutivos, pero incluso en su teoría la lógica evolutiva «última», subyacente, es la misma). La mayoría de los autores toman la posición monocausal, postulando una única causa singular como determinante último del proceso evolutivo.
  - X 12. El impulso innato hacia el cambio se sitúa dentro de la «naturaleza» misma de la sociedad humana, derivado de su necesidad básica de autorrealización y autotransformación. Por tanto, las causas últimas del cambio evolutivo son concebidas como inmanentes, endógenas. La evolución es el despliegue de potencialidades intrasociales, desde las formas embrionarias a las formas maduras.
  - X 13. El cambio evolutivo se considera espontáneo. Procede de forma involuntaria y a menudo imperceptible, y produce resultados latentes que son el resultado agregado y acumulado de procesos de los cuales los miembros de la sociedad no son conscientes. (De nuevo, hemos de hacer notar la excepcional posición

de Lester Ward, quien en su noción de «télesis», reconoció la posibilidad del cambio orientado a fines, planeado.)

14. El cambio evolutivo se considera equivalente a progreso; da como consecuencia la mejora constante de la sociedad, la mejora de la vida humana. La mayoría de los evolucionistas clásicos suscriben la creencia, típica del clima optimista de la época, de que la «civilización se ha desplazado, se está moviendo, y se moverá en la dirección deseada» (Bock 1978: 40). Una excepción notable la constituye Ferdinand Tönnies, que expresó la primera advertencia contra la creencia ciega en los beneficios del cambio.

### La debilidad del evolucionismo clásico

Todos los supuestos antes enumerados son muy discutibles. Pueden criticarse y rechazarse desde muchos puntos de vista: teóricos, cuando conducen a implicaciones implausibles, o exigen premisas insostenibles; empíricos, cuando no se desprenden de los hechos de la vida social y chocan contra la evidencia histórica; morales, cuando violan o socavan valores ampliamente aceptados. De hecho, todas estas líneas de crítica tuvieron seguidores, y dieron lugar a la ruptura y a la desaparición temporal de la teoría evolucionista en la primera mitad del siglo XX, hasta que volvió a surgir en la forma revisada conocida como neoevolucionismo alrededor de los años 50.

1. La suposición de un modelo o de una lógica histórica general ha sido cuestionada por numerosos historiadores profesionales, cuyo enfoque detallado, concreto, orientado por los hechos les ha inclinado a tomar una posición opuesta, «acontecimentista» o «ideográfica», que enfatiza la contingencia y lo fortuito de los acontecimientos históricos. Incluso aquellos que toman una perspectiva «nomotética», que concede la existencia de regularidades y modelos en la historia, la otorgan un alcance limitado. Están dispuestos a formular «leyes referidas a la historia» (a la historia concreta de tal o cual país, de esta época o de esa), pero no «leyes de la historia» (considerada globalmente) (Mandelbaum 1957). La crítica filosófica y lógica completa de este supuesto vino más tarde, con la obra de Karl R. Popper (1964), y será discutida en el capítulo 12.
2. El supuesto de una sociedad humana como entidad sujeta a cambio evolutivo fue puesto en duda por la evidencia creciente de la tremenda pluralidad, variedad y heterogeneidad de las poblaciones humanas: tribus, comunidades locales, estados nación, civilizaciones. Su fuerte identidad individual, su autonomía y aislamiento relativos condujeron a numerosos antropólogos sociales a tratarlas por separado y a trazar desglosadamente sus senderos evolutivos.
3. La imagen sobrintegrada, orgánica, de la sociedad fue socavada por la observación común de conflictos, tensiones y fricciones, por la notoria disfuncionalidad de algunas instituciones y modelos sociales, y por la autonomía funcional relativa de algunos segmentos o aspectos de la sociedad. Se vio que los componentes de la sociedad no eran necesariamente benéficos para la persistencia de la totalidad, sino que a menudo obraban en su detrimento y

la desbarataban. El nuevo modelo de conflicto de la sociedad no se prestaba a la interpretación evolucionista del cambio.

- κ 4. Se observó que una abrumadora proporción de los cambios sociales son de alcance limitado y tienen el carácter de cambios *en*, aconteciendo dentro del mismo tipo social, en lugar de entre diversos tipos sociales. Por tanto, la centralidad de los muchos menos frecuentes cambios *de* la totalidad del sistema social se consideró injustificada. También se enfatizó que sólo una porción de los cambios *en* puede ser relacionada de forma inmediata con los cambios *de* en tanto prerequisites o codeterminantes. La mayoría de los cambios *en* son neutrales con respecto a la totalidad del sistema, o salvaguardan su reproducción en lugar de favorecer su transformación.
5. La absolutización del cambio ha sido ligada a los prejuicios de la época moderna, en donde el cambio aparece como algo presupuesto y, lo que es más, como una cualidad altamente deseable de la vida social. La rápida acumulación de evidencias históricas y antropológicas tuvo un papel disuasorio. Mostró que los largos períodos de estabilidad, el estancamiento y la conservación de los modelos tradicionales eran algo típico de la historia anterior. Por tanto, la continuidad ha de ser tratada, al menos, como algo tan «natural» como el cambio.
- × 6. Se observó que hablar de un único proceso de cambio, singular, es tan sólo un concepto abstracto, sin fundamento ontológico. Tiene existencia nominal pero no real. Lo que realmente existe es una multitud de procesos fragmentarios que son mutuamente independientes, paralelos, transversales, que se solapan, amplifican o contradicen. Lo que percibimos y podemos documentar históricamente son diversos procesos, como la urbanización, la industrialización, las migraciones, la proletarianización, la secularización o la democratización, pero no «el cambio social» como tal.
- ✓ 7. La direccionalidad uniforme de la evolución fue puesta en duda por miles de casos de reversiones, retrocesos, rupturas, crisis e incluso colapsos totales de estados y civilizaciones. Cuando se producen tales procesos regresivos en regiones centrales de la sociedad humana, es difícil menospreciarlos como irrelevantes. De hecho, producen una reversión temporal de los procesos históricos de una escala mucho mayor. Piénsese en el colapso de las civilizaciones griega, romana o maya y el impacto que tuvieron en la totalidad del mundo. La des-diferenciación, la homogeneización, la dispersión y la desorganización a gran escala son hechos históricos comunes que no encajan en el molde evolucionista (Tiryakian 1985c: 118-34; 1992: 78-96).
- < 8. La idea de una evolución unilineal que supuestamente sigue un camino singular es contrariada por tres tipos de argumentos. Algunos se refieren a la variedad cualitativa de las sociedades humanas y a la imposibilidad de clasificarlas a todas mediante la misma escala de diferenciación, madurez o adelanto. Algunas sociedades no occidentales, o al menos algunas de sus instituciones, han de tratarse simplemente como diferentes, no como atrasadas. La posibilidad de trayectorias evolutivas locales, peculiares, diferentes, de distintas regiones, civilizaciones y culturas ha de concederse sobre bases empíricas. La «visión horizontal de la historia» (Smith 1976: 40), que supone que lo

mon-  
sucedid

que viene después es simplemente diferente, parece más adecuada que la «visión vertical», que clasifica todo lo que viene después como superior en la escala. Otros argumentos se dirigen hacia los prejuicios etnocéntricos y la creencia en el valor último de las instituciones occidentales o sus formas de vida como la cota más alta del proceso evolutivo. El punto de vista opuesto, el relativismo cultural, parece moralmente preferible. Otros argumentos apelan a la idea teórica de la difusión. Si, como pretenden los evolucionistas, las sociedades en los diversos niveles del proceso evolutivo coexisten en el mismo período histórico, entonces no hay razón para suponer que el desarrollo futuro, siguiendo caminos aislados, mutuamente independientes, será una simple réplica del escenario evolutivo general. Todo lo contrario: las sociedades se volverán mutuamente interdependientes, debido al intercambio recíproco y al préstamo de formas de organización, de reglas culturales, de estilos de vida, etc. Este flujo complejo de influencias inter-sociedades puede remodelar significativamente la vía de desarrollo tomada por cada sociedad.

- X 9. El mismo argumento difusionista contrarresta la idea de estadios inexorables. Algunos estadios pueden omitirse y algunos procesos pueden acelerarse precisamene por el uso que se haga de las experiencias de otras sociedades, o a través de la intrusión, lisa y llanamente, de otras sociedades (conquista, colonización, dominación). El difusionismo proporciona «valiosos correctivos, particularmente a la noción de estadios evolutivos de cada sociedad o de toda la humanidad. El más importante es el de que la migración y los efectos demostrativos (esto es, los movimientos de hombres e ideas) estaban alterando constantemente los modelos y unidades existentes» (Smith 1976: 43).
- X 10. La visión gradual, incremental del cambio no encaja en la experiencia extremadamente pertinaz de las discontinuidades, las rupturas, las mutaciones, los umbrales, los pasos cualitativos o las quiebras y cataclismos en la historia humana.
- X 11. La evidencia histórica contrarresta la monocausalidad simplista. Señala el papel de las causas múltiples, directa o indirectamente, inmediata y distante, en el complejo de permutaciones. Los sucesos y cambios históricos son con frecuencia efectos combinados de conjuntos singulares de causas, ninguna de las cuales puede tomarse como exclusiva o precedente universalmente. Si se asigna prioridad a algún tipo de causas, éstas son en sí temporal e históricamente relativas. El hecho de que la sociedad moderna parezca modelada por factores económicos, no excluye la posibilidad de que en imperios anteriores el factor político fuera el predominante, o que en la sociedad primitiva anterior el dominio de la familia y el parentesco ejerciera el impacto causal más fuerte en la vida social. Se da el caso, con claridad, (como L. Ward señaló con gran ingenio) de que en la sociedad moderna un número mucho mayor de cambios se producen y son controlados de forma intencional y planeada, lo que transforma básicamente el mecanismo evolutivo.
- X 12. El desatender a la causación exógena del cambio social tal como se manifiesta en fenómenos tales como la conquista, la colonización, difusión, el contacto cultural, el efecto demostrativo, los cambios medioambientales, los desastres naturales y las calamidades, etc. es quizá la debilidad más grave del

evolucionismo clásico. «Puede afirmarse con seguridad que una gran parte de la memoria histórica sería incomprensible sin explicaciones en términos de influencias entre diversas unidades» (Smith 1976: 133). Por supuesto, sería un fallo igualmente grave cambiar la perspectiva exclusivamente «endogenista» por la exclusivamente «exogenista». El énfasis o tratamiento equilibrado de ambos tipos de causación ha de decidirse dependiendo de cada caso histórico concreto.

- X 13. Como ya se ha indicado, la completa espontaneidad de la evolución no puede sostenerse si reconocemos la importancia de los esfuerzos humanos para modelar y remodelar las sociedades humanas, desde las antiguas reformas o codificaciones de leyes y costumbres a los proyectos políticos revolucionarios de la época moderna, con todo tipo de variedades de iniciativas humanas, de planes y políticas entre medias. Una parte del cambio siempre ha sido voluntario y reconocido, y el porcentaje de tales cambios parece crecer a medida que la sociedad avanza. Algunos autores hablan de «historia humanista» en tanto opuesta a «historia natural», significando con ello el período en el que la construcción intencionada de las instituciones sociales adquiere amplia importancia (Topolski 1978).
- X 14. La conexión del evolucionismo con el progresismo hace la noción de evolución particularmente sospechosa para aquellos críticos de la civilización contemporánea que están desilusionados con el progreso. La implicación de que la evolución produce adelanto y mejoramiento de la vida humana parece contradicha por la experiencia trágica del siglo XX y las aterradoras perspectivas de un mayor crecimiento, desenfrenado, de la industria, de la tecnología, de la guerra y de la urbanización. Los tiempos en los que la crisis deviene a un tiempo el lema del sentido común y de la teoría sociológica no son propicios para la idea de evolución.

Bajo el fuego cerrado de tales argumentos y otros parecidos, el evolucionismo clásico perdió su lugar central en la teoría del cambio social. Pero no terminó ahí su carrera. Reapareció, profundamente reformado, más de un siglo después de su nacimiento, bajo la etiqueta de neoevolucionismo.

# Capítulo 8

## EL NEOEVOLUCIONISMO

### El renacimiento del evolucionismo

Tras un período de crítica, rechazo y abandono, el evolucionismo sociológico volvió a la primera línea del debate académico en los años cincuenta. Entroncó, sin embargo, con nuevas fuentes intelectuales y, en consecuencia, tomó nuevas direcciones. En esta forma nueva, revisada, ha continuado siendo una escuela influyente de la teoría del cambio hasta la fecha.

El neoevolucionismo busca fundamentos nuevos para sus afirmaciones. En lugar de la inspiración filosófica o historiosófica, intenta aprovechar los resultados de disciplinas concretas, empíricas que se ocupan de los cambios sociales, en particular de la paleontología, la arqueología, la antropología cultural, la etnología y la historiografía. Estas disciplinas florecieron en el siglo XX, y los neoevolucionistas deseaban aprovechar sus logros. Una implicación clara de la evidencia acumulada es, afirmaban, un apoyo general a la idea de transformaciones direccionales, lineales, que discurren hacia una diferenciación creciente de las sociedades. Como dijo Gerhard Lenski,

Los rasgos básicos de la historia humana desde el bajo paleolítico a través de la edad de bronce están ahora claros. Sólo pueden describirse en términos de desarrollo: las pruebas de un incremento numérico de la población humana, las pruebas de la residencia del hombre en hábitats cada vez más variados, las evidencias de una tecnología cada vez más compleja y las evidencias de la producción cada vez mayor de bienes duraderos y de acumulación de capital. Los historiadores toman la historia donde la dejan los arqueólogos, y sus hallazgos refuerzan y extienden el cuadro proporcionado por los arqueólogos: crecimiento continuo de la población; avance continuo en la tecnología, en la producción y en la acumulación de capital; y, además, los sistemas sociales generalmente se vuelven más complejos, más diferenciados, más urbanos, y más poderosos a medida que pasa el tiempo (*Lenski 1976: 551*)

De forma parecida, Talcott Parsons afirma que «los desarrollos en la teoría biológica y en las ciencias sociales han creado firmes bases sobre las que aceptar la continuidad

fundamental de la sociedad y la cultura en tanto parte de una teoría más general de «los sistemas vivos en evolución» (1971: 2). Por tanto, la evolución no es un mito —afirman los neoevolucionistas— sino una realidad confirmada. Sólo que ha de estudiarse de forma científica, no especulativa, tomando en cuenta todas las críticas válidas planteadas al evolucionismo clásico y todos los logros posteriores de las disciplinas sociales científicas, incluida la propia sociología.

Esta convicción llevó al neoevolucionismo a alejarse de forma marcada del evolucionismo clásico. (1) El enfoque se traslada desde la evolución de la sociedad humana global como un todo hacia los procesos que aparecen en entidades sociales más limitadas: civilizaciones, culturas, sociedades separadas (tribus, estados nación, etc.). (2) La principal preocupación radica en los mecanismos causales de la evolución, en lugar de en la secuencia de estadios necesarios. En otras palabras, se buscan más las explicaciones que los esquemas tipológicos. (3) Las descripciones de la evolución son formuladas en términos categoriales, descriptivos, evitando las evaluaciones y sobrentendidos acerca del progreso. «Para los evolucionistas contemporáneos la evolución sociocultural tiene un significado mucho más restringido, carece de juicios morales implícitos» (Lenski y Lenski 1974: 79). (4) Las proposiciones son expresadas en forma probabilística, puntual, en lugar de en forma directamente determinista. (5) Hay una incorporación gradual de puntos de vista de otras ramas del evolucionismo, darwinistas, del evolucionismo biológico, que se han desarrollado extensa e independientemente, produciendo valiosos resultados en las ciencias biológicas.

### **El neoevolucionismo en la antropología cultural**

La carrera del neoevolucionismo comenzó en la antropología cultural. El trabajo de diversos autores condujo a la liberación gradual, e incluso a la renovación completa, de los rígidos presupuestos típicos del evolucionismo clásico. En este sentido, el neoevolucionismo reconoce y se adapta a la amplia crítica precedente. Bosquejaremos algunos trabajos escogidos en esta línea.

#### *Leslie White y el movimiento hacia el determinismo tecnológico*

~ En dos influyentes libros: *Science of Culture* (1949) y *Evolution of Culture*, el etnólogo norteamericano Leslie White describe la cultura como un mecanismo adaptativo por medio del cual la especie humana se acomoda a la naturaleza. Esto lo hace, principalmente, aprovechando la energía libre y poniéndola a trabajar en la satisfacción de las necesidades humanas.

Todas las partes de la cultura están interrelacionadas pero «el papel primario es jugado por el sistema tecnológico», siendo secundarios o derivados la organización política, la estructura normativa y los sistemas de conocimiento e ideologías. La cultura se desarrolla y avanza a través del incremento del tipo de energía, la cantidad de energía aprovechada por persona y año, y la eficiencia con la que es utilizada la energía. Este factor determina el creciente dominio humano sobre la naturaleza que White ve como la tendencia evolutiva fundamental.

Hay una secuencia evolutiva regular en la utilización de la energía: al principio, la gente utiliza energía corporal, física; después con la domesticación de los animales, la energía animal es aprovechada para uso humano; a continuación, con la revolución agrícola la energía del suelo deviene la más importante; después el descubrimiento de los combustibles inaugura vastos recursos energéticos; por último, la energía de la fisión nuclear es controlada y empieza la era atómica.

El desarrollo de la cultura tiene orígenes biológicos y raíces en las capacidades humanas. Pero una vez nacida, la cultura humana adquiere una autonomía parcial; tiene vida e ímpetu propios y evoluciona de acuerdo con sus mecanismos y ritmos específicos. Por tanto, el desarrollo de la cultura es principalmente endógeno; los últimos cambios drásticos en el medio ambiente externo, natural tuvieron lugar hace al menos 20.000 o 25.000 años. El dinamismo posterior de la cultura no puede explicarse como una respuesta a desafíos exógenos, sino que ha de ser tratado en su propio nivel específico cultural. La clave de la evolución de una cultura radica en la cultura misma.

#### *Julian Steward y el concepto de evolución multilineal*

Otro antropólogo norteamericano, Julian Steward, en un libro sobre el cambio en la cultura, *Theory of Culture Change* (1955), dio un paso aún más decisivo en el alejamiento de la ortodoxia evolucionista. Abandonó la gran historiosofía por la búsqueda de regularidades de «tipo medio» en el cambio histórico. Esto le condujo al estudio de múltiples culturas diferentes (en plural) en lugar de a una cultura general, única, de toda la humanidad (en singular). «La investigación del siglo XX ha acumulado una multitud de pruebas que apoyan de forma abrumadora la consideración de que las culturas particulares divergen significativamente unas de otras y que no pasan por estadios unilineales» (Steward 1979: 28).

Las culturas son consideradas como entidades discretas situadas en diversos nichos ecológicos, que van adquiriendo formas diversas a través de la adaptación a diversas condiciones. El enfoque se traslada a las diferencias entre culturas, descubribles mediante la investigación comparativa en áreas distantes y separadas geográficamente, así como a la diversificación interna de los componentes o dimensiones culturales. Las culturas difieren de otras culturas, y hay aspectos en cada cultura que difieren de otros aspectos de la misma cultura.

La evolución abarca tales entidades culturales concretas, tanto a las diferentes culturas como a los distintos campos culturales, pero en cada una de ellas opera de forma diferente y sigue mecanismos específicos. Por tanto, la evolución ha de ser considerada como multilineal, y esto en dos sentidos. Primero, en el sentido intersocietal: la evolución discurre a lo largo de senderos distintos en sociedades diversas, debido a las condiciones únicas en las que se encuentran. Segundo, en el sentido intrasocietal: la evolución de diversos campos sociales (cultura, economía, política, arte, derecho, etc.) sigue diferentes cursos y emplea mecanismos distintos. La evolución multilineal está «interesada en las culturas particulares, pero en lugar de considerar como hechos problemáticos las variaciones y la diversidad locales que empujan la estructura de referencia de lo general a lo particular, se ocupa sólo de aquellos pa-

ralelismos limitados de forma, función y secuencia que han sido validados empíricamente. Lo que se pierde en universalidad se gana en concreción y especificidad» (Steward 1979: 19). La determinación del análisis de paralelismos es un objetivo de la evolución multilineal.

- Al margen de esas variaciones, hay un principio causal más general tras los cambios evolutivos: la preponderancia de los factores «tecnoeconómicos», que juegan un papel estratégico en toda sociedad humana. Pero esto no implica un determinismo tecnológico estricto. Por el contrario, la dominación de lo tecnoeconómico, entre otros factores causales, es considerada como distribución probabilista. El centro de la sociedad, modelando causalmente sus cambios, está formado, básicamente, por instituciones tecnológicas y económicas, pero puede comprender también, con menor probabilidad, algunos aspectos de la organización sociopolítica y, más raramente, de la ideología.

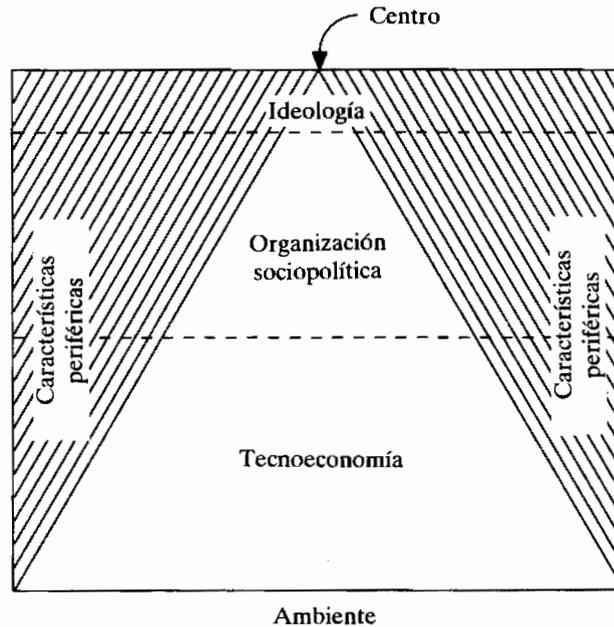
- El centro cultural es definido como

la constelación de características que están más íntimamente relacionadas con las actividades de subsistencia y con la organización económica. El centro incluye aquellos modelos sociales, políticos y religiosos que se ha determinado empíricamente que están íntimamente conectados con esta organización. Una innumerable cantidad de características distintas pueden tener gran variabilidad potencial puesto que están menos fuertemente ligadas al centro. Estas últimas, o características secundarias, están determinadas en gran medida por factores puramente histórico-culturales —por las simples innovaciones o por la difusión— y dan la apariencia, por fuera, de diferenciación a culturas con centros parecidos. (Steward 1979:37)

La tecnoeconomía es con más frecuencia decisiva, y raramente adquiere un estatus causal periférico; la política ocupa la periferia con mayor frecuencia y la ideología propende a ser solamente una fuente secundaria, derivada, en la jerarquía de la causación social. Sólo cuando el núcleo tecnoeconómico es transformado, se perciben los principales cambios evolutivos y aparecen los nuevos tipos culturales. «A lo largo de milenios las culturas de ambientes diferentes han cambiado enormemente, y estos cambios son ligables básicamente a nuevas adaptaciones exigidas por el cambio tecnológico y de la organización de la producción» (Steward 1979: 37). En la historia, la dirección dominante de la evolución está marcada por la creciente complejidad estructural («integración sociocultural») de las unidades implicadas en la acción colectiva: desde las familias en los estadios primeros, a través de las tribus, a los estados en el período moderno. Esto puede verse representado en la figura 8.1.

- Una crítica interesante y una profundización de la teoría de Steward ha sido la elaborada por Anthony Smith. Primero, ha observado que la variación cultural entre las sociedades es de hecho mayor que la variación de sus condiciones ambientales (nichos ecológicos), lo que significa que al menos alguna «plusvalía de variedad» es inexplicable por referencia al mecanismo de la adaptación y ha de remitirse a algún mecanismo autónomo intracultural de desarrollo. Segundo, la fuerza de la determinación por factores ecológicos o tecnoeconómicos depende de la fase de la evolución: predomina en las fases primeras, permite mucha mayor determinación política e ideológica en las posteriores. Las formas de gobierno, religión y arte, pueden adquirir un papel mucho más autónomo. Cuanto más desarrollada esté una sociedad, mayor

FIGURA 8.1. *Concepción de Steward del sistema social* (Fuente: Kaplan y Manners 1972: 47) Reproducida con permiso de Prentice Hall, Inc.



será el grado en el que «el ambiente tenderá a colocar límites a la variación cultural y al cambio, en lugar de propulsar la unidad hacia el cambio» (Smith 1976: 48). El esquema de Steward es de esta manera puesto en movimiento y dotado de una dimensión temporal.

#### *Marshall Sahlins y E. Service: la distinción entre evolución general y evolución específica*

En su libro *Evolution and Culture* (1969), Sahlins y Service intentan reivindicar uno de los temas principales del evolucionismo clásico y reconciliarlo con los hallazgos de la nueva teoría evolutiva. La «evolución general» puede estudiarse de forma válida en el nivel más alto de abstracción, como dirección general de la humanidad, en la que los nuevos tipos culturales emergen constantemente. Sigue la escala de la creciente adaptabilidad, complejidad sistémica y organización superior. En contraste con ella, la «evolución específica», comprende las formas concretas en las que los nuevos tipos culturales se adaptan a ambientes específicos. Aquí las sociedades exhiben una considerable creatividad, que da lugar a una gran diversidad de culturas. Como dicen los autores, «la cultura bien adaptada es algo predispuesto. Su diseño ha sido refinado en una dirección especial, su ambiente ha sido estrechamente especificado, cómo funcionará ha sido establecido de forma definitiva». Esto le proporciona

identidad, unicidad y fuerza, pero también engendra algunas debilidades potenciales. A saber, la «evolución general» y la «evolución específica» pueden entrar en conflicto. La evolución específica implica un ajuste perfecto a un ambiente concreto, mientras que la evolución general implica una autonomía y dominio sobre el ambiente cada vez mayor como prerrequisito para una adaptabilidad futura. Por tanto, «la sociedad o la cultura puede devenir tan adaptada a través de la especialización a su ambiente, tan bien ajustada a su nicho ecológico, que ya no sea adaptable, ni capaz de innovar para saltar hacia niveles más altos de organización tecnológica o social» (Smith 1976: 47). El estancamiento en lugar del cambio será el resultado probable.

### **El neoevolucionismo en sociología**

El neoevolucionismo se afianzó en sociología como rechazo a las versiones ortodoxas del enfoque estructural-funcional, la escuela que dominó la sociología desde los años 50, pero que fue atacada por sus presuntos prejuicios estáticos. La teoría evolutiva revisada fue propuesta como alternativa al funcionalismo por los que estaban fuera de la escuela funcionalista, pero también como modificación y extensión del funcionalismo destinada a salvarlo por los más destacados de los propios funcionalistas. Discutiremos los dos ejemplos más influyentes de neoevolucionismo sociológico.

#### *Gerhard y Jean Lenski: el enfoque ecológico evolutivo*

Los autores definen su perspectiva principal por referencia a las ciencias biológicas:

comparte con el enfoque evolutivo en biología un intenso interés por el proceso de cambio —especialmente el cambio básico, a largo plazo, de desarrollo y adaptativo— y por los procesos conexos de competición y conflicto. Con el enfoque ecológico en biología comparte un interés por los lazos de interdependencia dentro y entre poblaciones y por las relaciones entre las poblaciones y su medioambiente. (*Lenski y Lenski 1974: 23*)

Por tanto, se subraya el que la historia humana no es una mera secuencia de una «maldita cosa tras otra...una red enredada de sucesos sin ningún patrón o tendencia significativa» (p.76). Por el contrario: «la presencia de tendencias a largo plazo es meridiana e evidente» (*Lenski 1976: 554*).

La tendencia más significativa es el «avance tecnológico y sus consecuencias» (*Lenski y Lenski 1974: 79*). La esencia del avance tecnológico procede del alcance y de la distinta calidad de la información relevante para controlar el ambiente. «Estoy inclinado a creer que subyace a todas, o a casi todas, estas tendencias una tendencia dominante única que explica las otras. Ésta es el crecimiento en el almacenamiento de información disponible por los humanos —especialmente información relevante para la manipulación del mundo material, esto es, tecnología» (*Lenski 1976: 555*).

La emancipación de la especie humana del mundo animal es en sí debida al avan-

ce del aprendizaje y a la información compartida. La forma básica de información es la puramente genética, la forma superior es el aprendizaje individual, después viene la comunicación por signos (compartir información con otros copresentes inmediatamente) y por último la comunicación por medio de símbolos, la información codificada, conservada y compartida con otros no necesariamente copresentes, ni siquiera coetáneos en el tiempo (al pasar y acumular información de una generación a otra). «Los sistemas de símbolos han proporcionado a la humanidad una forma radicalmente nueva de relacionarse y adaptarse al mundo biofísico... Los sistemas de símbolos son el equivalente funcional de los sistemas genéticos» (Lenski y Lenski 1974: 18). Es probable que en el futuro la cantidad y la calidad de la información disponible por la especie humana sitúe su propia evolución bajo control consciente y voluntario. Esto coronará el proceso de «evolución de la evolución», el avance constante de los mecanismos evolutivos mismos.

Todos los demás aspectos de la vida social están fuertemente conectados con el carácter de la tecnología. «Las soluciones de una sociedad a sus problemas tecnológicos funcionan como un conjunto de condiciones que determinan el abanico de soluciones que la sociedad puede aplicar a otros problemas» (Lenski y Lenski 1974: 80). El curso dominante de determinación sigue la secuencia: «tecnología-economía-Estado-sistema distributivo» (Lenski 1966: 436). Pero estos autores enfatizan que la determinación tecnológica es meramente probabilística, y conceden que hay retroalimentaciones desde otros aspectos de la sociedad a la tecnología. Pero en general, «el avance tecnológico es el principal determinante de esa constelación de tendencias globales —en población, en lenguaje, en estructura social, y en ideología— que definen los rasgos básicos de la historia humana» (Lenski y Lenski 1974: 110).

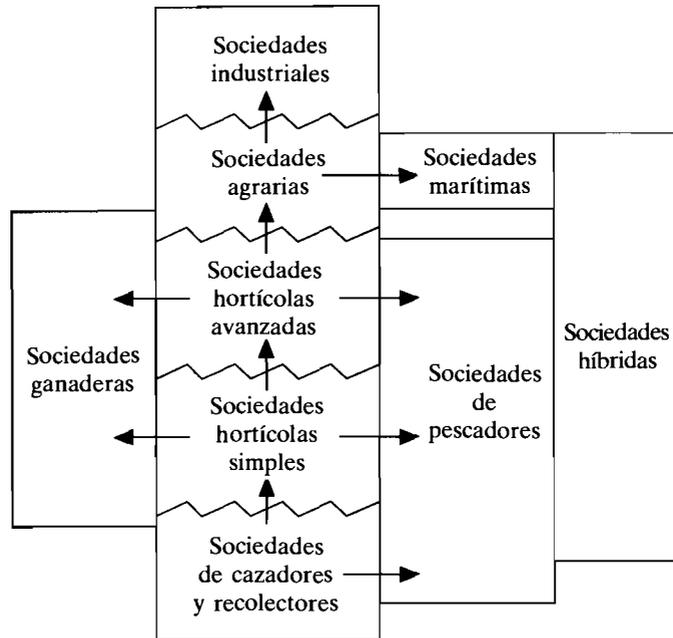
Por tanto, la tecnología proporciona el criterio principal para la periodización de las sociedades humanas en estadios o fases evolutivas: (1) caza y recolección, hasta el 7000 a.C., (2) hortícola, desde el 7000 hasta el 3000 a.C. (3) agraria, desde el 3000 a.C. al 1800 d.C. y (4) industrial, desde el 1800 d.C. Dependiendo de las condiciones ecológicas locales, puede haber líneas alternativas, múltiples, de evolución que se bifurquen de la principal, y por tanto, distintas variantes de los tipos principales. Algunas sociedades pueden desarrollar tecnologías diferentes, pero equivalentes, al mismo nivel de eficiencia general, cuantificables como «el valor del producto bruto de una sociedad dividido por la energía humana empleada en su producción» (Lenski 1966: 93). La tipología de sociedades resultante puede verse en la figura 8.2.

### *Talcott Parsons y la teoría ampliada de la diferenciación*

Al final de su larga y prolífica carrera, Talcott Parsons acometió el problema del cambio histórico de largo alcance. En dos volúmenes, *Societies: Evolutionary and Comparative Perspectives* (1966) y *The System of Modern Societies* (1971) utilizó sus conceptos estructurales-funcionales anteriores para interpretar las transformaciones evolutivas de la sociedad humana.

Parsons distingue dos tipos de procesos que acontecen en cualquier sistema social. Los procesos integradores y de control tienen efectos compensatorios: restablecen el equilibrio tras los disturbios, salvaguardan la continuidad y reproducción de la so-

FIGURA 8.2. Esquema evolucionista de Lenski (Fuente: Lenski 1966: 92). Reproducido con permiso de McGraw Hill, Publishers.



ciudad. Pero también hay procesos de cambio estructural que tocan el centro del sistema de valores y normas. «El cambio estructural es un cambio en los valores que controlan las relaciones entre las unidades del sistema» (Lackey 1987: 85).

Los cambios estructurales siguen el modelo evolutivo. Cada fase consecutiva en el proceso se distingue por el crecimiento de la complejidad y el incremento del número y la variedad de unidades especializadas dentro del sistema, con la consiguiente necesidad de formas nuevas de cooperación, coordinación y organización. «La evolución sociocultural, al igual que la evolución orgánica, ha procedido por variación y diferenciación desde formas simples a formas progresivamente más complejas» (Parsons 1966: 2). En otras palabras, «el factor direccional es un incremento en la capacidad adaptativa generalizada» (p.26). Pero éste es sólo un rasgo general que no excluye la diversidad de trayectorias evolutivas específicas. La evolución no es unilineal sino multilineal: «Al contrario de lo que dicen algunas concepciones anteriores en este campo, no procede en una única línea claramente definible, sino que en cada nivel incluye una variedad bastante amplia de formas y tipos diferentes» (p.2).

Hay cuatro mecanismos básicos de evolución: la diferenciación, la gradación adaptativa, la inclusión y la generalización de valor (Parsons 1966: 22-3; 1971: 26-8). (1) Primero está el mecanismo de la diferenciación, esto es, la formación de unidades estructural y funcionalmente específicas. «La diferenciación es la división de una unidad o estructura de un sistema social en dos o más unidades o estructuras que difieren en sus características y significado funcional para el sistema» (Parsons 1971: 26).

Como ejemplo está la escisión de la familia campesina en la familia moderna y la organización moderna del empleo. (2) A continuación está el mecanismo de la gradación adaptativa, esto es, el surgimiento de la eficiencia de cada nueva unidad, su mayor ejecución especializada y efectiva comparada con totalidades anteriores más uniformes. «La adaptación gradual es el proceso por el que un abanico mayor de recursos se pone a disposición de las unidades sociales, de forma que su funcionamiento puede liberar de algunas restricciones frente a sus predecesores» (1971: 27). Por ejemplo, una fábrica moderna hace más productos, más variados, y los hace de forma más eficaz que una familia campesina. (3) A continuación viene el mecanismo de la inclusión, esto es, la integración de nuevas unidades en la sociedad, salvaguardando su funcionamiento armonioso en un contexto nuevo. «Estos problemas sólo pueden ser abordados mediante la inclusión de nuevas unidades, estructuras y mecanismos dentro de la estructura normativa de la comunidad social» (1971: 27), entre otros, la generalización de nuevas normas, valores y reglas. (4) Después está el mecanismo de la generalización de valor, esto es, formular los patrones normativos a un nivel suficientemente general como para abarcar nuevas unidades, diversificadas, y proveerlas de apoyo y legitimación. «Cuando la red de situaciones socialmente estructuradas se vuelve más compleja, el patrón de valor mismo ha de ser arropado en un nivel superior de generalidad en orden a asegurar la estabilidad social» (1971: 27). Estos cuatro mecanismos operan de forma conjunta. «El estado de cualquier sociedad dada y, lo que es más, de un sistema de sociedades conexas... es un complejo que resulta de ciclos progresivos que implican estos (y otros) procesos de cambio» (1966: 23).

La evolución sigue estadios discernibles: (1) primitivo, (2) primitivo avanzado, (3) intermedio y (4) moderno. La sociedad primitiva es muy homogénea y uniforme. No está diferenciada en subsistemas especializados. Los lazos sociales centrales son proporcionados por el parentesco y la religión. La participación en la sociedad está definida por categorías adscriptivas y criterios pluralistas. El estadio primitivo avanzado se alcanza cuando aparece la división en subsistemas: las funciones políticas (logro de objetivos) les emancipan de la religión (mantenimiento de modelo), y dentro de posteriores subsistemas, quedan diferenciados lo profano y lo sagrado. La participación en la sociedad deviene estratificada y se da mayor énfasis al criterio del logro, en lugar de a la adscripción. Las sociedades intermedias están caracterizadas por el desarrollo de la escritura, que permite la acumulación de información, la comunicación a distancia y la transmisión de la tradición. Aparecen estratificaciones sociales desarrolladas, dominadas por principios universalistas. Los valores se generalizan y legitiman en forma secularizada. Por último, «el tipo moderno de sociedad ha surgido en un espacio evolutivo único, Occidente, que es esencialmente la mitad de Europa que se siente heredera del Imperio Romano del norte del Mediterráneo. La sociedad de la cristiandad occidental, por tanto, proporcionó la base desde la cual “despegó” lo que denominaremos el “sistema” de las sociedades modernas (Parsons 1971: 1). Los rasgos cruciales de la modernidad son: (1) la diferenciación completa de los cuatro subsistemas en la sociedad: adaptativo, de logro de fines, integrador y de mantenimiento del modelo, (2) el papel dominante de la economía, caracterizada por la producción en masa, la organización burocrática, la omnipresencia del mercado y del dinero como espacio generalizado y medio de intercambio respectivamente, (3) el desarrollo del sistema legal como mecanismo principal de coordinación social y control, (4) la

estratificación basada en los criterios universalistas de mérito, (5) la extensión de redes complejas, impersonales, mediadas de relaciones sociales.

— La imagen de Parsons de la evolución ha sido criticada por sus prejuicios prooccidentales:

Sólo puede vislumbrar una corriente principal de avance evolutivo, a saber, la «occidental» que desde Israel, Grecia y Roma llega hasta el Occidente moderno. Todo lo demás, está claro, ha demostrado ser un fracaso evolutivo, por muy bien que esté adaptado a su medio ambiente. Tal esquema pseudogenético es lisamente etnocéntrico. Su serie está derivada de una lectura selectiva de la historia occidental, en términos de atributos que se han mostrado significativos y valiosos en la experiencia social de los estados occidentales, notablemente de América. (*Smith 1976: 52*)

Los prejuicios parecen mayores cuando Parsons termina su discusión de la evolución con esta conclusión: en nuestro tiempo ha aparecido una «sociedad de plomo», que culmina el proceso evolutivo, y esta sociedad es los Estados Unidos. «Los Estados Unidos, la “primera nación nueva”, ha llegado a jugar un papel parecido al de Inglaterra en el siglo XVII» (Parsons 1971: 87). Esto se debe básicamente a que

sintetiza en un alto grado la igualdad de oportunidades subrayadas por el socialismo. Presupone un sistema de mercado, un orden legal robusto, relativamente independiente del gobierno, y un «estado nación» emancipado del control de la religión y la etnia. La revolución educativa ha sido considerada como una innovación crucial, especialmente respecto al énfasis en el modelo asociativo, así como a la apertura de oportunidades. Sobre todo, la sociedad norteamericana ha ido más lejos que cualquier sociedad de tamaño parecido en su disociación de las viejas desigualdades adscriptivas y en la institucionalización de un modelo básicamente igualitario (*Parsons 1971: 114*).

Esta descripción es demasiado idealista, y se aleja de las realidades más desagradables de la vida americana. Produce extrañeza leerla en los años 90 cuando datos oficiales recién publicados muestran que uno de cada siete ciudadanos norteamericanos vive por debajo del nivel de pobreza, las tasas de desempleo se acercan al 10 por ciento, las tensiones raciales y étnicas irrumpen con nueva fuerza, la recesión persiste y el liderazgo económico de América es contestado por el lejano Oriente y por una Europa en proceso de unificación. Pero las observaciones de Parsons han de situarse en el contexto histórico. Cuando se escribieron esas palabras los Estados Unidos atravesaban un período de prosperidad, abundancia y optimismo. Su trabajo refleja ese clima, y por eso a veces se aproxima a la apologética y a la ideología. «Talcott Parsons, al escribir en los Estados Unidos en los años 50 y 60, sintió que estaba viviendo en la cumbre de la civilización humana, al igual que Auguste Comte en la década de los 30 del siglo pasado creía que su Francia mostraba la cara del futuro a las sociedades menos modernas de su tiempo» (Collins 1988: 39).

### **El neofuncionalismo y el debate acerca de la diferenciación**

En los años ochenta comenzó un importante debate teórico centrado en una afirmación básica del evolucionismo: que la evolución social se mueve en la dirección de

una creciente diferenciación estructural y funcional. La idea ya aparecía en la descripción de Herbert Spencer de la «ley general de la evolución» (véase el capítulo 7). Pero fue articulada y elaborada al completo en el primer libro de importancia de Émile Durkheim, *De la division du travail social* (1893). Tomando un aspecto de la diferenciación, la división del trabajo, Durkheim afirma una regularidad general: «Si uno deja a un lado las diversas formas que toma la división del trabajo de acuerdo con el tiempo y el lugar, permanece el hecho de que ésta avanza con regularidad en la historia» (1964: 233). La tipología polar de la «solidaridad mecánica» y de la «solidaridad orgánica» (véase la tabla 7.29) es tan sólo una elaboración de esa idea. La formulación de Durkheim ha sido de lo más influyente en el debate posterior. «Aunque la noción de que la sociedad cambia a través de un proceso de especialización puede retrotraerse a épocas anteriores, la teoría moderna del cambio social como diferenciación comienza con Durkheim» (Alexander 1988a: 51).

El concepto de división del trabajo se refiere principalmente al dominio de lo laboral, y a la especialización de las ocupaciones o profesiones. El concepto de diferenciación es una generalización de éste. Tal como fue definido por Neil J. Smelser, «la diferenciación estructural es un proceso en el que un papel u organización social... se diferencia en dos o más papeles u organizaciones... Las nuevas unidades sociales son distintas estructuralmente unas de otras, pero tomadas en conjunto son funcionalmente equivalentes a la unidad original» (1959: 2). La división del trabajo es tan sólo un subcaso de la diferenciación. Dietrich Rueschemeyer explica la distinción:

La diferenciación estructural incluye la división del trabajo, pero va más allá del viejo concepto en dos aspectos. Mientras que la división del trabajo hace referencia a los papeles laborales, y en las sociedades complejas primariamente a trabajos y ocupaciones a tiempo completo, el concepto de diferenciación no está confinado a la esfera económica sino que incluye también papeles políticos, culturales y sociales. Más aún, la diferenciación se refiere a la especialización de las organizaciones e instituciones así como a los papeles (*Rueschemeyer 1986: 141*).

Es obvio que la idea de diferenciación contiene de forma bastante adecuada los «rasgos generales de la historia mundial» (Alexander 1988a: 49), así como los rasgos generales de la época moderna, cuando el fenómeno alcanza unas dimensiones sin precedentes. Pero hay dos aspectos en los que la idea es deficiente: no proporciona el mecanismo causal que explique la tendencia dominante hacia la diferenciación (el que Durkheim propuso por medio de la presión demográfica o «densidad moral» es difícilmente satisfactorio), y no proporciona análisis concretos, históricamente documentados, de «fases específicas» de las distintas consecuencias, efectos colaterales, tensiones y presiones engendradas por la diferenciación en las distintas épocas, así como de los casos bastante comunes de regresiones, de fusiones estructurales, de desdiferenciaciones y de delegaciones. La tensión entre el nivel de la tendencia general, los mecanismos causales y los desarrollos históricos contingentes es denominada por Alexander como el «problema de Durkheim». Este problema motivó intentos posteriores de extensión de la teoría de la diferenciación «hacia abajo», hacia el desentrañamiento de los procesos causales subyacentes y el reconocimiento de las realidades históricas.

Estos intentos ya fueron acometidos por la primera generación de estructuralis-

tas-funcionalistas: Talcott Parsons (1966; 1971, véase lo dicho antes), Neil Smelser (1959), Shmuel Eisenstadt (1963). Posteriormente, en los años 80 el testigo fue recogido por la llamada escuela «neofuncionalista» (por ejemplo, Alexander 1985; Rueschemeyer 1986; Alexander 1988a; Alexander y Colomy 1988; Tiryakian 1992). «Estas revisiones procedían del presupuesto común de que la diferenciación proporciona, de hecho, una estructura intuitivamente significativa para la comprensión de la naturaleza del mundo moderno. Pero el esfuerzo por interrelacionar este modelo general con las instituciones, los procesos, y las tensiones específicas de cada fase es lo que más preocupa a los teóricos de la diferenciación hoy día» (Alexander 1988a: 69).

Como ilustración de lo que puede denominarse teoría de la neodiferenciación, tomaré el libro de Dietrich Rueschemeyer sobre el poder y la división del trabajo: *Power and the Division of Labour* (1968). El autor intenta enfrentarse a los dos retos planteados por las omisiones de Durkheim: intenta reemplazar el mecanismo causal, y anclar la tendencia en hechos contingentes, permitiendo excepciones y reversiones de la tendencia general. Suponiendo, con Durkheim, que «la división del trabajo y la diferenciación social son los procesos sociales que subyacen a los cambios hacia estructuras sociales más complejas» (Rueschemeyer 1986: 1), se centra en un factor significativo que contribuye causalmente a la diferenciación, a saber: el poder. Los factores de mayor eficiencia, productividad o adaptabilidad adelantados por funcionalistas anteriores sólo plantean la cuestión. Las verdaderas preguntas son: ¿eficiencia para quién (mediante los criterios de quién)? ¿Productividad para quién (de acuerdo con las «estructuras de preferencia» de quién)? ¿Adaptabilidad para quién (que satisface las necesidades de quién)? Argumenta que los poderosos son siempre capaces de imponer consistentemente la división del trabajo en consonancia con sus intereses particulares, o bloquear la diferenciación si sucede que es contraria a sus intereses. La tesis ampliamente documentada del libro es que son «en gran medida, los intereses más poderosos los que determinan qué criterios de eficiencia seleccionarán entre las distintas formas de división del trabajo y de esta forma modelarán las formas particulares de producción social y de reproducción» (p.171). Llevando el argumento a circunstancias históricas concretas, Rueschemeyer encara con valentía el segundo reto de Durkheim: no ignorar las excepciones a la tendencia. Diversos ejemplos de des-diferenciación, definidos como «reveses de la especialización y de la fusión de funciones» (p.141) prueban que la tendencia es muy contingente. (1) Hay ejemplos de estancamiento típicos de muchas sociedades agrícolas, presentes en todo el mundo durante largos períodos de tiempo. (2) Hay casos famosos de decadencia tras avances en la división del trabajo: la caída del Imperio Romano, del Imperio Bizantino, los períodos de involución en Egipto o Persia son sólo unos pocos ejemplos. (3) Hay contratendencias en diversos niveles de las estructuras sociales: por ejemplo, con la centralización y profundización de la división del trabajo en el nivel gubernamental, las unidades locales (aldea, ciudad, región) sufren a menudo procesos involutivos; de forma parecida, con la especialización creciente del trabajo en el nivel de la economía nacional puede haber «incentivos locales para retornar a formas muchos más simples y pobres de ganarse la vida» (p.150). (4) En la sociedad moderna surgen casos particularmente interesantes de des-diferenciación: el papel general, unificador del ciudadano, que atraviesa el resto de las divisiones sociales, así como el individualismo moral y religioso (por ejemplo, en la religión protestante), alejando una parte

crucial de las preocupaciones religiosas de las instituciones especializadas de la iglesia y del sacerdocio. El invocar a diferencias de poder y a grupos de interés en conflicto como factores causales que detienen, bloquean o invierten la diferenciación prueba su fuerza explicativa también con respecto a esas desviaciones excepcionales de la tendencia general.

La contribución de Rueschemeyer es tan sólo un ejemplo reciente de cómo el «problema de Durkheim» y el programa de investigación a él ligado informan el debate teórico en curso y que dura ya casi un siglo.

### **El giro hacia el evolucionismo biológico**

Como recordarán, el evolucionismo sociológico de Comte y Spencer anticipó la formulación de la teoría evolutiva en biología, y en particular su expresión más influyente debida a Charles Darwin (1809-82) en su tratado fundamental *On the Origin of Species* (1859). Tanto el evolucionismo clásico en sociología como la mayoría de las escuelas neoevolucionistas han seguido la imagen spenceriana del crecimiento orgánico en lugar de la imagen darwiniana de la selección natural. Tan sólo recientemente la sociología se ha dirigido con seriedad hacia las raíces darwinianas. En lugar de las teorías anteriores, denominadas «desarrollistas» u «ontogenéticas» (Burns y Dietz 1992: 3), «teorías de estadios» o «teorías de la diferenciación orgánica» (Collins 1988: 13), algunos neoevolucionistas proponen las «teorías de la selección natural» (Collins 1988: 29), o las teorías de la «variación sociocultural y de la retención selectiva» (Lopreato 1984: 236). Comparten la creencia de que «el modelo darwinista revela similitudes analíticas fundamentales entre los procesos biológicos y socioculturales de evolución» (Lopreato 1984: 264).

En consecuencia, las metáforas básicas o los modelos que subyacen a la teorización evolutiva son reformulados. Randall Collins ha proporcionado un acertado resumen de la distinción:

[la teoría clásica] tomó como modelo la embriología y representa la sociedad en su crecimiento como un organismo, que se vuelve no sólo más grande sino que se diferencia en órganos especializados y funciones...Una segunda analogía es la teoría darwinista de cómo evolucionan las especies a través de la variación y la selección natural de aquellas formas mejor adaptadas a sus ambientes...La diferenciación considera la sociedad como equivalente a los organismos singulares, en crecimiento durante su tiempo de vida; la selección natural considera las sociedades como equivalentes a la variedad de especies (poblaciones de organismos), algunas de las cuales son seleccionadas como adaptaciones favorables, y otras no (Collins 1988: 13).

Este cambio de perspectiva estimuló una nueva oleada de teorización. De nuevo, «en la última década, el pensamiento evolutivo se ha desplazado desde la periferia de la teoría social al centro» (Burns y Dietz 1992: 3).

El mecanismo básico de la evolución fue definido por Darwin como «la preservación de las variaciones favorables y el rechazo de las variaciones perjudiciales» (1964: 81). Hay tres principios que modelan la lógica del proceso. Primero, el principio de variación (las simples mutaciones) en la población. Segundo, el principio de selección

(lucha por la existencia) entre individuos diferentemente dotados. Tercero, el principio de supervivencia del mejor adaptado (éxito reproductivo), que da como consecuencia la reproducción de los rasgos portados por los individuos seleccionados (características «heredables») en las poblaciones futuras.

— En la biología evolutiva uno de los problemas principales tiene que ver con el carácter de los componentes relevantes en la población. Desde la concepción primitiva e ingenua que consideraba a los individuos concretos como competidores entre los que se produce la lucha por la supervivencia y la selección natural, a los descubrimientos de Johann G. Mendel (1822-84) que condujeron a la muy abstracta noción de genes y dotación genética como terreno de la selección evolutiva. Un desarrollo intelectual paralelo puede verse en la teoría sociológica o «sociocultural» de la evolución. Ya no son las poblaciones las que son concebidas en evolución, sino conjuntos de relaciones sociales abstractas o, en la versión más reciente, conjuntos de reglas, articulados en «sistemas de reglas» (Burns y Dietz 1992: 261; véase también Dietz y Burns 1992). Los paralelismos en el razonamiento, e incluso en el lenguaje utilizado, con la concepción biológica son inconfundibles. «Nuestro enfoque», afirman Burns y Dietz, «se centra en los procesos por los cuales se generan, se seleccionan y se transmiten o reproducen las reglas sociales... Las fuerzas evolutivas actúan sobre la variabilidad de la población. Los procesos de transmisión y selección favorecen algunas reglas y conducen al incremento de su predominio. Éste es el éxito reproductivo, o la adecuación cultural» (1992: 263).

Otro enigma compartido por la teoría biológica y la sociológica tiene que ver con las fuentes de variabilidad inicial. ¿Por qué son los elementos de la población tan heterogéneos y diversificados? Algunos autores admiten: «Al igual que Darwin, los científicos sociales contemporáneos ignoran profundamente las leyes que gobiernan la producción de variaciones» (Langdom 1979: 292). Como mucho se aventuran a referirse a innovaciones, descubrimientos, aberraciones, accidentes de conducta, idiosincrasias y factores igualmente fortuitos e impredecibles. Otra posición afirma que en la sociedad humana la variación no ha de ser necesariamente ciega y fortuita, sino que puede ser consecuencia de designios voluntarios, puede ser «voluntaria en el sentido de que los seres humanos están orientados por fines y constantemente se sumergen en la búsqueda de estrategias o conductas en algún sentido superiores a las viejas» (Lopreato 1984: 247). Este hecho hace menos indeterminada la emergencia de la variación de lo que de otra forma habría sido. Una sonda aún más profunda en el secreto de las variaciones está a disposición de los autores que se centran en la evolución de los sistemas de reglas. Tom Burns y Thomas Dietz sugieren que la variabilidad de las reglas puede surgir de seis circunstancias. (1) Está la necesaria verbalización de las reglas durante su transmisión social (por el profesor), y esto abre a puerta a las formulaciones idiosincrásicas. (2) Cualquier desarrollo de las reglas, que son generales por definición, requiere interpretación, y aquí se da una nueva oportunidad a las idiosincrasias. (3) La gente comete fallos y errores en la articulación y aplicación de las reglas. (4) La gente busca y experimenta con reglas, en particular si están insatisfechos con aquellas obligatorias. (5) La gente se embarca en actividades juguetonas o perversas, que pueden generar nuevas reglas que alcancen los dominios más serios de la vida. (6) Siempre hay una infiltración de reglas extrañas,

tanto a través del contacto personal como del encuentro casual (a través de los medios de comunicación de masas) (Burns y Dietz 1992: 264).

El tercer enigma se refiere a los cruciales mecanismos de la selección, esto es, «a la reproducción diferencial de modos de acción y pensamiento dentro de las sociedades» (Langton 1979: 302). ¿Por qué algunos elementos se heredan y otros son abandonados? «¿Cómo es que algunas combinaciones, entre la plétora producida a cada momento en una población dada, son escogidas por los selectores para su conservación e institucionalización?» (Lopreato 1984: 251). Esta pregunta abarca tres interrogantes distintos: ¿Quién, o qué sirve como agente director de la selección? ¿Cuáles son los criterios que se aplican en el proceso de selección? ¿Cómo se efectúa la selección?

En lo referido a los agentes, Burns y Dietz distinguen una «selección p» llevada a cabo conscientemente por los titulares del poder, por los reformistas, por los líderes, que establecen las reglas para otros; una «selección s» por constricciones o facilitadores inconscientes engendrados por las estructuras establecidas; y una «selección m» que opera a través de los límites naturales, objetivos, del medio natural. Por ejemplo, «los agentes humanos no pueden establecer reglas que violen las leyes de la física o de la biología» (1992: 266-7). Los autores enfatizan la importancia de la agencia humana autoconsciente, voluntaria, rechazada o completamente ignorada en las versiones más mecanicistas del evolucionismo. «La agencia proporciona un mecanismo para generar cambio en los sistemas de reglas que es mucho más poderoso que el error o la migración, y que empareja con el carácter dinámico, inventivo y a menudo juguetón de la vida humana» (p.275).

En lo que concierne al criterio de selección, es tradición establecida mencionar la adaptabilidad o éxito reproductivo, esto es, el valor funcional de determinada institución, regla, forma de vida, para la supervivencia y para la capacidad para reproducirse. Algunos autores van más lejos de esto, señalando que la mera supervivencia o adaptación raramente es la única consideración, y que en la sociedad humana un selector importante puede ser el «reforzamiento de la satisfacción o la comodidad, la creación de comodidades» (Lopreato 1984: 256). Por último, uno puede sugerir como criterio último el refuerzo de las capacidades agenciales de la sociedad: el potencial de autotransformación (véase el capítulo 15).

De forma parecida, el modo en el que se efectúa la selección es percibido en formas cada vez más complejas, desde la simple «lucha por la supervivencia» darwinista, a través de la «lucha por los refuerzos», esto es, «los esfuerzos por obtener cosas que satisfarán necesidades y deseos» (Langton 1979: 297), a la «lucha por la satisfacción», esto es, «el equilibrio favorable del placer sobre el dolor» (Lopreato 1984: 257). Sugeriré uno más, quizás el modo último de selección: la «lucha por la agencia», esto es, por la emancipación de las constricciones negativas y por el refuerzo de la libertad positiva para transformar la propia sociedad (véase el capítulo 15).

Como admiten con franqueza sus proponentes, la teoría neoevolucionista de la selección sociocultural está todavía en «una fase muy primaria de su desarrollo en las ciencias sociales» (Burns y Dietz 1992: 275). Pero ya parece mucho más prometedora que el evolucionismo clásico, al igual que algunas ramas no darwinistas del neoevolucionismo antes comentadas. Su novedad básica incluye el rechazo del determinismo, del finalismo, del fatalismo, de la linealidad y de la gradualidad. En su lugar

hacen hincapié en la suerte, en lo fortuito, en la contingencia, en lo abierto del proceso, en los umbrales cualitativos, y en el papel crucial de la agencia humana. El programa de investigación que implica es muy ambicioso: «Para tener éxito se necesitará una síntesis teórica de la biología evolutiva y de la ciencia social así como un conocimiento más rico y sistemático de las condiciones medioambientales, incluidas las culturales, y de las vicisitudes históricas del homo sapiens y de su sociedad» (Lopreato 1984: 236).

---

## Capítulo 9

# TEORÍAS VIEJAS Y NUEVAS DE LA MODERNIZACIÓN

### Las últimas encarnaciones del evolucionismo

Hay tres sentidos en los que se puede hablar de la idea de modernización. El más general, equivalente a todos los tipos de cambio social progresivo, se da cuando una sociedad discurre a lo largo de una escala de mejora. Este uso es completamente relativo en el sentido histórico y puede aplicarse a todos los períodos históricos. Salir de las cavernas y construir los primeros refugios es claramente un caso de modernización, como lo es abandonar los carros por los automóviles o las máquinas de escribir por los procesadores de textos, por mencionar ejemplos recientes. Este significado del término no nos interesará aquí, por no ser suficientemente específico, ya hay otros términos suficientemente buenos que pueden usarse en su lugar. El segundo sentido es más específico en términos históricos. Apela a la idea de «modernidad», un rico complejo de transformaciones sociales, políticas, económicas, culturales y mentales que tienen lugar en Occidente desde el siglo XVI en adelante, y que alcanzan su apogeo en los siglos XIX y XX. Implica un proceso de industrialización, urbanización, racionalización, burocratización, democratización, ascenso del capitalismo, extensión del individualismo, motivación meritocrática, afirmación de la razón y de la ciencia, y muchos otros procesos discutidos en detalle en el capítulo 5. La «modernización» en este sentido significa el logro de modernidad, acercarse a un síndrome y una actitud específica, institucional e históricamente localizada: «el proceso a través del cual una sociedad tradicional o pretecnológica pasa a ser transformada en una sociedad caracterizada por la tecnología maquinista, por las actitudes racionales y secularizadas, por las estructuras sociales altamente diferenciadas» (O'Connell 1976: 13). En este sentido la mayoría del trabajo clásico en sociología trata de la modernización: Comte y Spencer, Marx y Weber, Durkheim y Tönnies produjeron descripciones de este proceso crucial para la historia de Europa y de los EE.UU. en su tiempo.

Por último, está el significado más específico del término: «modernización» referi-

do sólo a sociedades atrasadas o subdesarrolladas y que describe sus esfuerzos por alcanzar a los países en cabeza, a los más desarrollados con los que coexisten en el mismo período histórico dentro de la sociedad global. En otras palabras, describe el movimiento desde las periferias al centro de la sociedad moderna. Un grupo de enfoques específicos del cambio social que circulan bajo el nombre de teorías de la modernización, y de la neomodernización y de la convergencia adoptan este significado más limitado de «modernización». Éstas constituirán el núcleo principal de este capítulo.

Las teorías de la modernización y de la convergencia son el producto de la época posterior a la Segunda Guerra Mundial. Ambas fueron formuladas en respuesta a la emergencia de la nueva división de la sociedad humana en tres «mundos» distintos: el Primer Mundo de las sociedades desarrolladas industriales, que incluía Europa occidental y los EE.UU., pero a los que pronto se unieron Japón y los «países recién industrializados» del lejano Oriente; el Segundo Mundo de las sociedades autoritarias «socialistas» dominadas por la Unión Soviética, que discurrían mediante un enorme coste social por el sendero de la industrialización forzada; y el Tercer Mundo de las sociedades postcoloniales del Sur y del Este, profundamente subdesarrolladas y a menudo profundamente ancladas en la época preindustrial. ¿Cómo conceptualizar y explicar el cambio social en escenarios tan heterogéneos y desiguales del globo y tomar en consideración las crecientes interacciones y la interdependencia mutua del Primero, Segundo y Tercer mundos? Esto se convirtió en un serio desafío para los teóricos del cambio. Las teorías clásicas de la modernización se centraron en el contraste entre el Primer Mundo y el Tercer Mundo mientras que las teorías de la convergencia, así como las teorías que han surgido recientemente de la transición post-comunista, tomaron la línea de diferenciación entre el Primer y el Segundo Mundo como su tema principal.

El período de más alta popularidad de ambas teorías, en su forma clásica, inicial, radica en los años 50 y mediados de los 60 de este siglo. Las contribuciones de Marion Levy (1966), Everett Hagen (1962), Talcott Parsons (1966), Neil Smelser (1959), Daniel Lerner (1958), David Apter (1968) y Shmuel Eisenstadt (1973) a la teoría de la modernización, y el trabajo de Clark Kerr (Kerr *et al.* 1960), Samuel Huntington (1968), Walt Rostow (1960) en el campo de la teoría de la convergencia son unánimemente estudiadas y valoradas. Después, en los años 70 y hasta mediados de los 80 recibieron fuertes críticas, que dieron lugar a su decadencia, e incluso a la completa desaparición, de ambas teorías. Pero a finales de los 80 observamos un cierto renacimiento de las teorías de la modernización, y estas versiones revisadas se proponen bajo el rótulo de «neomodernización» (Tiryakian 1991) o «postmodernización» (Alexander 1992). A comienzos de los años 90, en medio de las consecuencias del colapso del comunismo, la teoría de la convergencia también ha vuelto a aparecer en la corriente principal del debate sociológico, conformando uno de los relatos posibles de la transición post-comunista.

Tanto la teoría de la modernización como la de la convergencia pueden ser tratadas como las encarnaciones últimas de la orientación evolucionista. Esto es válido particularmente para las primeras versiones de ambas teorías, con la liberación gradual de los presupuestos fuertes evolutivos bajo la presión de la crítica, y su rechazo casi completo en las variantes de la neomodernización y de la neoconvergencia. Al principio, no obstante, en la búsqueda de modelos teóricos útiles para interpretar el

avance desde los «mundos» menos desarrollados a los «mundos» más desarrollados, ambas teorías se dirigieron al evolucionismo, en esa época aún dominante en el pensamiento sociológico acerca del cambio. «Aunque su terminología sea algo novedosa, la forma en la que los teóricos de la modernización tienden a ocuparse del estudio del cambio social en las sociedades no occidentales está profundamente enraizada en la perspectiva del desarrollismo que ya estaba firmemente establecida en la sabiduría convencional de la ciencia social occidental mucho antes del final del siglo XIX» (Tipps 1976: 64).

Por tanto asumían (1) que los cambios son unilineales, y que por tanto las sociedades menos desarrolladas han de seguir el mismo camino que ya han recorrido las sociedades desarrolladas, subir los mismos peldaños, o quedar por debajo en la misma escalera. (2) Creían que los cambios eran irreversibles, y que se movían inevitablemente en la dirección de la modernidad, el final común del proceso de desarrollo, que ellos identificaban con las sociedades democráticas, industrializadas y capitalistas de Occidente. (3) Consideraban los cambios como algo gradual, incremental, efectuado de forma no abrupta, pacífica. (4) Señalaban una secuencia regular de estadios a través de los cuales discurría el proceso, ninguno de los cuales, presuntamente, podía saltarse, por ejemplo, «tradicional-de transición-moderno» (Apter 1968), «tradicional-logro de las precondiciones para el despegue-despegue del crecimiento sostenido-maduración-alcance del nivel de consumo de masas» (Rostow 1960). (5) Ponían el acento en la causación inmanente, endógena, y describían la fuerza motriz del cambio en términos de diferenciación estructural o funcional, gradación adaptativa y nociones parecidas de procedencia evolucionista. (6) Predicaban el progresismo, en la creencia de que el proceso de modernización daría lugar a la mejora universal de la vida social, a una mejora de la condición humana. En suma, la modernización y la convergencia fueron consideradas necesarias, irreversibles, endógenas y, en último término, beneficiosas.

Sin embargo, ya en ese estadio primario había algunos distanciamientos de las ideas evolucionistas, particularmente visibles en la teoría de la modernización. Aparte del enfoque problemático especial centrado en el Tercer Mundo (o en el Segundo Mundo, en el caso de la teoría de la convergencia), había un nuevo énfasis sobre la ingeniería y la planificación sociales, y una concepción más específica del objetivo final. En lugar de una tendencia espontánea que opera de por sí «desde abajo», la modernización era concebida con mayor frecuencia como un proceso iniciado y controlado «desde arriba», por elites políticas ilustradas determinadas a sacar a sus países del atraso por medio de esfuerzos planificados a voluntad. En lugar de proporcionar difusas visiones utópicas de una sociedad mejor, los teóricos de la modernización adoptaron imágenes más tangibles, a saber, las sociedades más desarrolladas existentes del mundo occidental capitalista. La modernización, por tanto, significaba algo distinto al desarrollo espontáneo en una dirección básicamente progresiva. Significaba imitación a voluntad de las sociedades occidentales, tomadas como guión de la modernidad. Las democracias industriales de Occidente servían como «países modelo» (Bendix 1964), como «sociedades de referencia» o «marcadoras del ritmo» (Tiryakian 1985a), y los «países seguidores» eran vistos como perseguidores, intentando alcanzar a los primeros. «La modernización no es un proceso evolutivo autosostenido que progresa por sí mismo. Por el contrario, es un proceso de emulación, de trans-

plante del modelo y de los productos logrados por otros países al propio» (Chodak 1973: 257).

### **El concepto de modernización**

La modernización, en el sentido específico adoptado por las teorías de la modernización en los años 50 y 60 de este siglo, ha sido definida de tres formas: histórica, relativista y analítica.

En las definiciones históricas es equivalente a la occidentalización o americanización. Es vista como un movimiento hacia sociedades históricamente concretas, localizadas y fechadas. Pueden citarse dos ejemplos de tales descripciones. Shmuel Eisenstadt dice: «Históricamente, la modernización es el proceso de cambio hacia esos tipos de sistemas sociales, económicos y políticos que se han desarrollado en Europa occidental y en América del Norte desde el siglo XVII al XIX y que se han extendido a continuación a otros países europeos y en los siglos XIX y XX a América del Sur y los continentes asiático y africano» (1966b: 1). Wilbert Moore da una descripción parecida: «La modernización es una transformación “total” de la sociedad tradicional o premoderna hacia los tipos de tecnología y organización social asociados, y que caracterizan, a las naciones “avanzadas”, económicamente prósperas y relativamente estables políticamente del mundo occidental» (1963b: 89). Los enfoques de este tipo son muy vulnerables a la falacia del etnocentrismo.

El peligro se evita parcialmente mediante las definiciones relativistas que no apelean a unos parámetros especiales o temporales específicos sino que se centran en la sustancia del proceso, al margen de cuándo y dónde acontezca. De nuevo, pueden darse dos ejemplos: Edward Tiryakian observa que: «La modernidad no es la contemporaneidad hic et nunc. Desde la perspectiva del proceso histórico mundial, la modernidad esta relacionada con el estado de la cuestión o las innovaciones de primera línea o las rupturas de las estructuras cognitivas, morales, éticas, tecnológicas o sociales que contribuyen a fortalecer la condición humana» (1985a: 134). Una descripción parecida nos es dada por Szymon Chodak: «La modernización es una instancia especial, importante, del desarrollo de las sociedades, una instancia en la que se hacen esfuerzos conscientes para alcanzar modelos superiores elegidos» (1973: 256). En sentido relativista, la modernización significa la emulación a voluntad de modelos que son considerados modernos por la población en general o por sus segmentos ilustrados o elites gobernantes. Pero estos modelos pueden variar. Los «epicentros» de la modernidad, esto es, las localizaciones de las sociedades de cabeza, de referencia, en las que los logros percibidos como modernos son más comunes no están fijadas de una vez para siempre. Cambian históricamente. Edward Tiryakian señala tales «epicentros móviles de la modernidad» en las sociedades «semillero» de Grecia e Israel, pasando por la Roma antigua, el norte y el noroeste de Europa en la Edad Media, el ascenso de los Estados Unidos, y el cambio presente hacia el lejano Oriente, la cuenca del Pacífico, o quizá en el futuro, de vuelta a una Europa unida (1985a).

Las definiciones analíticas son más precisas que ésta, e intentan delinear las dimensiones de la sociedad moderna implantada a voluntad en un escenario tradicional, premoderno. Algunas se centran en los aspectos estructurales. Así Neil Smelser

describe la modernización como una transición compleja, multidimensional que abarca seis áreas. En el campo económico significa: (1) ligar las tecnologías al conocimiento científico, (2) ir desde la agricultura de subsistencia a la agricultura comercial, (3) reemplazar la fuerza humana y animal por energía inanimada y producción mecanizada, (4) extender las formas urbanas de asentamiento y concentración espacial de la fuerza de trabajo. En la arena política, la modernización significa la transición desde la autoridad tribal a los sistemas de sufragio, a la representación, a los partidos políticos y al gobierno democrático. En el campo de la educación, implica la eliminación del analfabetismo y el mayor énfasis en el conocimiento, en la capacitación de habilidades y competencias. En la esfera religiosa significa la secularización. En la vida familiar, está caracterizada por el menor papel del parentesco y la mayor especialización de la familia. En el dominio de la estratificación, la modernización significa un énfasis en la movilidad y en el mérito individual en lugar de en la adscripción (Smelser 1973: 747-8).

Otras descripciones analíticas de la modernización adoptan una perspectiva psicológica en lugar de estructural. Delinean un tipo específico de personalidad supuestamente característica de las sociedades modernas. La «personalidad moderna» se ha descrito en el capítulo 5 como un síndrome particular modelado por los siguientes rasgos: (1) independencia de las autoridades tradicionales, antidogmatismo en el pensamiento, (2) preocupación por los asuntos públicos, (3) apertura a las experiencias nuevas, (4) creencia en la ciencia y la razón, (5) planificación, anticipación, orientación hacia el futuro, capacidad para aplazar la gratificación, (6) altas aspiraciones: educativas, culturales y profesionales (Inkeles 1976; Inkeles y Smith 1974). La modernización en este dominio significa aproximarse a tal configuración típica de la personalidad y la supresión de los rasgos de la personalidad opuestos, tradicionales. En suma, implica «la mayor capacidad para ajustarse a horizontes cada vez más amplios; el desarrollo de una determinada flexibilidad del ego, la ampliación de las esferas de interés y una mayor empatía potencial hacia otras gentes y situaciones; un aprecio mayor por el autodesarrollo, por la movilidad; y un énfasis mayor en el presente en tanto dimensión temporal significativa de la existencia humana» (Eisenstadt 1983: 226).

### **Los mecanismos de la modernización**

¿Cuál es el mecanismo causal del empuje (o arrastre) hacia la modernidad tan ampliamente documentado en todas las sociedades subdesarrolladas? Los teóricos difieren sobre esta cuestión, y se han propuesto diversas hipótesis.

Algunos autores invocan el razonamiento evolucionista tradicional (del tipo spenceriano o durkheimiano) con su metáfora del crecimiento. La diferenciación estructural y funcional (y de forma más concreta, la división del trabajo) es un proceso «natural», inevitable, que puede ser ralentizado o incluso frenado durante un tiempo, pero que indefectiblemente prevalecerá. Si se toma tal perspectiva, la cuestión principal deviene la búsqueda de tales factores que frenan el proceso de diferenciación (crecimiento) de las sociedades subdesarrolladas, y la tarea de la política es quitar de en medio esos obstáculos. El presupuesto subyacente es que las sociedades se

modernizarán sólo si no son estorbadas en el proceso. El empuje para la modernización se cree espontáneo, que surge desde abajo. La tarea de las elites políticas consiste tan sólo en derribar las barreras a la modernización, que protegen las formas de vida, instituciones y modelos de organización atrasados, tradicionales.

Otras hipótesis apelan a un razonamiento evolutivo más sofisticado (de tipo darwinista) con su idea de la variedad y la supervivencia del mejor adaptado. En el choque o competición entre sociedades (culturas, economías, formas de organización, sistemas militares) la modernidad proporciona un perfil competitivo. Es más adaptativa, más eficiente, hace posible satisfacer más necesidades de masas mayores a niveles más altos. El prerrequisito de la modernización es la coexistencia de sociedades distintas y la necesidad de desarrollarse o perecer de aquellas situadas en los niveles más bajos. La adaptación gradual puede ser incremental, evolucionando de nuevo «desde abajo», pero entonces es muy lenta. Puede acelerarse cuando las elites políticas ilustradas se hacen conscientes de las limitaciones adaptativas de su sociedad e imponen reformas modernizadoras «desde arriba», acompañándolas de campañas educativas, que extiendan la conciencia de los beneficios de la modernidad.

Tal conciencia también puede desarrollarse espontáneamente, entre la gente corriente, a través del «efecto demostrativo» de las sociedades más modernas, con sus altos niveles de vida, riqueza y libertad personal. Para los ciudadanos de los países subdesarrollados, atrasados, la experiencia de los beneficios de la modernidad puede ser real o indirecta. Las oportunidades de encuentros reales con las formas de vida, las instituciones y las organizaciones modernas crecen con la mejora de la comunicación, el crecimiento del turismo, los viajes de negocios, etc. Las oportunidades de experiencias mediadas, indirectas, de la modernidad (y en especial de sus facetas «rosas») surge con los medios de comunicación de masas y las telecomunicaciones, desde las películas de Hollywood a la televisión por satélite. Cuando el tirón de la modernidad incluye a las masas, a menudo va contra intereses creados de elites incrustadas. Entonces, el prerrequisito de la modernización es la ascendencia de nuevas elites modernizadoras, que vencen a las conservadoras, y que sean capaces de desencadenar el potencial modernizador de la sociedad.

Un mecanismo específico de la modernización es el ofrecido por la teoría de la convergencia. En su forma clásica (C. Kerr, S. Huntington, W. Rostow y otros) se acerca al determinismo tecnológico. Así, afirma que el carácter de la tecnología dominante refuerza formas específicas de organización social, de vida política, de patrones culturales, de conducta cotidiana e incluso de creencias y actitudes. Presupuesto que la tecnología tiene su propia lógica inmanente de desarrollo impulsada por la secuencia de descubrimientos e innovaciones, la ascendencia de las tecnologías modernas tarde o temprano evocará el síndrome de la modernidad al completo, produciendo similitud e incluso uniformidad a lo largo de las distintas sociedades, eliminando las diferencias locales. Esta uniformidad-alumbramiento de la «lógica del industrialismo» es resumida por John Goldthorpe: «A medida que avanza el industrialismo y deviene un fenómeno mundial... el surtido de las estructuras institucionales viables y de los sistemas viables de valor y creencia se reducen necesariamente. Todas las sociedades, sea cual sea la senda por la que entren en el mundo industrial, tenderán a aproximarse, incluso asintóticamente, a la forma industrial pura» (1971: 263). O, en palabras de otro autor: «La modernización es un proceso homogeneizador. Existen

muchos tipos diferentes de sociedad tradicional; de hecho, las sociedades tradicionales, podría argumentarse, tienen poco en común salvo su falta de modernidad. Las sociedades modernas, por otro lado, comparten similitudes básicas. La modernización produce la tendencia hacia la convergencia entre sociedades» (Huntington 1976: 31)

En los años setenta se realizaron estudios empíricos y concretos sobre las áreas en las que se observó supuestamente la homogeneización. Éstas incluían: una estructura ocupacional adaptada a las necesidades de la industria, a la estructura demográfica con tasas bajas de nacimiento y esperanza de vida ampliada, el cambio del sistema de familia extensa a la familia nuclear, la fábrica como modo común de organización de la fuerza de trabajo, un incremento de los ingresos per cápita, la aparición de mercados de consumo, la democratización en la vida política (Weinberg 1976: 356). La investigación comparativa, no obstante, ha producido pruebas considerables de las divergencias existentes entre países industrializados de forma parecida, que permiten amplias posibilidades de divergencia. «Este núcleo incluiría el sistema de producción en la fábrica, un sistema de estratificación basado en una división compleja y extensa del trabajo y de la jerarquía de aptitudes, una amplia comercialización de los bienes y servicios y su transmisión a través del mercado, y un sistema educativo capaz de llenar los diversos nichos en el sistema ocupacional y de estratificación» (Feldman y Moore 1962: 146).

### **La crítica de la idea de modernización**

La idea de modernización fue profundamente criticada a finales de los años 60 y 70 de este siglo. Fue atacada tanto desde el punto de vista empírico, como contraria a la evidencia histórica, y sobre bases teóricas, en tanto cimentada en presupuestos insostenibles. Por la parte empírica se afirmaba que los esfuerzos de modernización no producen, con frecuencia, los resultados que prometían. En los países subdesarrollados la pobreza sigue siendo persistente e incluso se incrementa, los regímenes autocráticos o dictatoriales abundan, las guerras y disturbios son cosa común, la sacralización de la vida y la aparición de nuevas formas de fundamentalismo religioso proliferan, el fervor ideológico continúa, y aparecen nuevas formas de nacionalismo, faccionalismo y regionalismo.

Hay además muchos efectos secundarios patológicos de la modernización. La destrucción de las instituciones y de las formas de vida tradicionales a menudo produce desorganización social, caos y anomia. La desviación y la delincuencia aumentan. La falta de armonía entre los sectores económicos y la des-sincronización de los cambios en los distintos subsistemas de la sociedad da como resultado la falta de eficiencia y el derroche. Como atestiguó un observador cualificado: «en estas sociedades, todos esos desarrollos no dan lugar al desarrollo, especialmente en el campo político, de un sistema institucional viable capaz de absorber los problemas y las demandas diversificadas y en continuo cambio» (Eisenstadt 1966a: 435).

En la parte *teórica*, los presupuestos evolucionistas subyacentes fueron considerados inaceptables. Se señaló la posibilidad de desarrollos multilineales, siguiendo varios caminos de modernización en lugar de una única senda: «los puntos de partida distintos de los procesos de modernización de estas sociedades han influido mucho en

el contorno específico de su desarrollo y en los problemas encontrados en su curso» (Eisenstadt 1966b: 2).

La oposición estricta de tradición y modernidad se consideró confundente, y se reafirmaron en algunos campos los beneficios del tradicionalismo: «las sociedades modernas no sólo incorporan muchos elementos tradicionales, sino que las sociedades tradicionales a menudo tienen muchas características universalistas, orientadas a fines, burocráticas, que se consideran normalmente modernas» (Huntington 1976: 38). «Puede irse más lejos y argumentarse no sólo que la coexistencia es posible sino que la propia modernización puede fortalecer la tradición» (Huntington 1976: 36). «Los símbolos tradicionales y las formas de liderazgo pueden ser partes vitales de las bases de valor que apoyan las estructuras de modernización» (Gusfield 1966: 352).

Fue subrayada la importancia de un contexto externo, global y de causación exógena en lugar del enfoque exclusivamente endógeno. «Cualquier estructura teórica que no es capaz de incorporar variables significativas tales como la guerra, la conquista, la dominación colonial, las relaciones políticas o militares internacionales, o el comercio internacional y el flujo transnacional de capitales no puede esperar explicar ni los orígenes de estas sociedades ni la naturaleza de sus luchas por la autonomía política y económica» (Tipps 1976: 74).

La secuencia de estadios regulares en la modernización fue puesta en duda: «Los recién llegados, podría argüirse, pueden modernizarse rápidamente a través de medios revolucionarios, beneficiándose de la experiencia y de la tecnología de los primeros modernizadores. Todo el proceso puede ser, así, acortado, y el presupuesto de que hay una progresión de fases bien definidas —precondiciones, despegue, discurrir hacia la madurez, etc.— a través de las cuales deben pasar todas las sociedades es probablemente falso» (Huntington 1976: 38).

Por último, la concepción etnocéntrica, occidentalista de los fines de la modernización ha sido cuestionada, ya que «muchas de las nuevas sociedades y estados modernos y en modernización no se desarrollan en la dirección de los estados-nación europeos» (Eisenstadt 1983: 236). Esto es suficiente para destruir el atractivo de la teoría de la modernización, al menos durante algún tiempo.

De forma parecida, las predicciones históricas implicadas en la teoría de la convergencia resultaron ser, simplemente, falsas. «El hecho de que existe una gran variedad institucional entre las distintas sociedades modernas y en modernización —no sólo entre las de transición sino también entre las desarrolladas e incluso entre las muy industrializadas— es cada vez más evidente» (Eisenstadt 1992a: 422). En lugar de la convergencia, la creciente divergencia aparece como una característica dominante de las sociedades modernas, y la modernización ya no puede verse como el punto final común y último de la evolución de todas las sociedades.

### **Teoría de la neomodernización y de la neoconvergencia**

Ya en los años ochenta se observó un renacimiento de la teoría de la modernización (Tiryakian 1985a), y tras 1989 encuentra claramente un nuevo objeto en los esfuerzos de las sociedades postcomunistas por «entrar», o «volver a entrar» en Europa (esto es, en el mundo moderno occidental). Se vio que la teoría de la

modernización era útil para comprender estos nuevos procesos históricos, y que por tanto, «menospreciarla junto a la noción de modernidad sería un error tan grave como el de hacer de la modernización el centro de atención del cambio social en los 60» (Tiryikian 1985a: 132). También se escuchan llamamientos a favor de «una revisión de los estudios de la modernización, una revisión que implica también una reformulación de largo alcance de toda la visión de la modernidad y del desarrollo» (Eisenstadt 1983: 239). En respuesta a este desafío se han presentado los proyectos de la «teoría de la neomodernización» (Tiryakian 1991) o la «teoría de la postmodernización» (Alexander 1992). La teoría revivida y revisada de la modernización toma en cuenta la experiencia del mundo postcomunista, y, efectivamente, modifica sus presupuestos centrales.

La diferencia crucial entre los procesos de modernización en el Tercer Mundo y en el Segundo Mundo postcomunista es debida al legado del «socialismo real». Mientras que en los países postcoloniales, el punto de partida era usualmente la sociedad tradicional, premoderna, preservada de forma más o menos inalterada, en la Unión Soviética y en Europa oriental, la ideología gobernante y el sistema económico altamente politizado, centralizado y planificado estuvieron implicados durante muchas décadas en la promoción de la modernización «desde arriba». En consecuencia, lo conseguido está bien lejos de la genuina modernidad. Puede llamarse «falsa modernidad». Lo que quiero denotar con «falsa modernidad» es la combinación incoherente, falta de armonía e internamente contradictoria de tres componentes: (1) modernidad impuesta en algunos dominios de la vida, emparejada con (2) los vestigios de la sociedad tradicional, premoderna en otros, y todo ello aderezado con (3) ornamentos simbólicos que pretendían imitar a la modernidad occidental.

Tracemos un balance simplificado del legado del llamado «socialismo real» en este campo. Por parte de la modernidad hay: industrialización impuesta, con un énfasis obsesivo en la industria pesada; un cambio desde la agricultura al sector industrial; amplia proletarianización; urbanización caótica; control altamente eficiente de la población por el aparato burocrático de la administración, la policía y el ejército; estado fuertemente autocrático. También aparecieron, a veces en grado extremo, todos los efectos no deseados de la modernidad, incluyendo la destrucción medioambiental, la contaminación, el agotamiento de recursos, la anomia y la apatía en la masa de la sociedad. Lo que se olvidó y aún hoy sigue ausente es: la propiedad privada; la organización racional, contable y calculable de la producción; mercados que funcionen; el imperio de la ley; la abundancia de bienes de consumo y de opciones; «sistemas abstractos» fiables como las telecomunicaciones, sistemas aéreos, redes de carreteras, infraestructuras bancarias (Giddens 1990); elites empresariales robustas y clases medias; una ética del trabajo arraigada e individualismo; una democracia pluralista en funcionamiento. De alguna manera parece que todas estas sociedades han logrado de forma perversa todas las caras feas de la modernidad y han rehuido todas las caras brillantes. Han pagado el precio sin gozar de los beneficios. Este legado extraño y esquizoide todavía está ahí y durará, por lo menos, una generación o dos.

Europa del Este no sólo ha heredado una modernidad falsa, en algunos aspectos incluso ha regresado a la premodernidad, escondida todas estas décadas bajo la fachada de un bloque socialista unido. Los regímenes autocráticos internos, y la dominación imperial externa suprimieron todas las divisiones primordiales, produciendo

una falsa homogeneidad y consenso (la atrofia de la «sociedad civil»). La diversidad étnica, regional y religiosa desapareció mientras tanto. Con la caída del imperio externo y la continua liberalización interna, las suprimidas pero nunca erradicadas lealtades, solidaridades y lazos premodernos reaparecieron. El bloque como un todo y cada país internamente se fue dividiendo y fracturando internamente más de lo que nadie hubiera predicho, como si hubieran estado congelados desde la época premoderna todos los viejos conflictos y resentimientos nacionales, étnicos y regionales. Los efectos unificadores del capitalismo, del mercado y de la democracia no funcionaron y una vez desaparecieron la barreras artificiales, la fea cara premoderna de las sociedades soviéticas y de la Europa oriental apareció con toda claridad.

Por último, está ese extraño campo de los embellecimientos simbólicos, que desconcierta y a veces confunde a los observadores occidentales: las constituciones, los parlamentos, las elecciones, los referendums, el autogobierno local, etc. La gente que está dentro sabe la clase de fraude que son y el papel puramente instrumental que jugaban. «Tanto las constituciones como las elecciones testifican el hecho de que estos regímenes totalitarios, en su forma de legitimación, en sus relaciones entre el centro y la periferia, pero también en su programa cultural y político general, eran regímenes modernos» (Eisenstadt 1992b: 32). Sin embargo, incluso en esta forma distorsionada de fachada ideológica, las ideas de constitucionalismo, democracia y representación, etc., penetraron en la conciencia social y pudieron convertirse en los gritos de guerra de la oposición en la nueva situación histórica. «Esta socialización política específica puede fácilmente, bajo condiciones apropiadas, intensificar la conciencia de las contradicciones entre las promesas de los regímenes y sus realizaciones» (Eisenstadt 1992b: 34).

Todo esto requiere repensar seriamente el concepto de modernidad y las teorías de la modernización. Tal esfuerzo ya está en marcha, y su dirección puede aprehenderse por medio de diez puntos.

1. La agencia, la fuerza motriz de la modernización ya no es considerada algo limitado a los gobiernos o a las elites políticas que actúan «desde arriba». En su lugar, la movilización de la masa «desde abajo» a favor de la modernización, a menudo como contestación a gobiernos inactivos o conservadores, deviene el foco de atención. Los movimientos sociales espontáneos y los líderes carismáticos que surgen son considerados como los principales agentes modernizadores.
2. La modernización ya no es vista como una solución diseñada y aceptada por las elites políticas e impuesta sobre poblaciones resistentes, de inclinaciones tradicionales, como a menudo ocurría en el caso de los países del Tercer Mundo. En su lugar, refleja aspiraciones apoyadas de forma espontánea y común por la población, inflamada por el efecto demostrativo de la riqueza occidental, de su libertad y de su estilo de vida moderno («*síndrome Dinastía*») percibida a través de los medios de comunicación o los contactos personales ampliamente disponibles.
3. En lugar del énfasis en las fuerzas endógenas, inmanentes del proceso de modernización, se reconoce el papel de los factores exógenos, incluyendo el equilibrio geopolítico, la disponibilidad de apoyo económico y financiero ex-

ternos, la apertura de mercados internacionales y, por último pero no de menor importancia, la disponibilidad de recursos ideológicos convincentes: las doctrinas políticas o sociales o las teorías que estimulan los esfuerzos modernizadores al afirmar los valores de la modernidad (por ejemplo, el individualismo, la disciplina, la ética del trabajo, la autoconfianza, la responsabilidad, la razón, la ciencia, el progreso y la libertad).

4. En lugar de un modelo singular, único de modernidad a emular por las sociedades atrasadas (en la teoría clásica, con frecuencia, los EE.UU.), se introduce la idea de «epicentros de la modernidad en movimiento», y su corolario, la noción de sociedades de «referencia» (Tiryakian 1985a). Se afirma que el modelo americano no es necesariamente relevante para las sociedades postcomunistas, y que en general el modelo occidental de modernización no es necesariamente superior, ni exportable e implantable en todas partes. La sugerencia de tomar en consideración a Japón o a los «Tigres Asiáticos» (Países Recién Industrializados) como ejemplos más relevantes aparece cada vez con mayor frecuencia.
5. En lugar de un proceso uniforme de modernización, se propone una imagen más diversificada. Se apunta que en los diversos campos de la vida social, la modernización tiene un *tempo*, un ritmo y unas secuencias distintas, y que en consecuencia la falta de sincronización de los efectos modernizadores puede reiterarse. Ralf Dahrendorf advierte contra el «dilema de los tres relojes» al que se enfrentan las sociedades postcomunistas, y argumenta que mientras que en el área de la reforma legal constitucional basta con seis meses, en el campo económico seis años pueden ser muy pocos. En el nivel de los estratos profundos de las formas de vida, las actitudes, y los valores que constituyen la moderna «sociedad civil», su renovación puede durar generaciones (Dahrendorf 1990).
6. Se extrae un cuadro menos optimista de la modernización, que evita el voluntarismo ingenuo de algunas teorías anteriores. La experiencia de las sociedades postcomunistas muestra con claridad que no todo es posible ni realista, y que no todo depende de la pura voluntad política. Se pone mucho más énfasis en las cortapisas, barreras, «fricciones» (Etzioni 1991; Sztompka 1992), y también en las inevitables involuciones, retrocesos y rupturas de la modernización.
7. En lugar de una preocupación casi exclusiva por el crecimiento económico, se dirige mucha más atención hacia los valores humanos, hacia las actitudes, hacia los significados simbólicos y hacia los códigos culturales, en suma, hacia los «intangibles y hacia los imponderables» (Sztompka 1991a), en tanto prerequisites de una modernización exitosa. La noción clásica de «personalidad moderna» es revivida, pero se le da un papel diferente; ya no es tratada como una precondition necesaria del despegue económico.
8. Los prejuicios antitradicionalistas de la primera teoría son corregidos al señalar que las tradiciones autóctonas pueden esconder importantes temas pro-modernización. En lugar de rechazar la tradición, lo que puede ser contraproducente al provocar fuerte resistencia, se propone en su lugar explotar la tradición, mediante el descubrimiento de «tradiciones de modernización», y

- usarlas como legitimación de los esfuerzos modernizadores en curso. Esto puede ser particularmente relevante en el caso de las antiguas sociedades socialistas, que antes del largo episodio de la «falsa modernidad», que en realidad las cristalizó en el estadio premoderno, habían experimentado usualmente algunos períodos de crecimiento capitalista o de evolución democrática (por ejemplo, Checoslovaquia o Polonia entre las dos guerras mundiales).
9. La disgregación interna de las sociedades postcomunistas, con algunos enclaves en la modernidad como consecuencia de la industrialización y la urbanización impuestas, y extensas áreas de premodernidad (en actitudes muy extendidas, en formas de vida, en instituciones políticas, en la composición de clase, etc.) abre un interrogante central respecto a la estrategia: ¿qué hacer con esos vestigios tangibles del «socialismo real», esto es, enormes industrias de propiedad estatal, con frecuencia anticuadas desde el punto de vista tecnológico? El principal debate discurre entre los proponentes del enfoque «Big Bang» (Sachs, Aslund, Balcerowicz), que defienden desmontar por completo los remanentes económicos, políticos y culturales del socialismo, y comenzar la modernización desde cero, y los «gradualistas» que querrían salvar la herencia existente, incluso a costa de hacer más lento el avance hacia la modernidad. Puesto que los argumentos de cada parte son bastante sólidos este debate sigue aún abierto.
  10. El último factor que hace sin duda diferentes los esfuerzos modernizadores presentes de las sociedades postcomunistas, y quizás más difíciles que la modernización de los países del Tercer Mundo tras la Segunda Guerra mundial, es el clima ideológico que impregna a las «sociedades modelo» del Occidente desarrollado. Al final del siglo xx la era de la «modernidad triunfante», con su prosperidad, su optimismo y su impulso expansionista parece haberse esfumado. La crisis en lugar del progreso parece ser el lema de la conciencia social (Holton 1990). La agudizada conciencia de los efectos colaterales y de los efectos involuntarios «boomerang» de la modernidad ha producido desencantamiento, desilusión y, lisa y llanamente, rechazo. En el nivel teórico, la «postmodernidad» se ha vuelto la moda del día. Parece como si las sociedades occidentales estuvieran listas para saltar del tren de la modernidad, cansadas del viaje, justo en el momento en el que el Este postcomunista está intentando frenéticamente subir a bordo. En esta situación, es difícil encontrar apoyo franco a los esfuerzos modernizadores, puestos en circulación bajo la égida de la democracia liberal y la economía de mercado —la única dirección, si descontamos la alternativa fascista y alguna misteriosa y nebulosa «Tercera Vía». La descripción de este problema peculiar ha de encontrar su lugar dentro de una teoría revisada de la modernización.

La teoría de la neomodernización está expurgada de todas las referencias evolucionistas o desarrollistas; no presume ningún fin necesario, único, ni ningún curso irreversible del cambio histórico. En su lugar, la modernización es vista como un proceso histórico contingente de construcción, extensión y legitimación de las instituciones y valores de la modernidad: la democracia, el mercado, la educación, la administración racional, la autodisciplina y el *ethos* del trabajo, etc. Volverse modernos (o

escapar de la «falsa modernidad») es todavía un desafío vital para las sociedades postcomunistas. De ahí que una teoría revisada de la modernización defienda su viabilidad.

Si nos dirigimos ahora a la teoría de la convergencia, el trabajo analítico resultará mucho más fácil, ya que gran parte de la discusión anterior puede aplicarse directamente. Pero también hay peculiaridades que requieren un breve comentario. Como recordarán, la teoría de la convergencia se ocupa expresamente de la división entre Primer mundo y Segundo mundo (sociedades industriales desarrolladas, y países socialistas en fase de industrialización), y afirmaba que la lógica subyacente, la «lógica del industrialismo», producirá inevitablemente una afinidad mutua de sus esferas económicas, políticas y culturales. Debido a la centralidad de este enfoque, los recientes sucesos históricos son incluso más inmediatamente relevantes que en el caso de la teoría de la modernización.

Hay al menos tres lecciones que pueden extraerse de la caída del comunismo que ponen en duda algunas de las tesis de la teoría de la convergencia. En primer lugar, la idea de mutualidad o reciprocidad se ha mostrado simplemente falsa. En lugar de un acercamiento mutuo entre los dos sistemas, cada uno de ellos tomando algo de su contraparte, y dando como resultado el surgimiento de una «tercera forma» de nuevo régimen sociopolítico, estamos asistiendo de hecho a un flujo completamente unidireccional, en el que dominan por completo los patrones occidentales y en el que, finalmente, son totalmente vencedores. En segundo lugar, la teoría de la convergencia implicaba un entremezclamiento pacífico, gradual de los componentes de ambos sistemas en lugar de una súbita desintegración y un derrumbe último del mundo comunista. Divisaba una lenta evolución del «socialismo real» que iría abrazando modelos occidentales, en lugar de una revolución rápida y radical. En tercer lugar, ocurrió que el factor más poderoso en la dirección de la evolución no fue la penetración de la alta tecnología en las sociedades socialistas. Todavía falta mucho para eso. Por el contrario, el factor psicológico de las aspiraciones, despertadas por los «efectos demostrativos» de los modelos occidentales, parece crucial. Entre esas aspiraciones estaban también, aunque no de una manera pre eminentemente moderna, las tecnologías desarrolladas. Por tanto no fue el empuje de las tecnologías occidentales, como predecía la teoría, sino el tirón de las aspiraciones hacia esas tecnologías en condiciones deprimidas de atraso tecnológico. No es que los países socialistas se modernizaran tecnológicamente, sino que llegados a un punto sus tecnologías subdesarrolladas se hicieron insostenibles para la gente en las condiciones de competición global y de ventanas abiertas al mundo (a través del flujo de información, personas, imágenes e ideas).

El ejemplo de la teoría de la modernización y de la teoría de la convergencia demuestra cómo los hechos históricos pueden proporcionar fuertes estímulos para repensar, volver a trabajar y revisar fundamentalmente aquellas teorías sociológicas del cambio que tienen relevancia empírica directa (histórica). Tanto la teoría de la modernización como la de la convergencia adquirieron una vitalidad renovada en las nuevas circunstancias históricas, sirviendo como útiles instrumentos explicativos o interpretativos para los fenómenos de la transición postcomunista.

# Capítulo 10

## LAS TEORÍAS DE LOS CICLOS HISTÓRICOS

### La lógica de las teorías cíclicas

La teoría de los ciclos toma una perspectiva diferente del proceso histórico respecto a aquellas que tienen su origen en el evolucionismo. Representa la imagen alternativa de la historia. En lugar de ver una dirección persistente, ve recurrencia; en lugar de constante novedad, ve repetición; en lugar de despliegue ilimitado de potencialidades, ve el agotamiento periódico de potencialidades y el retorno temporal al comienzo del proceso. El cambio social e histórico no se mueve a lo largo de una línea, sino en círculo.

Como todas las teorías de la historia, ésta también está enraizada en las analogías o en las metáforas que se derivan del sentido común. Abandona la metáfora evolucionista del crecimiento orgánico, y en su lugar se vuelve hacia la experiencia tan abundante en la vida cotidiana de las repeticiones, las recurrencias y las ondulaciones. (1) Está la obviedad de los ciclos astronómicos y sus repercusiones: el día y la noche (trabajo y sueño), las fases de la luna (mareas), las estaciones del año (períodos regulares en la vegetación, en el ritmo del trabajo agrícola, en los patrones de vacaciones en la sociedad moderna). (2) Hay ciclos biológicos, con importantes consecuencias para la vida social: nacimiento, infancia, adolescencia, madurez, vejez, muerte (el ascenso y declive en la participación activa en la vida social marcado por umbrales tales como el ir a la escuela, encontrar el primer trabajo, formar una familia, criar a los hijos, jubilarse). (3) Hay ciclos políticos, económicos y sociales claramente perceptibles a macroescala: los gobiernos van y vienen, las recesiones siguen a los *booms*, los períodos de prosperidad alternan con los tiempos de crisis, las tensiones internacionales son seguidas de períodos de deshielo o *détente*, de la agitación social se pasa a largos períodos de estabilidad. (4) Hay también ciclos obvios en la microescala de la vida cotidiana: el ritmo diario de las cosas de la familia, el ritmo semanal de los días de trabajo y de los fines de semana, el ritmo anual de las vacacio-

nes y de las festividades. En el poético lenguaje de Pitirim Sorokin: «La gran sinfonía de la vida social está “punteada” por un número ilimitado de procesos separados, cada uno de los cuales se mueve como ondas, de forma recurrente, en el espacio y en el tiempo, de forma periódica o aperiódica, tras intervalos cortos o largos» (1937, vol.1: 170).

La abundancia de tales fenómenos cíclicos ha inducido la extensión de la imagen subyacente al nivel de la historia. Su significado, forma o lógica vienen a ser interpretados en términos de ciclos. Se retiene la idea de que hay una forma general, o una lógica general del proceso histórico bajo la superficie de innumerables acontecimientos históricos. Pero se interpreta de formas llamativamente distintas.

Antes de dirigir nuestra atención a los ejemplos de teorías cíclicas, vamos a explicar el concepto de ciclo de manera más formal y precisa. Mientras que en el proceso direccional cada fase consecutiva es diferente de cada fase precedente en el tiempo, en el proceso cíclico el estado del sistema en cambio en un tiempo posterior será el mismo que (o fundamentalmente parecido) al estado del sistema en algún tiempo anterior. Esta caracterización general posibilita una gran variedad de procesos cíclicos, dependiendo de características más concretas: el alcance del parecido entre estadios repetidos del sistema, el lapso que separa acontecimientos repetidos, el número de repeticiones en todo el ciclo.

Pitirim Sorokin sugiere distinguir ciclos completos de ciclos relativos:

En el proceso completamente cíclico la última fase de una recurrencia dada vuelve a la primera fase, y el ciclo comienza de nuevo, atravesando la misma ruta a través de la cual había pasado antes. En el proceso relativamente cíclico, por otro lado, la dirección de proceso recurrente no coincide completamente con la de las series de recurrencias previas. Hay alguna desviación de un ciclo a otro. (1937, vol. 1: 184-5)

Por decirlo con otras palabras, el proceso puede moverse en círculos cuando los estadios consecutivos del sistema, tras un período, vuelven a ocurrir exactamente como antes (por ejemplo, la puesta de sol). O, el proceso puede seguir una espiral, cuando los estadios consecutivos son fundamentalmente parecidos pero no idénticos (el atasco mañanero en la carretera, cada año mayor). Una espiral ascendente significará repetición a un nivel cualitativamente mayor (proceso cíclico), una descendente significará repetición a un nivel cualitativamente inferior (regresión cíclica).

La duración de un ciclo puede ser larga o corta. Esto, por supuesto, no puede medirse de forma absoluta, sino tan sólo de forma relativa al tipo de procesos tomados en cuenta. En biología, el ciclo vital de una mariposa será corto en comparación con el de una ballena. En sociología, el ciclo diario de una familia será corto, y el ciclo de una carrera ocupacional largo. En economía, el ciclo de producción de un coche será corto, el de un barco largo, o el ciclo de inversión y beneficio en comercio al por menor será corto, y en la industria pesada mucho mayor. En política, el ciclo de sesiones parlamentarias (el calendario parlamentario) será corto, y el ciclo de elecciones largo.

También es importante si el ciclo sigue modelos rítmicos o arrítmicos. En el primer caso, hay un intervalo igual entre las fases del ciclo; en el segundo, el intervalo es desigual. Si es completamente fortuito, tenemos un ciclo fortuito. Pero puede haber alguna regularidad subyacente a un modelo arrítmico. Si los intervalos devienen más

cortos de forma consistente, tenemos un ciclo acelerado (cada vez más rápido) (por ejemplo, los descubrimientos científicos o las innovaciones tecnológicas en la época moderna). Si los intervalos devienen cada vez más largos de forma consistente nos encontramos ante un ciclo decelerado (cada vez más lento).

Por último, los ciclos pueden diferir en el número de fases por las que atraviesan. Si sólo se distinguen dos fases en el ciclo, se trata de un ciclo dicotómico (por ejemplo, el día y la noche, el trabajo y el descanso, la guerra y la paz, y el *boom* y la recesión). Si hay tres fases, tenemos un ciclo triádico (por ejemplo, aparición-madurez-declive, pecado original-redención-salvación). Si se distinguen más fases, se puede hablar de un ciclo múltiple (por ejemplo, infancia-juventud-madurez-vejez-muerte, en el curso de la vida de un individuo; movilización-reclutamiento-formación de liderazgo-burocratización-desmovilización-dispersión, en la «carrera» de un movimiento social).

### Precursores de la imagen cíclica

Es muy probable que la imagen cíclica de los procesos se impusiera en el pensamiento común incluso antes que la imagen más compleja del crecimiento. Por supuesto, debe haber estado presente en la percepción del mundo mucho antes de que apareciera en teorías más sistemáticas. En el pensamiento filosófico, como muchas otras ideas, se originó en la antigua Grecia. Aristóteles dijo: «Lo que ha sido es lo que será; y lo que se ha hecho es lo que se hará: no hay nada nuevo bajo el sol» (citado por Sorokin 1937, vol. 1: 170). En los escritos de Herodoto (siglo V a.C.) encontramos la primera exposición completa del ciclo de los regímenes políticos: monarquía-tiranía-oligarquía-democracia-gobierno del populacho. En la obra de Polibio (200-118 a.C.) hay una afirmación parecida, a saber, que todas las unidades políticas (estados) pasan a través de un ciclo inexorable de crecimiento, cenit y decadencia.

Ideas parecidas se le ocurrieron en la Edad Media al perspicaz observador de la vida social que fue Ibn Jaldún (1332-1406). A él también se le atribuye el cliché de que «no hay nada nuevo bajo el sol». En la historia encontramos repeticiones constantes. Él ve, en concreto, un ciclo regular en la vida de las civilizaciones, muy parecido al ciclo vital de los organismos: crecimiento-madurez-senilidad. Hay un ciclo parecido de los regímenes políticos, que tiene una duración aproximada de 100 años, o tres generaciones. En cambio, hay un ciclo de lazos o solidaridades típico de la vida cotidiana en los grupos humanos. Opera a través de tres estadios: (1) Hay sentimientos fuertemente desarrollados de solidaridad producidos por las duras condiciones de la vida nómada en el desierto. (2) Con la aparición de culturas sedentarias, localizadas y con el crecimiento de la riqueza, los lazos de grupo se deterioran y la solidaridad se debilita. (3) Esto conduce al colapso completo de los lazos sociales y a la dispersión de los grupos, seguido de nuevo por su cristalización sobre la base de nuevos lazos emergentes.

En la época de la Ilustración, la imagen cíclica es extendida finalmente a toda la historia humana por Giambattista Vico. Él es, quizás, el primero en sugerir (en su famosa *Nueva ciencia*, 1725) que la vida social y la historia pueden estudiarse de forma científica y que pueden descubrirse sus regularidades. Esto es así porque la sociedad

y la historia son en último término productos humanos, resultado de acciones humanas, y han de ser por tanto accesibles al conocimiento humano, han de ser en principio cognoscibles. En su propia búsqueda de tales regularidades históricas, llega a concebir la imagen de una espiral ascendente. El proceso típico que acontece en el nivel más general de la humanidad y en el nivel concreto de las civilizaciones, culturas o sociedades particulares, toma la forma de recurrencias, pero no de repeticiones exactas (*corsi* y *ricorsi*). Los ciclos son replicados a niveles cada vez más altos, con alguna modificación. A cada cambio de ciclo surgen fenómenos nuevos.

De forma más concreta, el ciclo histórico característico sigue los siguientes tres estadios: (1) anarquía y salvajismo; (2) orden y civilización, acompañados del imperio de la razón y la industria pacífica; (3) la decadencia de la civilización, y la aparición de una nueva barbarie. Estos estadios están relacionados con diversos aspectos de la vida social y de la forma de gobierno (teocracia, aristocracia, república o monarquía), tipo de derecho, lenguaje característico (jeroglífico, simbólico, vernacular). Hay también alguna correlación con los tipos caracterológicos dominantes: bruto, severo, benigno, delicado, disoluto. Hasta su propia época, cree Vico, ha habido dos ciclos: uno en la Antigüedad, cerrado por la caída de Roma; y otro iniciado en la barbarie revivida de la Edad Media, que alcanza su etapa final en su propia época. Pinta un cuadro sombrío de masas urbanas corrompidas, bestias egoístas divididas en facciones y luchando en guerras civiles. «Las ciudades están preparadas para ser convertidas en bosques y los bosques en guaridas y refugio de los hombres» (citado por Mazlish 1966: 41). Pero su imagen cíclica sugiere algo de optimismo; quizás comience un nuevo ciclo y renazca la humanidad.

Vico parece sugerir que el mecanismo causal subyacente de este ciclo recurrente es psicológico y tiene que ver con las motivaciones dominantes y con las actitudes codificadas en la naturaleza humana. «El hombre primero siente la necesidad, después busca la utilidad, a continuación atiende a la comodidad, más tarde aún se entretiene con el placer, y entonces crece la disolución en el lujo, y por último enloquece y malgasta su sustancia» (Vico 1961: 37). Como comenta Bruce Mazlish: «Histórico hasta la médula, Vico dio la bienvenida a la noción de cambio y flujo constantes alrededor del polo fijo de la naturaleza del hombre» (1966: 41).

### **Historiosofías del surgimiento y la caída de las civilizaciones**

Según nos aproximamos a la época moderna, diversos filósofos toman la metáfora cíclica y la aplican al lapso completo de la historia humana. Como resultado del reagrupamiento y la reinterpretación de materiales históricos, emergen las grandes teorías historiosóficas. Escogeremos tres de ellas: la del ruso Nikolai Danilevsky, la del alemán Oswald Spengler y la del inglés Arnold Toynbee.

Nikolai Danilevsky (1822-85) ganó amplia fama sólo póstumamente a través de las traducciones francesa y alemana de su libro *Rusia y Europa* (1890 y 1920 respectivamente). Él concibe la historia humana como si estuviera articulada en unidades distintas, generales, en «tipos histórico-culturales» o civilizaciones. La civilización occidental o, en otras palabras, germano-románica es sólo una de las muchas que han florecido en la historia. El error de los historiadores es considerar esta civilización

como la más alta y construir una cronología lineal de sus épocas (antigua-medieval-moderna) como si se fueran acercando al Occidente moderno. En realidad no hay una cronología común a las distintas civilizaciones: no hay un solo hecho singular que pueda dividir de forma razonable el destino de todos los hombres en períodos aplicables a toda la humanidad, porque nunca ha habido y difícilmente habrá un hecho que de manera sincrónica signifique lo mismo y sea de la misma importancia para toda la humanidad» (citado por Sorokin 1966: 180). Las civilizaciones tienen su lógica interna de desarrollo, cada una pasa por sus secuencias vitales, y ninguna es la mejor o es perfecta. «Cada civilización surge, desarrolla su propia forma morfológica, sus propios valores, enriqueciendo de este modo el tesoro total de los logros culturales humanos, y después parece sin ser continuada en su forma esencial o específica por ninguna otra civilización» (citado por Sorokin 1966: 181).

La historia es creada por la gente, pero su papel histórico difiere. En consonancia, hay tres tipos de agentes históricos: (1) los agentes positivos de la historia, esto es, aquellas sociedades (tribus, pueblos) que crearon grandes civilizaciones (tipos histórico-culturales separados): la egipcia, la asirio-babilónica, la china, la hindú, la persa, la hebrea, la griega, la romana, la árabe y la germano-románica (europea). (2) Hay agentes negativos de la historia, esto es, aquellas tribus o pueblos que jugaron un papel destructivo al permitir el colapso final de las civilizaciones seniles, decadentes (esto es, los hunos, los mongoles, los turcos). (3) Por otra parte, hay pueblos y tribus faltas de *élan* creativo. Éstos sólo representan «material etnográfico» utilizado por las sociedades creativas para la construcción de sus propias civilizaciones. A veces, tras la desintegración de las grandes civilizaciones, las tribus o pueblos que las componían vuelven al nivel de «material etnográfico», de poblaciones pasivas y dispersas.

Las civilizaciones son creativas en campos selectivos, tienen temas principales o enfoques individuales específicos. En los griegos era la belleza, para la civilización semítica la religión, para la civilización romana el derecho y la administración, para la china lo práctico y lo útil, para la india la imaginación, la fantasía y el misticismo, para la germano-románica la ciencia y la tecnología.

Hay un ciclo típico de desarrollo observable en el destino o en el curso vital de cada una de las grandes civilizaciones. (1) Hay un período de emergencia y cristalización, a veces bastante prolongado. Éste termina cuando la civilización aparece y toma una forma y perfil determinados, estableciendo su independencia cultural y política y el lenguaje común. (2) Entonces viene la fase de florecimiento, cuando la civilización desarrolla su potencial creativo al máximo en algunos temas especializados. Este período es normalmente relativamente breve (Danilevsky lo estima entre 400-600 años) y termina cuando la fuente de las fuerzas creativas civilizatorias se agota. (3) La falta de creatividad, la petrificación e incluso la disolución de la civilización marcan la fase final del ciclo. Danilevsky creía que la civilización europea (germano-románica) ha entrado en la fase de degeneración, y que esto se manifiesta en diversos síntomas: cinismo rampante, secularización, debilitamiento de la innovación, ansia insaciable de poder y de dominación mundial. Por otro lado, la nueva civilización ruso-eslava estaba en ascenso, y florecería en el futuro. Éste es el mensaje final, ligeramente etnocéntrico, de la historiosofía de Danilevsky.

Su teoría anticipaba otra síntesis historiosófica desarrollada de forma independiente, la de Oswald Spengler (1880-1936). El más influyente de los trabajos de Spen-

gler, *La decadencia de Occidente*, se publicó en 1918. No hay progreso lineal en la historia, afirma, sino un conjunto de historias vitales de totalidades orgánicas separadas, únicas, encerradas en sí, llamadas «altas culturas», que «florecen en el suelo de un paisaje exactamente definible, al que quedan ligado igual que plantas» y que mueren cuando han «actualizado al completo la suma de sus posibilidades en la forma de pueblos, lenguajes, dogmas, artes, estados, ciencias» (Spengler 1939: 106). La historia es la «biografía colectiva» de tales culturas.

Cada cultura individual sigue el ciclo vital de la infancia, la juventud, la edad adulta y la vejez; surge, crece y, tras cumplir su destino, muere. La fase de decadencia de la cultura es denominada «civilización». En esta fase de petrificación y agonía, la cultura muestra determinados rasgos de carácter: una perspectiva cosmopolita en lugar de una perspectiva local, vagas relaciones urbanas que reemplazan los lazos de sangre, un enfoque abstracto y científico en lugar de la sensibilidad religiosa natural, los valores de la masa en lugar de los populares, el dinero en lugar de los valores reales, el sexo en lugar de la maternidad, la política de la fuerza bruta en suplantación del consenso. En tal estado de declive o agonía una civilización puede durar mucho, pero está condenada en último término a dispersarse y a desaparecer.

Spengler distingue ocho «altas culturas», y analiza sus destinos. Éstas son: la egipcia, la babilónica, la india, la china, la clásica (greco-romana), la árabe, la mexicana y la occidental (que surgió en torno al año 1000). Cada una de las grandes culturas tiene un tema dominante, o «símbolo primario», que tiene repercusiones en todos los componentes culturales, y que da sabor particular a las formas de pensamiento y de actuación de sus miembros, determina el carácter de la ciencia y de la filosofía, del arte y del conocimiento, de la mentalidad típica, de las costumbres y de los modelos de vida. En consecuencia, no hay una filosofía, un conocimiento o una ciencia común y universal a las diversas culturas, sino por el contrario múltiples sistemas de pensamiento, particulares, relativos a una cultura dada. Por ejemplo, el «símbolo primigenio» de la cultura greco-romana es el culto del cuerpo sensual, individual, el tema apolíneo. En la cultura china, es el «tao», una dirección o «camino», indefinido, circular, multilínea de la vida (Sorokin 1966: 191). Para la cultura occidental, el «símbolo primigenio» es el «espacio sin límite», y la concepción del tiempo es la de un destino que se extiende hacia el infinito, el tema fáustico. Como comenta Bruce Mazlish: «Obviamente, lo que Spengler está buscando es el “espíritu” de una cultura o de un período... Naturalmente, cada espíritu será sui generis para cada cultura, y empapará todos los aspectos de la cultura. Porque si empapa y anima todos los aspectos, todos los hechos y todo lo que sucede en la cultura servirá... como símbolo de tal espíritu y cultura» (1966: 328). Esto es relativismo cultural *par excellence*: «Las verdades son verdades sólo en relación con una humanidad particular» (citado en Mazlish 1966: 332).

El curso vital de las «altas culturas» no puede explicarse causalmente. Por el contrario, es un «círculo de destino». Es una manifestación de la necesidad interna o del destino, y sólo puede ser aprehendido por intuición. «Observamos que los cambios rápidos y profundos se afirman en la historia de las grandes culturas, sin causas, influencias o propósitos asignables de ningún tipo» (citado en Sorokin 1966: 192). De forma parecida, el nacimiento de las culturas no tiene causas. Las culturas no surgen debido a propensiones particulares de determinadas poblaciones o sociedades. Por el

contrario, el proceso acontece en el sentido opuesto, aparecen por veredicto del destino, y selecciona a algunas sociedades como sus portadoras o agentes.

El diagnóstico y las predicciones de Spengler relativas al destino de la cultura occidental, que ya ha entrado en su fase de degeneración como civilización, son muy pesimistas. En el núcleo de la sociedad contemporánea descubre la «megalópolis», la ciudad mundial rodeada de provincias. «Dentro de la ciudad mundial hay un nuevo tipo de nómada, un habitante parasitario de la ciudad, sin raíces, sin tradiciones, sin pasado. La población de la ciudad es una masa, no un pueblo ni una raza» (Mazlish 1966: 342). No ha de sorprender que en el futuro próximo «se encontrará fragmentada, olvidada, nuestros ferrocarriles y nuestros barcos de vapor estarán tan muertos como las calzadas romanas o la muralla china, nuestras enormes ciudades con sus rascacielos estarán tan en ruinas como la vieja Menfis o Babilonia. La historia de la técnica de la máquina megalopólica conduce con rapidez hacia su propia clausura. Será devorada desde dentro, como la gran forma de todas y de cada cultura» (citado por Sorokin 1966: 194).

La teoría más extensa y con más sustento histórico de las civilizaciones y de sus ciclos es la que presentó Arnold Toynbee (1889-1975). En los doce volúmenes de su *Study of History*, publicado durante un período de veinte años (1934-61) por Oxford University Press, intentó generalizar sobre la base de una vasta cantidad de material de todo tipo que cubría toda la historia documentada.

Él afirmaba que la unidad propia del estudio histórico no es la humanidad como un todo, ni los estados-nación singulares sino, por el contrario, unidades intermedias que tienen una extensión espacial y temporal mayor que las sociedades individuales pero que son más pequeñas que la humanidad. A saber, las civilizaciones, de las que pueden distinguirse veintiuna. La lista es parecida, aunque más extensa, que la de Danilevsky o Spengler. No obstante, la idea de una potencialidad específica, dominante, en cada civilización, reaparece. Por ejemplo: la estética en la civilización helénica, la religión en la civilización hindú, la ciencia y la tecnología mecánica en la civilización occidental.

Las civilizaciones surgen a través de factores dobles, combinados: la presencia de una minoría creativa y de condiciones ambientales, ni demasiado desfavorables ni demasiado favorables. El mecanismo del nacimiento, así como la dinámica continua de las civilizaciones es encarnada en la idea de los desafíos y la respuesta. El ambiente (inicialmente natural pero después también social) desafía de forma incesante a la sociedad, y la sociedad, a través de su minoría creativa, diseña los medios para contestar. Una vez es respondido un desafío, aparece otro, y le sigue una nueva respuesta. En la fase de crecimiento de la civilización, las respuestas tienen éxito, la gente realiza esfuerzos sin precedentes para acometer desafíos sin precedentes, y de esta forma destruir «la costra de la costumbre», pero en la fase de ruptura, desintegración y disolución, dejan de ser creativos. La civilización parece desde dentro, por la creciente falta de capacidad para afrontar los desafíos que van surgiendo. «La naturaleza de la ruptura de las civilizaciones puede resumirse en tres puntos: un fallo del poder creativo en la minoría, un abandono de la respuesta de mimesis por parte de la mayoría [que rechaza ciegamente seguir e imitar a la elite triunfadora] y, en consecuencia, una pérdida de unidad social en la sociedad en su totalidad» (citado en Sorokin 1966: 200). Un factor adicional es la revuelta del «proletariado externo», esto es, los bárba-

ros que ya no aceptan estar sometidos o incorporados una vez que la civilización comienza a derrumbarse. El destino de la mayoría de las civilizaciones es siempre su disolución final, incluso si se retrasan petrificándose en el estadio de la decadencia durante mucho tiempo. De entre las grandes civilizaciones no menos de seis están ya «muertas y enterradas».

Al final de esta síntesis, sin abandonar la idea de ciclos dentro de cada civilización, Toynbee afirma que hay un modelo común subyacente o una única lógica que se manifiesta a largo plazo y que abarca todas las demás. Ésta es el progreso de la espiritualidad y de la religión. Las civilizaciones son las «sirvientas» de la religión. «La función histórica de las civilizaciones es servir, mediante sus caídas, de pasarelas en un proceso progresivo de revelación de una percepción religiosa cada vez más profunda, y el regalo de una gracia cada vez mayor para actuar en consonancia con esta percepción» (Toynbee 1948: 236).

### **Teorías sociológicas del cambio cíclico**

Los grandes planteamientos cíclicos han sido propuestos en la mayoría de los casos por filósofos, historiadores o filósofos de la historia, en lugar de por sociólogos. Pero en la sociología propiamente dicha, también encontramos importantes ejemplos de pensamiento cíclico. Dos de ellos merecen especial atención.

#### *Vilfredo Pareto: la circulación de las elites*

La descripción clásica de los ciclos sociales que operan a escala menor dentro de las distintas sociedades en lugar de en las grandes civilizaciones nos es dada por Vilfredo Pareto (1848-1923) en su monumental *Trattato di sociologia generale* (1916).

Pareto traza una imagen de la sociedad como un sistema social que en sí, así como en sus segmentos constitutivos (política, economía, ideología), pasa a través de ciclos de equilibrio, desestabilización, desequilibrio y nuevo equilibrio. Hay un ciclo social general, y hay ciclos específicos de cada segmento: político-militar, económico-industrial e ideológico-religioso, y todos ellos siguen un modelo parecido. Para comprender cómo operan los ciclos, es necesario echar un vistazo a la concepción de Pareto de la anatomía del sistema social.

Considera que éste consta de tres tipos de componentes abstractos interrelacionados (variables): residuos, esto es, tendencias humanas inmanentes o propensiones; intereses, esto es, condiciones objetivas que sirven a las necesidades humanas; y derivaciones, esto es, justificaciones y racionalizaciones que la gente idea para legitimar sus residuos e intereses.

Los residuos son cruciales; proporcionan el factor primario, determinante de la vida social. Entre la variedad de residuos que exhibe la gente, hay dos tipos alternativos de importancia fundamental, que representan dos estrategias alternativas que la gente aplica para conseguir sus fines: la astucia o la fuerza. Los residuos de «combinación» («clase I») comprenden rasgos de la personalidad tales como: innovación, espíritu de empresa, disposición al riesgo, activismo, expansividad, ansia de novedad y

originalidad. Los residuos opuestos de «persistencia» («clase II») comprenden: prudencia, cautela, tradicionalismo, valoración de la seguridad, optar por la estabilidad y la continuidad, enfatizar la lealtad, legalismo y patriotismo.

Las sociedades manifiestan el principio de heterogeneidad: sus poblaciones están compuestas de miembros desiguales. Siempre hay algunas elites, formadas por aquellos que destacan en campos particulares de actividad: elites políticas (en el gobierno), elites económicas, elites ideológicas (intelectuales). El carácter de una elite depende de la distribución de residuos entre sus miembros, y en particular de la proporción de residuos de la «clase I» y de la «clase II». Una elite actúa y piensa de forma diferente cuando está dominada por miembros con residuos innovadores de «combinación» que cuando está empapada de residuos conservadores de «persistencia».

El cambio social y político es concebido como el reemplazo cíclico de las elites: su ascenso, declive y reemplazo. Como dice Pareto: «La historia es el cementerio de las aristocracias» (esto es, de elites de todo tipo). El mecanismo subyacente de este proceso está basado en olas alternativas de residuos que ganan y pierden dominio dentro de las elites. Para ser más concreto, tracemos los tres ciclos típicos de tales cambios.

En el ciclo político-militar, los actores principales son gobernantes fuertes (los «leones») y administradores astutos (los «zorros»). Tomemos el gobierno de los leones como punto de arranque del ciclo. Su gobierno está cimentado en la conquista, en la guerra, en la expansión territorial, en la dominación de otras sociedades. Las virtudes militares, la lealtad, la fidelidad a la comunidad y a la tradición, son lo que más cuenta. La elite gobernante está dominada por los residuos de persistencia. Sin embargo, tarde o temprano, tales predisposiciones no son suficientes. En períodos de paz, se necesitan otros talentos para la gestión, administración, organización y cálculo. La gente que representa los residuos de «combinación» (los zorros) son elegidos y cooptados, infiltrando lentamente la elite y socavando la dominación de los leones. Al final son capaces de expulsar a los leones y tomar el poder. Pero aquí empieza la segunda fase del ciclo. Los zorros descuidan la «política exterior», ponen en peligro la fuerza militar de la sociedad, abandonan los valores tradicionales. Esto provoca una resaca conservadora, en la que los leones se movilizan y expulsan por la fuerza a los zorros, esto es, mediante su arma más eficaz. Entonces, el ciclo comienza de nuevo. «Generalmente, una elite que se asienta sobre la valentía, la fuerza y la violencia es seguida por una elite burguesa, plutocrática, dependiente de los ardides, la intriga y la ideología, y viceversa» (Maier 1964: 51).

En el dominio económico observamos una historia parecida. El ciclo económico-industrial abarca distintos actores: los rentistas y los especuladores. Supongamos que los primeros dominan la elite económica. Ellos ejemplifican los residuos de persistencia, están orientados hacia la propiedad segura, hacia la minimización del riesgo, hacia el ahorro en lugar de hacia la inversión de beneficios, hacia los ingresos estables. El efecto general de sus políticas es el estancamiento o incluso la recesión. El descontento social y las quejas engendran presión a favor de la mejora y la reforma. Los especuladores, los innovadores, los empresarios son cooptados por la elite económica, la infiltran lentamente y socavan la dominación de los rentistas. En un momento dado los rentistas pierden importancia y son depuestos de la elite. En una segunda fase del ciclo, el cambio acelerado, la incertidumbre acerca del futuro, el caos y la

anomia que inevitablemente acompañan a las reformas provocan un reflujó conservador dirigido por los rentistas, cuya importancia social se incrementa, y cuya dominación es finalmente restaurada.

En el ciclo ideológico-religioso los sacerdotes guardando la fe y los intelectuales críticos defendiendo la razón son los actores principales. Supongamos que la conciencia social está dominada por la fe, el dogmatismo y el tradicionalismo. Entre la elite ideológica notaremos los residuos predominantes de «persistencia». Tarde o temprano, no obstante, se reafirmarán la indagación y la naturaleza humana escéptica: aparecerán las herejías, se propondrán y harán circular nuevos conceptos, ideas, imágenes. El monolito ideológico se debilitará, aparecerá el pensamiento alternativo y lentamente socavará el reinado de la fe. La razón y sus representantes, los intelectuales críticos portadores de los residuos de combinación, subirán a la palestra. La época de la ciencia, la tecnología, del pensamiento instrumental y del cálculo de eficacia cierran la primera parte del ciclo. Pero entonces, el ansia de significado, de principios últimos y de verdad final se reafirma y no podrá ser satisfecho por la ciencia ni por la tecnología. El renacimiento del pensamiento mítico y mágico abre nuevas oportunidades a los sacerdotes, fortalecidos con sus residuos de persistencia. Los intelectuales críticos son desplazados a los márgenes de la sociedad. El fundamentalismo y el dogmatismo reaparecen.

#### *Pitirim Sorokin: los ritmos del cambio cultural*

Otra teoría sociológica de los ciclos tiene orígenes más modernos. El núcleo de la monumental teoría cíclica de Pitirim Sorokin, expuesta en cuatro volúmenes titulados *Social and Cultural Dynamics* (1937), es la cultura. Define la cultura como «la suma total de todo aquello creado o modificado por la actividad consciente o inconsciente de dos o más individuos interactuando entre sí o condicionando la conducta del otro» (vol. 1:3). La enorme cantidad de artículos culturales que caen bajo esta categoría no constituye una simple «amalgama» (vaga aglomeración) sino, por el contrario, un sistema integrado. Representan una «unidad interna o un significado lógico», la forma más alta de integración en la que «cada parte, cuando es colocada en la posición para la que fue diseñada, ya no se percibe como parte, sino que todas las partes juntas forman, por así decir, una prenda sin costuras» (vol 1:19). Subyaciendo a tal unidad hay un «principio central [común] («la razón») que permea todos los componentes, da sentido y significado a cada uno, y de esta forma hace cosmos del caos de los fragmentos no integrados» (p.32). El principio central de la cultura ha de verse en el reino del significado y puede denominarse como «mentalidad de cultura».

Sobre la base de este análisis extremadamente extenso de los diversos aspectos de la cultura-arte, del conocimiento, de la ética, del derecho y de la guerra de los humanos, Sorokin propone una distinción de dos tipos opuestos, mutuamente irreconciliables, de cultura.

Cada uno tiene su propia mentalidad; su propio sistema de verdad y de conocimiento; su propia filosofía y *Weltanschauung*; su propio tipo de religión y de patrones de «santidad»; su propio sistema de lo correcto y lo incorrecto; sus propias formas de arte y de literatura; sus propias

costumbres, leyes y códigos de conducta; sus propias formas dominantes de relaciones sociales; su propia organización económica y política; y, por último, su propio tipo de personalidad humana, con una mentalidad y conducta peculiares (1937, vol. 1:67).

Los dos tipos culturales opuestos son denominados Ideacional y Sensato. Son entendidos como tipos ideales, no encontrables en puridad en ninguna época, ya que las culturas reales toman diversas formas mixtas, intermedias, una de las cuales merece ser nombrada aparte como Idealista.

La cultura Ideacional está caracterizada por las siguientes premisas: (1) La naturaleza de la realidad es espiritual, inmaterial, yace escondida bajo las apariencias superficiales, materiales y sensuales (por ejemplo, Dios, el Nirvana, el Tao, Brahma). Es eterna e inmutable. (2) Las necesidades y los fines son principalmente espirituales (la salvación del alma, el servicio a Dios, la realización del deber sagrado, las obligaciones morales). (3) Los medios para satisfacer esos fines se centran en el autodesarrollo de la mente y el cuerpo, los órganos, los deseos, las convicciones, la entera personalidad, con el propósito de liberarla de las tentaciones y las preocupaciones sensuales y desligarla de la existencia terrena. Estas premisas básicas tienen numerosas implicaciones ulteriores. (4) Implican la noción de que la verdad se logra a través de la experiencia interior (revelación, meditación, éxtasis, inspiración divina) y por tanto es absoluta y eterna. (5) Implican la idea de que lo bueno está enraizado en valores inmatrimales, interiores, espirituales, suprasensibles (la vida eterna, la Ciudad de Dios, la unión con Brahma), y que por tanto son últimos e imperecederos.

La cultura Sensata tiene los presupuestos opuestos: (1) La única realidad es material, accesible a los sentidos. Es transitoria y se modifica constantemente: «un devenir, un proceso, un cambio, un flujo, una evolución, un progreso, una transformación» (Sorokin 1937: vol. 1: 73). (2) Las necesidades y los fines son puramente carnales o sensuales (hambre y sed, sexo, cobijo, comodidad). (3) El método para satisfacerlas es la modificación y explotación del ambiente externo. Estas premisas fundamentales implican otras. (4) La verdad se encuentra sólo en la experiencia sensible, y se la toma por relativa y temporal. (5) Lo bueno está enraizado en los valores sensatos, empíricos y materiales (el placer, el disfrute, la felicidad, la utilidad), y por tanto, los principios morales son flexibles, relativistas y varían de acuerdo con las circunstancias y las situaciones.

La cultura intermedia Idealista representa una mezcla equilibrada de los elementos Ideacionales y Sensatos: (1) La realidad tiene muchas caras, tanto materiales como sobrenaturales. (2) Las necesidades son tanto corporales como espirituales. (3) Su satisfacción requiere tanto la mejora del sujeto como la transformación del medio. En suma: «Aunque reconoce los valores Ideacionales como supremos, no declara que el mundo Sensato sea una mera ilusión o que tenga valor negativo; por el contrario, en la medida en la que lo sensato esté en armonía con lo Ideacional, posee un valor positivo» (Sorokin 1937, vol. 1:75).

El momento crucial viene cuando Sorokin aplica su tipología analítica al flujo del proceso histórico.

Este autor concibe el modelo principal de cambio histórico en términos cíclicos. «Las fluctuaciones socioculturales, esto es, los procesos recurrentes en la vida social y cultural y en la historia humana —ésta es la principal preocupación del presente estu-

«El modelo más general de cambio sociológico es el de la incesante variación de procesos recurrentes» (vol. 4: 73). Los procesos varían a menudo su dirección y se repiten. «Por poco o mucho tiempo, en el mismo o en distintos sistemas sociales, un proceso se mueve en una determinada dirección cuantitativa, cualitativa o espacial, o en todas estas direcciones, alcanza su “punto de saturación”, y entonces, a menudo, invierte sus movimientos» (vol. 1: 170). Tales fluctuaciones, puntuadas por la inversión de la dirección de procesos significativos, pueden observarse en la escala más amplia de la historia, que aparece dividida en épocas, eras o períodos. El principio más importante de tal periodización es la alternancia de los tipos dominantes de dominación de mentalidad de cultura y de sistemas culturales: la secuencia repetida de culturas Ideacionales, Idealistas y Sensatas.

El autor reconstruye las «olas» y las «fluctuaciones» históricas, en primer lugar, dentro de la cultura greco-romana u occidental, abarcando con sus investigaciones un lapso de más de 2.500 años. De ahí se desprende que los ciclos no significan una repetición completa, sino, por el contrario, representaciones y encarnaciones cada vez nuevas de los mismos principios subyacentes. También se muestra que los ciclos no siguen un ritmo constante y que no son de la misma duración. «La historia se repite a sí misma, pero sus temas vuelven siempre con nuevas variaciones —con cambios no sólo en el contenido sino también en los ritmos y en el *tempo*» (vol. 2: 201-2). El resultado que obtenemos es la periodización de la historia occidental dada en la tabla 10.1.

El mecanismo causal que subyace al «superritmo de las fases Ideacional-Idealista-Sensata en los sistemas de cultura greco-romano y occidental» (Sorokin 1937, vol. 4: 737) es el agotamiento de posibilidades, el gasto de las potencialidades creativas de cada sistema consecutivo. «Cuando cada uno de éstos agota el fondo creativo de valores cognitivos, morales, estéticos, políticos y otros, y continúa dominando no a través de su gracia creativa sino mayormente por inercia, fraude, coerción, trampas y pseudovalores, tal sistema está condenado al declive en tanto estéril, a menudo venenoso y falto de utilidad para sus miembros y para la humanidad en general» (Sorokin 1963: 435). La decadencia del sistema abre oportunidades para que surja y despliegue sus potencialidades un sistema alternativo, hasta el momento en el que éstas también queden agotadas, y se repita por completo el proceso. El despliegue de las potencialidades de cada sistema depende primordialmente de las acciones de sus miembros. Es transformado desde dentro, por la fuerza de la actividad humana. Sorokin enfatiza el principio de causación inmanente. Pero los factores externos también pueden jugar

TABLA 10.1. *Periodización de la historia de Sorokin*

Grecia, siglo VI antes de J.C.	Ideacional
Grecia, siglo V antes de J.C.	Idealista
Roma, siglo IV antes de J.C.-siglo IV después de J.C.	Sensata
Europa, siglos IV-VI después de J.C.	Idealista
Europa, siglos VI-XII	Ideacional
Europa, siglos XII-XIV	Idealista
Europa, siglo XIV hasta el presente	Sensata

algún papel, presentando desafíos y acelerando o retardando, facilitando o inhibiendo, el desarrollo inmanente de los sistemas culturales.

El diagnóstico de Sorokin de la civilización occidental de su tiempo es extremadamente crítico. Él creía que la fase Sensata en la que se había sumergido durante varios siglos había llegado a su saturación última, lo que produce numerosos fenómenos negativos, patológicos y, en general, la decadencia de la cultura. Hay numerosos síntomas de ello. Hemos recorrido el camino que va desde la belleza de la música religiosa medieval a la «cacofonía del jazz», de las catedrales góticas a los suburbios modernos, de las esculturas de Miguel Ángel a las revistas pornográficas, de la poesía de Byron a la novela policíaca. En el arte contemporáneo, se lamenta Sorokin, «las prostitutas, los criminales, los golfos de la calle, los dementes, los hipócritas, los pícaros y otros subtipos sociales son los “héroes” preferidos» (en Bierstedt 1981: 337). Sus pronósticos inmediatos también son pesimistas:

1. Habrá anarquía moral y estética.
2. La gente devendrá reificada, será tratada como mecanismos.
3. El consenso moral y político se perderá, y prevalecerá el caos de opiniones y creencias.
4. El orden social se mantendrá tan sólo por la coacción, y el gobierno político se legitimará por la fuerza.
5. La libertad degenerará en frases vacías con la pretensión de confundir y esclavizar a las masas.
6. Se producirá el desmembramiento de la familia.
7. La cultura de masas reducida a su mínimo denominador común reemplazará a las formas más altas de expresión artística.
8. Caerán la calidad de vida y los niveles de vida.
9. Crecerá la patología social.
10. La apatía, el estrecho egoísmo y la evasión a la esfera privada dominarán la vida política.

Un cuadro completamente desalentador. Sin embargo, a largo plazo, la lógica del proceso histórico que Sorokin afirma haber descubierto proporciona cimientos al optimismo. Seguirá inevitablemente una nueva fase Ideacional. «La decadencia posible de nuestra fase Sensata presente no significa necesariamente el final de la cultura occidental, del mismo modo que no lo significó la decadencia del Ideacionalismo medieval. Hubo un cambio desde una fase Ideacional marchita a una fase Sensata resplandeciente, del mismo modo que habrá de nuevo un cambio desde un Sensatismo acabado a un Ideacionalismo nuevo y vigoroso» (1937: vol. 1: xiii). Una teoría cíclica puede alimentar por igual el pesimismo más profundo y el optimismo extremo puesto que, de acuerdo con la lógica del ciclo, más tarde o más temprano los puntos más elevados o más bajos de realización humana reaparecerán de forma inevitable.

# Capítulo 11

## EL MATERIALISMO HISTÓRICO

### Raíces evolucionistas y hegelianas

En este capítulo nos ocuparemos de otra concepción de la historia que, dejando a un lado su íntima conexión con el evolucionismo, ha de tratarse por separado. Lleva la denominación de materialismo histórico, y se encuentra en los trabajos de Karl Marx, Friedrich Engels y sus numerosos seguidores.

La teoría de Marx estaba profundamente enraizada en el clima intelectual del siglo XIX. Compartía todos los presupuestos fundamentales de la época. Con respecto a la historia humana, éstos implicaban la imagen de un proceso «natural», en el sentido de regular y cognoscible. La historia, al igual que el resto de dominios de la realidad, ha de ser una disciplina de la ciencia nomológica. La aproximación científica hará posible descubrir el significado, los modelos, las tendencias de los sucesos históricos, incluso en la escala máxima histórico-mundial, y esto, a cambio, permitirá a la especie humana controlar su destino. El fin último de Marx era especificar las «leyes de hierro» de la historia humana con el propósito de modelarla en dirección progresista. El credo de toda su vida lo afirmó temprano en su carrera, en las undécima de las *Tesis sobre Feuerbach* (1845): «Los filósofos se han limitado a interpretar el mundo de formas distintas. Sin embargo, de lo que se trata es de cambiarlo» (Marx y Engels 1968: 30).

Algunas de las afirmaciones sustantivas de Marx referidas a la historia son una simple réplica del credo evolucionista. Así (1) Marx era un creyente incondicional en el progreso como dirección general del proceso histórico. Compartía el optimismo de los evolucionistas, que enfatizaba la mejora constante de la sociedad. (2) Consideraba que la historia era empujada hacia adelante desde dentro, con el despliegue de fuerzas inmanentes, endógenas, intrasociales. (3) Contemplaba la historia como si se moviera a través de secuencias de estadios distinguibles, a lo largo de un camino uniforme (incluso aunque era consciente de algunas excepciones y desviaciones de la tra-

yectoria normal, por ejemplo, lo que denominó «formación asiática»). (4) Se percató de la complejización y de la diferenciación crecientes de las sociedades como tendencia histórica dominante, poniendo especial énfasis en la división del trabajo. Sin embargo, parte de la obra de los fundadores del marxismo es indistinguible del evolucionismo clásico. Véase, tan sólo, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1884) de Engels. Este libro no es más que un comentario ampliado y una secuela de la teoría evolucionista de Lewis Morgan.

La verdadera especificidad del materialismo histórico por comparación con el evolucionismo sólo comienza cuando Marx abraza las enseñanzas de Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831), y en particular su concepto de «dialéctica». En esta interpretación extremadamente intrincada de la historia, tal como fue puesta de relieve por Hegel en su *Fenomenología del Espíritu* (1807) y en las *Lecciones de Filosofía de la Historia* (1832), pueden distinguirse dos aspectos. El primero es la forma, modelo o lógica del proceso histórico. Esto es lo que primeramente significa dialéctica. El segundo es la sustancia, el señalamiento de las fuerzas y agentes que mueven hacia adelante la historia. Aquí es donde encontramos la noción idealista de Hegel de *Geist* (esto es, espíritu), en tanto sustrato real y agencia de la historia. Marx se acerca a Hegel de forma selectiva: acepta la idea formal de dialéctica pero rechaza el contenido idealista de la teoría. Siguiendo a otro filósofo alemán de su época, Ludwig Feuerbach (1804-72), «comienza a desarrollar su propia filosofía materialista como una inversión del hegelianismo... poniendo patas arriba la filosofía hegeliana» (Avineri 1968: 12).

La idea hegeliana de curso dialéctico (forma, modelo) de la historia incluye los siguientes presupuestos, todos los cuales también pueden encontrarse en la obra de Marx.

1. La historia se manifiesta como un desarrollo direccional, ascendente y progresivo. «Hegel afirma que si tomamos una perspectiva histórico mundial, veremos que hay un *logos* interno en la aparente multiplicidad caótica de los sucesos. Este *logos* tiene una forma teleológica. Hay una narrativa o “historia” que descubrir en la historia» (Bernstein 1972: 18). Esta historia es optimista: «El *Geist* guía la historia hacia el propósito verdadero y final —la completa realización de la libertad» (p.18).
2. El desarrollo histórico no es lineal, recto y consistente. Por el contrario, opera a través de rupturas, recaídas, retrocesos, logrando su forma general progresiva tan sólo en la suma final. «La autorrealización y autocompletamiento del *Geist* sólo tiene lugar a través de la autodestrucción....La historia es el escenario de la lucha perpetua y de la autodestrucción en la que todas las instituciones sociales finitas son destruidas y *aufgehoben* [superadas constructivamente]» (Bernstein 1972: 21). La metáfora de una espiral explica la idea: el proceso va hacia atrás y hacia adelante, pero cuando regresa aparentemente a condiciones anteriores, esto ocurre en realidad en un nivel superior. Cada revolución del ciclo produce alguna medida de progreso, incluso si acontece a costa de regresiones temporales.
3. El desarrollo histórico tampoco es gradual, suave, acumulativo. Por el contrario, opera a través de umbrales específicos, cuando la cualidad básica del pro-

- ceso cambia radical y rápidamente. Tales umbrales o rupturas cualitativas señalan los estadios naturales o las fases de la historia. La metáfora de los escalones es de mucha ayuda para entender esta forma particular de la historia.
4. La secuencia de los estadios históricos está dividida en tres partes. Este modelo triple es aplicable a varios horizontes históricos. En el nivel más general de la escala histórico-mundial, la historia del *Geist* pasa por su prehistoria en la existencia primitiva, después por la historia de su dependencia y esclavización acompañada por la lucha por la emancipación (todo esto comienza, para Hegel, con el establecimiento de los Estados), y por la fase final cuando el *Geist* alcanza la completa libertad, autorrealización y autoconocimiento. Esta lógica triple recuerda al modelo bíblico del Edén, la condenación terrena y la redención, y la salvación última en el cielo. En una escala temporal más restringida, dentro de cada una de las épocas que señalan los estadios de este ciclo épico, pueden distinguirse también tres subfases: la ascendente, la de completamiento y la de decadencia, que preparan el terreno para la apertura del siguiente ciclo, a un nivel superior.
  5. El proceso histórico es movido por fuerzas inmanentes, endógenas. «El *Geist* es el principio de la autoactividad en sí» (Bernstein 1972: 21). En otras palabras, incluye las causas de su propia transformación.
  6. Esas fuerzas inmanentes se encuentran en el principio de negatividad: contradicciones, tensiones, y su resolución. El *Geist* está permeado por la lucha constante, está «en guerra consigo mismo». «La autorrealización y el auto-completamiento del *Geist* sólo tienen lugar mediante la autodestrucción... Pero el poder de la negatividad no da como resultado destrucción sin sentido: es el medio para que se realice el desarrollo progresivo hacia la libertad concreta» (Bernstein 1972: 21)
  7. El proceso histórico discurre a distintos niveles. Los hechos históricos particulares, e incluso la conducta humana concreta, son guiados por la «astucia de la razón» que hace que se produzca inconscientemente la tendencia progresiva general en el nivel histórico-mundial del *Geist*. Aquí la verdadera tendencia histórica se manifiesta de forma consistente y necesaria, al margen de la multitud de acontecimientos históricos concretos.

Ésta es la estructura dialéctica en la que era situada la historia. En la versión hegeliana original se trataba de una estructura impuesta sobre la historia, en la que la historia autónoma del *Geist*, recorriendo su propio nivel metafísico, era meramente reflejada en los hechos históricos concretos. La famosa observación de Hegel acerca de Napoleón victorioso en el campo de batalla de Jena como «*Geist* a caballo» ilustra de forma elocuente esta perspectiva. «Cuando acontece que se refiere a hechos históricos, sólo lo hace para ilustrar una idea. Los hechos de la historia proporcionan tan sólo las notas a pie de página al tema de la *Fenomenología*. Por supuesto, como el proceso es necesario, es de hecho revelado en la Historia Mundial, pero puede ser explicado, cree Hegel, sin referencia a lo que realmente ocurre» (Plamenatz 1986, vol. 2: 148).

Marx encontró inaceptable este enfoque y acometió la formidable tarea de reescribirlo en términos materiales, esto es, por referencia al mundo tal como existe obje-

tivamente, incluyendo la naturaleza, la sociedad y los individuos humanos. Para él la historia no es la trayectoria del *Geist* sino la secuencia de cambios de la sociedad humana. Su principio motriz ha de buscarse en la «actividad humana sensible, en la *Praxis*» (Marx y Engels 1968: 28). La dialéctica es puesta sobre la tierra y se la adopta como herramienta para comprender el mundo humano real.

### **La imagen marxiana de la historia: una reconstrucción a tres niveles**

La imagen marxiana de la historia, al igual que el resto de su legado, ha sido transformada de forma considerable por las generaciones de intérpretes y seguidores. Los marxistas posteriores a Marx han hecho un uso diverso de su reconstrucción del proceso histórico. Numerosas versiones del materialismo histórico, que forman un amplio espectro que va desde el «marxismo dogmático» de Stalin (1879-1953) a la «interpretación activista» de Gramsci (1891-1937), invocan siempre la autoridad de Marx como su fuente, incluso cuando son claramente distintas unas de otras, mutuamente inconsistentes, y algunas veces directamente opuestas en sus afirmaciones. Como dice Steven Lukes: «La tradición marxista no es una unidad monolítica sino un territorio en disputa» (1985:2).

La reflexión metateórica acerca del enigmático destino de la teoría de Marx puede seguir dos vías. La mayoría de los estudiosos (y en particular los críticos o enemigos) de Marx se dirigen usualmente a la presunta inconsistencia interna de su teoría. Las fuentes de las divergencias posteriores se encuentran en las antinomias de la obra original de Marx (tanto en la oposición de períodos biográficos, con un «Marx maduro» que niega al «joven Marx», o —lo que es menos defendible— como en la oposición de temas que le obsesionaron toda su vida, que corren en paralelo a todas sus teorías, o como la ambivalencia y la inconsistencia en la selección de niveles ontológicos en los que escogió enfocar la vida social y la historia). Ésta puede denominarse como la «explicación hostil».

Pero hay otra alternativa, la «explicación simpática», que yo quisiera defender. Como *motto* me gustaría tomar la pulla irónica de R. Aron: «Si no hubiera tantos millones de marxistas, no habría lugar a la cuestión acerca de las principales ideas de Marx o de lo que sea central en su obra» (1968, vol. 1: 145). La interpretación simpática concede a Marx el beneficio de la duda. ¿No sería posible que la divergencia entre continuadores e interpretaciones sea consecuencia de las falacias cometidas por los seguidores e intérpretes, en lugar de un pecado original de Marx? ¿No es posible que este énfasis en la unilateralidad se deba a la miopía del pensamiento presintético, mientras que Marx era un precursor de la visión sintética, multidimensional, de la sociedad? ¿No será que los teóricos posteriores escogieron entre el acento «estructuralista» o el «agencial», entre los temas «historicistas» o «humanistas» en la obra de Marx, porque consideraban la centralidad de las estructuras y los procesos o la centralidad en los individuos y las acciones como si fueran alternativas mutuamente excluyentes, mientras que el propio Marx las trataba como complementarias, aprehendiendo ambas partes de la misma realidad compleja? Por tanto, lo que la «explicación hostil» llamaría incoherencia, y consideraría como una debilidad marxiana, la «interpretación simpática» lo denomina multidimensionalidad y lo considera como su ma-

por activo, de hecho anticipa una evolución posterior de la teoría sociológica hacia una imagen sintética y multifacética del mundo social.

La reconstrucción del materialismo histórico que voy a presentar en este capítulo es, inevitablemente, sólo una entre las muchas interpretaciones posibles de Marx. Estará guiada por una «perspectiva simpática» y presume la coherencia interna de la imagen marxiana de la historia, construida a través de los años por medio de multitud de contribuciones, de distinto carácter lógico, de peso sustantivo inconmensurable y destinadas a públicos diversos.

Mi tesis principal es que el materialismo histórico es una teoría multidimensional de la historia elaborada en tres niveles distintos de discurso: el histórico mundial, el socioestructural y el de la acción individual. Por decirlo de otra manera, hay de hecho tres teorías parciales interrelacionadas, constitutivas del materialismo histórico: la teoría de las formaciones socioeconómicas, en el nivel superior; la teoría de la lucha de clases en el nivel intermedio; y la teoría del individuo humano (o del «ser-de-la-especie», por utilizar la frase de Marx) en el nivel más bajo. No sólo se ocupan de materias distintas y están situadas en lugares distintos de la *oeuvre* de Marx, sino que están formuladas en lenguajes distintos. Algunas (por ejemplo, fragmentos de la teoría de clases y de la teoría de los individuos) en el lenguaje concreto-empírico en el que Marx describía los fenómenos observables más o menos inmediatamente: las personas, sus actividades, los grupos que forman, los productos de su trabajo, etc. Buenos ejemplos de tal discurso empírico-concreto pueden encontrarse en *La lucha de clases en Francia* (1850), *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte* (1852), *La guerra civil en Francia* (1871), y ocasionalmente como ilustraciones en otros trabajos. Pero obviamente, el corazón de Marx no estaba allí, y tan pronto como acomete el desafío de explicar, detallar las realidades empíricas, buscar sus mecanismos o «leyes de movimiento», el lenguaje empírico es abandonado y nos encontramos con consideraciones teóricas abstractas. El grueso de su trabajo (esto es, la teoría de la formación socioeconómica, gran parte de sus fragmentos de la teoría de clases y algunas partes de la teoría del «ser de la especie» y la alienación) presupone este tipo de discurso, en el que los principales conceptos no tienen referentes inmediatos, directamente empíricos, sino que son constructos, modelos, idealizaciones útiles para organizar la experiencia. En este nivel, ya no se habla de personas o de grupos, sino de «plusvalía», «relaciones productivas», «base económica», «superestructura», «conciencia de clase», «interés objetivo de clase», «clase para sí», «alienación», «reificación», etc. *El capital* (1867), *La ideología alemana* (1846), y la *Contribución a la crítica de la economía política* (1859) proporcionan buenos ejemplos de este estilo de pensamiento completamente nuevo.

Las tres teorías que hemos distinguido modelan un edificio coherente, jerárquico. Están conectadas por la relación de interpretación —de arriba a abajo—, y por la relación de agregación —de abajo a arriba. Bajando los peldaños, las teorías del nivel más bajo aprehenden los mecanismos de los procesos estipulados en el nivel más alto, dan interpretación más concreta y empírica a las afirmaciones allí avanzadas. Subiendo los peldaños, las teorías del nivel superior describen los efectos agregados de los procesos que tienen lugar en los niveles inferiores, generalizando acerca de sus resultados combinados, a menudo involuntarios y no reconocidos.

Así, el mecanismo de los cambios en las formaciones socioeconómicas es propor-

cionado por la teoría de las clases sociales. Por ejemplo, la afirmación general acerca de la inevitable autodestrucción del capitalismo es dotada de cuerpo empírico mediante el mecanismo de la pauperización relativa y de la movilización de la clase trabajadora, que ocasionalmente puede estallar en revolución anticapitalista. Como comenta Raymond Aron: «El mecanismo de la autodestrucción del capitalismo es sociológico y opera a través de la conducta de los grupos sociales» (1968, vol.1: 174). Pero, a cambio, las razones por las que surgen las clases y por las que luchan con otras clases sólo pueden encontrarse en el nivel inferior, en la teoría de los individuos y sus acciones, que adscribe a los seres humanos determinadas propensiones, «poderes» y aspiraciones, y explica por qué, al enfrentarse a la alienación y a la escasez, se movilizan rápidamente en favor de la acción revolucionaria. Si invertimos el orden de abajo arriba, de nuevo veremos tres escalones: los esfuerzos emancipatorios de los individuos alienados los acercan a aquellos con parecidos intereses económicos y dan como resultado la emergencia de las clases. La evolución de las luchas entre clases culminan en la revolución social y dan como resultado el cambio en toda la formación socioeconómica.

Rastrearemos ahora las implicaciones de tal construcción teórica triple para los problemas principales de la dinámica social. Para empezar, hay claramente tres concepciones del futuro hacia el que se mueve la sociedad, tres estadios finales que pueden tomarse como criterios del progreso. En el nivel histórico-mundial, Marx divisa la emergencia del comunismo, esto es, completa abundancia de bienes económicos privados salvaguardados por el desarrollo explosivo de las «fuerzas productivas» (tecnologías), abolición de la propiedad privada y marchitamiento del Estado. En el nivel socioestructural predijo el establecimiento de una sociedad sin clases, de los iguales, que realizaría el principio de «a cada cual según sus necesidades». En el nivel de la acción individual esperaba la completa desalienación de los miembros de la sociedad, esto es, el logro de la libertad completa: la libertad negativa *de* todas las constricciones estructurales, y la libertad positiva *para* modelar la organización social y sus instituciones de acuerdo con la propia voluntad.

De forma parecida, hay tres rutas seguidas por el cambio social, tres formas en las cuales el modelo de la espiral se manifiesta en la historia. En el nivel histórico-mundial está el movimiento de la propiedad común y de las formas primitivas de autogobierno, a través de la propiedad privada y el gobierno político, a la igualdad económica y política comunista, «la asociación libre de los productores libres». En el nivel socioestructural, está el movimiento desde la comunidad preclásica, a través de la sociedad dividida en clases a la sociedad sin clases del futuro. En el nivel de la acción individual, está el cambio desde la espontaneidad primitiva, a través de la alienación y la reificación, hacia la desalienación, la emancipación y la libertad.

Hay, igualmente, tres nociones de revolución que señalan los umbrales del cambio cualitativo en el curso de la historia. En el nivel histórico-mundial, las revoluciones significan transformaciones fundamentales de toda la formación socioeconómica. En el nivel socioestructural, las revoluciones implican el reemplazo de la clase dirigente por la clase contendiente. En el nivel de la acción individual, la revolución se refiere a las acciones masivas colectivas en las que los intereses (primordialmente económicos) de algunas personas prevalecen sobre los de otras.

La noción de intereses tiene, también, tres significados. En el nivel histórico-mun-

dial, los intereses creados, sistémicos son objetivos, están ligados a la localización en la formación socioeconómica, en el sistema de producción. En el nivel socioestructural, los intereses de clases son vistos como subjetivos, y su conciencia evoluciona hasta la conciencia de clase. En el nivel de la acción individual, los intereses significan intenciones, motivaciones, fines personales (entre los que las intenciones, las motivaciones y los fines económicos son los que más valen).

Hay también tres permutaciones del mecanismo dialéctico del cambio, enraizadas en conflictos y tensiones immanentes, y en su resolución ocasional. En el nivel histórico-mundial, están las contradicciones objetivas entre los segmentos de la formación socioeconómica, y está la secuencia normal (cadena) de su resolución, desde la base económica hacia la superestructura política y legal, y las «formas de conciencia social». En el nivel socioestructural, hay conflicto de clase, que evoluciona desde las contradicciones objetivas de clase, a través de lo que se percibe como antagonismos de clase y hostilidades hasta la lucha de clases real y la ruptura revolucionaria. En el nivel de la acción individual está el empuje creativo constreñido por las condiciones naturales o sociales, que resulta en un creciente control humano sobre la naturaleza y sobre el medio ambiente natural.

Por último, hay tres modos de determinación causal, que operan en niveles diferentes. La respuesta a la pregunta básica de si el cambio social es necesario o contingente, está determinado por completo o está sujeto en parte a la voluntad, es finalista o tiene su final abierto, tomará formas diversas según el nivel teórico en el que sea formulada. Así, en el nivel histórico-mundial, Marx afirma un fuerte determinismo. El proceso histórico general es visto como irreversible, y pasa a través de estadios definidos, en principio uniformes, que conducen inevitablemente al establecimiento del comunismo. En el nivel socioestructural reina un determinismo mucho más débil. Las clases emprenden acciones colectivas informadas en último término por sus intereses económicos y dirigidas a su afirmación o defensa. También pueden carecer de conciencia suficiente de sus intereses. A veces pueden ser empujadas a la acción mediante engaño por líderes irresponsables, demagogos, *agents provocateurs*. En todos estos casos las clases actuarán en contra de sus intereses económicos. Sus acciones escaparán a la determinación económica. En el nivel de la acción individual es donde es más fuerte el ingrediente de voluntarismo, libre elección, decisión espontánea, contingencia y oportunidad. Las acciones están infradeterminadas. Cada persona puede, en principio, actuar contra sus intereses económicos. Algunas lo hacen, anteponiendo otras consideraciones (por ejemplo, emocionales, tradicionales, ideológicas). Tomada en su totalidad, sin embargo, la gente es racional, y sus cálculos económicos proporcionan la premisa básica de sus intenciones, motivaciones y propósitos. Así, aunque para cada persona, de forma distributiva, hay considerable indeterminación, colectivamente, tomando la masa de las acciones, prevalece la determinación económica. Todo el mundo es libre de elegir, pero también se pueden predecir con seguridad las elecciones que harán la mayoría de las personas.

Por tanto, Marx describe el cambio histórico como si se extendiera a través de los tres niveles. El proceso real de cambios históricos arranca en el nivel más bajo de los individuos actuantes. Aquí sitúa Marx, presumiblemente, la agencia última, la fuerza motriz causal de todos los cambios sociales e históricos. Toda persona es un agente libre, que decide. Pero en sus acciones la gente ha de reconocer las condiciones estruc-

turales recibidas dentro de las que están emplazados. La mayor parte de las veces toman en cuenta los intereses económicos estructuralmente inducidos (y la oposición de intereses relativos respecto a otros) que les conectan con individuos emplazados de forma parecida en las clases sociales y los coloca frente a los miembros de otras clases. Por la defensa de sus intereses económicos las clases sociales entran en la lucha de clases con las clases opuestas. Las clases progresistas, esto es, aquellas con intereses creados en el desarrollo expansivo de las «fuerzas productivas» (las tecnologías modernas) prevalecen, estableciendo nuevos modos de producción. El resto de la formación socioeconómica ha de adaptarse a este nuevo sistema económico, completando la transformación fundamental de toda la sociedad, esto es, la revolución social. Y entonces la historia vuelve a repetirse.

Este cuadro simplificado ha de completarse con algunos detalles, reconstruyendo las ideas básicas marxianas, y refiriéndolas a continuación a los tres niveles.

### **El nivel de la acción individual: la teoría del «ser de la especie»**

Los componentes últimos, el sustrato ontológico básico de la sociedad son los individuos humanos. Éste es un lugar común que, ciertamente, acepta Marx, junto con la mayoría de los pensadores sociales, como punto de partida de la teoría social. «Las premisas de las que partimos», dice, «son los individuos reales, su actividad y las condiciones materiales bajo las que viven, tanto las que encuentran ya existentes como las que producen con su actividad. Estas premisas pueden ser verificadas, por tanto, de forma puramente empírica» (en McLellan 1971: 127-8).

El sentido común termina aquí y el concepto de individuo es expresado de forma muy original. En primer lugar no es sustantivo sino relacional (contextual). La naturaleza humana no es caracterizada por medio de un conjunto constante de propiedades universales, sino más bien por una relación específicamente humana con el ambiente, por medio de la cual se relaciona la gente con el contexto social y natural en el que existen. El individuo humano está inmerso en un derivado de la red de relaciones con la sociedad y con la naturaleza. Esas formas exclusivamente humanas de relacionarse con el ambiente son universales y constantes, pero por supuesto pueden variar en sus formas concretas y producir diversidad histórica y cultural. Los aspectos relacionales de la naturaleza humana son aspectos universales, sustantivos, históricos e idiosincrásicos. Uno de los mensajes portados por la sexta de las famosas *Tesis sobre Feuerbach* de Marx es, me parece, directamente relevante aquí: «La esencia humana no es una abstracción inherente a cada individuo. Es en realidad el conjunto de relaciones sociales» (Marx y Engels 1968: 29). Tal y como leyó esta tesis un comentarista contemporáneo: «La idea de Marx, por supuesto, es que la naturaleza humana no es una propiedad que habite simplemente en el hombre, tal como el egoísmo del “hombre económico”, sino que es una relación entre hombres» (Swingwood 1975: 95). Por tanto, el individuo humano aparece como un punto nodal, un nudo en la red más amplia de las relaciones sociales. Esta localización social —y el hecho consiguiente del moldeamiento social de los individuos, así como el impacto recíproco de los individuos sobre el contexto de su propia vida social— es una propiedad universal de la

condición humana, mientras que las combinaciones de redes relacionales varían históricamente, y los haces idiosincrásicos de tales relaciones varían individualmente.

Hay dos tipos de relaciones por medio de las cuales Marx define la naturaleza humana. Para facilitar la discusión las nombraré como «participación» y «creación». Al caracterizar la primera, Marx se centra en las relaciones humanas entre personas (las «relaciones sociales», en sentido estricto). Pero pueden extenderse, sin violar el significado marxiano, a las relaciones con la naturaleza, a la participación y a la pertenencia armoniosa al mundo natural. Igualmente, al caracterizar el segundo tipo de relaciones, la creación, Marx se concentra casi exclusivamente en las relaciones humanas con la naturaleza. Pero de nuevo puede extenderse a las actitudes hacia otras personas y otros objetos sociales, significando por ejemplo, el impulso para cambiar, educar y convencer a otros, o de reformar las organizaciones sociales, o de construir nuevos grupos etc. Por tanto, la participación y la creación pueden manifestarse con respecto a ambos contextos de la vida humana: social (otras personas) y natural (objetos).

Debido al énfasis de Marx en la relación de participación, su concepto de naturaleza humana no es psicológico sino social. Es un malentendido común pensar que centrarse en un individuo implica necesariamente una perspectiva psicológica. Si se hace caso a Tucker en que «ningún otro gran escritor ha desplegado tal falta de curiosidad acerca de las dimensiones psicológicas de la vida social» (Tucker 1980: 22), no debe sacarse la conclusión errónea de que Marx estuviera rechazando el estudio de los individuos. Un individuo puede verse desde varios puntos de vista. Para un psicólogo, el individuo *per se* es la materia crucial, y el enfoque se centra en el funcionamiento de la mente o la personalidad en sus aspectos cognitivos, emocionales, volicionales, motivacionales, actitudinales o en otros aspectos. Para un sociólogo, la materia crucial está compuesta de objetos supraindividuales o interindividuales específicos: interacciones, relaciones sociales, colectividades sociales, comunidades, grupos, sociedades, etc.

La perspectiva sociológica aplicada a *cualquier* fenómeno desciende hasta percibir ese fenómeno en el contexto de tales totalidades supraindividuales o interindividuales, como su elemento, o al menos como relacionado con ellos en formas regladas. Por lo tanto, el individuo es la materia relevante para la sociología sólo en la medida en que él o ella esté implicado en un tejido social más amplio. Desde la perspectiva sociológica un individuo será visto, por tanto, no como una persona completamente desplegada (con un modelado interno, psicológico, único y específico) sino más bien como una persona abstracta, como la «rebanada» unidimensional de una persona: (1) un actor en una acción social dirigida hacia otras personas u orientada por sus reacciones, (2) un socio en la interacción social, (3) un participante en una relación social, (4) un miembro de una colectividad social o en un grupo, (5) el encargado de un puesto social, (6) el realizador de un papel social. Para la sociología, el problema de la naturaleza humana concierne a las características de una persona en sus capacidades parciales como actor, socio, participante, miembro, encargado o realizador, y sólo en sus capacidades.

La prueba directa de que Marx estaba estudiando a los individuos humanos desde una perspectiva sociológica puede encontrarse en sus numerosas declaraciones de que la gente (los capitalistas, los campesinos, los proletarios) le interesaba tan sólo en

tanto representantes de clases sociales (en tanto miembros de grupos específicamente definidos) o encarnaciones de categorías económicas (ocupantes de posiciones específicas en el sistema de producción y distribución), o representantes de tendencias históricas (portadores de procesos históricos más amplios). Marx enfatiza a menudo la equivalencia de humanidad y existencia social. No hay persona fuera de la sociedad; todo individuo está ligado a los demás por innumerables relaciones de interdependencia, y por tanto, el lazo social es constitutivo de la condición humana y de la naturaleza humana. «El hombre», dice Marx, «es en el sentido más literal de la palabra un *zoon politikon*, no sólo un animal social sino un animal que sólo puede desarrollarse como individuo en la sociedad. La producción de individuos aislados fuera de la sociedad... es tan absurda como la idea del desarrollo del lenguaje sin individuos que vivan juntos y que se hablen entre sí» (Marx 1971: 17-18).

Pero una prueba indirecta mucho más elocuente de lo consistente del enfoque sociológico de Marx se puede ver si consideramos el método necesario para caracterizar la naturaleza humana implicado por tal perspectiva, lo que parece muy próximo al enfoque de Marx. Si una perspectiva verdaderamente sociológica requiere considerar a la gente como participantes en totalidades sociales más amplias, entonces el enfoque se ha de mover hacia la acción humana. Esto es así porque la gente participa en totalidades más amplias por medio de distintos tipos de actividad. Algunas actividades orientadas o dirigidas de forma específica modelan la acción social; las actividades mutuamente orientadas y coordinadas modelan una interacción; las actividades persistentes, repetitivas y reguladas *vis-à-vis* unos con otros implican a los individuos en relaciones sociales; las actividades que crean un lazo con determinadas personas y una distancia (u hostilidad) con otras personas hacen miembro de un grupo social a un individuo; un conjunto único de actividades esperadas y prescritas delimita un papel social. Para realizar todas estas actividades los individuos deben poseer unas capacidades, habilidades, destrezas y talentos específicos. «Un análisis de la acción social puede comenzar por un modelo y después inquirir qué tipos de actores se necesitan en él» (Hollis 1987). En otras palabras, las propiedades de un individuo actuante, participante (o actor), son derivables de las propiedades de una actividad participativa típicamente humana (acción). Esta idea fue claramente captada por Gramsci: «puede decirse que el hombre es esencialmente “político” puesto que es a través de la actividad de transformar y dirigir constantemente a otros hombres como el hombre se da cuenta de su “humanidad”, de su “naturaleza humana”» (Gramsci 1971: 360).

Al dirigirnos ahora al segundo tipo de relación humana con el ambiente, que hemos denominado «creación», será más fácil observar que también está constituida por un tipo específico de actividad. En la actividad creativa, los individuos externalizan sus «poderes», habilidades, talentos, produciendo objetos. En esos objetos se confirman ellos mismos, encuentran la expresión objetivada de su potencial individual. Como dijo Marx, «[el hombre] se duplica no sólo intelectualmente, en su mente, sino también activamente, en la realidad, y por tanto puede mirar su imagen en un mundo que él ha creado» (en McLellan 1971: 142). Obviamente, para hacer todo esto, los individuos humanos han de controlar determinadas capacidades, habilidades, pericias o, como diría Marx, determinados «poderes» especiales. De nuevo, las

propiedades de un individuo activo, creativo (de un actor) son derivables de las propiedades de tal actividad (acción) típicamente humana, creativa.

Marx concibe claramente que las propiedades de la acción humana son la clave de la comprensión de la naturaleza humana; «considera a las personas preeminentemente como actores» (Rubinstein 1981: 139). Y afirma explícitamente: «Tal como los individuos expresan sus vidas, así son» (Marx y Engels 1975: 61), haciéndose eco casi literalmente de la creencia hegeliana de que el «Espíritu es lo que hace, y su naturaleza se revela solamente en la suma de sus actividades» (Plamenatz 1975: 64). Marx elabora esta idea: «La totalidad del carácter de una especie... está contenido en el carácter de su actividad vital, y la actividad libre, consciente, es el carácter de la especie humana» (Marx y Engels 1960, vol. 1: 553). Y aquí de nuevo parece parafrasear a Hegel, para quien «La mente o el espíritu no es nada aparte de sus actividades, y su naturaleza sólo se revela en ellas, y existe sólo cuando es así revelada» (Plamenatz 1975: 63). Como ha observado acertadamente un comentarista contemporáneo: «Para Marx el hombre se manifiesta como ser de la especie a través de la actividad de un tipo, cualidad y ritmo que sólo pueden ser ejecutados por seres humanos» (Ollman 1975: 84).

Este énfasis en la acción como dimensión primaria, constitutiva de los seres humanos será todavía más pronunciado en el «marxismo activista» de después de Marx. Gramsci contesta la pregunta: «¿Qué es el hombre?» de la manera más elocuente: «Lo que queremos decir es: ¿qué puede llegar a ser el hombre? Esto es, ¿puede dominar el hombre su propio destino, puede “hacerse”, puede crear su propia vida? Mantenemos, en consecuencia, que el hombre es un proceso y, de forma más precisa, el proceso de sus acciones» (Gramsci 1971: 351).

Se pueden consignar diversos rasgos de la acción, tal como la concibe Marx.

1. La acción es considerada consciente y dirigida a un propósito en términos del esquema medios-fines. Tal como Engels desarrolla esta idea, «en la historia de la sociedad... los actores están todos dotados de consciencia, son hombres que actúan con deliberación o pasión, obrando hacia fines definidos; nada ocurre sin un propósito consciente, sin conducta intencionada» (Marx y Engels 1968: 622).
2. La acción es contemplada como dotada de algún grado de autoconciencia o autopercepción crítica por parte de los actores. Puede ser denominada, por utilizar la frase de Rom Harre, «control reflexivo» de la acción por los sujetos humanos (Harre y Secord, 1972). Como dice Marx, «El hombre es un ser para sí». Y se extiende en esto: «el animal es identificable inmediatamente con su actividad vital. No se distingue de ella. El hombre hace de su actividad vital misma el objeto de su voluntad y de su conciencia...la actividad vital consciente distingue directamente al hombre de la actividad vital animal» (Marx y Engels 1960, vol. 1: 553).
3. La acción es concebida como precedida de algún tipo de anticipación o planeamiento. En la pintoresca prosa de Marx, «lo que distingue al peor de los arquitectos de la mejor de las abejas es esto: que el arquitecto levanta su estructura en la imaginación antes de levantarla en la realidad. Al final de cada proceso de trabajo tenemos un resultado que ya existía en la imaginación del trabajador desde el comienzo» (1954, vol. 1: 174).

4. Se cree que la acción implica algún grado de consistencia y persistencia en su ejecución. De acuerdo con Marx un ser humano, por oposición a un animal, «no sólo efectúa un cambio de forma en el material sobre el que trabaja, sino que también realiza un propósito propio que da ley a su *modus operandi*, y al que ha de subordinar su voluntad» (1954, vol. 1: 174).
5. La acción es innovadora, esto es, se enfrenta activamente al ambiente, se orienta hacia el mundo de la naturaleza y/o hacia otra gente, en el intento de modificar, transformar y producir alguna novedad. Para Marx el trabajo es una actividad creativa *par excellence*.
6. La acción es colectiva, esto es, siempre está relacionada con otras personas, orientada hacia ellas, dependiente de ellas, coordinada con ellas, en conflicto con ellas, etc. «Toda producción», dice Marx, «es la apropiación de la naturaleza por el individuo dentro y a través de una determinada forma de sociedad» (1955: 230), y esto puede extenderse a todas las otras actividades humanas.

Para actuar de la manera antes descrita, un actor debe poseer un conjunto de capacidades, habilidades, facultades. Algunas de ellas se reducen a la habilidad de controlar la acción. Son la autoconciencia, la conciencia proyectiva, la persistencia. Otras se reducen a la capacidad de preservar alguna autonomía de acción *vis-à-vis* las presiones externas, del ambiente. Aquí facultades tales como la innovación, la orientación sociocéntrica se emparejan con la integridad personal, con un cierto nivel de indeterminación y capricho —«la habilidad de actuar de otra forma» (Giddens 1979)— contarían como cruciales. Todas estas capacidades modelan la imagen de Marx de la naturaleza humana como potencialidad inherente para la acción característicamente humana.

La actualización de esas potencialidades en la acción influye sobre esas mismas potencialidades. Al crear un mundo «humanizado» del ambiente natural, y modelar los patrones de organización social en los encuentros casuales y en cambio, los actores están remodelando, enriqueciendo y perfeccionando también sus propios yoes; su conocimiento, habilidades, capacidades, facultades. La creación deviene, en cierto sentido, autocreación. John Plamenatz ve a Marx como un exponente de la

idea del hombre como un ser autocreador: es decir, un ser que desarrolla las capacidades peculiares de su especie mientras vive y trabaja con sus congéneres, y que en el proceso adquiere sus ideas del mundo y de sí mismo... un ser que, al contrario que todos los que conocemos, en cierto sentido se hace a sí mismo, de forma que la humanidad en él es más un logro que una condición natural (1975: 3, 34).

Esta interpretación está bien corroborada por numerosas observaciones de Marx, por ejemplo: «al actuar así sobre el mundo externo y cambiarlo, [un individuo] al mismo tiempo cambia su propia naturaleza. Desarrolla sus poderes dormidos y los compele a actuar en obediencia a su compás» (1954, vol. 1: 173).

Todos estos rasgos de la acción humana y de la naturaleza humana son representados con toda su fuerza en el proceso del trabajo y en la capacidad humana para el

trabajo. Éste es el *leit motiv* de Gyorgy Lukács que considera al trabajo como «el modelo de todas las prácticas sociales, de toda conducta humana» (1984, vol. 2/1: 67). El mismo Marx definió el trabajo como la actividad fundamental de la especie, una «actividad vital» indispensable para la supervivencia, la reproducción y la evolución de la sociedad humana, dirigida hacia la dominación y apropiación de la naturaleza. Se le considera la suma de esfuerzos a través de los cuales los seres humanos modifican, transforman y controlan la naturaleza adaptándola a sus necesidades.

El trabajo [dice Marx] es, en primer lugar, un proceso en el que tanto el hombre como la naturaleza participan, y en el cual el hombre por acuerdo propio comienza, regula y controla las reacciones materiales entre él y la naturaleza. Se opone a la naturaleza con sus propias fuerzas, poniendo en funcionamiento brazos y piernas, cabeza y manos, las fuerzas naturales de su cuerpo, con el objeto de apropiarse los productos de la naturaleza en una forma adaptada a sus propios deseos (*en McLellan 1971: 148*).

Lukács señala que el trabajo no necesita ser dirigido directamente a la naturaleza, también puede influir a otras personas (por ejemplo, educándolas, organizándolas, conduciéndolas), y la producción de «valores de uso» deviene sólo el resultado último, indirecto (1984, vol. 2/1: 67).

Pero al margen de su forma específica, epitomiza claramente dos relaciones características de la condición humana: la creatividad y la participación. Por una parte, la objetivación, externalización, actualización de los «poderes» y capacidades humanas en productos; por otra, es siempre dirigido en un contexto social, cooperativo, competitivo o de autoridad. El trabajo ejemplifica también todos los demás rasgos de la acción humana. Para Lukács su componente crucial es la «asunción teleológica», y en formas complejas de producción, las cadenas ampliadas de tales «asunciones». Está pensando en la subordinación de la acción, o la secuencia de acciones, al fin o al proyecto preconcebido de antemano. Éste es el origen último de los símbolos y del lenguaje, puesto que los símbolos son proyectos de acción en forma comprimida, que actualizan potencialidades específicas de orientación humana hacia el ambiente natural y social (transformando, modelando, conquistando, ordenando, etc.). El trabajo ejerce también una influencia inversa sobre el trabajador, reforzando sus capacidades y «poderes» para el trabajo futuro; es una conducta autocreativa. Tal como la describe Plamenatz: «Es... una actividad supremamente educativa, la actividad que ayuda a formar al agente al igual que las cosas sobre las que actúa. Es sobre todo a través del trabajo como el hombre llega a comprenderse y a controlarse, como adquiere la imagen de sí» (Plamenatz 1975: 118). O, por expresar lo mismo en un lenguaje más filosófico, «mientras que el sujeto, en la concepción de Marx, modela el objeto, lo inverso también es cierto, puesto que el objeto modela al sujeto» (Rubinstein 1981: 169).

No es accidental que cuando Marx proporciona una descripción de la patología de la naturaleza humana en su teoría de la alienación, comienza por la alienación del trabajo, y sólo después generaliza el cuadro a todas las manifestaciones de la «especie natural» humana. En una sociedad de clase «el trabajador deviene alienado de su propia actividad y alienado de los productos que produce. Su propia actividad ya no la percibe como propia, y los productos de su trabajo ya no le pertenecen» (Israel 1971: 43). Esta condición del trabajo se extiende a todas las áreas de la vida humana.

Como en un espejo distorsionante, Marx bosqueja un cuadro deshumanizado del ser humano, el que domina bajo las condiciones de la sociedad de clase, que desde el punto de vista de la naturaleza humana es patológico, excepcional, aun cuando de hecho sea todavía predominante.

Esta contraimagen proporciona una fuerte corroboración del cuadro negado de una naturaleza humana saludable, «sana». Por tanto, la alienación es la inversión sustancial de las relaciones que conectan a la gente con el medio natural y social, la amputación de las relaciones de creatividad y participación. El hombre ya no es creativo: «La vida de la especie, la vida productiva... se convierte en un mero medio para sostener la existencia individual del trabajador» (Marx y Engels 1960, vol. 1: 553). De nuevo: «El trabajador ya no se confirma a sí mismo en su trabajo; se niega a sí mismo, se siente miserable en lugar de feliz, ya no emplea de forma generosa su energía física o intelectual, sino que mortifica su cuerpo y arruina su mente» (p.550). Ya no participa en asociaciones libres cooperativas, sino que en su lugar deviene aislado, extrañado de las otras personas, y hostil a ellas —alienado de sus congéneres. Por tanto, la alienación significa la negación de los impulsos sociocéntricos (el tema del egoísmo, la atomización), la falta de creatividad (el tema de la monotonía), y el abandono de la autonomía (el tema de la reificación, del fetichismo de las mercancías etc.), y, en suma, el marchitamiento de las «potencialidades de la especie» humana. La naturaleza humana deviene inhumana. Al leer la poderosa crítica de Marx del destino del individuo en la sociedad de clases, la imagen de la naturaleza humana de sus primeros escritos filosóficos reaparece, pero sólo en forma invertida.

Después de presentar una reconstrucción analítica de la idea marxiana de naturaleza humana, uno está tentado de encontrar un principio sintético para su funcionamiento, algún mecanismo generador que haga a la gente actualizar en la acción sus potencialidades inherentes *qua* actores, y desarrollar esas potencialidades en el proceso. Hay referencias prometedoras a esto en dos aproximaciones a la obra de Marx: Erich Fromm cree que «para Marx el hombre está caracterizado por el “principio del movimiento”...El principio del movimiento no ha de ser entendido mecánicamente sino como un impulso, como vitalidad creativa, como energía; la pasión humana para Marx es el poder esencial del hombre luchando enérgicamente por su objeto» (Fromm 1966: 30). J. McMurtry parece seguir la misma línea:

Lo más llamativo del concepto de naturaleza humana de Marx es la fuerza generadora inherente que imputa al hombre. El hombre es impelido, para Marx, por las necesidades mismas de su naturaleza a tareas más productivas, y que es únicamente capaz de proseguir debido a sus capacidades especiales intrínsecas...Por tanto, el hombre es excitado constantemente a la acción por su misma constitución, está siempre presionado por una demanda intrínseca hacia la expresividad vital material cuya forma más verdaderamente humana es el trabajo en su forma «no adulterada», una actividad productiva de naturaleza parecida al arte creativo (McMurtry 1978: 35-6).

Denominaré a este impulso o mecanismo fundamental «la tendencia humana hacia la trascendencia y la autotrascendencia»: la superación de las limitaciones, la oposición a las constricciones, el combate a los enemigos, el cruzar fronteras, romper barreras (tanto externas, ambientales, como internas, impuestas por las limitadas

capacidades humanas) por medio de una intensa actividad. Así es como empieza la historia humana, y esto es lo que hace que continúe.

### **El nivel socioestructural: la teoría de clases**

Los actores humanos y sus acciones no existen en el vacío sino, más bien, en el contexto de totalidades sociales más amplias. Las totalidades sociales más amplias surgen cuando las redes de relaciones (las estructuras sociales) emergen, conectando a individuos separados. Hay pruebas evidentes de que Marx concebía las totalidades sociales no de forma reificada sino en su forma relacional moderna. En los *Grundrisse* encontramos una afirmación explícita: «La sociedad no es una suma de individuos, sino que expresa la totalidad de aquellas relaciones y situaciones en las que los individuos se confrontan mutuamente unos a otros» (1953: 176). Los comentaristas contemporáneos consideran éste como el rasgo más característico de la ontología marxiana. Por ejemplo, Bertell Ollman dice: «Todo factor que entra en el estudio de Marx del capitalismo es una “relación social definida”. La relación es el mínimo irreductible para todas las unidades en la concepción de Marx de la realidad social. Éste es, en realidad, el meollo de nuestra dificultad para entender el marxismo, cuyo objeto de estudio no es simplemente la sociedad, sino la sociedad concebida “relacionalmente”» (1975: 14-15). Swingewood realiza una observación parecida: «el acento está puesto en la sociedad en tanto estructura definida dentro de la cual las intenciones y las acciones humanas acontecen» (1975: 37).

Percibir las totalidades como estructuras relacionales es la otra cara de percibir a los individuos en tanto estructuralmente implicados (a lo que nos hemos referido antes como el enfoque «sociológico» marxiano de los individuos humanos). El estructuralismo consistente de Marx se manifiesta por referencia a ambos niveles de la realidad social, tanto totalidades como individualidades (Sztompka 1979: 287-323).

Los individuos se agrupan y establecen colectividades, grupos, asociaciones, etc. cuando hay algún rasgo común entre ellos (y, en consecuencia, alguna diferencia que los separe de otras personas). Hay varias bases posibles del vínculo social. Una de particular importancia para Marx es la situación de la propiedad, el nivel similar de posesión de bienes. Sin embargo, no de todos los bienes. Hay una categoría particular de bienes que son los más atractivos y buscados por la gente debido a su propiedad única: no desaparecen en el consumo sino que son capaces de generar más bienes, de crecer, extenderse y multiplicarse. Son los «medios de producción»: la tierra, las materias primas, los edificios, los herramientas, la maquinaria, el capital. La posesión de los mismos salvaguarda la satisfacción de otras necesidades de sus propietarios, y hace posible por consiguiente elevar los niveles de satisfacción. La propiedad, o la falta de propiedad, de los medios de producción es, por tanto, el aspecto más importante de la situación vital humana, de la posición de uno en la sociedad. Determina los intereses objetivos básicos de cada cual, entendidos como el logro de una situación social que garantice un máximo de satisfacción de necesidades. El hecho de la propiedad y los consiguientes intereses creados en la preservación de las condiciones sociales beneficiosas produce un vínculo entre los propietarios; y la falta de propiedad y el consiguiente interés en un cambio radical de las condiciones sociales de pri-

vación produce un vínculo entre los desposeídos. De esta forma surgen las clases sociales —para Marx, los grupos sociales más importantes. Giddens resume el consenso casi universal que reina hoy en día sobre el significado marxiano de clase social: «las clases están constituidas por la relación de agrupamientos de individuos con la posesión de la propiedad privada de los medios de producción» (Giddens 1971: 37).

Este peculiar lazo social implica lógicamente la división de la sociedad en dos clases opuestas, polarizadas: aquellos que poseen los medios de producción y aquellos que no, y que por tanto han de vender su trabajo (la única riqueza vendible que poseen) para sobrevivir. Aparece el modelo polar de sociedad, con la propiedad, la riqueza y la abundancia en un extremo, y el trabajo asalariado, la pobreza y la privación en el otro: el mundo de los que «tienen» y el de los que «no tienen», el de los ricos y el de los pobres, el de los privilegiados y el de los explotados. «El señor y el esclavo, el patricio y el plebeyo, el noble y el siervo, el artesano y el jornalero, en una palabra, el opresor y el oprimido, en perenne oposición el uno frente al otro» (Marx y Engels 1968: 35-6).

Esta imagen está dotada de un dinamismo intrínseco. Marx identifica al menos dos tipos de transformaciones permanentes que se dan en este modelo. Una tiene que ver con la totalidad de la estructura polarizada, la otra con los componentes de esta estructura, las clases opuestas. La primera es la tendencia histórica a simplificar las distinciones y a eliminar todos los agrupamientos, o al menos, a eliminar la importancia estratégica de todos los agrupamientos excepto aquellos enraizados en diferencias de propiedad. Esta creciente polarización alcanza su límite en la sociedad capitalista: «La época de la burguesía», dice Marx, «posee sin embargo esta característica distintiva: ha simplificado los antagonismos de clase. La sociedad como un todo se está decantando cada vez más en dos grandes campos hostiles, en dos grandes clases enfrentadas directamente: la burguesía y el proletariado» (Marx y Engels 1968: 36).

Junto a la tendencia a la polarización, hay otra, hacia el crecimiento interno en la cristalización de las clases. Esto es expresado por la distinción de Marx entre «clase en sí» y «clase para sí». Los elementos comunes en la posición respecto a la propiedad entre una pluralidad de individuos no son suficientes para su funcionamiento real como clase completamente desarrollada. Más tarde o más temprano tienden a adquirir alguna conciencia de lo común (y una oposición, por consiguiente, a otras clases), a iniciar la comunicación y la interacción mutuas, para producir formas más persistentes de organización interna (esto es, liderazgo, representación política), dando como resultado la emergencia de una «clase para sí» madura, capaz de articular y defender sus intereses.

La fuente última, el estímulo para esta dinámica permanente de polarización y cristalización, se encuentra de nuevo en las contradicciones immanentes de la estructura de clase. El modelo es autodinámico, autotransformante. Marx describe las relaciones típicas entre clases como de oposición mutua. Se señalan al menos tres tipos de tal oposición. Primero, hay una contradicción objetiva de intereses entre aquellos que tienen y aquellos que no tienen: cuanto mayor es el alcance y la extensión en que se realicen los intereses de los propietarios, o son satisfechas sus necesidades, más difícil deviene para los no-propietarios realizar sus intereses o satisfacer sus necesidades. Esto puede denominarse «contradicción de clases». Segundo, la contradicción objetiva puede llegar a ser percibida subjetivamente por los miembros de las clases

respectivas. Entonces produce sentimientos de hostilidad, de falta de confianza, de enemistad por ambas partes. Este tipo de relación puede denominarse «antagonismo de clase». Por último, el antagonismo puede adquirir manifestaciones externas en los terrenos económico, político e ideológico; puede llegar a transformarse en un comportamiento colectivo más o menos organizado o en acción colectiva de clase dirigida contra los miembros de la clase opuesta. «Las clases llevan a cabo, unas veces de forma escondida otras de forma abierta, una lucha que termina una y otra vez en la reconstitución revolucionaria de la sociedad de arriba a abajo o en la ruina común de las clases en contienda» (Marx y Engels 1968: 36). La «lucha de clases» parece el término más apropiado para denominar esto. Es a través de las contradicciones de clase, los antagonismos y las luchas, asociadas a una presión permanente hacia su resolución como la sociedad muestra su tendencia hacia la autotranscendencia.

### **El nivel histórico-mundial: la teoría de la formación socioeconómica**

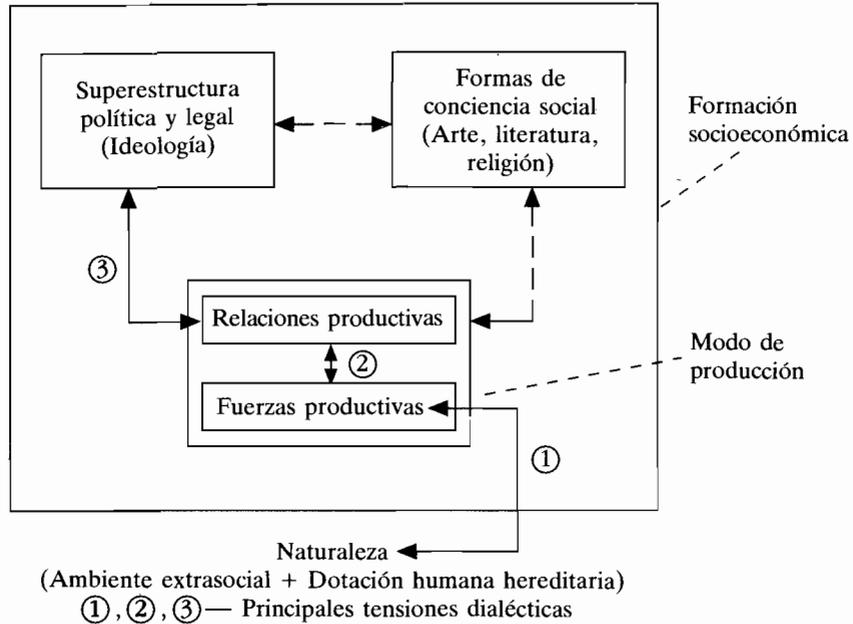
La concepción relacional de la realidad social, tan típica de Marx, también puede hallarse en el nivel más alto de su construcción teórica, donde trata a la sociedad de la forma más abstracta. Y es bastante explícito: «Las relaciones de producción en su totalidad constituyen lo que se denomina relaciones sociales, la sociedad y, específicamente, una sociedad en un estadio definido de su desarrollo histórico, una sociedad con un carácter peculiar, distintivo» (Marx y Engels 1968: 81).

Los fundamentos de la teoría de Marx de la formación socioeconómica, desarrollada ampliamente en *El capital* (1867) están dados en este citado pasaje del prefacio a la *Contribución a la crítica de la economía política* (1859):

En la producción social de su vida, el hombre entra en relaciones definidas que son indispensables e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a un estadio definido del desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. La suma total de esas relaciones de producción constituye la estructura económica de una sociedad, los fundamentos reales sobre los que se levanta una superestructura legal y política y a la que corresponde definir las formas de conciencia social (Marx y Engels 1968: 182).

Este modelo de generalidad máxima de una totalidad social (en terminología contemporánea diríamos: del sistema social) puede representarse por medio de la figura 11.1.

En línea con la orientación dinámica consistente de Marx, el modelo fue construido como si estuviera en constante movimiento interno; incluía cambios incesantes elicitados por fuerzas exógenas específicas. Hay un principio dinámico inherente en el modelo. Marx lo contempla en cambio permanente, conduciendo en último término a la completa autotransformación. «En determinado estadio de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en conflicto con las relaciones existentes de producción... De formas de desarrollo de las fuerzas productivas esas relaciones se tornan en sus cadenas. Entonces comienza la época de la revolución social. Con un cambio en el fundamento económico, la completa e inmensa superestructura se transforma más o menos rápidamente» (Marx y Engels 1968: 183).

FIGURA 11.1. *Formación socioeconómica.*

Las transformaciones son autodinámicas, immanentes, endógenas; son instigadas por contradicciones endémicas, por fuerzas y tensiones dentro de la estructura. Éstas acontecen en tres puntos: (1) En la frontera entre la sociedad y ambiente (naturaleza), como una contradicción que reaparece constantemente entre cualquier nivel dado de tecnología y los desafíos planteados por las condiciones extrasociales así como por la constitución biológica humana. Tal contradicción proporciona el impulso para el desarrollo permanente de las fuerzas productivas. (2) Otra contradicción aparece entre el nivel alcanzado de tecnología y la organización existente de las fuerzas productivas. Tal contradicción proporciona el impulso para los cambios progresivos de las relaciones productivas. (3) La contradicción final emerge entre el tipo de relaciones productivas recién establecido y el sistema tradicional de instituciones políticas, legales e ideológicas (superestructura), que dejan de ser instrumentales para la subestructura económica. Esta contradicción conduce a la transformación del régimen político y a la organización legal de la sociedad. Debido a las contradicciones internas y a la presión constante hacia su resolución, la sociedad manifiesta una tendencia constante hacia la autotranscendencia.

El «enigma de la historia» consiste precisamente en cómo las fases singulares en el funcionamiento del modelo se conectan en una secuencia acumulativa, produciendo series de transformaciones regulares, normadas y direccionales (cf. Addis 1968; 1969). El problema de «hacer historia» es el de cómo influye la agencia humana no sólo en el funcionamiento presente (operación) de una sociedad sino también en su desarrollo a largo plazo (transformaciones). Es aquí donde se introduce una perspec-

tiva dinámica verdadera. Si observamos el modelo general de historia humana descrito por Marx, veremos cómo esos mecanismos internos de autotranscendencia producen transformaciones lineales, direccionales, progresivas de la sociedad, la secuencia de formaciones socioeconómicas marcadas por revoluciones sociales consecutivas (cf. Habermas 1983).

Hay cinco formaciones socioeconómicas: la comunidad primitiva, la esclavista, la feudal, la capitalista y la comunista. O, en un esquema más simple que cubra las divisiones más importantes, tres épocas principales en la historia humana: las sociedades no alienadas anteriores a las clases (comunidad primitiva); las sociedades de clases permeadas por la alienación (esclavitud, feudalismo y capitalismo); y las sociedades sin clases y sin alienación (comunismo). Marx creía que el momento más significativo se daba con la sociedad capitalista moderna y su inevitable transición al comunismo. Este umbral histórico significaba el paso del «reino de la necesidad» al «reino de la libertad», cierra la «prehistoria» de la sociedad humana y abre la época de la verdadera «historia», libre y humanista. El agente de este cambio epocal se encuentra en el proletariado moderno, la clase de los explotados y desposeídos, cuyos intereses objetivos sólo pueden ser satisfechos mediante la completa abolición de las divisiones de clases y del dominio de clase. Como resultado de la revolución comunista, la «asociación libre de los productores libres» será establecida, llegando a su fin el largo período de desigualdad, explotación y miseria humana. El progreso último será realizado a costa de un elevado precio humano pagado durante toda la época de la sociedad de clases. Aquí completamos el círculo, de vuelta al sueño hegeliano de la victoria final de la libertad.

### **La teoría multidimensional de la construcción de la historia**

En la interpretación de la teoría marxiana que se acaba de proporcionar, la historia es vista como algo producido por los hombres mediante el entremezclamiento de las acciones humanas y de las condiciones estructurales (las divisiones de clase y las formaciones socioeconómicas). Esta conexión mutua entre varios niveles en los que opera la historia está expresada por la categoría de «praxis». Ya apuntada en la obra de Marx, la noción de praxis deviene central en un linaje del marxismo conocido como la escuela «humanista» o «activista», representada, entre otros, por Antonio Gramsci, Gyorgy Lukács (1885-1971) y Erich Fromm.

Marx es claramente consciente de la dependencia mutua de los diversos niveles. De forma general proclama: «Las circunstancias hacen a los hombres en la misma medida en que los hombres hacen las circunstancias» (en McLellan 1971: 129). El mismo mensaje porta la tercera de las *Tesis sobre Feuerbach* (1845): «La doctrina materialista de que los hombres son producto de las circunstancias y de la educación, y que por tanto, hombres distintos son producto de distintas circunstancias y distinta educación, olvida que son los hombres los que cambian las circunstancias y que el propio educador necesita ser educado» (en McLellan 1971: 204).

En el contexto de tales consideraciones Marx introduce la noción de praxis definida como el espacio en el cual las acciones humanas y las condiciones estructurales (clases, formaciones) se interpenetran mutuamente, como el proceso mediante el cual

se codeterminan mutuamente entre sí. Por citar a Marx: «La coincidencia de las circunstancias en cambio y de la actividad humana o autocambio sólo puede ser concebida y entendida racionalmente como práctica revolucionaria» (en McLellan 1971: 204). En otro lugar afirma: «En la actividad revolucionaria, el cambio de uno mismo coincide con el cambio de circunstancias» (en McLellan 1971: 199).

Algunos comentaristas creen que la teoría de la praxis de Marx «proporciona la clave para entender su punto de vista básico desde sus primeras reflexiones a su pensamiento maduro» (Bernstein 1972: xi). Que es ejemplo, afirman, de sus esfuerzos por lograr un modelo sintético, multidimensional, de sociedad: «Marx buscaba superar la unilateralidad extrema tanto de las doctrinas idealistas como de las materialistas en una nueva síntesis dialéctica propia» (Zeitlin 1981: 2). La idea de praxis como puente que salva el vacío entre los individuos y las totalidades sociales fue apropiada por los «marxistas activistas», particularmente por Gramsci y por Lukács. El primero se refirió a la totalidad del opus marxiano como «filosofía de la praxis» (Gramsci 1971) y dedicó la mayor parte de su trabajo a mostrar que «la acción humana efectiva no es consecuencia ni de la pura voluntad ni de fuerzas inexorables, sino un tipo particular de interacción entre las circunstancias objetivas y el espíritu creativo del hombre» (Femia 1987: 121). El último se refiere explícitamente a la praxis como el «concepto central» de su obra principal (Lukács 1971: xviii), en el que la fusión dialéctica del sujeto y del objeto es la preocupación fundamental. Inspirándose en Hegel, encuentra que la fusión se produce en la historia, e identifica su encarnación en el proletariado.

¿Cuál es la fuerza causal última que moviliza la praxis sociohistórica, el proceso complejo, de múltiples niveles de construcción de la historia? ¿En qué nivel del edificio teórico se ha de localizar? La «interpretación activista» rechaza cualquier presunción fatalista o finalista o cualquier modelo mecanicista, y se centra en el papel activo de los agentes humanos (las masas, las clases, los movimientos sociales, los líderes etc.) en la realización de las elecciones cruciales que influyen el curso de la historia. Hay suficientes pruebas textuales de que la imagen activista de la historia está presente al menos en algunos de los escritos de Marx. Véanse las siguientes afirmaciones: «La primera premisa de toda la historia humana es, por supuesto, la existencia de individuos humanos vivos» (en McLellan 1971: 127). O de forma más específica: «La totalidad de lo que se denomina historia mundial no es nada sino creación del hombre mediante el trabajo, y la emergencia de la naturaleza para el hombre: él tiene por tanto la prueba evidente e irrefutable de su autocreación, de su propio origen» (en Fromm 1966: 26). O, cuando Marx cita a Vico en un contexto inequívocamente aprobatorio: «La historia humana difiere de la historia natural en esto, que nosotros hemos hecho la primera pero no la segunda» (en Fromm 1966: 15). Por tanto, hay una alusión clara en Marx a la naturaleza creativa, constructiva, del proceso histórico, tanto en sus primeros trabajos de juventud como en sus análisis maduros.

Y esto es aprovechado por ambos líderes de la «interpretación activista». Para Gramsci, «la historia es la voluntad de los hombres que actúan sobre la naturaleza con el propósito de cambiar su mundo, de realizar sus fines, de satisfacer sus necesidades» (en Femia 1987: 64), o la «historia es una lucha continua de individuos y grupos para cambiar aquello que existe en un momento dado» (p.99). Él opta explícitamente por una lectura de Marx que

postula como factor dominante en la historia no los puros hechos económicos sino el hombre, los hombres en la sociedad, los hombres que interactúan entre ellos...y desarrollan a través de esos contactos (civilización) una voluntad colectiva, social; los hombres que comprenden los hechos económicos, los juzgan y los adaptan a su voluntad, de forma que esta voluntad deviene la fuerza motivadora de la economía, el moldeador de la realidad objetiva (*en Femia 1987: 90*).

Este comentarista contemporáneo tiene especialmente razón en un punto: «El tema central de los cuadernos es reenfatizar al hombre como constructo de su propia historia en lugar de una reflexión sobre los determinantes económicos» (*Femia 1987: 64*). En Lukács también es obvio el mismo énfasis:

La historia ya no es un flujo enigmático al que se sujetan los hombres y las cosas. Ya no es una cosa que haya de ser explicada por la intervención de poderes trascendentales o que se haga significativa por referencia a valores trascendentales. La historia es...el producto (aunque inconsciente) de la propia actividad del hombre... No contiene nada que no conduzca en último término a los hombres y a las relaciones entre hombres (*Lukács 1971: 186*).

Obviamente las acciones humanas no acontecen en el vacío, y no son ni contingentes ni completamente libres. Marx desarrolla la idea de una creatividad histórica humana, especificando dos fronteras, parámetros, que delimitan este campo. El primer límite tiene que ver con las capacidades de los actores humanos: lo que son las personas y, en consecuencia, lo que son capaces de hacer. Bajo este punto de vista podría decirse que la construcción de la historia está condicionada desde «abajo» Marx y Engels hicieron una famosa afirmación que toca este punto:

La historia no hace nada; no posee inmensas riquezas, no planta batallas. Son los hombres, los hombres que viven, quienes hacen todo esto, quienes poseen cosas y libran batallas. No es la «historia» la que utiliza a los hombres como medios para lograr sus propios fines —como si fuera una persona individual. La historia no es nada sino la actividad de los hombres persiguiendo sus propios fines (*en McLellan 1971: 125*).

El segundo límite tiene que ver con las circunstancias, con la situación de la acción, debido al carácter de las estructuras y la fase de transformación dentro de la cual acontece que viven y actúan los actores. Podría decirse que de esta forma la construcción de la historia está condicionada «desde arriba». Como dice Marx: «Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su gusto, no la hacen bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo circunstancias que se encuentran directamente, dadas y transmitidas desde el pasado» (*Marx y Engels 1968: 97*).

¿Pero cuál es la naturaleza de esas circunstancias? ¿Están simplemente dadas, contradadas, son proporcionadas por la providencia o por el destino? Aquí llegamos lo esencial del activismo marxiano. No deja dudas de que: las estructuras que limitan las acciones presentes son de por sí producidas por los actores humanos, por sus acciones pasadas, o por las acciones de sus predecesores. No son sobrehumanas sino enteramente creaciones humanas. Aquí está la afirmación más elocuente de Marx referida a la esfera del desarrollo tecnológico:

Los hombres no son libres para elegir sus fuerzas productivas —que son la base de toda su historia— porque cada fuerza productiva es una fuerza adquirida, el producto de una actividad a

terior. Las fuerzas productivas son por tanto el resultado de la energía práctica humana; pero esta energía está en sí condicionada por las circunstancias en las cuales se encuentran los hombres, por las fuerzas productivas ya adquiridas, por la forma social que existe antes de que ellos la hagan, que ellos no crean sino que es el producto de la generación precedente (*en McLellan 1971: 130*).

Hay una secuencia acumulativa de acciones acometidas por los actores dentro de las estructuras existentes; a continuación, producción de nuevas estructuras por esas acciones; y de nuevo actuación dentro de los límites proporcionados por las nuevas estructuras. En palabras de Marx mismo: «la historia no es otra cosa sino la sucesión de generaciones separadas, cada una de las cuales explota los materiales, las formas de capital, las fuerzas productivas legadas por todas las precedentes, por una parte continúa la actividad tradicional en circunstancias completamente cambiadas y, por otra, modifica las viejas circunstancias con una actividad completamente cambiada» (Fromm 1966: 211).

En efecto, las capacidades de los actores son enriquecidas gradualmente y las estructuras sufren un desarrollo gradual. Marx lo explica así:

Debido al simple hecho de que cada generación sucesora se encuentra en posesión de fuerzas productivas adquiridas por la generación previa, que sirven como materia prima para la nueva producción, aparece una coherencia en la historia humana, toma forma una historia de la humanidad que es sobre todo la de cómo se han desarrollado cada vez más las fuerzas productivas del hombre, esto es, sus relaciones sociales (*en McLellan 1971: 130*).

En resumen: cada fase del proceso remodela las condiciones iniciales y altera el campo de posibilidades abierto para la fase siguiente de construcción de la humanidad. La praxis opera bajo las circunstancias dejadas por la praxis anterior. Pero la fuerza causal última que pone en movimiento toda esta secuencia compleja es la agencia humana con su propensión interna hacia la trascendencia y la autotranscendencia.

El materialismo histórico era la teoría más compleja del cambio social e histórico, intentaba salvar la creencia evolucionista en un modelo general progresivo de historia humana y mostrar cómo ese modelo emerge del funcionamiento de la sociedad como resultado complejo, acumulado de las acciones humanas. En otras palabras, Marx todavía creía que había un destino histórico, pero veía ese destino modelado no por dioses, por el *Geist* o la providencia, sino por la gente misma. En este sentido, el materialismo histórico proporciona un puente entre las teorías tradicionales y las modernas del cambio social. Uno de los pies de Marx permanece firmemente asentado en el siglo XIX, pero el otro se adentra bien en el XX. El materialismo histórico de Marx anticipó y preparó el campo conceptual sobre el que dos influyentes enfoques del cambio histórico dominarán al final del siglo XX: la sociología histórica y las teorías de la agencia. Éstas serán nuestras preocupaciones en los próximos capítulos.

**Tercera parte**

**LA VISIÓN ALTERNATIVA:  
LA CONSTRUCCIÓN  
DE LA HISTORIA**

---

# Capítulo 12

## CONTRA EL DESARROLLISMO: LA CRÍTICA MODERNA

### La refutación del «historicismo»: Karl R. Popper

Hemos visto que tanto el evolucionismo como el materialismo histórico marxista comparten determinados presupuestos fundamentales. Ambos son formas de desarrollismo: un enfoque que postula cualidades irreductibles, emergentes, y regularidades en el proceso histórico, al que dota de una lógica interna, de sentido y de dirección. La idea de que la historia sigue su propio curso, siguiendo un camino predeterminado, hacia algún fin predado ha levantado dudas y críticas casi desde su formulación, pero ha sido sólo en la segunda mitad del siglo xx cuando se han proporcionado descripciones críticas y argumentadas del desarrollismo, que en último término han conducido al agotamiento de este enfoque y a su reemplazo gradual por una visión alternativa del cambio social y del proceso histórico. En este capítulo, se presentarán en orden cronológico cuatro importantes críticas del desarrollismo: las de Karl R. Popper, Robert Nisbet, Charles Tilly e Immanuel Wallerstein. Esto preparará el terreno para la exposición positiva del enfoque postdesarrollista que, como queremos exponer, proporciona una descripción mucho más adecuada de las dinámicas sociales e históricas.

Karl R. Popper formuló su crítica clásica de lo que él denominó «historicismo» en 1957, en un librito titulado *The Poverty of Historicism*, y después en el «Postscript: after twenty years», a su fundamental *Logic of Scientific Discovery* (1968). Por «historicismo» falaz (en tanto distinto del «historicismo» válido) entiende una doctrina u orientación en las ciencias sociales que se distingue por un determinado número de afirmaciones: ontológicas, epistemológicas y metodológicas. (1) Primero, presenta una visión ontológica de lo que es la historia: «La teoría de que la sociedad cambiará necesariamente pero a lo largo de un camino predeterminado que no puede cambiar, a través de estadios predeterminados por inexorable necesidad» (1964: 51). En esta descripción encontramos la típica tríada de presupuestos ontológicos que, en nuestra

discusión anterior, se encuentran siempre subyacentes a todas las descripciones evolucionistas o materialistas históricas: determinismo («camino predeterminado»), fatalismo («inexorable necesidad») y finalismo («estadios predeterminados» que conducen a algún estadio último, «el fin de la historia»). (2) Popper adscribe al «historicismo» una afirmación epistemológica fuerte, a saber, que las leyes de la historia son cognoscibles, pueden desvelarse mediante investigación: «Entiendo por “historicismo”», dice, «un enfoque de las ciencias sociales que asume que la predicción histórica es su propósito principal, y que asume que este propósito se puede lograr descubriendo los “ritmos”, o los “modelos”, las “leyes” o las “tendencias” que subyacen a la evolución de la historia» (1964: 3). En otro lugar dice: «La creencia, de forma más específica, de que la tarea de las ciencias sociales es poner al desnudo la ley de la evolución de la sociedad con el propósito de predecir el futuro... pudiera describirse como la doctrina central del historicismo» (p.106). (3) Está el postulado metodológico anexo para la investigación social: concentrarse en los fines predictivos, proporcionar «predicción histórica», o simplemente «predecir el futuro», como propósito último de la ciencia social.

Popper argumenta que todos estos presupuestos están equivocados, y que tienen efectos dañinos para la investigación sociológica así como para las políticas sociales. Como afirmación crítica central del libro ofrece la tesis de que «la creencia en el destino histórico es mera superstición, y no puede haber predicción del curso de la historia humana por medios científicos o por otro tipo de medios racionales» (1964: v). En consecuencia, la «ingeniería social holista», esto es, los intentos de utilizar el conocimiento de las tendencias necesarias y del futuro anticipado para construir instituciones sociales (en tanto opuesta a la «ingeniería social gradual», esto es, a los esfuerzos de mejora graduales) sólo pueden ser irracionales, utópicos y estar condenados al fracaso. El historicismo engendra un clima de fatalismo y pasividad, exhorta a la «comadronería social», esto es, restringe la intervención política al hacer avanzar acontecimientos supuestamente inevitables, y justifica el «futurismo moral», esto es, la creencia en que es bueno todo aquello que se ajusta a las demandas del desarrollo futuro. Esta última afirmación describe con claridad la forma de la afirmación dudosamente moral de que el fin justifica los medios, y puede usarse fácilmente para legitimar la tiranía, el despotismo o incluso el totalitarismo.

Hay varios argumentos que ofrece Popper para socavar el historicismo y sustanciar sus afirmaciones críticas. Como fundamento para una crítica lógica y metodológica, que es su idea central, enumera cinco puntos referidos a la sociedad humana y a su historia. (1) Que no hay una historia universal de la humanidad, sino más bien historias dispares y variadas de distintos segmentos de la sociedad humana. (2) Que hay una gran cantidad de contingencia y variación en las condiciones en las que operan las regularidades sociales, y que cada suceso histórico es «la resultante de constelaciones momentáneas de fuerzas en conflicto» (1964: 47). Un historicista, dice Popper, es alguien «falto de imaginación, porque no puede imaginar el cambio en las condiciones de cambio» (p.130). (3) Que hay un factor personal contingente, irracional y errático en la historia. (4) Que la historia humana es un proceso único, irrepetible, sin casos comparables. (5) Y quizás lo más importante, que el conocimiento es una dimensión crucial de la sociedad humana, y su nivel influye significativamente en todas las demás dimensiones.

La principal consecuencia de estos hechos acerca de la sociedad es que sólo la predicción científica condicional, que reconozca la variabilidad de las circunstancias locales y las condiciones específicas iniciales, es válida. Mientras que la profecía histórica acerca de una historia universal que recorre un camino predeterminado en condiciones constantes es en principio imposible. «Éste, podríamos decir, es el error central del historicismo. Sus “leyes de desarrollo” resultan ser tendencias absolutas, tendencias que al igual que las leyes no dependen de condiciones iniciales, y que nos llevan de forma irresistible en una determinada dirección hacia el futuro. Constituyen los pilares de las profecías incondicionadas, en tanto opuestas a las predicciones científicas condicionales» (1964: 128).

Otra importante consecuencia es la imposibilidad de leyes universales de tipo evolutivo, y la necesidad de restringir los resultados científicos sociales, por el contrario, a leyes condicionales «graduales» o a descripciones de tendencias contingentes. No puede haber una ley de la evolución porque la evolución de las sociedades es un caso histórico único (del que no podemos obtener réplica alguna).

No podemos esperar poner a prueba una hipótesis ni encontrar una ley natural aceptable para la ciencia si estamos siempre confinados a la observación de un único proceso. Ni puede la observación de un único proceso ayudarnos a entrever su desarrollo futuro. La observación más cuidadosa del desarrollo de una oruga no nos ayudará a predecir su transformación en una mariposa (1964: 109).

Lo que como mucho podemos lograr son rasgos históricos, que no nos proporcionan fundamentos para entrever el futuro. «Una oración que afirme la existencia de una tendencia en un tiempo y en un lugar determinados sería una afirmación histórica singular, no una ley universal» (p.115), y las tendencias no pueden sostener las predicciones.

Las mismas consecuencias se ven de la observación más crucial: que el conocimiento es una parte intrínseca de la realidad social, efectivamente causal con respecto a otras dimensiones de la sociedad. La refutación lógica última de Popper del historicismo sigue las líneas siguientes:

El curso de la historia humana está fuertemente influido por el crecimiento del conocimiento humano.

No podemos predecir, con métodos racionales o científicos, el crecimiento futuro de nuestro conocimiento científico. Es autocontradictorio pensar que podemos anticipar hoy lo que sólo conoceremos mañana. Predecir el conocimiento futuro es absurdo, porque en el momento de la predicción ya es conocimiento presente. Predecir el conocimiento futuro no puede ser diferente del simple conocer, aquí y ahora.

No podemos predecir, por tanto, el curso futuro de la historia humana, porque no podemos saber lo que será sabido (descubierto, inventado) en el futuro.

Todos estos argumentos se reducen a la misma conclusión última: debemos rechazar la posibilidad de una historia teórica; no puede haber teoría científica del desarrollo histórico que sirva de base a la predicción histórica (1964: vi-vii). En lugar de una visión «historicista» refutada, Popper ofrece su propio credo. Resumido por un comentarista contemporáneo es el siguiente:

Es un indeterminista que cree que el cambio es el resultado de nuestros intentos por resolver nuestros problemas— y que nuestros intentos por resolver nuestros problemas implican, entre otras cosas impredecibles, la imaginación, la elección y la suerte. De entre éstos sólo somos responsables de nuestras elecciones. En la medida en que opera cualquier proceso en determinada dirección somos nosotros...los que hacemos avanzar la historia. Cualquier propósito que encarna es nuestro propósito. Cualquier significado que tenga es el significado que nosotros le demos (Magee 1973: 97).

Anticipó, claramente, todas las ideas centrales de las teorías postdesarrollistas de la agencia, la construcción de la historia y el devenir social, que serán discutidas en capítulos posteriores.

### **La engañosa metáfora del crecimiento: Robert Nisbet**

La siguiente crítica interesante del desarrollismo fue presentada más de una década después por Robert Nisbet en su libro *Social Change and History* (1969) y en artículos conexos (Nisbet 1970).

El punto de partida para Nisbet es la contraposición del evolucionismo biológico y el social. El legado de Darwin y Mendel, subraya, es completamente distinto del legado de Spencer o Comte. (1) El evolucionismo biológico busca un mecanismo de cambio, y proporciona, por tanto, explicaciones, y permite predicciones. El evolucionismo social pretende aprehender el curso, la dirección y los estadios de los procesos históricos, y por tanto es una narración descriptiva. (2) Para los evolucionistas biológicos, la materia a estudiar son las poblaciones y especies agregadas, mientras que para los evolucionistas sociales es un objeto singular, una sociedad, una comunidad, un grupo, una clase social, una institución (esto es, una familia, una ley o una religión). (3) Los biólogos consideran el mecanismo de los cambios en la población estocástico, que opera a través de un gran número de sucesos individuales parcialmente accidentales y que, por tanto, permiten tan sólo generalizaciones o leyes probabilísticas. Los sociólogos, por otro lado, trazan tendencias supuestamente inexorables, necesarias e irreversibles, buscan leyes deterministas referentes a la dirección y la secuencia del cambio. «Mientras que la teoría biológica se convirtió (considerablemente, en su planteamiento por Darwin, y por completo cuando fue unida a las grandes investigaciones de Mendel) en una teoría estadística de la población, la teoría de la evolución social fue, y así ha permanecido hasta hoy, una construcción tipológica» (Nisbet 1969: 162). (4) Los mecanismos explicativos sustantivos son notablemente diferentes. En biología, los procesos de selección natural (Darwin), de variación genética (Mendel) y la supervivencia del mejor adaptado son centrales. En sociología, la diferenciación estructural y la diferenciación funcional son consideradas como los mecanismos centrales de la evolución.

El secreto de la especificidad del evolucionismo social queda al descubierto en una imagen particular, que a pesar de su procedencia biológica es enteramente extraña al evolucionismo biológico. A saber, en el núcleo de la idea sociológica de evolución o desarrollo está la «metáfora del crecimiento», el modelo del desarrollo natural de un organismo individual singular (en lugar de la especie) desde un estadio embrio-

nal a la madurez. «Tal crecimiento no es el modelo de la selección natural darwiniana o el de la teoría posdarwiniana en biología» (1969: 164). Es una invención de los clásicos de la sociología del siglo XIX, y ha mostrado tener una extraordinaria vitalidad, siendo preservada hasta nuestro tiempo por diversas variantes neoevolucionistas, neomodernizadoras o neomarxistas.

La metáfora del crecimiento tiene numerosas implicaciones, y fue definida por Nisbet como «la analogía entre el cambio en la sociedad con los procesos de crecimiento de un organismo individual» (1969: 166):

1. El cambio es natural y normal; es un proceso vital típico que no puede ser interrumpido mientras viva el organismo (o persista la sociedad).
2. El cambio es direccional; ocurre a través de una secuencia de estadios, donde el pasado, el presente y el futuro están conectados en una serie singular.
3. La dirección del cambio es fijada por el fin último de la madurez final, que en el caso de la sociedad se entiende la mayor parte de las veces como la modernidad de tipo occidental —industrialización, urbanización, cultura de masas, democracia, etc.
4. El cambio es inmanente, endógeno; es función del sistema mismo, desplegándose desde dentro y realizando un modelo de cambio prefijado de antemano en el embrión («el presente está preñado de futuro», como dice el refrán).
5. El cambio es continuo, gradual, acumulativo, sigue paso a paso un modelo a lo largo de secuencias de estadios constantes («La naturaleza no da saltos», dijo Leibniz, y lo mismo puede aplicarse a la sociedad).
6. El cambio es necesario para la naturaleza del sistema, al igual que el despliegue inexorable de la potencialidad en actualidad. «Para todos los evolucionistas sociales la necesidad era un elemento cardinal de lo que ellos juzgaban era una teoría científica del cambio» (1969: 181).
7. El cambio procede mediante causas uniformes; las fuerzas originadoras del cambio son en sí inalterables, idénticas en el pasado, en el presente y en el futuro (por ejemplo, las tendencias del espíritu de Comte, las contradicciones de Hegel, el conflicto de clase de Marx, etc.).

Todas las afirmaciones anteriores pueden ser refutadas y, por tanto, la metáfora del crecimiento se muestra en sí insostenible. Así:

1. La fijación, la estabilidad y la persistencia son, al menos, tan naturales y normales como el cambio. Lo que con frecuencia observamos en las sociedades humanas es inercia, una inclinación conservadora, una reluctancia a cambiar formas de conducta acostumbradas, el imperio del hábito y las costumbres.
2. No hay una direccionalidad simple, lineal en el cambio, ni un fin último del cambio.
3. El cambio social es, a menudo, exógeno. Es estimulado por acontecimientos externos a la sociedad. Tal causación externa es crucial para movilizar a la sociedad desde la inercia, la estabilidad y la persistencia. «El cambio significativo es abrumadoramente el resultado de factores no relacionados con el des-

arrollo; esto es, factores inseparables de sucesos e intrusiones externas» (1969: 289).

4. La mayor parte de las veces lo que se da es la discontinuidad del cambio. El cambio implica habitualmente crisis y continuidades hasta que se alcanza tentativamente alguna forma transitoria de adaptación.
5. No hay necesidad o irreversibilidad en los cambios sociales; los cambios pueden no producirse, y se dan todo tipo de regresiones y retrocesos en la historia.
6. Las causas del cambio social son múltiples y variadas, son relativas cultural e históricamente.

Como alternativa positiva al desarrollismo, Nisbet propone el estudio serio de la historia. A pesar de las apariencias, ni el evolucionismo ni el materialismo histórico tienen nada en común con la historiografía. Lo que ellos proponían era como mucho «“historia abstracta”, historia divorciada de todas las particularidades de los sucesos, las acciones, los personajes, los lugares, los períodos que constituían la sustancia misma de lo que preocupaba a los historiadores» (1969: 165). Los desarrollistas ignoraban las fuentes históricas al intentar construir sus esquemas sobre la historia. Produjeron teorías que fueron impuestas sobre la historia, en lugar de teorías sobre la historia. «Su objetivo... era discernir las provisiones para el cambio, el cambio natural, que se encuentran dentro de la sociedad o de la cultura y que no dependen para su existencia de la miríada de hechos y de acciones contingentes registrados históricamente» (p.234). A continuación caían en la trampa de la concreción perdida, al considerar sus esquemas abstractos, inventados racionalmente, como descripciones de realidades históricas. Y lo que es más, intentaron deducir de ellos predicciones históricas concretas o sucesos históricos.

El antídoto contra las tentaciones desarrollistas es la concreción histórica. «Para el estudio del cambio social, cualquier intento de afrontar el problema del cambio que no sea en términos de tiempo y particularidad, corteja el desastre —o la banalidad» (1969: 252) «Cuanto más concreto, empírico y conductista sea nuestro objeto de estudio, menos le será aplicable la teoría del desarrollo y sus numerosos elementos conceptuales» (p.267). La metáfora del crecimiento no encuentra acomodo en la investigación histórica seria. «Cuando contemplamos la conducta social real de una determinada parcela, no vemos crecimiento sino historia; historia que rechaza ser cortada en lechos de Procusto» (p. 285).

La contingencia, la concreción, la causación exógena —éstos son los acentos del cuadro que Nisbet hace del cambio histórico. De nuevo, ideas parecidas volverán a aparecer en las teorías modernas postdesarrollistas del cambio social, que presentaremos en los capítulos 13, 14 y 15.

### «Postulados perniciosos»: Charles Tilly

Otros quince años pasaron antes de que el siguiente trabajo de importancia contra el desarrollismo fuera contruido por Charles Tilly en *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons* (1984). El autor afirma que la sociología está atrapada en los pre-

supuestos derivados del siglo XIX, y encuentra que esto es algo particularmente obvio en el estudio del cambio social. La sociología del cambio ha de escapar a la trampa sin abandonar la agenda problemática válida fijada por los grandes maestros. «Debemos sostener los problemas del siglo XIX, pero abandonar el aparato intelectual del siglo XIX» (Tilly 1984: 59).

Hay ocho «postulados perniciosos» heredados del siglo XIX que deben ser rechazados, porque «los ocho son erróneos» (1984: 12):

1. La sociedad es una cosa aparte, tiene algún tipo de existencia objetiva como totalidad (organismo social, sistema social) y se divide en totalidades más pequeñas, en sociedades distintas, separadas.
2. La explicación de la conducta social ha de invocar el impacto externo, restrictivo, de la sociedad (estructura social) sobre las mentes individuales (personalidad humana).
3. El cambio social es un fenómeno general coherente, que puede ser estudiado y explicado como una totalidad.
4. Hay una sucesión de etapas, y cada etapa es más avanzada (progresiva) que la etapa anterior.
5. La diferenciación (esto es, la división del trabajo, la especialización de los órganos y funciones) es la lógica principal y el rasgo dominante del proceso histórico.
6. El orden social depende del equilibrio entre diferenciación e integración.
7. La patología social, la desviación, etc., son consecuencia de la tensión del cambio social excesivamente rápido.
8. Las formas ilegítimas de conflicto y coacción surgen del cambio y del desorden, mientras que las formas legítimas sirven a la integración y al control.

La evidencia histórica muestra que estos postulados son insostenibles. Por tanto:

1. La sociedad no ha de verse como una entidad o como una totalidad diferenciada, sino como algo fluido, complejo, que se solapa, como una red que atraviesa y se superpone a las «múltiples relaciones sociales, algunas de escala local y otras de escala mundial» (1984:25). Algunas cristalizaciones, nudos particulares de esta red, son entresacados para su estudio histórico o sociológico, y entonces reciben una existencia indirecta bajo el nombre de estados-nación, organizaciones sociales, grupos sociales etc.
2. Los factores determinantes de la vida social no son totalidades externas reificadas sino interacciones, relaciones entre los miembros de la sociedad, estructuras personales emergentes.
3. En realidad hay, en lugar de un único proceso maestro de cambio social, numerosos procesos fragmentarios de distintos niveles de complejidad, moviéndose en paralelo, o en direcciones opuestas, separados o solapados y el «cambio social» sólo es un término abstracto para denotar sus consecuencias generales, agregadas y acumuladas.
4. Los hechos históricos no nos permiten postular estadios distinguibles en un

proceso histórico, y ponen de forma aún más clara en cuestión cualquier adscripción de progreso a los mismos.

5. La diferenciación no puede considerarse como el proceso maestro de cambio social porque con igual frecuencia podemos observar el proceso de desdiferenciación (desorganización, regresión, colapso de estructuras, etc.).
6. El orden social no es debido necesariamente a mecanismos de integración puesto que diversas formas de disputa, de violencia colectiva, de protesta, etc. son en determinadas circunstancias las únicas formas racionales de perseguir los intereses colectivos y de salvaguardar un orden más aceptable.
7. El cambio social no produce necesariamente una tensión estructural generalizada, con síntomas como la patología social y la desviación.
8. La coerción al servicio de la «ley y el orden», ejecutada por el estado y sus funcionarios, puede ser en ocasiones indistinguible del crimen y la delincuencia, quebrando el orden social.

Como vemos, la prescripción de Tilly frente a los «postulados perniciosos» del siglo XIX es parecida a la de Nisbet: un giro hacia el estudio histórico concreto y profundo basado en pruebas. Su prolífico trabajo en el campo de los movimientos sociales y las revoluciones, en los que demuestra su enorme competencia como historiador, testifica elocuentemente lo fructífero de su consejo (cf. Tilly y Tilly 1975; Tilly 1978; 1979a).

### «Despensar» el siglo XIX: Immanuel Wallerstein

El autor de la «teoría del sistema mundial» (comentado anteriormente, en el capítulo 6) comparte el escepticismo de Nisbet y Tilly en lo referente a la validez del paradigma del siglo XIX. Immanuel Wallerstein es muy radical en su crítica y no sólo pide la revisión y la modificación del legado que los maestros de la sociología nos han dejado sino, por el contrario, el rechazo completo de los presupuestos típicos del pensamiento del siglo diecinueve. Tal y como expresa el título de su libro, se hace necesario *Unthinking Social Sciences* (1991) («Despensar las ciencias sociales»). Su propósito es explicado de la siguiente manera:

además de repensar los que es «normal», creo que necesitamos «despensar» la ciencia social del siglo XIX debido a que muchos de sus presupuestos —que en mi opinión son confudentes y encorsetadores— tienen todavía un anclaje demasiado grande en nuestra mentalidad. Estos presupuestos, antaño considerados liberadores del espíritu, son hoy en día una barrera intelectual central frente al análisis fructífero del mundo social (*Wallerstein 1991: 1*)

Entre los conceptos confudentes heredados del siglo XIX señala el de «desarrollo» como principal malvado.

El que me parece el concepto clave, y el más cuestionable, de la ciencia social del siglo XIX [es] el concepto de «desarrollo»...He aquí una idea que ha sido eminentemente influyente, profundamente confudente (precisamente porque, en su corrección parcial, parecía persuasiva-

mente autoevidente), y en consecuencia generadora de falsas expectativas (tanto intelectual como políticamente). Y sin embargo, hay muy pocos verdaderamente dispuestos a despensar esta noción central (*Wallerstein 1991: 2*).

La noción de desarrollo se hace inaceptable principalmente porque es incapaz de hacerse cargo de la tendencia histórica dominante en el mundo moderno, el proceso de globalización. Hay dos aspectos en esta inadecuación.

1. Por su propia definición el concepto de desarrollo refiere a un cambio inminente, endógeno, generado desde dentro de la sociedad (grupo, clase, comunidad, «sistema social») y que opera por medio del despliegue de potencialidades inherentes. Pero, afirma Wallerstein, el mundo social real es diferente: muestra principalmente cambios exógenos, generados por fuentes externas. Permanece estable hasta que es movido desde fuera. Por tanto, el papel central en la dinámica histórica es realizado por factores e influencias internacionales y globales. La presión a favor del cambio se deriva de los contactos, de la competición, de los choques, del conflicto de la conquista y de sucesos parecidos intersociales, en lugar de potencialidades embriónicas intrasociales. Ésta es la principal razón por la que resulta fútil pensar en términos de desarrollo.
2. El otro aspecto tiene que ver con la imagen de cada sociedad (nación-estado) como algo aislado, soberano, o en alguna medida autónomo o autárquico, y que evoluciona de acuerdo con sus propias tendencias y direcciones. Esta idea de la fragmentación de la sociedad humana y de su articulación en unidades discretas, enraizada en el pensamiento desarrollista, es claramente insostenible en un mundo globalizado. «Es fútil analizar los procesos de desarrollo societal de nuestras múltiples “sociedades” (nacionales) como si fueran estructuras autónomas que evolucionan internamente, cuando son y han sido primariamente estructuras creadas por procesos a escala mundial y que han tomado forma en respuesta a los mismos» (*Wallerstein 1991: 77*).

Wallerstein encuentra dos razones más por las que es necesario prescindir del concepto de desarrollo.

1. Está su íntima conexión con la más que cuestionable noción de progreso que, en su concepción, tiene varios defectos. (a) Sugiere una dirección constante en el cambio, mientras que si atendemos a los hechos históricos los procesos sociales fluctúan, dan vueltas, invierten su curso, se detienen o se paran. Su direccionalidad no puede presuponerse a priori; es, como mucho, una posibilidad contingente, que aparece en circunstancias específicas. (b) Otro defecto es el presupuesto optimista de un mejoramiento sin fin producido por los procesos de desarrollo. No necesita de mucha reflexión el darse cuenta de que siempre en algún respecto, y a menudo en muchos aspectos, los estadios posteriores de la historia humana difícilmente pueden ser definidos como mejoras por comparación a los estadios anteriores. Por tanto, la cuestión de la eva-

luación del progreso ha de tratarse como algo contingente e históricamente relativo.

El análisis de los sistemas mundiales pretende apartar la idea de progreso del estatus de trayectoria y convertirla en una variable analítica. Puede haber sistemas históricos mejores y peores (y podemos debatir acerca de los criterios para juzgarlos). Pero lo que no es en absoluto seguro es que exista una tendencia lineal —hacia arriba, hacia abajo o hacia adelante. Quizá la línea de tendencia sea desigual, o quizá indeterminada (*Wallerstein 1991: 254*).

2. La razón última es de naturaleza más general, tiene que ver con la constitución interna de las disciplinas sociales científicas. A saber, la noción de desarrollo pertenece a aquellas que perpetúan el «pecado original» de las ciencias sociales del siglo XIX, la distinción artificial e infundada en tres subcampos: el económico, el político y el social (cultural). Casi siempre los procesos de desarrollo económico, político y social (o cultural) son tratados por separado y estudiados de forma aislada por distintos investigadores, reforzando la ilusión de que hay tres trayectorias separadas de cambio. «Nos ha sido legada una terrible herencia por parte de la ciencia social del siglo XIX. Se trata del aserto de que la realidad social acontece en tres territorios distintos y separados: el político, el económico y el sociocultural... Esto es un sinsentido en términos de cómo funciona realmente el mundo» (*Wallerstein 1991: 264*). «La sagrada trinidad de la política/la economía/la sociedad-cultura no tiene valor heurístico intelectual hoy en día» (p.265). La ciencia de la sociedad globalizada ha de ser interdisciplinar y ésta es la razón última por la que ha de renunciar a la idea de desarrollo.

La crítica persistente al desarrollismo en las últimas décadas ha producido una lenta erosión y, finalmente, desplome de este enfoque. Al final del siglo XX sus dos versiones principales, el evolucionismo y el materialismo histórico parecen pertenecer ya a la historia del pensamiento social. En su lugar está empezando a vislumbrarse en la imaginación sociológica un enfoque, alternativo, postdesarrollista del cambio social. Éste será el objeto de los próximos tres capítulos.

# Capítulo 13

## LA HISTORIA COMO PRODUCTO HUMANO: LA TEORÍA EN EVOLUCIÓN DE LA AGENCIA

### En búsqueda de la agencia

Probablemente ya desde los albores de la autorreflexión humana la gente ha buscado las causas últimas de los hechos, los motores de los fenómenos y de los procesos, las fuerzas responsables de su propio destino. De forma inevitable devino éste uno de los temas perennes, principales, del pensamiento social y, mucho más tarde, de la ciencia sociológica. Aquí ha sido definido como la búsqueda de fuentes mutables y escondidas de las dinámicas sociales, del funcionamiento y de la transformación de la sociedad. En esta larga evolución del pensamiento humano la «agencia» ha sido gradualmente secularizada, humanizada y socializada.

Al principio fue situada fuera del mundo humano y social, en el dominio de lo sobrenatural. Tanto en forma de fuerzas animistas, de deidades personificadas, de dioses singulares o de providencia metafísica, la agencia siempre operaba desde fuera, modelando y controlando la vida individual y colectiva, las biografías humanas y las historias sociales.

En el estadio siguiente la agencia fue traída a la tierra y situada en fuerzas naturales lentamente desveladas y de distintos tipos. La sociedad humana, su funcionamiento y su cambio, se creyeron producto directo de la determinación natural, física, biológica, climática, geográfica e incluso astronómica. La agencia devino secularizada. Todavía estaba fuera de la sociedad y de la humanidad pero algo más próxima.

Aún tomó algún tiempo antes de que los poderes agentes fueran adscritos a los seres humanos, pero incluso entonces no a todos los seres humanos. La agencia se situó sólo en los grandes hombres: los profetas, los héroes, los líderes, los comandantes, los descubridores, los inventores, los genios. Ellos eran los movilizados de la sociedad, pero sus capacidades carismáticas no procedían de la sociedad; eran, más bien innatas, heredadas genéticamente y desarrolladas individualmente. La agencia devino humanizada, pero no fue todavía socializada. Una variante interesante de este tema

puede encontrarse en el funcionalismo-estructuralismo moderno, en el que la responsabilidad por los cambios *de* la sociedad (en tanto opuestos a los cambios *en* la sociedad) son adscritos a los desviados, a aquellos que socavan las formas sociales establecidas. Pero la desviación «acontece por razones desconocidas e incognoscibles sociológicamente —y esto significa estructuralmente. Es el bacilo que ataca el sistema desde las oscuras profundidades de la psique individual o los abordajes nebulosos del mundo exterior» (Dahrendorf 1968: 116).

Con el nacimiento de la sociología acontece un cambio sorprendente: la agencia deviene socializada, pero de nuevo deshumanizada. Es colocada explícitamente dentro de la sociedad, pero la sociedad es concebida en términos organicistas, como totalidad autorregulada y autotransformable. La metáfora del organismo utilizada para describir el funcionamiento de la sociedad y la metáfora del crecimiento aplicada a su desarrollo tiene la misma implicación: la agencia es tratada como si fuera un poder inherente al organismo social, su presupuesto específico, su *élan vital* no analizado, se manifiesta necesariamente en la vida social y en el cambio social direccional e irreversible. Esta «falacia sociológica» (Nisbet 1970: 203), pecado original de nuestra disciplina, rondó la sociología durante mucho tiempo. Subyace a todas las variedades de evolucionismo y desarrollismo, con sus concepciones de la historia como algo que acontece por encima de las cabezas humanas; se convirtió en una de las debilidades más obvias del funcionalismo ortodoxo o de la teoría de sistemas mecanicista, al presentarnos extraños modelos de sociedad sin personas. Los críticos pedían: «Dejadnos repatriar a los hombres, poner un poco de sangre en ellos» (Homans 1971: 113). A su debido tiempo se atendieron esas peticiones y la agencia encontró finalmente su lugar adecuado: en las acciones de los agentes sociales. Devino humanizada y socializada al mismo tiempo.

Los grandes hombres (y a medida que cambiaban los tiempos también las grandes mujeres) volvieron como agentes, pero sus poderes excepcionales fueron tratados como emanación de la sociedad en lugar de como cualidad innata. Fueron vistos como encarnaciones, cristalizaciones de tensiones estructurales, de ambientes sociales, de tradiciones históricas. Eran los líderes pero, paradójicamente, tan sólo porque sabían como seguir a aquellos que dirigían. Su conducta tomó la forma de «actividades representativas»: «desarrolladas a favor de la gente, con el propósito de ofrecerles un futuro» (Dahrendorf 1980: 18), o —por ponerlo en una terminología diferente— el ejercicio del «metapoder», esto es, el modelado de los contextos sociales para otros: «el poder de estructurar las relaciones sociales, de alterar el «tipo de juego» que realizan los actores, o de manipular o cambiar la distribución de recursos o de condiciones que gobiernan la interacción o los intercambios entre los actores implicados» (Baumgarten *et al.* 1976: 225).

El siguiente paso vino de la mano del pensamiento sociológico acerca de la agencia. Su asiento se desplazó desde los talentos personales a los roles sociales, y particularmente aquellos roles que poseen prerrogativas agenciales inherentes para introducir y reforzar los cambios. El problema de los cargos y de sus incumbentes se puso en primer plano.

Quizá el paso más crucial se tomó cuando la idea de agencia se extendió hacia abajo, a toda la gente y no sólo a los pocos elegidos, a todos los roles sociales y no sólo a los cargos poderosos. Se reconoció que obviamente cada individuo tiene tan

sólo una palabra minúscula que decir en el cambio social, pero que al mismo tiempo el cambio social ha de tratarse como el resultado compuesto de lo que hacen todos los individuos. Distributivamente, cada cual tiene un poder agencial menor, prácticamente invisible, pero colectivamente todos son poderosos. Dos disciplinas vecinas echaron una mano a la sociología en esta encrucijada teórica. La metáfora del mercado, tomada de la economía, ayudó a entender cómo la «mano invisible» surge de múltiples decisiones dispersas tomadas por innumerables productores, consumidores, compradores y vendedores; y una metáfora tomada de la lingüística ayudó a entender cómo en las prácticas cotidianas la gente crea, recrea y cambia su propia sociedad, del mismo modo que en el lenguaje cotidiano producen, reproducen y modifican su lenguaje. La noción de efectos latentes, involuntarios, de la acción humana (Merton 1976) se hizo crucial, puesto que el cambio social se vio como el resultado agregado y acumulado históricamente de lo que los miembros de la sociedad hacían por razones privadas y propósitos egoístas.

En la sociedad moderna, al menos, había que reconocer que no todos los cambios sociales eran involuntarios y que no todo el mundo actuaba aisladamente. La noción de cambio intencionado, planificado y el concepto de acción de grupo, colectiva, complementó la imagen del cambio espontáneo realizado por individuos. Con esto, la agencia encuentra su encarnación última en los agentes colectivos o corporativos. Algunos son vistos como si actuaran desde arriba, promulgando. Éstos son los gobiernos, las legislaturas, las corporaciones, los cuerpos administrativos, etc. Otros actúan desde abajo, induciendo incrementalmente los cambios. Éstos son las asociaciones, los grupos de presión, los *lobbies*, los movimientos sociales. Su interacción compleja moldea la escena política de las sociedades contemporáneas, y sus pretendidos resultados se cruzan con las actividades cotidianas, dispersas de los actores individuales, realizadas en el escenario de la vida cotidiana. Por tanto, los individuos y los colectivos, de forma conjunta, moldean el retorcido curso de la historia humana.

Hemos retrotraído la odisea de la idea de agencia a través del laberinto del pensamiento social y sociológico. A su entrada era completamente sobrehumana y extrasocial. A su salida aparece completamente humana y completamente social en sus dos facetas de actores individuales y agentes colectivos. La teoría sociológica reciente se concentra en ambas, intentando desenredar los secretos de su funcionamiento y los mecanismos a través de los cuales producen y reproducen la realidad social. Sigamos esta ruta con algo más de detalle.

## Teorías modernas de la agencia

### *Walter Buckley y el concepto de morfogénesis*

La genealogía de la teoría moderna de la agencia puede retrotraerse a 1967, al libro de Walter Buckley *Sociology and Modern Systems Theory*. Procedente de las tradiciones del estructuralismo-funcionalismo y de la teoría general de sistemas, Walter Buckley buscaba revisarlas incorporando las aportaciones de otras orientaciones teóricas: la teoría del intercambio, el interaccionismo simbólico, la teoría de juegos, los modelos colectivos de conducta. La base para esta integración era todavía el modelo

del sistema. Creía que «el modelo del sistema tiene potencial para sintetizar los modelos de interacción en un esquema conceptual coherente —una teoría básica— de los procesos socioculturales» (1967: 81). Contrapuso al modelo estructural-funcional del sistema autorregulado, homeostático (o, como él lo denominó «morfoestático») dominado por retroalimentaciones negativas, compensatorias, el modelo de un «sistema morfogenético» con retroalimentaciones positivas, amplificadoras, en el que las estructuras eran constantemente construidas y transformadas. «El modelo postula un sistema en movimiento con componentes interactivos y una fuente interna de tensión, el todo en constante transacción con su ambiente externo e interno en mutación, de forma que el último tiende a devenir “cartografiado” de alguna manera en su estructura» (p.128) Define la noción central, estratégica de la siguiente manera: «la morfogénesis referirá a aquellos procesos que tienden a elaborar o cambiar la forma dada de un sistema, estructura o estado» (p.58). El énfasis en el lado activo, constructivo del funcionamiento social constituye una ruptura significativa desde la perspectiva teórica, incluso aunque Buckley todavía permanece atrapado en algunas de las premisas de la estructura que presuntamente rechazaba, los modelos organicistas y mecanicistas. Su sistema morfogénico «emerge», «se construye», «se genera, elabora y reestructura a sí mismo». Hay algo de automatismo en todo esto, así como algo reificado, duro en el sistema mismo. La agencia aún no ha sido liberada de la jaula sistémica.

#### *Amitai Etzioni y la sociedad activa*

Un año después vino Amitai Etzioni con su descripción seminal de la «sociedad activa» (Etzioni 1968a), más tarde denominada «teoría de la autodirección» (Breed 1971). En su núcleo está la noción de «movilización» o de «activación societal»:

La teoría de la dirección societal difiere principalmente de otras teorías de la ciencia social contemporánea en que ve los impulsos de movilización de las colectividades y de las sociedades como fuente principal de sus propias transformaciones y de las transformaciones de sus relaciones con otras unidades societales. Cuando una unidad societal se moviliza... tiende a cambiar su propia estructura y sus límites y la estructura de la supraunidad de la que es miembro (Etzioni 1968a: 393).

La sociedad humana es vista como un «movimiento social macroscópico y permanente» inmerso en una «autotransformación intensa y perpetua» (1968a: viii). El motor último se encuentra en la «transformabilidad autodesencadenada» (p.121), y en la «receptividad creativa» (p.504) de la gente; el *locus* de tales capacidades son los colectivos, los grupos y las asociaciones sociales; y el mecanismo es identificado como acción colectiva, principalmente en el marco del proceso político.

La teoría de la dirección se pregunta cómo un actor dado [entendido como colectividad] dirige un proceso y cómo cambia las estructuras o los límites de una unidad... La teoría de la dirección societal se pregunta, además, cómo ha sido modelada una estructura dada, cómo se mantiene, cómo puede cambiarse, dónde se asienta el poder, quién dirige el conocimiento y quién tiene la capacidad de asignación (p.78).

Aunque Etzioni también deriva sus ideas de la teoría de sistemas o cibernética es, sin embargo, capaz de evitar la reificación o el automatismo al hallar a los verdaderos agentes de la autotransformación social en diversos tipos de colectividades. La búsqueda de la elusiva agencia se hace mucho más concreta.

*Alain Touraine, Michel Crocier y Erhard Friedberg: algunas contribuciones francesas*

En la segunda mitad de los años 60 han de reseñarse algunas contribuciones francesas a la teoría de la agencia. Por aquellos años comienza «la rápida ruptura de una visión reificante de la sociedad», tan típica de una particular versión francesa del estructuralismo (Chazel 1988: 197). Quizás el representante más importante de esta tendencia sea Alain Touraine. Desde que bosquejó la imagen de la «sociedad auto-producida» (Touraine 1977) su prolífico trabajo ha tenido un perfil fuertemente crítico. Se ha dirigido tanto contra el desarrollismo como contra el estructuralismo, y la principal acusación ha sido la de que «subordinaban el sentido de la acción colectiva a las leyes inmutables o a los requerimientos de la realidad histórica» (1985: 81), y en consecuencia eliminaban al actor (el sujeto) de la perspectiva sociológica, tratándole como un epifenómeno, una mera emanación del sistema:

La concepción evolucionista o historicista apela a la historia comparativa o incluso a la filosofía de la historia. Trata de mostrar que las sociedades están ordenadas en marcha hacia el progreso, la racionalidad y el reforzamiento del estado-nación. Es irrelevante el estudio de los actores sociales mismos: basta con analizar sus actos como expresión de tendencias positivas o de las contradicciones internas de un sistema dado (1985: 91).

«El regreso del actor» es necesario (Touraine 1984); «debemos reafirmar la necesidad de regresar a la idea de que los hombres hacen su propia historia» (1985: 88). Esto sólo es posible dentro de una imagen de la sociedad como producto contingente, fluido, de los esfuerzos humanos: «la sociedad no es otra cosa sino el resultado inestable e incoherente de las relaciones sociales y de los conflictos sociales» (p. 85).

La construcción de la sociedad y de la historia es llevada a cabo por la acción colectiva, y sus principales agentes son para Touraine los movimientos sociales (Touraine 1985). Esta encarnación crucial de la agencia es entendida, algo idiosincrásicamente, como aquellas formas de movilización colectiva que atacan directamente los fundamentos culturales de la sociedad, su modo específico de «historicidad». «El movimiento social...es ante todo un actor, puesto que la realidad histórica es construida a través de los conflictos y negociaciones de los movimientos sociales que dan una forma social específica a las orientaciones culturales» (1985: 87). El rechazo del evolucionismo y la elevación de los movimientos sociales al papel central de actores son conectados por Touraine con la emergencia de la «sociedad postindustrial», en la que la «capacidad de autoacción» se incrementa de forma radical, el alcance de las opciones y posibilidades aumenta y por tanto, «estas sociedades se ven a ellas mismas como productos de sus propias acciones, en lugar de como parte de un proceso de evolución histórica» (p. 84). En la obra de Touraine, esa vaga capacidad de la sociedad para movilizarse, transformarse, engendrar estructuras —percibida ya por auto-

res anteriores— es precisada mucho más concretamente y relativizada a la específica fase histórica.

Otra contribución francesa proviene de un dúo, Michel Crozier y Erhard Friedberg, sociólogos de las organizaciones, que se ocupan de la interdependencia de los actores y los sistemas (Crozier y Friedberg 1977). Se dieron cuenta de que los actores no existen fuera de un sistema que determine el alcance de su libertad, pero al mismo tiempo el sistema no existe sin actores que lo produzcan, lo apoyen y que son los únicos con poder para cambiarlo. Al igual que Touraine, comienzan con el rechazo de las «leyes de la historia» (con su automatismo, finalismo e inevitabilidad), y también del determinismo fuerte, particularmente del de tipo materialista o tecnológico (que concibe la formas de organización humana como algo completamente modelado por el contexto externo, el ambiente del sistema social).

Proponen, en su lugar, la imagen del cambio social como la estructuración y reestructuración continua del espacio en el que la gente realiza acciones en respuesta a los problemas y desafíos que encaran. El cambio social es gradual; surge de los juegos sociales, de las negociaciones, del regateo, de los conflictos y de la cooperación.

Las actividades colectivas de este tipo son intrínsecamente creativas debido al mecanismo del «aprendizaje colectivo», en el que los descubrimientos e innovaciones individuales se convierten en prácticas sociales compartidas y son absorbidas por el sistema. En consecuencia, los rasgos del sistema son alterados, e incluso puede acontecer la transformación de los mecanismos mismos de transformación. No hay cambio necesario, inevitable o «natural»; el mundo social es fundamentalmente indeterminado o al menos «infradeterminado»; todos los cambios son resultado de la inventiva humana, de la creación y de la búsqueda. El reconocimiento de tal genealogía humana contingente de todos los sistemas, incluso de aquellos aparentemente más rígidos e inmutables, proporciona espacio para la perspectiva crítica, para una aprehensión realista de la «libertad organizacional», y para la capacidad para oponerse y romper con las condiciones estructurales existentes. Tales actitudes están entre los prerrequisitos de lo que estos autores denominan «la sociedad que aprende». El descubrimiento de que el aprendizaje colectivo es uno de los mecanismos fundamentales de la autotransformación social es, quizá, su contribución crucial a la búsqueda en curso de la agencia.

### *Anthony Giddens y la idea de estructuración*

Los británicos entraron de la forma más vigorosa posible en el debate con la obra de Anthony Giddens, que ha elaborado en la última década su «teoría de la estructuración» (Giddens 1979; 1981; 1984). Él se distancia de todas las teorías típicas del «consenso ortodoxo» que asume la reificación de las totalidades sociales y la determinación social de los actores (y que los tratan como «imbéciles estructurales o culturales»). Combina tal crítica de los funcionalismos y de los estructuralismos con una inspiración positiva tomada de los diversos tipos de «sociología interpretativa», y llega al punto de negar la adecuación de la noción de estructura. Pone el acento sobre lo fluido, lo que está en cambio permanente, en la naturaleza completamente contingente de la realidad social, cuyo único sustrato ontológico verdadero se encuentra en las acciones e interacciones de los sujetos humanos, propone transformar la noción estáti-

ca de estructura por la categoría dinámica de «estructuración» como descripción de la conducta humana colectiva. «Nuestra vida transcurre en la transformación» (Giddens 1979: 3) y su contenido central es la producción y reproducción constante de la sociedad. Por tanto, «estudiar la estructuración del sistema social es estudiar las formas en las que tal sistema, a través de la aplicación de reglas generativas y de recursos, y en el contexto de resultados no deseados, es producido y reproducido en interacción» (p.66). Las reglas y recursos que utilizan los actores son remodeladas en el proceso de su utilización: «las propiedades estructurales de los sistemas sociales son al tiempo el medio y el resultado de la prácticas que constituyen esos sistemas» (p.69). Esto es denominado teorema de la «dualidad de la estructura».

El motor último de la «estructuración» son los actores humanos (o agentes), las pluralidades de individuos en su comportamiento cotidiano. Una de sus propiedades centrales es la «cognoscibilidad», o reflexividad: «todos los actores sociales saben bastante acerca de las condiciones y consecuencias de lo que hacen en el día a día de sus vidas» (Giddens 1984: 281). El análisis detallado de la «conciencia práctica» y de la «conciencia discursiva» de los actores humanos va mucho más allá que anteriores «sociologías interpretativas», pero no conduce a una absolutización unilateral. Se admite que algunas condiciones no han sido reconocidas y que algunas consecuencias de la acción son involuntarias. Por tanto, aunque la historia es vista como un producto contingente de la agencia humana, como algo hecho de «sucesos perpetrados por un individuo, en el sentido de que el individuo podría, en cualquier fase de una secuencia dada de conducta, haber actuado de un modo distinto» (p.9), esto no significa que el producto coincida con las intenciones: «La historia humana es creada por actividades intencionales pero no es un proyecto intencionado; elude persistentemente los esfuerzos por ser sometido a una dirección consciente» (p.27).

Otro aspecto de los agentes humanos es su constitución material (corporal, biológica, carnal) y, en consecuencia, su inescapable incardinación en el tiempo y el espacio. «La corporalidad impone severas limitaciones a las capacidades de movimiento y percepción del agente humano» (Giddens 1984: 111). Las implicaciones de esta constatación aparentemente simple muestran una enorme complejidad y rara vez son enfrentadas por los sociólogos.

Con Giddens, la agencia es finalmente encarnada en los seres humanos individuales. Ya no es una vaga tendencia del sistema, ni un impulso indefinido de colectividades, clases y movimientos orientados hacia el cambio, sino la conducta cotidiana de la gente corriente, a menudo muy alejada de cualquier actitud de reforma, y que se descubre que moldea y remodela las sociedades humanas. Sin duda, en la riqueza y profundidad de estos detallados análisis de los actores individuales, Giddens va más lejos que los autores anteriores al desvelar el misterio de la agencia.

### *Tom Burns y el grupo de Uppsala: la teoría de los sistemas de reglas*

El lado opuesto de la ecuación agencia-estructura es el representado por Tom R. Burns y Helena Flam en su «teoría de los sistemas de reglas» (Burns y Flam 1987). Aunque declaran su intención de «conectar los niveles del actor y la estructura» (p.9), su enfoque no se centra en los actores que modelan sino más bien en las estructuras

modeladas, que son concebidas en términos normativos como redes complejas de reglas. La orientación normativa se pone ya de relieve en la primera frase del libro: «La actividad humana —en toda su extraordinaria variedad y originalidad— está organizada y gobernada mayormente por reglas socialmente determinadas y por sistemas de reglas» (p.viii). Uno se pregunta si —al recordar que los autores trabajan en Uppsala, Suecia— hay un eco involuntario o una continuación consciente de un importante desarrollo nativo en la sociología sueca denominado, a veces, «Escuela de Uppsala», a saber, la ontología normativa del mundo social producida por Torgny Segerstedt (1966): «Todo tipo de interacción y cooperación ha de presuponer normas comunes. Podemos hacer predicciones debido a que tenemos normas y símbolos comunes con significado común» (Segerstedt 1966: 12).

La principal aportación de la teoría de los sistemas de reglas es su sofisticado análisis de las reglas sociales, que construyen las «estructuras profundas de la historia humana» (Burns y Flam 1987: ix). Éstas son percibidas como agrupadas en torno a tres tipos de «módulos»: los sistemas de reglas, los regímenes de reglas y las gramáticas. Los sistemas de reglas constan de «conjuntos de reglas dependientes del contexto y temporalmente específicas organizadas para la estructuración y regulación de las transacciones sociales, para realizar determinadas actividades, para ejecutar determinadas tareas o para interactuar de formas definidas con los otros» (p.13). Los regímenes de reglas poseen autoridad, están respaldados por sanciones sociales y por redes de poder y control y, por tanto, poseen una cualidad objetiva, externa, en la percepción humana. Están muy próximos a lo que se denomina normalmente instituciones (en el sentido normativo de esta ambigua categoría). En el nivel individual los sistemas de reglas se convierten en «gramáticas generativas para la acción social» utilizadas por los actores «para estructurar y regular sus transacciones entre ellos en situaciones definidas o en esferas de actividad» (p.14).

Esta red compleja y multidimensional no es considerada como algo dado, en el sentido durkheimiano tradicional, sino como el producto de la acción humana: «Los sistemas de reglas sociales son construcciones humanas» (Burns y Flam 1987: 30); «los agentes humanos forman y reforman continuamente los sistemas sociales de reglas» (p.26). Lo hacen de tres formas distintas: creándolos, interpretándolos y aplicándolos. Estas tres actividades implican un gran margen de libertad y son «indeterminadas»; son también un campo de conflictos y luchas sociales, de la «política» específica de la formación de reglas. Aunque surgen de las acciones humanas, los sistemas de reglas también inciden en las acciones humanas. Al unísono con Giddens, los autores hablan de una «relación dual»: los sistemas sociales de reglas

organizan y regulan las transacciones sociales, tales como el intercambio o la competición política, en términos de a quién se le permite participar, qué transacciones son apropiadas o legítimas, dónde y cuándo pueden ejecutarse las transacciones, cómo han de ejecutarse, etc. Al mismo tiempo, los procesos transaccionales son esenciales para la formación y la reforma de los sistemas de reglas, así como para su interpretación e implementación (pp.10-11).

Así pues, «los agentes humanos a través de sus acciones transforman las condiciones mismas de sus acciones» (p.3). Se insinúa, aunque no se desarrolla, que la clave de esta «dualidad» podría hallarse en la dimensión histórica de la realidad humana:

«Los sistemas que sigue la gente actualmente han sido producidos y desarrollados a lo largo de grandes períodos de tiempo. A través de sus transacciones, los grupos sociales y las comunidades mantienen y extienden los sistemas de reglas hacia el futuro» (p.29). Burns y Flam añaden a la teoría de la agencia un rico análisis de la estructura normativa, respaldado por una investigación detallada en la que seleccionan los casos empíricos más relevantes para la sociedad contemporánea, tales como mercados económicos, complejos burocráticos y tecnológicos.

### *Margaret Archer y la teoría elaborada de la morfogénesis*

Margaret S.Archer, otro participante británico, irrumpió en el debate acerca de la agencia en 1982, de una guisa algo destructiva, con una crítica fuerte a la teoría de Giddens de la estructuración (Archer 1985[1982]). Pero casi de forma inmediata, se embarcó en una fase constructiva, proponiendo su propia versión de la «teoría de la morfogénesis», que culminó en el importante volumen sobre *Culture and Agency* (1988) y ha continuado, aparentemente, el proyecto más allá de este punto (Archer 1989). La principal virtud de la perspectiva morfogenética se encuentra en el reconocimiento de que «la única característica distinguible de los sistemas sociales respecto a los orgánicos o mecánicos es su capacidad para sufrir reestructuraciones radicales» (Archer 1988: xxii). Tal reestructuración es debida en último término a la agencia humana: «el modelado estructural está anclado inextricablemente a la interacción práctica» (Archer 1985: 59). La noción central de *morfogénesis* «refiere a los intercambios complejos [entre estructuras y acciones] que producen cambio en la forma dada de un sistema, estructura o estado» (1985: xxii). Para estudiar tales intercambios uno debe adoptar el principio del «dualismo analítico» en lugar de la «dualidad» conceptual. El primero significa que la acción y la estructura son concebidas como separables analíticamente, porque «las propiedades emergentes que caracterizan los sistemas socioculturales implican discontinuidad entre las interacciones iniciales y su producto, el sistema complejo» (1985: 61). Al contrario de esto, el principio del dualismo comete la falacia de la «refundición central», «de la elisión de los dos elementos [que] elimina toda autonomía o interdependencia de uno de ellos, si no de los dos» (1988: xiii).

Hay dos argumentos a favor de la dualidad analítica, y frente al dualismo. Uno es metodológico. Presentar la acción y la estructura como constitutivas la una de la otra no conduce a proposiciones acerca de su dependencia, ni descarta «ningún examen de su interrelación», y por tanto «sus influencias mutuas no pueden ser desenredadas» (1988: 13-14). El otro argumento, más contundente, es ontológico: es el caso que la acción y la estructura son efectivamente distintas debido a su «condicionamiento estructural», a la «interacción social» y en consecuencia, la «elaboración estructural» acontece en momentos distintos del tiempo. «La interacción subsiguiente será diferente de la acción anterior debido a que está condicionada por las consecuencias estructurales de tal acción anterior» (1985: 61). De forma más precisa, significa que «la estructura lógica antecede a la(s) acción(es) que la transforma(n); y...la elaboración estructural va después lógicamente de aquellas acciones» (p.72). Con respecto a la cultura, «la Elaboración Cultural es el futuro forjado en el presente, esculpido en la herencia del pasado por la innovación presente» (1988: xxiv). Por tanto, el principio

de dualismo engendra el segundo supuesto básico típico de la teoría de la morfogénesis, a saber, la naturaleza secuencial, cíclica de los intercambios acción-estructura.

En sus más recientes contribuciones, Archer añade una nueva idea, a saber, que la «mismísima secuencia mediante la cual la agencia produce la transformación social es simultáneamente responsable de la transformación sistemática de la agencia social misma... La agencia conduce a la elaboración estructural y cultural, pero es en sí misma elaborada en el proceso» (1989:2). Esto abre un nuevo campo de interés: la «morfogénesis de la agencia». En este contexto, los rasgos de la agencia —reflexividad, propósito, promocionalidad, e innovación— se expresan con fuertes reservas acerca de su exagerada «cognoscibilidad» o su omnisciencia (p.5). También son distinguidos dos tipos de agencia, «los agentes corporativos» y los «agentes primarios» y son descritas distintas secuencias empíricas de su propia morfogénesis (así como de su participación en la morfogénesis). Por tanto, el tercer principio se añade a la teoría de la morfogénesis. Atribuyéndomelo a mí (cf. Sztompka 1987), Archer lo denomina «doble morfogénesis», y lo describe como un proceso «en el cual la elaboración tanto de la estructura como de la agencia son resultados conjuntos de la interacción. La estructura es el medio condicionante y el resultado elaborado de la interacción: la agencia es modelada y remodela la estructura, al tiempo que se remodela a sí misma en el proceso» (Archer 1989: 33). Quizás el mensaje más importante de la teoría de Archer sea la fundamentación de una dialectica de la acción-estructura en el tiempo histórico.

### **El coeficiente agencial**

Desde Buckley a Archer el debate sobre la agencia ha completado un círculo. Al mismo tiempo, se ha elaborado y enriquecido una teoría de la agencia que centrada en la oposición entre acción y estructura ha buscado la forma de unirlos. En efecto, la realidad social ha comenzado a ser percibida con un cierto coeficiente agencial. Propongo definir este concepto, resumiendo el legado de las teorías de la agencia, como un conjunto de seis supuestos ontológicos: (1) que la sociedad es un proceso que sufre constantemente cambio; (2) que el cambio es mayormente endógeno, y toma la forma de la autotransformación; (3) que el motor último del cambio es el poder agencial de los individuos humanos y de las colectividades sociales; (4) que la dirección, los fines y la velocidad del cambio son discutibles entre múltiples agentes y pueden convertirse en un terreno de conflicto y luchas; (5) que la acción acontece en el contexto de estructuras ya dadas y que a su vez moldea, dando como resultado la cualidad dual de las estructuras (modeladoras y modeladas); y (6) que el intercambio de acción y estructura acontece en el tiempo, por medio de fases alternas de creatividad agencial y determinación estructural.

La teoría de la agencia, todavía en evolución, ha sido reconocida como el campo central de la teorización sociológica. Y esto no sólo lo reconocen sus cofundadores que afirman que «El problema de la estructura y de la agencia ha llegado a ser considerado, con razón, como el problema central de la teoría social moderna» (Archer 1988:ix), sino por observadores más distanciados que están dispuestos a admitir que «promete ser un área de significativo avance teórico en los tiempos venideros» (Collins 1986:1350).

# Capítulo 14

## LA NUEVA SOCIOLOGÍA HISTÓRICA: CONCRECIÓN Y CONTINGENCIA

### El auge de la sociología histórica

En las teorías de la agencia, y en particular en sus formulaciones más recientes, el reconocimiento del tiempo, del carácter procesal y de la dimensión histórica de la realidad social, ya emergía con claridad, aunque era siempre un interés residual, una consideración marginal respecto a la relación crucial entre la acción y la estructura. Esta lógica se invierte en la sociología histórica, que toma la oposición entre continuidad y cambio como su problema nuclear, pero al intentar resolverlo llega más tarde o más temprano a una noción bastante sofisticada de la agencia. En este sentido, hay una convergencia fundamental de ambas líneas de desarrollo teórico, pero los enfoques parten de puntos de arranque opuestos.

El relato de la ascensión gradual de la sociología histórica es al tiempo largo e intrincado (cf. Sztompka). Existe la creencia extendida de que la sociología nació de la historia. Por tanto, el reavivamiento reciente del interés por la historia entre los sociólogos es a veces considerado como una vuelta a las raíces de la disciplina. Nada está más lejos de la realidad. La sociología histórica ha de ser vista como una reacción crítica frente a los usos tradicionales de la historia, muy peculiares, típicos de los padres fundadores de la ciencia sociológica. Una cosa es decir que la sociología nació del interés por los hechos o procesos históricos, pero otra muy distinta es decir que la sociología nació del estudio científico de la historia. Lo primero es sin duda cierto; como hemos subrayado con frecuencia, la sociología europea del siglo XIX nació del intento de comprender y explicar la gran transición de la sociedad tradicional a la sociedad moderna, con todos los procesos complejos acompañantes de industrialización, urbanización, acumulación de capital, pauperización, proletarización, emergencia de nuevos estados y naciones, ascenso de nuevas clases, etc. En este sentido la historia europea del siglo XIX proporciona la problemática natural del pensamiento

sociológico primero, y la fórmula de Comte «Savoir, pour prévoir, pour prévenir» establece sus fines y argumentos.

Pero la materia objeto no es tratada mediante un método verdaderamente histórico; reconstruyendo hechos concretos, generalizándolos cuidadosamente y obteniendo nada sino «leyes referidas a la historia» (Mandelbaum 1948) estrictamente delimitadas. Todo lo contrario: las «leyes de la historia» universales, omniabarcantes y supuestamente omniexplicativas fueron estipuladas a priori, y como mucho ilustradas con pruebas empíricas aleatorias recogidas por medio de lo que Comte denominó «método comparativo» (que de nuevo poco tenía que ver con la comparación concreta, histórica y sistemática de las sociedades). Los esquemas evolucionistas o desarrollistas de Comte, Spencer, Tönnies o el primer Durkheim no fueron derivados de la historia, ni enraizados en la historia, sino, más bien, impuestos sobre la historia (Nisbet 1969: 164-5). También compartían determinados presupuestos característicos: consideraban la historia de forma mecanicista como un dominio autónomo, una «realidad sui géneris» de la cual los actores humanos estaban extrañamente ausentes, y trataban la dirección de la historia como algo predeterminado, predestinado, independiente de los esfuerzos humanos. Tales fórmulas abstractas constituyeron el florecimiento de la «historiosofía» en lugar de la historiografía. Los evolucionistas y los desarrollistas no contribuyeron en último término a la emergencia de una verdadera perspectiva histórica. Todo lo contrario: en lugar de acercar la sociología a la historia, representaron de hecho una forma temprana de ahistorismo. Podríamos denominarla, no sin cierta paradoja, un «ahistorismo historiosófico».

Sin embargo, y aunque dominante, esta tendencia no era en modo alguno la única. El siglo XIX puede enorgullecerse de haber producido algunos ejemplares de verdadera sociología histórica, firmemente enraizados en ricos materiales históricos, históricamente limitados en su validez y que reconocían el papel de los actores humanos —individuales y colectivos— en tanto creadores últimos del cambiante mundo social. Tales teorías rechazaban las presunciones mecanicistas y fatalistas, la reificación de los procesos sociales, y restauraban al hombre como el verdadero sujeto histórico. Tres nombres entre los primeros maestros de la sociología parecen representar este historismo primigenio, auténtico: Karl Marx (al menos en el primer período, orientado históricamente, de su obra), Alexis de Tocqueville (en la medida en que pueda ser considerado como un sociólogo y no como un historiador en sentido estricto) y, de manera más completa y menos ambigua, Max Weber.

Es con este último con el que la sociología histórica llega a su mayoría de edad. Toda la inmensa erudición de Weber está firmemente enraizada en un vasto conocimiento histórico, que va desde las civilizaciones antiguas al nacimiento del capitalismo industrial. La aplicación de una perspectiva histórica condujo a Weber a rechazar las «leyes de la historia» mecanicistas, ahistóricas o esquemáticas de desarrollo y a concentrarse, en su lugar, en las transiciones históricas concretas, en los umbrales entre épocas y especialmente en el nacimiento del capitalismo en Europa occidental. Esto también implicaba el rechazo de las interpretaciones mecanicistas o fatalistas de los procesos históricos y dar a los agentes humanos, a sus motivaciones, intenciones y acciones, un papel crucial en la producción de las estructuras sociales, económicas y políticas, incluso en la mayor macroescala. Un comentarista contemporáneo no está falto de razones para describir a Weber como «el de mentalidad más histórica de to-

dos los grandes sociólogos» (Burke 1980: 20). El renacimiento reciente de la sociología histórica ha de conectarse con la herencia de Marx, Tocqueville y en particular Weber, con su trabajo auténticamente histórico, en lugar de con los esquemas filosóficos, aprioristas y desarrollistas de Comte, Spencer, Tönnies o Durkheim.

Antes de que ocurriera tal renacimiento, la sociología presenció un largo eclipse de la perspectiva histórica. Esto fue en parte debido al segundo nacimiento del pensamiento sociológico que aconteció en los Estados Unidos con el cambio de siglo. La sociología americana tenía unas raíces radicalmente distintas de las europeas. En primer lugar, nació en una sociedad diferente, pobre en tradiciones históricas, que desde el inicio mismo de su existencia sólo conoció un único sistema socioeconómico, el capitalismo industrial. Desconocedora, por tanto, de los dolores de parto de la transición desde la sociedad tradicional a la moderna, pero al mismo tiempo extraordinariamente compleja en su composición racial, étnica y de clase, atravesada por numerosas divisiones, contradicciones, conflictos, permeada por todo tipo de desviaciones y de patologías sociales. La cuestión más apremiante era, por tanto, mejorar el orden presente, existente, en lugar de establecer una nueva formación social. Los sociólogos americanos se concentraron en salvaguardar el delicado funcionamiento del sistema social, erradicando el crimen y la desorganización social, integrando las comunidades locales, mejorando la efectividad de las instituciones, incrementando la productividad del trabajo y la eficiencia de la gestión. Las soluciones a tales problemas se buscaron en diagnósticos empíricos concretos, principalmente en el nivel microsociológico (Antonio y Piran 1978; 1-2).

Estas preocupaciones amelioristas, presentistas, empíricas y microsociológicas condujeron a los sociólogos americanos a fuentes intelectuales distintas, a la tradición de la psicología en lugar de la historiosofía. Las orientaciones típicamente nativas de la sociología americana —el pragmatismo, el conductismo social, el interaccionismo simbólico y posteriormente la teoría del intercambio— estaban claramente inspiradas por la orientación psicológica. Si las cuestiones relativas al funcionamiento de la totalidad de la sociedad habían de enfrentarse, los americanos estaban dispuestos a adoptar la tradición británica de la antropología funcional de Malinowski y Radcliffe Brown, que consideraban la sociedad como un sistema autorregulado, equilibrado internamente armonioso (cf. Sztompka 1974). En fecha tan temprana como los años 40 nació la escuela del funcionalismo estructural y pronto adquirió una preponderancia en la sociología americana que retuvo durante treinta años. Tanto las tradiciones microteóricas como macroteóricas típicas de la sociología americana fueron de este modo abstraídas de la dimensión histórica de la realidad social. Junto con el estrecho empirismo y a la actitud pragmática de investigadores acríticos, fueron responsables de los prejuicios ahistóricos de la sociología americana. Me referiré a este tipo de ahistorismo, nacido y criado en los Estados Unidos pero extendido por todo el mundo, como «presentismo ahistórico».

De este modo, por efecto de la doble genealogía de la ciencia sociológica, la europea y la americana, reinó una orientación ahistórica en la disciplina durante la mayor parte del siglo xx. La herencia de los primeros orígenes, europeos, de la sociología se encuentra en el ahistorismo historiosófico —la sociología por encima de la historia— bien representado por los diversos tipos de evolucionismo, neoevolucionismo, teorías del crecimiento económico, modelos de modernización o versiones fati-

listas o deterministas del neomarxismo. La herencia de los segundos orígenes, americanos, de la sociología se encuentra en el presentismo ahistoricista —la sociología sin historia, bien representada por el empirismo estrecho, así como por las teorías imperterritamente ignorantes de la dimensión del tiempo histórico.

En la época del ahistorismo reinante, la perspectiva histórica, aunque empujada a los márgenes, no desapareció por completo. Hay dos puentes que conectan la tradición de Marx, Tocqueville y Weber con las sociología moderna. Uno es la rica corriente del «activismo marxista»: las obras de Gramsci, Lukács, la Escuela de Fráncfort, la Nueva Izquierda, etc. Pero esta tendencia fue principalmente influyente en filosofía y no afectó inmediatamente a la práctica de la sociología, en aquel tiempo todavía programáticamente antifilosófica. Por tanto, otro fenómeno intelectual parece tener mayor importancia. Es el de esos «curiosos, a veces reconocidos, grandes viejos de la disciplina» (Skockpol 1984: 357), que ocasionalmente toman el papel de historiadores, estudiando algún fragmento limitado, concreto del pasado, y que habiendo sido formados como sociólogos están dispuestos a aplicar tales estudios a sus esquemas sociológicos, conceptuales y teóricos. Por dar unos pocos ejemplos: R. K. Merton retrotrae los orígenes de la ciencia experimental a la Inglaterra del siglo xvii (1970); N. J. Smelser describe la evolución de la industria del algodón en Gran Bretaña en el umbral de la época moderna (1959); S. N. Eisenstadt analiza los sistemas políticos de los imperios antiguos, centralizados (1963); S. M. Lipset reconstruye la genealogía histórica de la nación americana (1967). Aunque excepcionales, tales trabajos alcanzan una gran audiencia y preparan el terreno para el renacimiento total de la perspectiva histórica en sociología que se produce en los años 70 y 80.

Incluso a finales de los años 50 ya se hicieron fuertes críticas contra el empiricismo estrecho y el presentismo. Al argumentar a favor de la teoría, algunos autores formularon una demanda explícita a favor de la restauración de la perspectiva histórica. Para C. Wright Mills, por ejemplo, es un prerrequisito para la verdadera «imaginación sociológica»: «Toda ciencia social —o mejor, todo estudio social bien considerado— necesita una concepción de alcance histórico y un uso completo del material histórico» (Mills 1959: 145). En los años 60 y 70 se dirige un segundo reto contra la «gran teoría» funcional, principalmente sobre la base de que implica una imagen de la sociedad utópica, básicamente inadecuada. De aquí se sigue la segunda crisis de la sociología. El modelo de integración, consenso y estabilidad es remodelado en manos de los teóricos del conflicto en un modelo de conflicto, coerción y cambio (Dahrendorf 1959; 1968; Rex 1969). El énfasis se desplaza desde la autorregulación mecanicista del sistema hacia la acción voluntaria de individuos, grupos, colectividades, movimientos sociales, masas sociales tratadas como agencias causales, o al menos como portadores de cambio social. La fórmula de la sociología sin historia (o ahistorismo presentista) es lentamente socavada. La crítica se extiende también a la fórmula de la sociología por encima de la historia o ahistorismo historiosófico. Hemos analizado en el capítulo 12 cómo la interpretación fatalista, mecanicista y profética del marxismo es puesta en solfa por Popper (1950; 1964) y cómo la metáfora del crecimiento, que subyace a todas las ideologías evolucionistas y neoevolucionistas y a la diferenciación estructural progresiva, son objeto de una crítica devastadora por Nisbet (1969; 1970) y Tilly (1984).

## El nuevo historismo

Sobre el trasfondo de estos cambios profundos en la sociología contemporánea, el «nuevo historismo» o «sociología histórica» emerge como una orientación teórica y metodológica distintiva. Aunque en su forma rediviva es aún muy joven, ya ha generado un número significativo de contribuciones, concretas y generales. En la parte concreta, sustantiva, se podrían señalar trabajos que —siguiendo la senda de Marx, Tocqueville y Weber, y posteriormente Merton, Smelser, Eisenstadt y otros— se ocupan de problemas históricos temporalmente concretos y localizados, y los someten a análisis sociológicos generalizadores. El procedimiento más común es el estudio inductivo y comparativo de casos históricos seleccionados, en búsqueda de mecanismos comunes en los procesos históricos. Por ejemplo, Barrington Moore (1966) describe los mecanismos de las rebeliones campesinas y de las revoluciones burguesas en Francia, los Estados Unidos, China y Japón, en búsqueda de los factores determinantes de los diversos escenarios de desarrollo político en el territorio poseudal, democrático, fascista o comunista. Charles Tilly estudia los casos de movimientos sociales y de protestas colectivas en el «siglo rebelde» de 1830-1930, particularmente en Francia, Inglaterra e Italia, construyendo sobre tal base una teoría de la acción colectiva (Tilly *et al.* 1975, Tilly 1978). Theda Skocpol (1979) ha construido una descripción comparativa de las Revoluciones francesa, rusa y china, sugiriendo un mecanismo común que funciona en todos los casos. Michael Mann (1986) ha realizado una descripción general de las fuentes y orígenes del poder en las sociedades humanas, desde los tiempos del neolítico, a través de las civilizaciones antiguas del Oriente próximo, la época clásica mediterránea y la Europa medieval hasta la Revolución industrial en Inglaterra, y lleva esta narrativa hasta la época contemporánea, construyendo un modelo general y una teoría del poder sobre la base de ese inmenso material histórico. Para nuestros fines, sin embargo, nos concentraremos en otro legado de la sociología histórica: las consideraciones generales filosóficas, metateóricas y teóricas que arrojan una luz nueva sobre la naturaleza misma de la realidad social. Me ocuparé sólo de aquellas contribuciones que provienen de sociólogos. La tendencia hacia la reconciliación o integración de la sociología y la historia también se produjo en la historia teórica, especialmente en la escuela francesa de los *Annales* (por ejemplo Braudel 1980) y en diversas ramas de la «historia social». Los historiadores de esta orientación a menudo llegan a una imagen ontológica de la sociedad parecida a la de los sociólogos históricos. Un énfasis en la naturaleza procesal, construida e histórica de la sociedad también se encuentra en numerosos filósofos contemporáneos (por ejemplo, Bhaskar 1986).

### *Norbert Elias y la sociología figurativista*

El nacimiento de la moderna sociología histórica como algo más que investigación meramente enraizada históricamente, pero también como una perspectiva teórica distintiva del mundo social, puede conectarse con el descubrimiento y con la asombrosa carrera, del durante mucho tiempo ignorado trabajo de Norbert Elias. Él fue uno de los primeros sociólogos históricos que lanzaron un ataque implacable contra

la «retirada de los sociólogos en el presente» (Elias 1987: 223), tan típica del «consenso ortodoxo» en el nivel de la investigación empírica. El antídoto contra esa falacia de abstraerse de la constitución diacrónica y dinámica de la sociedad humana se encuentra en la «perspectiva procesal», en el reconocimiento de que «el presente inmediato en el que se retiran los sociólogos...constituye tan sólo una fase momentánea dentro del vasto curso del desarrollo de la humanidad, que, desde el pasado, desemboca en el presente y empuja hacia posibles futuros» (Elias 1987: 224). Las sociedades son expresamente situadas en el tiempo histórico: «toda sociedad presente ha surgido de sociedades precedentes y apunta más allá de sí misma a una diversidad de futuros posibles» (p.226). Este proceso no está, en general, planeado, aunque abriga episodios mayores o menores de cambio social planeado e intencional. Pero no hay automatismo o una cualidad inevitable en el cambio; el proceso es por completo contingente, y es activado por los seres humanos en sus diversas interrelaciones complejas, interdependencias a las que Elias da el nombre de «figuraciones». Sus puntos nodales pueden ser actores individuales, pero también grupos e incluso estados. Las figuraciones forman un «entramado flexible de tensiones» (Elias 1978: 130), «un equilibrio fluctuante de tensión, un equilibrio de poder vacilante, que se inclina primero hacia un lado y luego hacia otro» (1978: 131). Tales redes o mallas de relaciones interhumanas cuya ligadura principal es el poder (que conecta la gente pero también que la enfrenta, que genera cooperación pero también conflictos) son intrínsecamente fluidas, inestables, y objeto de todo tipo de permutaciones. Son modelos en movimiento o, si se prefiere, modelos de movimiento, de mayor o menor duración. La gente, en sus «figuraciones» moldea exclusivamente la agencia del cambio histórico:

Planes y acciones, los impulsos emocionales o racionales de la gente individual, se entretejen constantemente de forma amistosa u hostil. Este tejido básico producto de numerosos planes y acciones singulares de los hombres puede dar lugar a cambios y modelos que ninguna persona individual planeó o creó. De esta interdependencia de la gente surge un orden sui géneris, un orden más poderoso y fuerte que la voluntad y la razón de las personas que lo componen. Es este orden de impulsos y tensiones humanas entretejidas, este orden social, el que determina el curso del cambio social (*Elias 1982: 230-1*).

Por otra parte, una vez establecidas las figuraciones se retroalimentan en las acciones: «los individuos constituyen figuraciones históricas y están constituidos históricamente por ellas» (Abrams 1982: 250). Por tanto, el dilema de la continuidad y de la transformación se resuelve en este «orden inmanente de cambio» (Arnason 1987: 193), y como subproducto la noción de figuración salva el vacío entre acción y estructura. Como ha sido observado por un comentarista contemporáneo: «A lo largo de su trabajo hay una enorme tendencia a ir más allá de las polaridades convencionales en el pensamiento, y de evitar toda posición que pueda identificarse con tales polaridades» (Gouldsblom 1987: 332). En este sentido, el proyecto de Elias de una sociología histórica es sintético *par excellence*.

*El proyecto de Philip Abrams de una «sociología histórica»*

La apuesta más radical a favor de una sociología histórica fue la realizada en 1982 por Philip Abrams. En ella defiende la completa integración de la sociología y la historia, y afirma que la única forma seria de hacer sociología es histórica. Y esto es así por razones ontológicas, porque tanto los sociólogos como los historiadores se ocupan de la misma «máquina no-mecánica hasta la desesperación» (Abrams 1982: xiii), la sociedad humana. Para aprehenderla, son totalmente inadecuados tanto el enfoque estático como el tradicional desarrollista que propone «leyes y estadios de evolución y desarrollo con su propia necesidad» (p.8). «En mi comprensión de la historia y de la sociología», declara, «no puede haber relación entre ellos porque, en términos de sus preocupaciones fundamentales, la historia y la sociología son la misma cosa. Ambas buscan comprender el rompecabezas de la agencia humana y ambas buscan hacerlo en términos del proceso de estructuración social» (p.x).

La idea de proceso ayuda a salvar tanto las oposiciones tradicionales, estática y dinámica, como las de estructura y acción: «La distinción diacrónico-sincrónico es absurda. La sociología ha de preocuparse de la producción, porque así es como acontece la estructuración» (Abrams 1982: x), y la «sociología del proceso» proporciona «una alternativa a nuestras cansadas e inadecuadas sociologías de la acción y del sistema» (p.xv), porque «el proceso es la conexión entre la acción y la estructura» (p.3). Por tanto, «la sociedad debe entenderse como un proceso construido históricamente por los individuos que son construidos históricamente por la sociedad» (p.227). Este proceso es abierto, secuencial y acumulativo; en cada estadio las acciones se acometen bajo condiciones dadas (posibilidades) producidas en el pasado, que a cambio remodelan las circunstancias para el futuro. Este «proceso continuo de construcción es la preocupación central del análisis social» (p.16).

Este proceso está constituido por hechos históricos: «un acontecimiento es un momento del devenir en el que la acción y la estructura se encuentran» (Abrams 1982: 192). Los mayores cambios de los procesos son afectados por los grandes hechos: «los grandes hechos realizan conjunciones decisivas de la acción y de la estructura; son momentos transparentes de la estructuración en los cuales la agencia humana encuentra la posibilidad social y puede verse claramente como determinada y determinante al mismo tiempo» (p.199).

La fuerza motriz última de la historia es, por tanto, la dialéctica de la agencia humana, y el curso de la historia es marcado por la dialéctica de la estructuración.

El problema de la agencia es el problema de encontrar una forma de dar cuenta de la experiencia humana que requiere al mismo tiempo y en igual medida que la historia y la sociedad sean hechas por la acción constante y más o menos voluntaria de los individuos y que la acción individual, al margen de su intencionalidad, sea construida por la historia y por la sociedad. ¿Cómo podemos, como sujetos activos, construir un mundo de objetos que, a continuación, se convierten en sujetos que hacen de nosotros sus objetos? (Abrams 1982: xiii).

Ésta es la adivinanza central que estructura el programa de investigación tanto de la sociología como de la historia, así como de su vástago, la sociología histórica.

*Charles Tilly: el encuentro de la sociología y la historia*

Charles Tilly ha logrado un tipo personal de síntesis de sociología e historia, se trata de un prolífico historiador social y de un sociólogo histórico al mismo tiempo. Aparte de sus ricas contribuciones sustantivas, ha realizado algunas afirmaciones generales programáticas acerca de la naturaleza histórica de la realidad social y de la significación de la perspectiva histórica en los estudios sociológicos. El énfasis en el proceso acumulativo es evidente: «Como fenómeno, la historia es el resultado acumulado de hechos pasados sobre hechos del presente» (Tilly 1981: 12). Cualquier situación actual no es necesariamente una fase de una secuencia predeterminada de desarrollo, sino más bien «el resultado de un proceso largo, lento e históricamente específico» (p.39). Al mismo tiempo, proporciona un conjunto de posibilidades para la constitución del proceso: «Toda estructura o proceso constituye una serie de puntos de elección. Los resultados en un punto dado del tiempo constriñen los resultados posibles de puntos posteriores en el tiempo» (1984: 14). El proceso histórico real es pluralista y diferenciado, combina distintos procesos que se solapan, que se complementan de forma conflictiva y que van en paralelo: «No hay cambio social en general. No existe tal cosa. Existen numerosos procesos a gran escala de cambio; la urbanización, la industrialización, la proletarización, el crecimiento de la población, la capitalización, la burocratización, todos ellos acontecen de formas definibles y coherentes. El cambio social no» (1984: 33). Por supuesto, algunos procesos adquieren una importancia fundamental en períodos históricos concretos, oscureciendo la importancia de otros: «Durante los últimos cien años, el crecimiento de los estados nacionales y el desarrollo del capitalismo en la propiedad y en la producción han dominado los cambios acontecidos en partes cada vez mayores del mundo» (p.49). Pero todo esto es contingente, y nunca inevitable.

De forma parecida, su imagen de la sociedad se aleja de toda forma de «facticidad» reificada. En su lugar adopta una especie de teoría de campo, que percibe la realidad no como un sistema sino más bien como un fluido, como una red variable de «múltiples relaciones sociales, algunas muy localizadas y otras de escala mundial» (Tilly 1984: 25). Por tanto, la constitución de la sociedad y el flujo de la historia son en último término dependientes de acciones humanas concretas. Entre éstas, Tilly elige concentrarse en la vida cotidiana de la gente corriente (la «historia populista» en lugar de la «historia elitista») y particularmente en sus acciones colectivas, «las formas en las que la gente actúa de consuno en la prosecución de intereses compartidos» (1978:5). Éstas incluyen, entre otras, «las reuniones de discusión», la violencia colectiva, los movimientos sociales y las revoluciones.

El mensaje del trabajo sustantivo y programático de Tilly es explícito: la sociología debe devenir «fundada históricamente» (1981: 12, 46), esto es, debe contemplar las sociedades de forma «comparativa sobre bloques sustantivos de espacio y tiempo, con el propósito de ver a dónde hemos llegado, a dónde vamos y qué alternativas reales existen a nuestra condición presente» (1984: 11). Tales estudios deben «asumir que el tiempo y el espacio en el que aparece una estructura o un proceso da lugar a una diferencia relevante acerca de su carácter, que la secuencia en la que hechos parecidos acontecen tiene un impacto sustancial sobre los resultados» (p. 79).

*Christopher Lloyd y el «estructurismo»*

Una rica exposición de la posición denominada «estructurismo» es la proporcionada por Christopher Lloyd (1988). El propósito que guía su libro es claramente sintético: «El problema...es salvar el abismo entre lo subjetivo/objetivo y la libertad/determinismo con el objeto de mostrar cómo hace, de hecho, la gente su propia historia, pero también las circunstancias particulares, que son resultado de la historia hecha por la gente en el pasado, y que condicionan su hacer la historia» (Lloyd 1988: 301). La clave de tal rompecabezas es la naturaleza procesal de la sociedad: «trazar una línea entre el pasado y el presente parece algo enteramente arbitrario y fuera de lugar. El “presente” es algo siempre deviniendo “pasado” y existen procesos continuamente en las dos direcciones» (p. 20). Por tanto, «la ciencia social debe tener como propósito básico la explicación de la transformación social» (p. 10). Esto implica la necesidad de una perspectiva histórica: «Puesto que las estructuras están cambiando siempre, han de ser estudiadas siempre de modo histórico» (p. 164).

Dentro del proceso, está la interacción mutua, dialéctica, de las estructuras y de las acciones: «La acción es explicable por sus imperativos y constricciones estructurales y psicológicas, y la estructura y su historia son explicables como las consecuencias voluntarias e involuntarias de la acción individual y de la conducta reglada de las masas en el tiempo» (Lloyd 1988: 10). La fuerza motriz de esta dialéctica y del proceso histórico subsiguiente es la agencia humana, localizada dentro de un ambiente social, estructural, cultural y geográfico» (p.192). Lloyd enfatiza: «La acción humana individual y colectiva es el agente fundamental de la historia» (p.37). Las «personas agenciales» son libres dentro de determinados límites de elecciones heredadas, y tienen poder para ejecutar algunos cambios, limitados, en el mundo. Lo hacen tanto intencionadamente como —lo que es más frecuente— involuntariamente, produciendo resultados estructurales no intencionados e incluso no reconocidos.

Lloyd agrupa todos estos supuestos en la siguiente descripción de su posición:

La concepción estructurista ve la sociedad como un conjunto de relaciones, reglas y roles ordenado, independiente pero vagamente integrado y en cambio constante que reúne a una colectividad de personas individuales. Trasciende a los individuos y tiene una existencia independiente de cualquiera de ellos pero no a todos ellos (o a una porción significativa)...Con el fin de seguir existiendo, ha de ser reproducida colectivamente por aquellos individuos y tiene un fuerte potencial para ser transformada en una estructura diferente mediante sus acciones (pp.16-17).

**El coeficiente histórico**

Como consecuencia de la evolución del énfasis en la dimensión histórica, la realidad social es percibida cada vez con más frecuencia como dotada de un cierto «coeficiente histórico». Propongo utilizar este nombre para denominar un conjunto de seis presupuestos ontológicos que surgen como fundamento común de la sociología histórica.

1. Se asume que la realidad social no es algo fijo, sino un proceso dinámico. Es algo que acontece más que algo que existe, consiste en acontecimientos más que en objetos. El tiempo es un factor inmanente, interno, de la vida social. Lo que ocurre, cómo ocurre, por qué ocurre, qué resultados produce —todo ello depende esencialmente del tiempo en el que acontece, de la localización en la secuencia procesal, el lugar en el ritmo de los sucesos característico de un proceso dado. No sólo son tratadas como dependientes del tiempo las propiedades y los rasgos de un fenómeno, sino también sus regularidades («leyes»); se sostiene que en las diversas fases de un proceso se obtienen diferentes mecanismos de sucesos.
2. Se afirma que el cambio social es una confluencia de múltiples procesos con varios vectores, que en parte se solapan, en parte son convergentes, en parte son divergentes, que se apoyan mutuamente o que se destruyen mutuamente. El estado de la sociedad es siempre un punto concreto de intersección de esos procesos diferenciados, heterogéneos y multidireccionales.
3. La sociedad misma, sujeta al cambio, no se percibe como una entidad, objeto o sistema, sino más bien como una red fluida de relaciones, dominada por la tensión o por la armonía, el conflicto o la cooperación.
4. La secuencia de sucesos dentro de cada proceso social es tratada de forma acumulativa. Cada fase del proceso es vista como un resultado acumulado, un efecto, cristalización, punto de llegada de todas las fases anteriores, y al mismo tiempo el germen, empapado de potencial, el punto de partida de los procesos sucesivos. A cada momento histórico se abre un campo determinado de oportunidades, posibilidades, opciones para el curso futuro del proceso, delimitadas significativamente por la totalidad del curso pasado del proceso.
5. El proceso social es visto como algo construido, creado por agentes humanos, individuales o colectivos, a través de sus acciones. Tras cada fase del proceso social hay personas, colectividades, grupos, movimientos sociales, asociaciones, etc., cuyas acciones las han producido. Cada fase del proceso social proporciona un cúmulo de oportunidades, recursos, facilidades —uno está tentado de decir «materias primas»— para que la gente acometa la construcción de la realidad social.
6. Se reconoce que la gente no construye la sociedad «a su gusto», sino sólo en circunstancias estructurales heredadas del pasado, esto es, construidas por sus predecesores, a su vez igualmente constreñidos. De aquí se sigue que hay una dialéctica de la acción y de las estructuras, en la que las acciones son parcialmente determinadas por las estructuras anteriores, y las estructuras posteriores son producidas por las acciones anteriores.

Por supuesto, la aceptación general de este punto de vista todavía está lejos de darse, y no parece algo fácil de obtener. Pero en el panorama plural de la sociología contemporánea, la orientación histórica está claramente en ascenso. El alcance y la rapidez de este cambio paradigmático puede ser juzgado comparando varias opiniones. En 1968 K. Erikson afirmaba con desesperanza: «La sociología en los Estados Unidos sigue sin tener un enfoque histórico... Mucho de lo que pasa por investigación sociológica en este país no está en absoluto informado de perspectiva histórica»

(Erikson 1971: 61). Sólo doce años más tarde K. Burke declaraba, «La sociología histórica es ya una corriente» (Burke 1980: 28). Un año más tarde C. Tilly hacía notar lo siguiente: «Algunos de los mejores talentos sociológicos de América se están introduciendo en los estudios históricos» (Tilly 1981: 43), y en 1984 T. Skocpol proclamaba «un siglo de oro de la sociología histórica» y concluía: «Ahora...el caudal de la sociología histórica se ha convertido en río y se ha extendido en remolinos por todos los rincones de la empresa sociológica» (1984: xii, 356).

En la imagen de la realidad social como algo dotado de «coeficiente histórico», las viejas dicotomías de la continuidad y del cambio, de la estática y de la dinámica, de la sincronía y de la diacronía, son finalmente superadas. El proceso histórico es visto como el logro agencial, el efecto acumulado de los esfuerzos productivos y reproductivos de los actores humanos, acometidos en las condiciones estructurales modeladas por las generaciones anteriores. Como hemos visto, la noción de agencia humana en tanto motor último del proceso, aparece de forma bastante explícita en los trabajos de sociólogos históricos. Aunque para ellos tiene un interés residual, oscurecido por el conflicto entre estabilidad y transformación, de facto su trabajo también contribuye a salvar la distancia entre acción y estructura.

El coeficiente histórico y el coeficiente agencial muestran ser, los dos, caracterizaciones complementarias o incluso equivalentes de la realidad social. El legado de la teoría de la agencia converge con la herencia de la sociología histórica al bosquejar los contornos de una nueva visión del mundo social.

---

# Capítulo 15

## EL DEVENIR SOCIAL: LA ESENCIA DEL CAMBIO HISTÓRICO

### Niveles de realidad social

En este capítulo quiero presentar un boceto de mi propio enfoque teórico ya desarrollado en detalle en otra parte (Sztompka 1991b). Éste es un intento de sintetizar y elaborar algo más las ideas principales de las teorías de la agencia y de la sociología histórica moderna (véanse los capítulos anteriores, 13 y 14).

Comencemos distinguiendo dos niveles de realidad social: el nivel de las individualidades y el nivel de las totalidades. El primero está formado por las personas como individuos o como miembros de colectividades concretas (grupos, asociaciones, comunidades, movimientos, etc.). El último está constituido por totalidades sociales abstractas de tipo supraindividual, que representan la realidad social sui generis (sociedades, culturas, civilizaciones, formaciones socioeconómicas, sistemas sociales, etc.). Las totalidades sociales no son interpretadas ni como meras cristalizaciones ni como entidades metafísicas, sino como estructuras; y los individuos sociales no son vistos ni como objetos pasivos ni como sujetos completamente autónomos, sino como agentes limitados.

Ahora puede añadirse una segunda distinción. Tiene que ver con los dos modos de existencia de la realidad social; el modo de las potencialidades y el modo de las actualidades. Nos referimos al primero cuando hablamos de las tendencias inherentes, de los gérmenes o semillas del futuro, de las capacidades, habilidades, «poderes», etc. Nos referimos a las últimas cuando hablamos de procesos, transformaciones, desarrollos, conducta, actividades, etc.

Ambos modos pueden aplicarse a los componentes principales del mundo social. Las estructuras pueden tratarse como potencialidades que se actualizan (despliegan) en el funcionamiento; y los agentes como potencialidades que se actualizan (movilizan) en la acción. Así, si partimos las dos dicotomías (de niveles y de modos), nos en-

contramos con cuatro conceptos que hacen de mojoneros de nuestro modelo: estructuras y agentes, funciones y acciones.

Veamos el funcionamiento de las relaciones entre las casillas de esta estructura cuádruple (tabla 15.1). En la dimensión vertical postulamos las relaciones complementarias de emergencia y autonomía. Se considera a las estructuras emergentes respecto a los agentes; incluso cuando abarcan agentes, poseen propiedades y regularidades propias, específicas. Son redes interagenciales, no reducibles a la suma de los agentes. Pero los agentes tampoco son reducibles a su localización estructural; poseen un cierto grado de autonomía, integridad, y relativa libertad para elegir y decidir.

TABLA 15.1. *Agencia individual y social*

	<i>Potencialidad</i>	<i>Actualidad</i>
Totalidad	Estructura	Funcionamiento
Individualidad	Agente	Acción

Son entidades contenidas en sí mismas, con propiedades y regularidades específicas, y no sólo puntos nodales de una estructura.

De forma parecida, el funcionamiento de las estructuras (el funcionamiento de la sociedad) ha de considerarse como emergente con respecto a las acciones realizadas por los agentes. Incluso aunque las acciones sean el constituyente último del funcionamiento societal, lo último no es reducible a lo primero; al combinar numerosas acciones interrelacionadas adquiere su propia lógica secuencial, su ritmo o modelo específico. Es más que la suma de las acciones. Hemos definido las estructuras como emergentes estáticos respecto a los agentes, aun cuando sin agentes no hay estructuras. De forma paralela, el funcionamiento es una dinámica emergente con respecto a las acciones, aun cuando sin acciones no hay funcionamiento. Como dice Blau: «Aunque los sistemas sociales complejos tienen su fundamento en otros más simples, tienen su propia dinámica con propiedades emergentes» (1964: 20). Esas propiedades pueden ser consideradas analíticamente en un nivel propio, al margen del hecho de que el sustrato último del funcionamiento societal es realizado por las acciones sociales.

Sugeriré tres formas de tales dinámicas independientes de las estructuras. Así puede observarse un «principio de inercia»: usualmente lo más probable es que el funcionamiento prosiga en la misma forma, en lugar de realizar un cambio radical (por ejemplo, en los países del «socialismo real», las subidas de precios e impuestos fueron durante mucho tiempo la respuesta típica a las restricciones al desabastecimiento económico en lugar del tránsito de una economía planificada a una de mercado: el cambio de líderes era mucho más usual que la sustitución del totalitarismo por la democracia; la apertura de otra mina de carbón era una decisión de inversión convencional en lugar de cambiar a la energía nuclear, etc.). También puede observarse un «principio de inercia» (o continuación): cuando se alcanza una determinada fase o estadio de funcionamiento, lo más probable es que se continúe hacia la siguiente fase,

en lugar de parar o volver hacia atrás. Esquemáticamente: si se alcanza el estadio A, entonces es probable que venga el estadio B (por ejemplo, si se adopta una política, tiende a continuar al menos durante algún tiempo; si se hacen inversiones en algún campo de la economía, éstas engendran nuevas inversiones conexas; si aparece la desorganización en algún dominio de la vida social, tiende a ampliarse y absorber otros dominios; si las necesidades de consumo de la gente están ya satisfechas en una medida determinada es difícil bajar el nivel de satisfacción de necesidades). Por último, hay también un «principio de secuencia»: fases de funcionamiento regladas y que, con frecuencia, no pueden omitirse. Hay rutinas de todo tipo en la vida social, que han de seguirse en una secuencia regular para ser efectivas (por ejemplo, la economía no puede modernizarse sin educar primero a la fuerza de trabajo; los modelos de consumo no pueden cambiarse sin producir o importar nuevos productos). Éstas son, tan sólo, ilustraciones hipotéticas, ideadas con la intención de mostrar que las estructuras emergentes pueden verse como el despliegue de manera creciente de acuerdo con sus principios.

Inversamente, las acciones no son meras encarnaciones del funcionamiento social inmersas al completo en el impulso del funcionamiento. Tienen una cierta autonomía, una relativa independencia frente a la dinámica del contexto social en el que participan. Al menos, una parte de lo que hacen los agentes puede no encajar en el actual modo de funcionamiento social; pueden ir «contra corriente», actuar de forma anacrónica, o anticipar imaginativamente, originalmente y de forma innovadora el futuro.

Si nos fijamos en la dimensión horizontal de nuestra tabla cuádruple, la relación entre los agentes y las acciones es bastante intuitiva. Es cubierta por el concepto de «movilización». Los agentes movilizan sus capacidades, habilidades, necesidades, actitudes, disposiciones potenciales al acometer acciones de diversos tipos. Comen cuando tienen hambre, se pelean cuando están enfadados, componen sinfonías cuando tienen talento, hacen revoluciones cuando padecen «privación», guerrean cuando están armados, etc. Por supuesto hay numerosos factores que deciden si realmente actúan o se abstienen de hacerlo, manteniendo latentes sus potencialidades. Algunas de las variables intermedias que entran en el nexo causal entre potencialidades agenciales y su manifestación en la acción serán discutidas en el próximo capítulo, cuando sea operacionalizado el modelo.

Mucho menos obvia es la relación horizontal del nivel superior, entre las estructuras y su funcionamiento. Será aprehendida por el concepto de «despliegue». Las estructuras se despliegan en el funcionamiento, descargan sus potencialidades inherentes, sus tendencias y disposiciones en el funcionamiento. Por ejemplo, son capaces de ruptura y cambio cuando se ven dominadas por las contradicciones y tensiones; a la inversa, probablemente funcionarán suavemente cuando son homogéneas y armoniosas internamente. Es probable que produzcan estancamiento cuando están indiferenciadas y centralizadas, mientras que es probable que se desarrollen cuando son pluralistas y descentralizadas. Por supuesto hay diversas variables intervinientes que deciden si las potencialidades de las estructuras se desarrollarán efectivamente o no. La consideración tentativa de ésta ha de posponerse a los últimos capítulos. De momento los simples ejemplos dados tienen tan sólo el propósito de probar la idea general, que la actualización de las estructuras puede concebirse analíticamente como algc

separado de la actualización de los agentes, incluso cuando en realidad ambas estén íntimamente conectadas.

### **El nivel intermedio: agencia y praxis**

Una vez definido el nivel de las estructuras (en su funcionamiento) y el nivel de los agentes (en su acción) como distinto y separado, debemos intentar ahora reunirlos, conceptualizar su conexión. Éste es un movimiento crucial en la construcción de nuestro modelo. Es aquí, en la «interrelación» (Archer 1988: xviii) entre estructuras y agentes, operaciones y acciones, donde ha de trazarse el acertijo del devenir social.

Diversos autores han impulsado la búsqueda en esta dirección enfatizando la «dualidad de estructuras» (y su corolario lógico, la dualidad de agentes) o, de forma más general, el «dualismo analítico» de la realidad social. Para Giddens: «la dualidad de estructuras...expresa la dependencia mutua de estructura y agencia» (1979: 69). Por tanto «la constitución de los agentes y de las estructuras no son dos conjuntos independientemente dados de fenómenos, un dualismo, sino que representan una dualidad. De acuerdo con la noción de dualidad de estructura, las propiedades estructurales de los sistemas sociales son tanto medio como resultado de las prácticas que recursivamente organizan» (1984: 25). La «dualidad de los agentes» puede proponerse como un principio complementario, significando que las propiedades de los agentes son tanto productos de las estructuras como recursos para la construcción de estructuras. Una sugerencia parecida es realizada por Roy Bhaskar: «Si la sociedad es la condición de nuestra agencia, la agencia humana es igualmente una condición para la sociedad que, en su continuidad, continuamente reproduce y transforma. En este modelo, por tanto, la sociedad es a un tiempo la condición siempre presente y el resultado continuamente reproducido de la agencia humana: ésta es la dualidad de la estructura» (1986: 123).

Margaret Archer pone en solfa la «dualidad de la estructura» y opta por el «dualismo analítico»: «el intento de conceptualizar cómo determinadas propiedades de las “partes” y determinadas propiedades de la “gente” se combinan realmente en el intercambiador» (1988: xviii). Propone examinar su interacción, su intercambio mutuo, en lugar de refundirlos como «fuertemente constitutivos el uno del otro» (p.xiii), porque «la entera idea de dualismo analítico ha de ser capaz de entender las relaciones entre los dos» (p.141). No entraré en este debate porque, utilizando las intuiciones de las dos partes, propondré una conceptualización ligeramente diferente, una tercera solución.

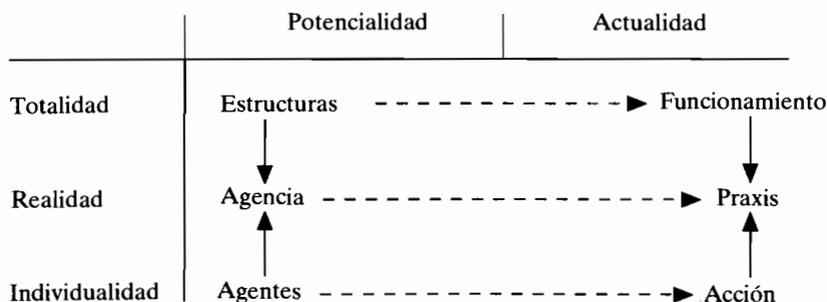
En la teoría del «devenir social», los niveles de la estructura en funcionamiento y los agentes en las acciones serán tratados no como separables analíticamente ni como mutuamente reducibles. En su lugar, se postulará un tercer nivel intermedio, y se sostendrá que representa la única sustancia verdadera de la realidad social, un tejido social específico. Si pensamos en un suceso o fenómeno cualquiera de una sociedad, algo que está ocurriendo en la realidad, ¿no se trata siempre, sin excepción, de una fusión de estructuras y agentes, de funcionamiento y acción? No existen los agentes sin estructuras y no hay estructuras sin agentes. Pero, al mismo tiempo, las estructuras no se funden con los agentes ni los agentes se funden con las estructuras.

Siempre me ha impresionado la sabiduría que destila la frase atribuida a Charles H. Cooley: «El Yo y la sociedad nacieron gemelos» (en Fletcher 1971, vol.2: 486) y la temprana afirmación de Marx: «Las circunstancias hacen a los hombres en la misma medida que los hombres hacen las circunstancias» (en McLellan 1971: 129). ¿Por qué no hemos de hacernos cargo seriamente de todas las implicaciones de estas ideas? Y las implicaciones completas son que no hay realidad agencial, ni realidad estructural per se. Ni hay un modo concebible de interacción real entre estas dos realidades, entre agentes y estructuras, tratados de forma separada. Porque de hecho, están fundidos juntos en un único mundo social humano, en un único tejido estructural-y-agencial de la sociedad. No es el caso que agentes separados y estructuras interactúen produciendo efectos. Por el contrario, la realidad agencial-estructural en su unidad interna, inmanente aparece en diversas permutaciones, diversas mezclas de ingredientes agenciales y estructurales, modelando los hechos sociales. La materia última, los componentes reales de los que está hecha la sociedad, sus hechos, no los actos individuales ni los «hechos sociales», sino sus fusiones íntimas y concretas. Siguiendo nuestra analogía, puede darse una solución parecida al problema de la «mente-cuerpo»: la mente y el cuerpo están completamente fundidos en cada persona y en las acciones emprendidas por los individuos humanos. La realidad humana, individual consta de sucesos (acciones) personales en los que se manifiestan las mixturas de esos ingredientes inseparables.

Pensemos ahora en el nivel mediático, tercero, situado entre el nivel de las totalidades y el nivel de las individualidades, en términos de nuestra distinción entre dos modos de existencia: potencialidades y actualidades. Tomando la insinuación de Marx, Gramsci y Lukács, denominaremos a las manifestaciones del tejido social, a la continuidad de sucesos sociales, con el término «praxis». La praxis es donde se encuentran el funcionamiento y la acción; una síntesis dialéctica de lo que ocurre en una sociedad y de lo que hace la gente. Representa la confluencia de estructuras en funcionamiento y de agentes actuantes, el producto combinado de la inercia del funcionamiento (en el nivel de las totalidades) y el curso de las acciones acometidas por los miembros societales (en el nivel de las individualidades). En otras palabras, está doblemente condicionada (constreñida y facilitada): desde arriba, por la fase de funcionamiento alcanzada por una sociedad más amplia; y desde abajo, por la conducta de los individuos y de los grupos. Pero no es reducible a ambas; con respecto a ambos niveles, de individualidades y totalidades, es una cualidad nueva, emergente. En este sentido el concepto de praxis está anclado verticalmente en dos conceptos centrales de nuestro modelo referido a actualidades: funcionamiento y acción.

Ahora bien, permaneciendo en este nivel intermedio, vamos a emplear una especie de razonamiento hacia atrás. Si la «praxis» es la actualidad, la manifestación del tejido social, entonces debe haber algo que sea actualizado, o manifestado; las potencialidades inherentes de la praxis o, de forma más precisa, un conjunto de capacidades, disposiciones, tendencias immanentes al tejido social y que posibilitan la emergencia de la praxis. El concepto de agencia es propuesto como correlativo al de praxis, localizado al mismo nivel pero referido a un modo distinto de existencia, a saber, porta la potencialidad para la praxis. Representaré esta fase de nuestro razonamiento en la figura 15.1.

La «agencia» así concebida es una noción atributiva; resume determinadas pro-

FIGURA 15.1. *Dimensiones y niveles de un proceso social*

iedades del tejido social, es la «realidad realmente real» del mundo social. Es donde las estructuras (capacidades de funcionamiento) y los agentes (capacidades para la acción) se encuentran; es un producto sintético, una fusión de las circunstancias estructurales y de los talentos agenciales. Como tal, está doblemente condicionada: desde arriba por el equilibrio de constricciones y limitaciones, pero también por los recursos y facilidades proporcionadas por las estructuras existentes, y desde abajo por las capacidades, talentos, pericias, conocimientos y actitudes de los miembros sociales y las formas organizativas en las que están depositados juntos en colectivos, grupos, movimientos sociales, etc.

Pero no es reducible a ninguna de las dos; con respecto a ambos niveles (de totalidades y de individualidades) modela una cualidad nueva, emergente.

Hasta ahora hemos anclado verticalmente el concepto de agencia en otros dos conceptos centrales de nuestro modelo referidos a potencialidades: estructuras y agentes. Pero ha de conectarse horizontalmente, con el concepto de praxis. En tanto potencialidad, la agencia es actualizada en la praxis, y se manifiesta en los acontecimientos sociales. Se da cuenta de esta conexión horizontal entre la agencia y la praxis mediante el término «acontecer». Es, de nuevo, una confluencia de las actualizaciones al ir a otros niveles; una fusión del despliegue de las estructuras y de la movilización de los agentes. Por tanto, está condicionada desde arriba y desde abajo, pero no es reducible a ninguno de los procesos, y representa una cualidad nueva, emergente. Al igual que esos procesos constitutivos, también es contingente; el acontecer sólo es posible, a veces probable, pero nunca necesario. La agencia puede ser actualizada en medidas diversas; pero también puede permanecer latente o dormida.

Las tres secuencias que ligan las potencialidades y las actualidades, a saber el despliegue de las estructuras en el funcionamiento, la movilización de los agentes en la acción y el proceso sintético de acontecer de la agencia en la praxis han sido tratados de forma lineal, como si operaran en una única dirección. Debemos enmendar esto recordando las ideas de «dualidad de la estructura» y «dualidad de los agentes». Piaget se fija en el nivel de las totalidades y escribe acerca de la «constante dualidad, o bipolaridad, del estar siempre y de forma simultánea estructurando y siendo estructurado» (1971: 10). Plamenatz se ocupa del nivel de las individualidades, diciendo del agente: «es el producto de sus propias actividades... de lo que ha hecho y de sus efectos sobre él» (1975: 76). Al tiempo que las leo, esas formulaciones me transmiten una importante intuición referida a los mecanismos de retroalimentación que han de in-

cluirse en el modelo. El primero se refiere a la propensión hacia la automodificación de las estructuras; son remodeladas por su propio funcionamiento. Debemos hablar de «agentes moldeadores». Me he referido en un contexto más concreto a este proceso como «doble morfogénesis» (Sztompka 1989: 127). Margaret Archer (1989) lo denomina la «morfogénesis de la agencia».

Aplicando la misma idea, *mutatis mutandis*, al nivel mediático, tercero de la realidad agencial-estructural, podríamos decir que es remodelada de forma significativa por la praxis. Podemos hablar de la «construcción de la agencia». Para reintegrar esto, introduciré estas tres retroalimentaciones en nuestro modelo, señalándolas con flechas invertidas. Pero las preguntas «¿Cómo pueden ser influidas las potencialidades por sus propias actualizaciones?» «¿Cómo funciona en realidad el mecanismo autogenerativo?» han de dejarse en suspenso. Han de esperar el momento en el que la dimensión del tiempo se introduzca en el modelo. Entonces la confuyente imagen de la causación que actúa hacia atrás desaparecerá.

Las nuevas categorías de la agencia y de la praxis, así como la adición de los procesos de conexión y de retroalimentación a todos los niveles, han enriquecido notablemente el modelo del devenir social. Podemos resumir el estadio presente de la elaboración conceptual por medio de un diagrama ampliado (figura 15.2).

FIGURA 15.2. *Agencia y praxis en funcionamiento.*



### Los ambientes: naturaleza y conciencia

El modelo del devenir social, tal y como se ha construido hasta ahora, pende en el vacío. Nuestro siguiente paso consistirá en dotarle de un contexto más amplio. El devenir social ha de ser emplazado en el ambiente. Postulo dos tipos de ambientes. El primero es bastante intuitivo: es la naturaleza. El segundo lo es menos: es la conciencia. Al contrario de lo que parece, hay un sorprendente parecido entre los dos, en lo que concierne a su estatuto general *vis-à-vis* las acciones humanas y el funcionamien-

to social. Puesto que los humanos son seres naturales corporales, que viven en el espacio y en el tiempo, que utilizan recursos naturales, que afectan las condiciones naturales, etc., la naturaleza es un «continente» ineludible en el que fluye la vida social. La gente no puede existir fuera de ella. Por tanto, es el primer ambiente necesario del mundo social. Pero los humanos también son seres que piensan, utilizan símbolos, se comunican con otros, formulan creencias, etc. Están siempre inmersos en el medio de las ideas, de las suyas así como de las de sus contemporáneos e incluso de sus antepasados. De nuevo no se puede siquiera concebir a la gente fuera de este medio. Por tanto, la conciencia puede describirse como el segundo ambiente necesario de la sociedad humana. En suma, la dualidad inevitable, dada, de la constitución humana —en tanto objetos naturales y sujetos conscientes al mismo tiempo— implica la dualidad de ambientes que rodea a la praxis humana.

Comencemos por la parte más obvia, por el ambiente natural. Aparece de dos formas: como las condiciones naturales externas en las que los agentes y las estructuras actúan y funcionan, y como los rasgos constitutivos internos de los individuos, que constituyen el sustrato último de la sociedad. Lo primero puede ilustrarse por el clima, la topografía, la ecología, la geología, etc. Éstos son claramente relevantes para las acciones humanas; también son relevantes para el funcionamiento de las estructuras. Algunas redes de interrelaciones son posibilitadas, incluso reforzadas, y otras excluidas por las condiciones naturales; también son relevantes para el funcionamiento de las estructuras. Piénsese en la migración, en las rutas comerciales, en las redes de comunicaciones o en las formas de asentamiento en áreas montañosas en tanto opuestas a las llanuras, a las que surgen en valles o a lo largo de ríos, o las establecidas en la costa o en islas. O piénsese en las jerarquías de desigualdad de riqueza y poder típicas de las zonas pobres en recursos, en tanto opuestas a aquellas surgidas en condiciones de abundancia natural. Éstas son simples ilustraciones que vienen de inmediato a la mente. La naturaleza afecta a la sociedad no sólo desde fuera sino desde dentro —por medio de la constitución biológica y de la dotación genética de la población. Mucho de lo que pasa en una sociedad depende de las habilidades mentales, de los talentos innatos, de la fuerza física, de la resistencia, de la salud y de la forma de cada miembro así como de la recurrencia y distribución de esos rasgos biológicos a lo largo de distintos segmentos de la población. Aun así, hablando literalmente, esas influencias operan desde dentro de los individuos, también pueden ser tratadas como ambiente en un sentido más abstracto, un ambiente con respecto a lo que es irreducible, específicamente humano en la gente y en sus sociedades.

En ambas formas, como influencias externas e internas, el ambiente natural puede aparecer como constricciones negativas (barreras, bloqueos) o como posibilitador externo (facilitación, recursos). Para complicar aún más las cosas, la relación de la naturaleza con la sociedad ha de verse en sus dos caras, en su reciprocidad. La naturaleza proporciona las condiciones paramétricas y al mismo tiempo las condiciones interactivas para la agencia humana y la praxis. Prepara el campo para las actualizaciones posibles de la agencia, pero puede ser modelada ella misma por medio de la praxis, y por tanto el campo puede ser modificado. Por una parte puede ser ampliado. Esto es de lo que trata la tecnología, la civilización y, en general, la «naturaleza humanizada». Nótese que el «ambiente interno», la dotación heredada, biológica o psicológica, también puede ampliarse mediante la acción. Esto es a lo que se refieren el entrenamien-

to, el ejercicio mental, la automejora y el cultivo de la forma. Por otra parte, la retroalimentación de la praxis sobre el ambiente natural no tiene por qué ser positiva o benéfica. También puede estrechar el campo de posibilidades para la actualización de la agencia. Sólo recientemente se ha reconocido, de forma generalizada, el impacto negativo, incluso desastroso, de la praxis humana sobre la naturaleza. La polución, agotamiento de recursos, escasez de energía, destrucción ecológica, etc., son ilustraciones de este fenómeno en tanto afectan al ambiente externo, no humano, mientras que los llamados «males civilizatorios», el deterioro de la salud, del vigor o bienestar psicológicos, de las poblaciones muestran cómo la constitución interna, hereditaria, de los individuos puede verse adversamente afectada por sus propias acciones.

Ocupémonos ahora del segundo tipo de ambiente, la conciencia social o «medio ideológico» en el que opera el devenir social. La inmersión en la conciencia ha de considerarse como uno de los atributos distintivos de los sistemas sociales. Como dijo Ian C. Jarvie: «El mundo social es peculiar en el sentido de que sus entidades, procesos y relaciones emergen y están constituidos por las acciones de sus miembros, y éstos a su vez son predicados de las teorías y representaciones del mismo que ellos abrigan cada cierto tiempo» (1972:10). Otra formulación es la dada por Kenneth Boulding: «Los sistemas sociales son lo que denomino “dirigidos por imágenes”, esto es, son sistemas en los que el conocimiento de ellos mismos es una parte significativa de la propia dinámica del sistema y en la que, por tanto, el conocimiento acerca del sistema cambia el sistema» (1964:7).

La conciencia se manifiesta en distintos niveles en nuestro modelo. En primer lugar es, por supuesto, atributo de actores individuales. Sigo a Giddens en otorgar una gran importancia a lo que él denomina «cognoscibilidad humana»: «Los agentes humanos o actores...tienen, como un aspecto inherente de lo que hacen, la capacidad de comprender lo que hacen mientras lo hacen» (1984: xxii). Por tanto, «Ser un ser humano es ser un agente intencional, que tiene razones para sus actividades y que es capaz, si se le interroga, de elaborar discursivamente esas razones (incluyendo en esto mentir acerca de las mismas)» (p.3). Elaborando ideas de Alfred Schutz, Giddens distingue dos formas de conciencia —práctica y discursiva: «Los actores humanos no sólo son capaces de dirigir sus actividades y las de otros en la regularidad de la conducta del día a día; también son capaces de “dirigir lo que dirige” en la conciencia discursiva» (p.29). Éste es indudablemente un hecho ontológico fundamental, que ha de tenerse en cuenta en cualquier representación de la realidad social. La conciencia, en este sentido el darse cuenta, puede adscribirse no sólo a los actores, sino a otros tipos de agentes: los colectivos. Hablamos de «cultura de grupo», «idiocultura», «ideología de grupo» (Ridgeway 1983: 252), pensando en la característica distribución de las ideas en el grupo, las creencias típicas, dominantes, ampliamente extendidas de los miembros del grupo. Todo esto es bastante intuitivo, pero hemos de ocuparnos de una conceptualización más abstracta.

Si nos trasladamos desde el nivel inferior al nivel superior de nuestro modelo puede que consideremos la conciencia en términos menos individualistas, ya no como el contenido de mentes humanas, sino como relaciones supraindividuales que conectan ideas, creencias, conceptos en los bloques generales de las ideologías, las doctrinas, los credos, las teorías, las tradiciones. Estas obviamente resisten más que sus portadores individuales (la gente o los grupos que aceptan partes de ellas en su conciencia in-

dividual o colectiva), están codificadas, materializadas o petrificadas en textos, y sirven como constricciones o recursos para el pensamiento individual. También tienen su propia dinámica, y los principios de inercia, impulso y secuencia propuestos anteriormente parecen tener aplicación aquí también. En este sentido, la conciencia es considerada como las «representaciones colectivas» durkheimianas, o como «hechos sociales sui géneris» o como el «Tercer Mundo» de Popper (Popper 1982: 180).

Desde ambos lados, la conciencia incide en el nivel central ontológico de la agencia y de la praxis. La potencialidad agencial es modelada significativamente tanto por lo que la gente en una sociedad dada cree y piensa realmente (en su conciencia individual y colectiva) como por lo que las estructuras ideológicas (ideologías, credos, tradiciones empapadas en la conciencia colectiva) hacen que ellos piensen y crean. La primera puede ser considerada como el ambiente interno de la agencia, y reside en las cabezas humanas. La última puede ser considerada como el ambiente externo de la agencia, puesto que tiene un tipo de existencia por encima de la individual, fuera de las cabezas humanas. Ambas, en su sutil y variable equilibrio mutuo, delimitan el campo para la actualización de la agencia; proporcionan constrictores y facilitadores definiendo qué tipo de praxis es posible y cuál imposible, qué medios están disponibles y cuáles descartados, qué fines son posibles y cuáles utópicos. Los límites puestos por la naturaleza al campo son duros, materiales. Los límites impuestos por la conciencia pueden ser considerados como blandos, ideológicos. Esto no significa que los últimos no puedan ejercer constricciones extremadamente fuertes sobre la agencia. La historia de los regímenes totalitarios, de los despotismos dogmáticos, de los fundamentalismos religiosos, etc., muestra en qué medida la gente puede ser esclavizada por las ideologías y doctrinas gobernantes. El fenómeno descrito de distintas formas como «mente cautiva» (Milosz 1953), «control del pensamiento» (Koestler 1975), o «poder tridimensional» (Lukes 1978) refiere claramente a este tipo de constricciones. La praxis, por su parte, por medio de una especie de retroalimentación, afecta crucialmente la conciencia. Es en la praxis y a través de ella como la gente adquiere creencias, así como pone a prueba, verifica y falsa afirmaciones, confirma y rechaza sus preciadas ideas. Es en la praxis y a través de ella, probando su vacuidad, ineffectividad o sus efectos antihumanos, donde se desintegran y desaparecen las estructuras ideológicas y doctrinarias, donde se desacreditan las utopías y donde se rompen los dogmas; aunque esto lleve generaciones o épocas enteras puesto que el principio de inercia opera aquí de forma particularmente viciosa.

El hecho de que el funcionamiento de la agencia y de la praxis esté inmerso en el «mar de la conciencia» —el ambiente externo e interno de los pensamientos, las creencias, las ideas— tiene una implicación adicional importante. La conciencia no sólo ejerce su impacto propio sobre la agencia y la praxis, sino que media en el impacto ejercido por otros ambientes, así como en la dialéctica misma de agentes y estructuras. Las personas no son «reactivos» pasivos, sino que encaran la realidad con actitud anticipadora, activa. Definen, interpretan y eligen los factores de su situación y actúan sobre la base de sus percepciones y evaluaciones. Como dice Merton: «respondemos no sólo a las características objetivas de una situación, sino también, y en ocasiones primariamente, al significado que la situación tiene para nosotros» (1982b: 249). La conciencia, individual, colectiva y social, es un depósito de recursos (conceptos, símbolos, códigos, estructuras, etc.) para tales interpretaciones. Puede hacer que

la gente sea ciega ante determinadas constricciones u oportunidades, o abrirles sus ojos a ellas. Puede estafarles, proporcionarles herramientas intelectuales para comprender la realidad inadecuadas, o servir para demoler ilusiones proporcionando afiladas nociones críticas. Por tanto, las condiciones naturales, en su influencia constrictora o posibilitadora sobre la agencia, están en gran medida mediadas por el «medio ideológico». La agencia ha de ser «despertada» ante las amenazas o promesas naturales para poder acontecer en una praxis relevante. O puede permanecer dormida, ignorante de limitaciones y desatenta a las oportunidades en tanto no son percibidas. A modo de ejemplo, piénsese en la «conciencia ecológica» como algo nacido sólo recientemente y que moviliza a grandes masas en acciones de oposición a la contaminación, aunque, objetivamente, el mundo está polucionado desde mucho antes, desde los albores al menos de la era industrial. O piénsese en el «movimiento aeróbico», la manía por estar en forma que apareció sólo cuando la gente reconoció que el ejercicio físico es bueno, aun cuando la vida sedentaria y la inacción habían estado acortando sus vidas al menos desde el inicio de la civilización urbana.

No sólo es el impacto del ambiente natural lo que es mediado por la conciencia. El mismo mecanismo está presente cuando cualquier tipo de condiciones estructurales sociales convergen con talentos agenciales en el nivel de la agencia y de la praxis. Las estructuras sociales no constriñen o posibilitan a la gente de una manera directa, inmediata, de forma mecánica, sino sólo en la medida en la que la gente las reconoce y las define como obstáculos o como recursos. Por ejemplo, como vio Tocqueville hace mucho tiempo, la gente puede ser explotada o depauperada durante siglos y rebelarse sólo cuando nace la ideología igualitaria con los derechos humanos, la libertad, injusticia, etc. (1955). En una palabra, su praxis revolucionaria emerge sólo si «la conciencia revolucionaria» se ha despertado. De forma parecida, durante muchos milenios las mujeres han sido dominadas por los hombres, y sólo recientemente se han movilizado contra su subyugación. La condición indispensable era la articulación de una «conciencia feminista». Los bloqueos estructurales, las barreras, los obstáculos provocan reacciones y galvanizan la agencia sólo si son definidos como tales. Lo mismo vale para las oportunidades estructurales, los recursos, las facilidades. Las estructuras económicas del mercado o las estructuras políticas de la democracia han probado su valor en muchas partes del mundo durante un tiempo considerable, pero su plena adopción en Europa del Este se hizo sólo posible cuando surgió un alto grado de «consenso democrático», con un acuerdo generalizado sobre la necesidad de iniciativas, competición, pluralismo, representación, etc. Antes de que las oportunidades democráticas puedan ser verdaderamente utilizadas, han de ser reconocidas como oportunidades.

Al reconocer un papel crucial a la conciencia en el funcionamiento de la sociedad, debemos guardarnos de la absolutización unilateral. Sería una ilusión pensar que todo lo que acontece en la sociedad es intencionado y reconocido por sus miembros. Muchos autores han enfatizado la importancia de la dimensión latente de la vida social. Hay estructuras, condiciones ambientales, su propia dotación, de las que los actores son inconscientes. Y son a menudo incapaces de prever los resultados, especialmente los a largo plazo o los indirectos, de sus propias acciones. Esto es subrayado en la descripción de Popper de la «lógica situacional» (1982: 117). Para Merton son las consecuencias involuntarias y no reconocidas de las acciones intencionales las que

han de tratarse como preocupación central de la sociología: «Se ha sugerido que las contribuciones intelectuales distintivas del sociólogo han de encontrarse principalmente en el estudio de las consecuencias involuntarias (entre las que están las funciones latentes) de las prácticas sociales, así como en el estudio de las consecuencias anticipadas (entre las que están las funciones manifiestas)» (1968: 120). En línea parecida Giddens observa que: «La cognoscibilidad humana está siempre limitada. El flujo de acción produce continuamente consecuencias no queridas por los actores, y esas consecuencias involuntarias también forman condiciones no reconocidas de la acción en forma de retroalimentación» (1984: 27). Estas limitaciones de los agentes y de las acciones son reflejadas en el nivel intermedio de nuestro modelo, en las características posibles de la agencia y de la praxis, que a veces han de verse como insufladas de conciencia desde los ambientes externo e interno. Por tanto, se puede postular un espectro de situaciones que van desde la «agencia ciega» y la «praxis espontánea» en un polo a la «agencia consciente» y la «praxis racionalmente controlada» en el otro. A lo largo de esta escala pueden ordenarse todos los grados de influencia que ejerce la conciencia sobre el funcionamiento de la sociedad.

### **Se introducen el tiempo y la historia**

En el modelo del devenir social, el factor del tiempo está inevitablemente presente desde el principio mismo. Si hablamos del despliegue de las estructuras en funcionamiento, o de la movilización de los agentes para la acción, o del acontecer de la agencia a través de la praxis, la dimensión temporal claramente se presume; todos estos procesos acontecen tan sólo en el tiempo. Pero el reconocimiento concedido al tiempo en nuestro modelo, hasta ahora, es deficiente en dos sentidos. En primer lugar sólo es implícito; la extensión temporal del proceso es tratada como algo autoevidente y que se sobrentiende. No se extraen aún implicaciones sistemáticas de la temporalidad. En segundo lugar, está limitada a lo que podría denominarse el «tiempo interno» por oposición al «tiempo externo»; el tiempo del funcionamiento en tanto opuesto al tiempo de la transformación. La acción de los agentes, el funcionamiento de las estructuras y su función sintética, la praxis de la agencia, no son vistas como productoras de novedad sino como reproductoras de las mismas condiciones. Por tanto, el funcionamiento de la sociedad es todavía estático y no verdaderamente dinámico, cubriendo sólo los «cambios en» e ignorando los «cambios de». Por tanto, el modelo es todavía sincrónico, y no verdaderamente diacrónico. No es estático sólo en el sentido trivial de que reconoce algún movimiento dentro de la realidad social; pero esto no lo pone en duda seriamente ningún estudioso de la sociedad, con independencia de su orientación teórica. El reconocimiento del movimiento no hace dinámico al modelo. Hace falta algo más. Hemos de superar ahora ambas deficiencias, incorporando el tiempo en nuestro modelo de forma más explícita y menos limitada.

Para esto tenemos buenos precedentes. Un fuerte énfasis en el factor tiempo es claramente perceptible en las dos líneas de teorización anteriores que estoy tratando de sintetizar en la teoría del devenir social: la teoría de la agencia y la sociología histórica. Ambas comparten la idea crucial de que la conexión entre el nivel de las individualidades y el de las totalidades es posible sólo si se introduce la historia en el cua-

dro. Giddens reclama la «incorporación de la temporalidad en la comprensión de la agencia humana» (1979: 54), y en esta conexión introduce sus conceptos cruciales de «recursividad» («en y a través de sus actividades los agentes reproducen las condiciones que hacen posibles esas actividades» [1984: 2]), y «estructuración» («las formas en las que el sistema social, mediante la aplicación de reglas generativas y recursos, y en conexión con resultados involuntarios, es producido y reproducido en la interacción» [1979: 66]). Este énfasis empuja inevitablemente la teoría de la agencia hacia la sociología histórica: «con la recuperación de la temporalidad como parte integral de la teoría social, la historia y la sociología se vuelven indistinguibles metodológicamente» (Giddens 1979: 8).

No ha de sorprender que en el primer manifiesto de la sociología histórica encontremos pleno apoyo a la «necesidad de reconstituir la antinomia de la acción y la estructura como una cuestión de proceso en el tiempo, de reorganizar sus investigaciones en términos de dialécticas de estructuración» (Abrams 1982: xvi). Abrams afirma que el «mundo social es esencialmente histórico» (p.3), y define la sociología histórica como «el intento de entender la relación de la actividad personal y la experiencia, por una parte, y la organización social, por otra, como algo que es constantemente construido en el tiempo» (p.16). Lloyd afirma que la «agencia humana y la acción social se relacionan dialécticamente con las estructuras sociales en el tiempo» (1988: 11). Propone «retener una dimensión temporal como algo intrínseco a cualquier estudio de la sociedad puesto que la estructura, la acción y la conducta están interrelacionadas en una manera dinámica, en transformación» (p.314) y especifica una secuencia en la que estos tres aspectos aparecen: «(1) Circunstancias dadas, que posibilitan o imposibilitan la acción, (2) Acción consciente históricamente significativa, (3) Las consecuencias intencionadas e involuntarias de la acción, que a su vez se convierten en condiciones objetivas y aparentemente inalterables de la acción y del pensamiento» (p. 283).

Fases muy parecidas a las de esta secuencia han sido cuidadosamente analizadas por Archer bajo las denominaciones de «condicionamiento estructural», «interacción estructural» y «elaboración estructural», y modelan los inacabables ciclos de la morfogénesis (1988: xxii). Ya en 1986 había «recurrido al tiempo para conectar la estructura y la agencia» (Archer 1986), porque «sin la correcta incorporación del tiempo al problema de la estructura y de la agencia éste nunca podrá ser resuelto de forma satisfactoria» (p.2). Entonces hizo una afirmación crucial, que parece evidente, pero sólo después de haber sido realizada: «la estructura y la acción operan en diferentes períodos temporales... la estructura precede lógicamente a las acciones que la transforman y la elaboración estructural es lógicamente posterior a esas acciones» (p.22). O dicho en un lenguaje más poético: «el futuro es forjado en el presente, modelado sobre la herencia del pasado, por la innovación en curso» (p.xxiv).

Podemos ver que todos los componentes conceptuales necesarios para incorporar el tiempo, de forma explícita y completa, en nuestro análisis ya están ahí. Sólo tenemos que expresarlos en los términos de nuestro modelo. Si reconocemos que el modelo tal como se ha elaborado hasta ahora sólo describe un único ciclo singular del devenir social, podemos aproximarnos mejor a la realidad social situando juntas diversas réplicas de nuestro modelo a lo largo del eje del tiempo. Todas se perciben como si funcionaran internamente (reproduciéndose en el «tiempo interno»), pero

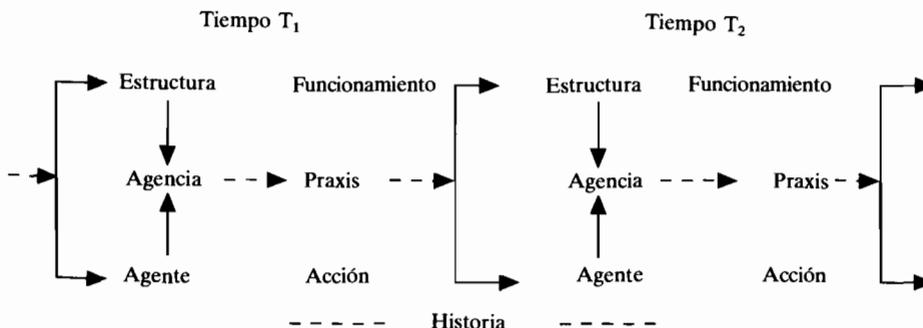
también extendiendo su impacto a la siguiente (produciéndolo en el «tiempo externo»). El funcionamiento de la anterior es visto como ligado causalmente al funcionamiento de la posterior, transformándola en aspectos significativos.

¿Cómo opera este nexo causal? Dicho de la manera más sencilla: la praxis en un tiempo dado moldea la agencia en un tiempo posterior, que es actualizada en una praxis distinta en un tiempo todavía más posterior, y este proceso continúa sin fin. De forma más concreta, la secuencia puede diseccionarse en un número de fases. Por tanto, los continuos sucesos sociales, que funden el funcionamiento estructural y la acción agencial (o simple praxis) en un tiempo dado influyen a ambas estructuras (modificando o modelando nuevas redes relacionales) y agentes (modificando o modelando sus capacidades innatas) en un tiempo posterior. Como resultado, emerge una agencia nueva o modificada. La potencialidad social para la praxis es alterada. El si la agencia, y cuándo, es actualizada a través del acontecer, se manifiesta en nueva praxis, que expresa a su vez la fusión del funcionamiento de las nuevas estructuras y las acciones de los nuevos agentes. A cambio, una nueva praxis en un tiempo posterior comienza un ciclo análogo, en el que por medio de estructuras y agentes cambiados, la agencia modificada y su actualización, dan como resultado la emergencia de praxis aún más modificada. Esta secuencia prosigue sin fin, produciendo transformaciones acumulativas incesantes en la sociedad. Representa lo que entendemos por historia humana, en tanto opuesta al funcionamiento interno de la sociedad.

Por tanto, cualquier estado existente de la sociedad es, por tanto, tan sólo una fase de una secuencia histórica, un producto del funcionamiento pasado (tradición histórica acumulada) y una precondition para el funcionamiento futuro. De forma parecida, cualquier suceso social (en tanto componente de la praxis) es, en un determinado sentido, una reflexión acerca de toda la historia previa y un germen de historia futura. Está localizado en el flujo del tiempo histórico. El devenir social considerado en la dimensión del «tiempo histórico» o *longue durée* puede denominarse construcción de la historia. Representaremos esta compleja dimensión histórica de la vida social en forma esquemática (figura 15.3).

Esta imagen requiere algún comentario. En esta versión de nuestro modelo, por simplificar la representación, hemos incluido sólo las líneas principales de causación, señaladas por flechas, y hemos omitido la causación interna relevante tan sólo para el

FIGURA 15.3. *El flujo del proceso histórico.*



funcionamiento de la sociedad, en lugar de para su transformación. Pero una omisión se ha realizado no sólo por razones didácticas. De ahora en adelante borraremos las retroalimentaciones, introducidas antes tentativamente para expresar la importante idea de que las estructuras son remodeladas en su funcionamiento, los agentes remodelados en sus acciones y, en efecto, la agencia reconstruida en su praxis.

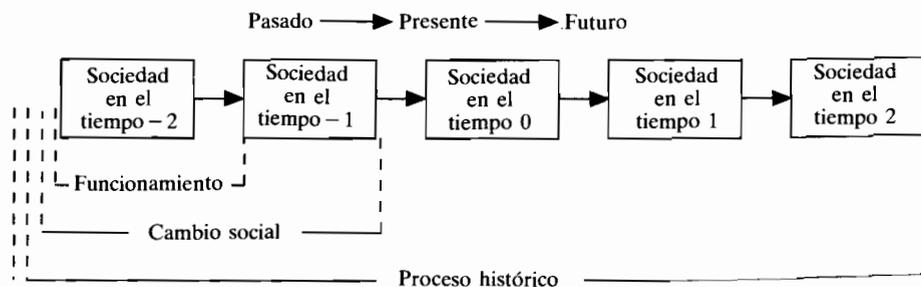
Las flechas hacia atrás indicando las retroalimentaciones en el esquema anterior pueden enderezarse ahora, al reconocer que las estructuras, los agentes y la agencia que retroalimentan son estructuras, agentes y agencias diferentes, a saber, existen con posterioridad en el tiempo. Es cierto que el funcionamiento retroalimenta las estructuras en funcionamiento, que las acciones retroalimentan a los agentes actuantes, que la praxis retroalimenta la agencia que manifiesta —pero no hay teleología implícita, porque hablamos de estructuras posteriores, de agentes posteriores y de agencia posterior, influida causalmente por funcionamientos anteriores, por acciones anteriores y por praxis anterior.

No debemos dejarnos confundir tampoco por la necesidad didáctica de dibujar juntos los modelos que representan el funcionamiento social en diversos momentos del tiempo. Esto no significa que estemos hablando de distintas sociedades interactuando entre ellas, o influyéndose entre sí. De hecho, no son sociedades diferentes sino estadios diferentes, fases de funcionamiento, de la misma sociedad. La secuencia representa por tanto la autotransformación de la sociedad entre varios momentos temporales, en y a través de su funcionamiento en cada momento en el tiempo.

La secuencia de tal autotransformación es continua y sin fin. Por tanto, el esquema describe, sólo por razones prácticas, dos fases consecutivas; puede ampliarse en ambas direcciones, hacia el futuro y hacia el pasado. Cambiando la escala, y dejando a un lado los detalles internos de la anatomía y la fisiología social, el cuadro de la autotransformación a través del tiempo puede representarse en la figura 15.4.

Como puede verse, el modelo nos permite ahora definir con precisión tres conceptos cruciales para la comprensión de las dinámicas sociales. El «funcionamiento» abarca todo lo que ocurre en la sociedad en un momento determinado en el tiempo. El «cambio social» describe una transformación singular de la sociedad desde un estadio anterior al siguiente, posterior. El «proceso histórico» hace referencia a la secuencia de autotransformaciones que sufre la sociedad durante un lapso largo. En consecuencia, podemos enriquecer la distinción anterior entre tiempo interno y ex-

FIGURA 15.4. *Diversos períodos temporales de la autotransformación social.*



terno señalando dos importantes variedades en este último: el tiempo de alcance corto del cambio social, y el tiempo verdaderamente histórico de la *longue durée*.

La sociedad no existe en el vacío, sino en el ambiente doble de la naturaleza y la conciencia. El reconocimiento de este hecho nos permitirá descubrir un importante mecanismo adicional, a través del cual funciona el proceso histórico. Hemos observado que tanto la naturaleza como la conciencia entran en relación mutua con la sociedad, modelando y siendo modeladas al mismo tiempo. Enriquecida por el reconocimiento del tiempo nos cabe ahora desenredar también esta dialéctica.

Comencemos por la naturaleza. La praxis deja una huella evidente sobre la naturaleza, alterando las condiciones naturales (talando los bosques, encauzando los ríos, arando la tierra, polucionando el aire, etc.) pero también aportando un dominio completamente nuevo de naturaleza transformada («naturaleza humanizada», «naturaleza artificial») hecha de productos y artefactos, tecnología y civilización (casas y carreteras, puentes y factorías, cacharros y muebles etc.). Son las sobras de praxis anteriores, que proporcionan las condiciones de praxis posteriores. De forma más precisa, codetermina tanto las capacidades de los agentes (qué acciones pueden acometerse) como las potencialidades de las estructuras (qué modelos de funcionamiento estructural son posibles) e influye efectivamente la cualidad sintética de la agencia. La agencia acontece en la praxis alterada, que a su vez remodela el ambiente natural y el ciclo continúa. Podría decirse que los remanentes del funcionamiento anterior de la sociedad están codificados en el ambiente natural y son traspasados a las siguientes fases de funcionamiento.

Un mecanismo muy parecido de continuidad aparecerá al dirigirnos a otro ambiente de la sociedad, la conciencia social. La praxis en marcha en cualquier tiempo dado se refleja tanto en las ideas, las creencias y las convicciones de los agentes (individuos y grupos), como en las ideologías, credos, doctrinas que adquieren una existencia más objetivada, supraindividual. La conciencia cambiada retroalimenta las capacidades de los agentes (redefiniendo las acciones posibles), y las potencialidades de las estructuras (especificando qué marcos estructurales son posibles). En efecto, la agencia es significativamente remodelada. En su actualización, se convierte en praxis alterada en un tiempo posterior, y a su vez da lugar a cambios en la conciencia. De nuevo el ciclo se repite y el proceso de las modificaciones graduales de la conciencia continúa. Por tanto, la herencia de las fases pasadas del funcionamiento social se codifican en la conciencia social y se transmiten al futuro.

Este mecanismo, en el que el proceso histórico implica el remodelamiento continuo de los ambientes (naturaleza y conciencia) es complementario respecto al principal, que opera a través del remodelamiento de estructuras y agentes (y en efectuar su fusión, la agencia).

Hay cuatro espirales causales distinguibles en el proceso de construcción de la historia: (1) por medio de efectos estructurales, (2) por medio de las capacidades de los agentes, (3) por medio de la naturaleza «humanizada» y (4) por medio de la conciencia modificada. En los cuatro casos la praxis en un determinado nivel produce efectos que la sobreviven y que devienen una fuerza activa, condicionante, para la praxis posterior. La suma de tales efectos puede referirse como la tradición histórica, en el sentido más amplio del término (Shils 1981). En el curso de este proceso de estadios múltiples, secuencial, la tradición histórica tiene tendencia a acumularse. La acumula-

ción es, por supuesto, selectiva; algunos remanentes de períodos anteriores son portados y otros desaparecen. Por tanto, las estructuras pueden desintegrarse, los agentes pueden perder sus capacidades ya adquiridas, los artefactos pueden desaparecer o volverse obsoletos, y las ideas pueden olvidarse. Esto depende de numerosas variables, algunas de las cuales serán mencionadas en el próximo capítulo. Pero siempre hay un núcleo de tradición, transmitido de generación en generación, durante largos períodos. En consecuencia, el proceso está dotado de una considerable continuidad y acumulación, y somos testigos de la emergencia de modelos secuenciales en la historia.

Con cierta frecuencia, aunque no sin algo de excepcionalidad, el engendramiento de efectos duraderos por la praxis en curso, y la acumulación de esos efectos en una tradición transmitida, es involuntario; opera sin intención, propósito o incluso conciencia. Los efectos son involuntarios y no reconocidos por los miembros de una sociedad, incluso cuando la praxis en sí es intencionada, voluntaria y, a menudo, racional. Como dice Giddens: «La historia humana es creada mediante actividades intencionales pero no es un proyecto intencionado; elude persistentemente los esfuerzos por someterla a dirección consciente» (1984: 27). O en el lenguaje más metafórico de Hollis: «Las acciones tienen muchas consecuencias que son sistemáticas pero que pasan inicialmente desapercibidas a todo el mundo. Pueden ser juzgadas como el trabajo de la astucia de la razón si, cuando salen a la superficie, se considera que son los efectos colectivos de decisiones racionales individuales ejecutadas por jugadores de roles en el curso de juegos» (1987: 205). En este caso, si surge un modelo en la historia ha de atribuirse al gobierno de la «mano invisible». Pero no puede negarse que a veces manos visibles, incluso demasiado visibles, operan en la historia —dictadores, tiranos, reformadores, legisladores, revolucionarios, profetas, etc., que intentan empujar el proceso histórico por un sendero preconcebido, en dirección intencionada, por medio de transformaciones planificadas. Al margen de que estos intentos tengan o no éxito, presentan un tipo alternativo de construcción de la historia.

En ambos casos, no obstante, el proceso histórico es contingente y no predeterminado o necesario. Los residuos de praxis anteriores modelan un campo de posibilidades (agencial, estructural, ambiental) para la praxis posterior. El campo siempre está limitado pero no carece de opciones. Hay siempre senderos posibles alternativos para procesos posteriores, que comienzan en cada fase del proceso. Algunos son actualizados en la praxis, otros son rechazados; por tanto, algunas posibilidades históricas presentes son utilizadas y otras abandonadas. En último término depende de las decisiones tomadas y de las elecciones hechas por los agentes, que siempre «podrían haber actuado de otra manera». Si hay alguna necesidad en la historia, se trata de una necesidad condicional: si la gente decide actuar, ¿será de esta o de la otra manera? La apariencia de necesidad surge sólo tras el suceso, una vez que las decisiones y las elecciones han sido tomadas y la acción realizada. Antes de eso, el proceso está siempre abierto. Como dice Tilly: «un proceso constituye una serie de puntos de elección. Los resultados en un punto dado del tiempo constriñen los resultados posibles en puntos posteriores del tiempo» (1984: 14). A largo plazo, este mecanismo contingente produce todo tipo de imprevistos, de trayectorias variables a lo largo de las cuales se desplaza la historia. El mecanismo descrito muestra «cómo la gente construye en realidad su propia historia pero también cómo circunstancias particulares, que son resul-

tado de gente que hizo la historia en el pasado, condicionan esa construcción de la historia» (Lloyd 1988: 301).

### **El devenir del devenir social**

Hasta ahora, en nuestra discusión, hemos construido un modelo de múltiples niveles de la realidad social y lo hemos dotado de la dinámica doble del funcionamiento interno y las autotransformaciones. La sociedad es vista no sólo como algo construido de forma particular sino como algo que posee un mecanismo particular de automovimiento. Debido al funcionamiento de ese mecanismo, la sociedad está cambiando constantemente. Pero, ¿es el mecanismo en sí inmutable? ¿Es permanente e históricamente universal, o quizás la relativización histórica toca no sólo los parámetros y las variables del modelo, sino los principios mismos de su dinámica?

En un lenguaje diferente, ésta es una variante de la vieja pregunta de si el cambio histórico significa tan sólo un cambio de hechos (estados de la sociedad) o es también un cambio de la regularidades obtenidas en una sociedad (leyes sociales) (Gewirth 1969). Yo he optado por la última solución (que puede denominarse «historismo radical») y rechazo la noción de leyes sociales universales, ahistóricas (Sztompka 1984b). Traducido a los términos de nuestro modelo, esto significará que las transformaciones históricas abarcan no sólo a los agentes, a las estructuras y a la agencia, no sólo a las acciones, a los funcionamientos y a la praxis, no sólo a los ambientes de la naturaleza y la conciencia, sino también a las conexiones entre todos ellos, a las formas en las que se combinan para producir las dinámicas sociales. En suma, afirmaré que, con el paso del tiempo, los principios mismos de funcionamiento, el modo de funcionamiento y cambio de la sociedad humana, sufren transformaciones significativas. La última y más compleja espiral de retroalimentación se añade al modelo: no sólo es el caso que la agencia se cambia a sí misma en el curso de su propia praxis, sino también que el devenir social cambia su modo en el curso de la historia. Entramos aquí en el dominio de la metadinámica. Poéticamente se puede hablar del devenir del mecanismo mismo del devenir.

Hay numerosas intuiciones en la literatura que muestran que los investigadores han percibido vagamente esta peculiaridad del mundo social. Marx y Engels ya expresaron la oposición entre el «reino de la necesidad» y el «reino de la libertad», o la «prehistoria» y la «verdadera historia» de la sociedad humana, denotando con ello un cambio fundamental de los principios de funcionamiento en la línea divisoria entre las sociedades de clases del pasado y la esperada sociedad sin clases del futuro. Los marxistas contemporáneos hablan de «historia naturalista» en tanto opuesta a «historia humanista», aludiendo con ello al papel cada vez mayor de intervención humana, racional, en la época moderna (Topolski 1978). O piénsese en la oposición de Ward de génesis y telegénesis como dos principios distintos de evolución, implicando el último intencionalidad, conciencia y conocimiento (Fletcher 1971, vol. 1: 479). Un mensaje parecido es el portado por otros pares de conceptos corrientemente contrapuestos: mercado y plan, espontaneidad y deliberación, la mano invisible y el control racional, la astucia de la razón y la realización de proyectos. Indican no sólo un cam-

bio en la sociedad, sino un metacambio, el cambio de sus modos más fundamentales de cambio.

Siguiendo las intuiciones de la literatura anterior, postularé que el modo del devenir social evoluciona de acuerdo con el tipo de relaciones que conectan la sociedad con sus ambientes (naturaleza y conciencia). El denominador común de la tendencia histórica que abarca el mecanismo del devenir social se encontrará en el control creciente sobre los ambientes, en el sentido de dominio sobre ellos y aislamiento de ellos. Con respecto a la naturaleza, esta tendencia es bastante obvia. La historia de la civilización y de la tecnología humanas no es otra cosa que la subyugación gradual de los recursos naturales a las necesidades humanas y la creciente protección de la sociedad humana frente a las amenazas naturales. Con respecto a la conciencia, el crecimiento del conocimiento humano significa, entre otras cosas, el despliegue de la autoconciencia de los fenómenos sociales, de las regularidades, de los mecanismos de funcionamiento social y de cambio, de la destrucción de mitos, ilusiones, «falsas conciencias». Esto permite mayor anticipación, planificación e intencionalidad en el modelado de la vida social. Al tiempo que crecen se hacen menos opacos los mecanismos del devenir social para sus participantes, incorporan, inevitablemente, mayor intervención humana.

Como sabemos perfectamente, no obstante, ambas tendencias producen no sólo efectos benéficos, el mejoramiento del devenir social, sino también efectos colaterales o incluso contraefectos considerables, distorsionando, poniendo en peligro e incluso bloqueando el funcionamiento societal y el cambio. La conquista excesiva de la naturaleza ha conducido al desastre ecológico, a la polución, al agotamiento de los recursos naturales, etc. La creencia excesiva en la razón, en el conocimiento y en la planificación de la vida social ha conducido a la esclavitud humana, a la pobreza e incluso al exterminio bajo diversos proyectos totalitarios «científicos». Por tanto, la tendencia histórica parece evolucionar hacia una señal mayor de control: el reconocimiento de las limitaciones del control o, en otras palabras, el autocontrol de las aspiraciones mismas de control.

Los costes, disfunciones, efectos colaterales, peligros a largo plazo, del control sobre ambos tipos de ambientes, la naturaleza y la conciencia, son percibidos de forma cada vez más clara en la sociedad moderna. Piénsese en la erupción de la conciencia ecológica, con su idea de armonía con la naturaleza y el imperativo de poner freno a las ambiciones excesivas por conquistarla; o en la ola de conciencia antitotalitaria, liberal-democrática, con su idea de pluralismo, tolerancia, participación, espontaneidad y la renuncia a todos los intentos de imponer esquemas preconcebidos, dogmáticos, sobre la historia humana.

En los términos de nuestro modelo éstos pueden ser tomados como indicadores de que un nuevo modo de devenir social está surgiendo lentamente, proporcionando a la historia humana una mayor autonomía así como mayor autoconciencia, un control crítico y realista sobre su propio destino. Es como la siguiente mutación en el sendero eterno desde la existencia completamente objetivada, ciega, de la gente primitiva, pasando a través de la ingenua megalomanía del poder y la razón humanas, hasta despertar a la existencia completamente creativa, amplia, de la esperada sociedad del futuro, viviendo en armonía con la naturaleza y reconciliados con los lími-

tes del pensamiento. Éste es el sendero de la emancipación histórica de la agencia humana.

Nuestro modelo de devenir social está ya completo. Hemos analizado su compleja constitución interna, lo hemos provisto de un modo de funcionamiento interno, lo hemos situado en el tiempo histórico, lo hemos dotado del mecanismo de autotransformación e incluso le hemos proporcionado el metamecanismo a través del cual sus principios mismos de funcionamiento y transformación sufren el cambio histórico. Por tanto, se ha aplicado la perspectiva dinámica más radical: la sociedad aparece como un movimiento incesante, perpetuo. Podemos empezar en cualquier parte del modelo y ver cómo evoluciona en el tiempo. Sea cual sea el componente que escojamos se le considera en su funcionamiento; todos los hechos devienen acontecimientos; todo agente se resuelve en acciones; todo estado es sólo una fase de un proceso continuo.

---

**Cuarta parte**  
**ASPECTOS**  
**DEL DEVENIR SOCIAL**

# Capítulo 16

## LAS IDEAS COMO FUERZAS HISTÓRICAS

### Los intangibles en la historia

El reconocimiento completo del papel de los intangibles —las creencias, los valores, las motivaciones, las aspiraciones, las actitudes— en el proceso del cambio social sólo se hizo posible cuando la sociología se desplazó desde la perspectiva historicista o desarrollista hacia una orientación individualista. En las primeras, reinaban los sistemas holísticos, con sus propiedades y regularidades propias e irreducibles, y la gente era considerada como componentes pasivos, dependientes, completamente modelados. Con el propósito de elevar los aspectos ideales al papel de factores determinantes, los procesos históricos ya no pueden percibirse como algo autónomo, independiente de las acciones humanas, moviéndose en su propio nivel en algún lugar por encima de las cabezas humanas. En su lugar, ha de reintegrarse al corazón de la teoría sociológica a la gente que actúa. Este giro hacia una posición que se ha descrito como individualismo metodológico fue el logro de Max Weber.

Con el «humanismo sociológico» weberiano, los organismos o sistemas sociales perdieron su posición central en la teorización sociológica y el enfoque se desplazó hacia los agentes y sus acciones. La sociología, para Weber, es el estudio de las acciones sociales, de la conducta significativa dirigida hacia los otros y orientada hacia sus respuestas efectivas o esperadas. Todas las entidades sociales complejas (economías, sistemas políticos, organizaciones sociales) no son otra cosa que resultados acumulados, duraderos, de acciones sociales, que emergen en el curso de la historia humana. Explicarlos significa trazar sus raíces en las acciones humanas; y, a cambio, explicar las acciones (entenderlas) es desvelar su significado, las motivaciones psicológicas que impelen a la gente hacia la acción, así como los valores culturales, las normas y las reglas que moldean la forma de las acciones. Por tanto, los factores explicativos últimos están localizados en el reino de las ideas, las creencias categóricas y las reglas normativas que sostiene la gente. Como dijo el propio Weber: «Las fuerzas mágicas y

religiosas y las ideas de deber basadas en ellas, estuvieron siempre en el pasado entre las influencias formativas más importantes de la conducta» (Weber 1958).

Hay un giro absoluto desde el estatuto residual o determinado otorgado a las ideas en los enfoques evolucionistas o desarrollistas típicos, a una perspectiva en la que las ideas son tratadas como factores centrales, independientes. Weber mismo se refería a su teoría como una «crítica positiva» del materialismo histórico de Marx en el sentido de que para él la «superestructura» en lugar de la «base» (por utilizar la terminología marxiana), o simplemente el «blando» sistema de creencias en lugar de la «dura» economía o tecnología, se convierten en las fuerzas activas y efectivas de la historia. Algunos comentaristas contemporáneos afirman que el principal tema de la entera obra de Weber, la «tesis de Weber», es el reconocimiento de la «función de la ideología como variable independiente en el desarrollo social» (Birnbaum 1953: 125).

La aplicación más penetrante de tal enfoque se encuentra en la interpretación de Weber de los orígenes del capitalismo. Este complejo argumento, desarrollado en 1904 en su clásico ensayo, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* exige un análisis detallado.

### El espíritu del capitalismo

Para Weber, al igual que para la mayoría de sus predecesores del siglo XIX, el principal fin era entender la modernidad, el nuevo mundo social radicalmente alterado que había llegado a su madurez en Europa occidental y en los Estados Unidos en el siglo XIX y que se estaba expandiendo hacia otras regiones del globo. El principio organizador central del sistema moderno era el capitalismo, la producción de bienes racionalizada, eficiente y orientada al beneficio, basada en la propiedad privada y en los esfuerzos empresariales. En palabras de Weber, «el capitalismo es idéntico a la búsqueda de beneficios, siempre de un beneficio renovado, por medio de una empresa continua, racional, capitalista... la organización racional capitalista del trabajo (formalmente) libre» (Weber 1958: 17,21). Como aparece en una descripción algo más amplia proporcionada por un intérprete de Weber: «las características del capitalismo racional mismo son la organización empresarial del capital, la tecnología racional, el trabajo libre, los mercados sin restricciones y la ley calculable» (Collins 1980: 930).

Por tanto, una de las principales preocupaciones de Weber se convierte en la de: ¿Cómo nace el capitalismo y cómo logra sobrevivir? En otras palabras, estaba buscando una explicación de la transición desde la sociedad tradicional a la capitalista, y a la continua expansión del capitalismo tras su nacimiento.

La lógica del razonamiento de Weber va hacia atrás, en tres pasos. Si el capitalismo, al igual que todas las totalidades estructurales, es resultado de las acciones humanas, entonces debe haber un tipo particular de acciones, realizadas por alguna clase particular de agentes, que muestren un tipo particular de motivaciones, que estén crucialmente implicados en los orígenes del capitalismo. Por tanto, está implícita la pregunta: ¿Quiénes fueron los fundadores del capitalismo? Weber responde: por igual un tipo nuevo de empresarios y un tipo nuevo de trabajadores. La emergencia de tales agentes nuevos es un prerequisite fundamental en el origen del capitalismo.

¿Pero qué distingue a este nuevo tipo de empresarios y trabajadores? Esta pre-

gunta señala un segundo paso en el argumento. La respuesta es: un ethos o mentalidad específica, el «espíritu del capitalismo». Esta mezcla única de motivos y valores incluye:

El motivo del beneficio, esto es, tratar la adquisición, y en particular el ganar dinero, como el fin último en la vida, sin que esté ya subordinado a la satisfacción de otras necesidades. Esto nos ofrece un caso claro de desplazamiento de fines, cuando lo que es como mucho un instrumento o un medio es convertido en un fin autónomo. La orientación ascética, esto es, el evitar todo disfrute espontáneo y todo consumo hedonista.

La idea de una llamada (vocación), esto es, un deber definido como actividad racional intensa, disciplinada, responsable. Esto se aplica a los empresarios, para quienes los esfuerzos de organización se convierten en un fin en sí, y para los trabajadores, que empiezan a considerar el trabajo como un fin en sí mismo.

Si el «espíritu del capitalismo» que permea a todos los agentes capitalistas (empresarios y trabajadores) y que engendra las acciones capitalistas (organización y trabajo) es un requisito para el nacimiento del capitalismo, ¿cuál es el origen de ese espíritu? Éste es el tercer paso en el razonamiento de Weber. La explicación no puede detenerse en el nivel del ethos, sino que ha de escarbar más profundo en búsqueda de las fuentes del ethos mismo. Es aquí donde se produce la contribución más original (y debatida) de Weber.

### **El ethos protestante**

Su punto de partida es empírico. A saber, observa una correlación extraordinariamente consistente: en la época del capitalismo temprano los agentes cruciales (hombres de negocios, personal con formación técnica y comercial, trabajadores especializados) tendían a ser predominantemente protestantes. Con el propósito de probar que tal correlación no era espuria, y que hay realmente una causación que conduce desde la afiliación religiosa protestante a la implicación en papeles sociales procapitalistas, había que someter a prueba las causas concebibles comunes e independientes de ambos fenómenos. (1) Weber considera la posibilidad de que tanto el protestantismo como el espíritu del capitalismo puedan ser debidos a un alto nivel de desarrollo cultural, característico de determinados países y no de otros. Pero los datos comparados muestran que la correlación funciona igual de bien en países muy desarrollados y menos desarrollados. (2) Existe la posibilidad de que en algunas regiones hayan sido acumulados recursos particularmente ricos en el período precedente a la Reforma, y que éstos proporcionen oportunidades para un desarrollo capitalista posterior al margen de sus lealtades religiosas. De nuevo resulta que en regiones muy diferentes en cuanto a la riqueza acumulada la preponderancia de protestantes en los oficios técnicos y entre la fuerza de trabajo especializada es constante. (3) Weber examina la hipótesis de que la fuerza motriz del espíritu de empresa y del trabajo eficiente pudiera ser una minoría o un estatus marginal en la sociedad en lugar de una afiliación religiosa particular. Pero los datos muestran que las ocupaciones orientadas a los negocios son más comunes entre los protestantes, al margen de su estatus de minoría o

mayoría, de su posición de gobernados o gobernantes en un país concreto. Weber extrae la conclusión de que lo que es decisivo para el papel particular de los protestantes en la generación del capitalismo es el «carácter intrínseco permanente de sus creencias religiosas y no sólo sus situaciones temporales, externas, histórico-políticas» (1958: 40).

Pero, ¿qué es lo que hay en el contenido del credo protestante que puede producir las motivaciones conducentes a actividades procapitalistas? Weber observa que dentro del protestantismo hay multitud de denominaciones, de sectas separadas que parecen tener una influencia de fuerza desigual en la movilización del ethos capitalista. Las diferencias importantes tienen que ver con su orientación «hacia el otro mundo» o «hacia este mundo». Las ramas ascéticas del protestantismo (calvinismo, metodismo, baptistas) están orientadas hacia este mundo, proporcionando una combinación de perspicacia empresarial con piedad religiosa. La primera es expresada en la idea de vocación: la satisfacción de un deber en los asuntos mundanos como forma más alta de actividad moral. La última es expresada en la idea de predestinación: el logro de la gracia y la salvación en el otro mundo como consecuencia de decisiones completamente soberanas y libres de Dios. En esta mezcla única se encuentra la fuente del capitalismo.

¿Cuál es el proceso motivacional que se desprende de estas ideas? Weber postula la ansiedad y la incertidumbre existencial como condiciones emocionales comunes del fiel. Si los veredictos de Dios son completamente libres y por tanto impredecibles, ¿cómo puede saber un individuo si ha sido elegido o condenado? No hay medios terrenos de influir las decisiones de Dios, porque Dios es absolutamente independiente. Por otra parte, Dios interviene en el mundo y para llevar a cabo sus planes y propósitos utiliza a los elegidos y obviamente no a los condenados. Por tanto, si uno tiene éxito en la actividad mundana intensa, devota y persistente, éste es el mejor signo de que dispone de que es un elegido, la marca de la gracia y de la salvación en camino. Del mismo modo, si uno es ocioso, desperdicia su tiempo en el placer, se dedica al consumo, esto es señal de condenación. El trabajo bueno y diligente no es medio de obtener la salvación, pero sirve como signo terrestre de la gracia de Dios. Los éxitos, los logros en la actividad, particularmente aquellos medibles en términos objetivos, monetarios, eliminan la ansiedad, restauran la confianza y, por medio del mecanismo que los sociólogos llaman «autocumplimiento de la profecía», dan lugar a más éxitos (un éxito propicia otros éxitos). Por tanto, en el nivel de la motivación individual, se origina una gran presión a favor del activismo, tanto en la empresa como en el trabajo. La inyección externa de ideología de origen religioso se plantea como algo indispensable para producir la movilización y efectuar el «primer empujón» fuera de la economía tradicional en dirección al sistema capitalista moderno. «La valoración religiosa del trabajo sin descanso, continuo y sistemático en una vocación mundana, como medio más alto de ascetismo, y al mismo tiempo la prueba más segura y más evidente de resurrección y de fe verdadera, debe haber sido la palanca más poderosa concebible para la expansión de esa actitud hacia la vida que hemos denominado aquí espíritu del capitalismo» (Weber 1958: 172).

Una vez esto acontece, la estructura de las relaciones sociales se transforma. En primera instancia, en sentido negativo, debido a la destrucción de las viejas estructuras. La soledad ante la faz de Dios y sus veredictos y la prueba puramente individual

de la gracia otorgada en la actividad mundana producen la atomización social, el aislamiento de los individuos y el debilitamiento de todos los lazos y nexos tradicionales. El secreto del pronunciado individualismo, de la autoconfianza y de la competitividad individual, tan típicas del sistema capitalista, se encuentra aquí en algunas de las orientaciones básicas de la religión protestante. Puede contrastarse con la actitud más colectivista, orientada hacia la comunidad, productora de solidaridad, de la iglesia católica. Weber cita con aprobación la observación hecha por otro autor contemporáneo: «el católico es más calmado, tiene menor el impulso adquisitivo; prefiere una vida con la mayor seguridad posible, incluso con menores ingresos, a una vida de riesgo y excitación, incluso cuando brinda la posibilidad de ganar honores y riquezas» (1958: 40).

Segundo, la transformación también es positiva, al erigir nuevas estructuras. Movilizados para la actividad y el éxito, que han de servir como señales de salvación, los individuos comienzan a comparar sus logros. La competición se convierte en una forma de vida. La acumulación de capital, en lugar del consumo, la reinversión de los beneficios en lugar de su uso, devienen las únicas estrategias racionales para salvaguardar el éxito en el competitivo mercado empresarial. De manera parecida, el trabajo eficaz, diligente deviene la única estrategia para salvaguardar el éxito en el competitivo mercado de trabajo. El sistema genera sanciones que inducen a la conformidad. Si un empresario no cumple este principio, la empresa es eliminada. Si un trabajador no lo cumple, pierde el trabajo. La maximización de la eficiencia emerge como tendencia del sistema. Le proporciona su dinámica interna y su fuerza expansiva.

En este momento el sistema empieza a funcionar por sí mismo, deviene autorreproductivo sin necesidad de apoyo religioso constante. Y lo que es más, puede volverse contra la religión como tal, produciendo una fuerte tendencia secularizadora. «Las nuevas personas modeladas por las sectas protestantes producen un nuevo orden social que no sólo atrapa a sus creadores, sino también a los otros actores próximos económicamente. Una vez establecida, la nueva estructura a su vez transforma, educa y selecciona nuevos tipos de actores seculares bien adaptados al nuevo orden» (Hernes 1989: 156). Un sistema que se inició como un accidente histórico en el noroeste de Europa adquiere impulso y fuerza expansiva hasta alcanzar grandes porciones del globo.

La «tesis de Weber» fue escrita en vena polémica. Estaba dirigida principalmente contra el materialismo histórico marxiano y su abandono del dominio ideal, que el marxismo consideraba como una «superestructura» residual. «Hablar de... un reflejo de las condiciones materiales en la superestructura ideal es patente sinsentido» (Weber 1958: 75). Pero fácilmente podría haber caído en su propia unilateralidad. Weber era, sin embargo, consciente del peligro. Reconocía las inclinaciones y lo incompleto de la explicación que proponía y se apresuraba a declarar que su deseo no era «sustituir una explicación causal unilateralmente materialista de la cultura y de la historia por una unilateralmente espiritualista» (p.183).

Así, en sus últimas obras, introdujo diversas correcciones a la «tesis». (1) En sus monumentales estudios sobre las religiones antiguas (1963), mostró que, dependiendo de las condiciones locales, históricas, la religión puede tener implicaciones muy distintas e incluso opuestas para la vida social. Es un fenómeno multifuncional. Por

ejemplo, en el caso de la India o China, se vio que sus sistemas religiosos bloqueaban efectivamente, lejos de facilitar, el acceso al capitalismo. (2) En *Economía y sociedad* (1922), Weber extendía su esquema explicativo más allá del reino de la religión, incluyendo entre las variables independientes otros factores institucionales y políticos: el desarrollo de estados centralizados, burocratizados, el surgimiento del derecho moderno, la idea de ciudadanía y de derechos individuales etc. (3) Las afirmaciones relativas al protestantismo se limitaron. Ya no se le consideraba la causa última sino más bien un factor contribuyente, que en un determinado momento en el proceso en marcha de desarrollo hacia el capitalismo había sido capaz de liberar las motivaciones de las masas para la actividad cismundana (liberándola del «monasticismo» transmudano) y movilizándolo a empresarios y trabajadores para el esfuerzo intenso.

### La personalidad innovadora

La «tesis de Weber» y su mensaje central —la búsqueda de determinantes importantes de los macroprocesos históricos en el microdominio de las motivaciones, de las actitudes y de los valores humanos— ha sido muy influyente. Numerosos teóricos modernos han intentado elaborarla y aplicarla a las condiciones del capitalismo más desarrollado. Nos concentraremos en dos ejemplos que ya son clásicos de esta tendencia teórica.

Everett Hagen introdujo la noción de personalidad innovadora como prerrequisito del crecimiento económico, de la extensión de la mentalidad empresarial y de la formación del capital. Cree que hay síndromes de personalidad diferenciados y opuestos típicos de la sociedad tradicional y la moderna. En la sociedad tradicional, su producto y la precondition para la continuación de su funcionamiento es la personalidad autoritaria. La personalidad innovadora, producto y prerrequisito de la sociedad moderna, es directamente su opuesto en todos los sentidos. La oposición puede representarse como una dicotomía polar, tabla 16.1 (Hagen 1962):

La personalidad autoritaria es modelada por las condiciones de estancamiento, reproducción simple, equilibrio perpetuo y, su efecto agregado da lugar a la petrificación de esas condiciones. La personalidad innovadora es modelada por las condiciones de la modernidad, y a cambio ayuda a generar de forma permanente cambios e innovaciones que revolucionan constantemente los modelos de vida, los niveles de vida, los valores, técnicas, etc.

Al igual que Weber, Hagen ha de enfrentar la difícil pregunta sobre los orígenes: en primer lugar, cómo aparece la personalidad innovadora moderna si, claramente, no hay nada dentro del síndrome autoritario tradicional que pueda generarla desde dentro por medio de un proceso endógeno, immanente. El primer empujón hacia fuera de la tradición y en dirección a la modernidad ha de atribuirse a algún factor externo, invocando a una causación exógena. En Weber fue el factor contingente de la religión protestante (calvinista). En Hagen son las circunstancias históricamente específicas que denomina «retirada de estatus». Esto acontece cuando los estatus establecidos, predeterminados, adscriptivos, típicos de la sociedad tradicional «cerrada» son socavados por la movilidad social emergente y por la «apertura» de las jerarquías de clase y de estratificación. Tales condiciones aparecen en una escala masiva con la

TABLA 16.1 *La personalidad autoritaria frente a la personalidad innovadora.*

<i>Rasgo</i>	<i>Personalidad autoritaria</i>	<i>Personalidad innovadora</i>
Actitud hacia la realidad.	Conformidad con modelos de vida dictados por la tradición y por autoridades y legitimados por su naturaleza presuntamente eterna y su origen sobrenatural.	Actitud investigadora y exploradora del mundo, en búsqueda permanente de sus regularidades subyacentes con el propósito de influir y controlar los fenómenos.
Percepción del papel individual en el mundo.	Sumisión, obediencia, conformidad, evitación de la responsabilidad y necesidad de dependencia.	Toma de responsabilidad por las caras feas del mundo, emparejada con la búsqueda de soluciones mejores y de intentos de introducción de cambios.
Estilo de liderazgo.	Rigidez, elevadas expectativas y demandas rígidas dirigidas a los subordinados.	Apertura y tolerancia hacia los subordinados, estimulando su originalidad e innovación.
Nivel de creatividad e innovación.	Falta de creatividad e innovación.	Creatividad, se premia la originalidad y la novedad, curiosidad sin límites.

ruptura del orden tradicional tras las grandes revoluciones y con la emergencia de la sociedad industrial, urbana. Hay cuatro casos típicos de retirada de estatus:

Cuando un grupo al completo (comunidad, categoría ocupacional, elite aristocrática, etc.) pierde su estatus anterior, y en consecuencia lo mismo ocurre a cada uno de sus miembros (por ejemplo, los artesanos tradicionales reemplazados por trabajadores de fábricas, la elite de los ancianos reemplazada por representantes electos). Se abre un abismo entre el estatus anterior y el posterior.

Cuando un grupo no es considerado todo lo elevado que sus miembros creen que merece (por ejemplo, algún tipo de privación relativa experimentada por los miembros de grupos étnicos, corporaciones, empresas, habitantes de comunidades locales, equipos deportivos, etc., que sienten que sus grupos son injustificablemente infravalorados por los grupos externos). El abismo aparece entre la autodefinición de estatus y el estatus que en realidad se disfruta.

Cuando hay una discrepancia o inconsistencia entre las distintas dimensiones del estatus (por ejemplo, el prestigio de un determinado trabajo, como el de profesor universitario, no es igualado por los ingresos o el poder, o cuando un gran poder o ingresos no están acompañados de un grado elevado de prestigio, etc.) se abre un abismo entre el estatus que la persona (o la ocupación) recibe en una escala de estratificación y el estatus medido por otra escala.

Cuando el grupo (ya) no es aceptado en un escenario social más amplio y sus miembros comparten un estatus marginal (por ejemplo, los grupos étnicos minoritarios, los inmigrantes recientes, los *Gastarbeiter*, etc.), se abre un abismo entre el estatus al que se aspira y el que en realidad se obtiene.

Las cuatro situaciones, con su denominador común de distancia entre el estatus imaginado y el real, evocan la discusión clásica de Robert K. Merton de la anomia (1938). No ha de sorprender que Hagen se embarque en un razonamiento análogo al de Merton. Afirma que la inconsistencia estructural manifestada por la «retirada de estatus» da lugar a determinadas «adaptaciones» típicas: desde el repliegue (resignación) pasando por la adherencia ritual a los modelos heredados, a la innovación y a la rebelión contra una situación percibida como inaceptable. Cada una de estas adaptaciones acontece bajo condiciones específicas y concretas. Para Hagen las dos últimas (la innovación y la rebelión) son las más interesantes, porque explican el surgimiento de la personalidad innovadora. Aquí ofrece la hipótesis que quizás sea la más dudosa de toda su argumentación. El factor decisivo, cree, es el carácter de la socialización (y especialmente la frase temprana de la crianza del niño). En condiciones de retirada de estatus, los hombres, que generalmente son los que tienen mayor implicación profesional, sufren más, y tienen mayor disposición hacia la resignación y la desesperación. Las mujeres, los agentes socializadores cruciales, resienten la debilidad patente de sus compañeros y ponen un énfasis mayor en el cambio, en la innovación, en la originalidad y la creatividad en sus prácticas de crianza, con la esperanza de producir vástagos mejor adaptados.

### La motivación del éxito

Otra teoría ampliamente discutida y centrada en los aspectos psicológicos del desarrollo del capitalismo fue propuesta por David McClelland (1967). Toma como eje la pregunta de si existe un síndrome de personalidad común, universal, que preceda a toda explosión de desarrollo económico intenso, siempre que esto acontece en la historia. Su respuesta es afirmativa: el desarrollo económico siempre ha resultado y es resultado de la extensión precedente de una *motivación del éxito* (la necesidad de éxito, o «n Éxito» por abreviar). Tal motivación encuentra su mejor salida, y es particularmente indispensable, en las actividades empresariales. «Una sociedad con un nivel generalmente alto de *n Éxito* producirá empresarios más enérgicos que, a su vez, producirán un desarrollo económico más rápido» (McClelland 1967: 205).

Los síndromes alternativos de personalidad, «n Afiliación», o «n Poder» tienen consecuencias opuestas. La extensión de las necesidades afiliativas evita la competencia entre los individuos, el inconformismo, la originalidad y la innovación, frenando eventualmente el desarrollo económico. Las necesidades afiliativas emparejadas a la necesidad de poder producen incluso tendencias totalitarias más viciosas.

La motivación de éxito, la precondition universal para la expansión económica y el crecimiento, puede aparecer en diversas épocas históricas, y por tanto ha de definirse en términos relativos. Esto se hace considerando los patrones de excelencia, las medidas o escalas del éxito, como específicas históricamente y variables, mientras que la necesidad de lograr el patrón específico, sea el que sea, es considerada universal y constante. Como explica McClelland, la motivación del éxito es la prosecución del éxito a través del esfuerzo personal en situaciones que implican la evaluación de la propia ejecución en relación con algún patrón de excelencia. Al especificarla para la situación histórica de la expansión capitalista, la «n Éxito» se reduce a una disposi-

ción latente de competir por un patrón más elevado de excelencia gratificado en dinero, y por el beneficio continuo, ascendente, mediante la acumulación en lugar del consumo.

Hay varios correlatos de comportamiento y conducta de la motivación de éxito, que dan como resultado el síndrome de personalidad compleja. En el lado del comportamiento, se descubre que la motivación de éxito está conectada con la mayor movilidad, con la frecuencia en los viajes, las largas horas de trabajo, el deseo de acumular capital, las aspiraciones hacia la educación de los hijos, la actividad empresarial. En el lado de la actitud encontramos el impulso innovador, un alto sentido de la responsabilidad, la planificación prospectiva de las acciones, una preferencia por el cálculo racional, una disposición hacia los riesgos de tipo medio.

¿Cómo ha nacido y se ha desarrollado este importantísimo síndrome de personalidad? La clave es de nuevo la socialización adecuada, la crianza y educación adecuadas de los niños, que pone un gran énfasis en la autoconfianza, en la perseverancia en el logro de fines, en la preocupación por la excelencia y la valoración del trabajar duro. McClelland anima a sembrar motivación de éxito para cosechar crecimiento económico.

Por supuesto, al igual que con cualquier teoría sociológica, hay algunas dudas que deben plantearse frente a la descripción de McClelland. Una es el problema de «quién educa a los educadores» o, en otras palabras, qué motiva a padres y profesores a educar a sus hijos o alumnos para el éxito en lugar de para la afiliación o el poder. Otra es la pregunta acerca de la completud explicativa: ¿Es la postulada «n Éxito» suficiente para explicar la expansión y el crecimiento económicos? ¿O es quizá una condición necesaria pero no suficiente? ¿Qué pasa con las circunstancias históricas propicias, con los recursos indispensables, con las oportunidades de tipo más tangible (materiales, técnicas, políticas)? Como ha dicho un crítico: ¿Qué pasa en una situación en la que abundan las necesidades de éxito pero las salidas para su traducción en empresa están ausentes o bloqueadas? (Chodak 1973: 180). Lo más probable es que presenciemos una grave crisis de aspiraciones y expectativas o una experiencia amplia de aguda privación relativa. Esto puede conducir a la pasividad, a la apatía o, bajo condiciones específicas, a una explosión de activismo revolucionario.

### **El problema de la «mentalidad socialista»**

Hasta ahora hemos estudiado el papel positivo de las ideas, de las ideologías, de las actitudes mentales como causas o al menos como factores que contribuyen al crecimiento económico, a la expansión, al progreso. Pero en circunstancias específicas, los mismos factores pueden jugar un papel opuesto, sirviendo de barreras y bloqueos al cambio. El significado disfuncional de los modelos mentales en los procesos de cambio social ha sido ampliamente documentado recientemente por los sucesos en Europa central y oriental, las revoluciones de 1989, la quiebra del comunismo y sus secuelas.

Muchos observadores han enfatizado que uno de los principales obstáculos, barreras o «fricciones» (Etzioni 1991) en la transición desde el «socialismo real» a una sociedad democrática, de mercado, es el extendido síndrome de personalidad deno-

minado «mentalidad socialista», «espíritu socialista», «homo sovieticus» o «mente cautiva» (Milosz 1953). Éste es el producto de muchas décadas de gobierno totalitario o semitotalitario, que ha dejado una fuerte huella sobre las motivaciones y las actitudes de la población. Había dos formas mediante las cuales el «socialismo real» modelaba la personalidad. En primer lugar estaba la impronta de las instituciones socialistas, de sus formas de organización, de sus estructuras ideológicas. Ésta se realizaba mediante la prolongada habituación, la indoctrinación, el «control del pensamiento» (Koestler 1975) y la imposición de una falsa «realidad ideológica» sobre las mentes humanas hasta el punto en que alcanzaban un dominio de motivaciones irreflexivas, de subconsciencia, de códigos psicológicos profundos. En segundo lugar, había un mecanismo indirecto quizás más poderoso que surgía de las «reacciones adaptativas» o de los mecanismos de defensa que la gente desarrollaba como formas de enfrentarse a las condiciones «socialistas». Estos arreglos y mecanismos adaptativos, probada su efectividad, se enraizaron y petrificaron con profundidad en la conciencia popular.

De este modo, el dominio de la psicología de masas mostraba una sorprendente resistencia al cambio y parecía sobrevivir a las formas de organización y a las instituciones del «socialismo real», efectivamente destruidas por los movimientos democráticos de los años 80. El infortunado legado del «socialismo real» parece más duradero en el dominio mental. Supongo que aquí reside el principal mecanismo a través del cual el comunismo amenaza a las sociedades postcomunistas desde la tumba. Como dijo en términos metafóricos un periodista, el muro de Berlín puede haber caído pero «el muro de nuestras cabezas» permanece.

Analicemos ahora la anatomía de la «mentalidad socialista», tomando el caso de Polonia. Con algunas variaciones nacionales pueden observarse rasgos parecidos en otros países del antiguo mundo socialista.

Un observador contemporáneo ha señalado que: «Los cuarenta y cinco años de “construcción del socialismo” han transformado la sociedad polaca mucho más profundamente de lo que se habría esperado debido a la permanente resistencia de los polacos al gobierno comunista» (Mokrycki 1991: 3). Y añade: «En Polonia, aparte de la ruina económica y de la grave condición psicológica de la sociedad, el camino a la democracia está bloqueado en cierto sentido por la propia sociedad, por su arquitectura profunda, interna» (p.13). Otro sociólogo polaco nos avisa de un peligro parecido: «El problema básico que han de reconocer los reformistas tiene que ver con el hecho de que las acciones cotidianas de los individuos serán modeladas por hábitos desarrollados en el curso de experiencias sociales radicalmente diferentes de aquellas que deberían informar nuestras nuevas instituciones» (Marody 1990: 167).

Los estudios empíricos de la conciencia social (valores, preferencias, gustos, patrones de consumo, etc.) se han convertido en la preocupación principal y en una especie de marca de fábrica de la sociología polaca. Durante cuatro décadas han estado aportando una multitud de datos, sumándolos a un cuadro bastante fiable de la «mente polaca» bajo el gobierno comunista. Quizás el más llamativo de todos estos hallazgos es que la «mente polaca» aparece dividida, partida por una especie de esquizofrenia. La división parece seguir la dicotomía público-privado. Parecen prevalecer creencias, motivaciones y actitudes muy distintas en el mundo público y en la vida

privada. De una larga lista de tales antinomias (Marody 1987a y b) escogeré unas cuantas como ilustraciones.

1. La gente muestra actitudes dispares frente al trabajo. La negligencia, ineficiencia, absentismo tan típicos de las empresas del estado contrasta sorprendentemente con la disciplina, el cuidado y la diligencia mostrados por aquellos empleados en el sector privado, autónomos o que trabajan fuera.
2. Hay un contraste entre el área de trabajo en general y la vida personal. La invalidez aprendida, la reluctancia a tomar decisiones, la delegación de responsabilidad, el énfasis en la seguridad y en los beneficios personales que dominan en las instituciones, empresas y administraciones públicas contrasta con la autoconfianza, iniciativa, espíritu de innovación, disposición al riesgo y altruismo mostrados en las relaciones familiares o en el hogar.
3. En el ambiente físico, el rechazo o el desdén hacia aquella propiedad del estado o por la propiedad pública compartida está en aguda oposición con el cuidado y preocupación casi excesivas por la propiedad privada. Compárese la suciedad, el desorden y el vandalismo presentes en patios y escaleras de los grandes complejos de viviendas, con los interiores ordenados, cuidados y meticulosamente limpios de los apartamentos. De forma parecida, un simple vistazo a la fachada y a los alrededores es suficiente para distinguir una empresa pública de un taller privado, un almacén público de una tienda de ultramarinos privada. Una expresión particularmente triste de esta fractura esquizoide se manifiesta en las actitudes hacia la propiedad: el robo de piezas sobrantes, de materiales y equipos de las empresas estatales es generalmente consentido y no provoca la censura moral, mientras que el robo de bienes privados es fuertemente condenado.
4. En el campo de las aspiraciones, ambiciones y esperanzas, la primacía de la pasividad, el conformismo, la sumisión y la mediocridad en los papeles públicos es totalmente incongruente con el énfasis en el éxito, la autorrealización y el logro individual en la vida privada. Lo primero conduce al fatalismo y a un sentimiento de desesperanza en los asuntos públicos, actitudes de «esperar a ver qué pasa» y el síndrome del «*free rider*». La gente es reluctante a comprometerse en la vida pública, porque no ven ninguna forma realista en la que puedan cambiar nada, y al mismo tiempo perciben claramente los riesgos y el precio del activismo. «La orientación fatalista... es por tanto una respuesta aprendida (y racional) al poder distante, caprichoso e irresponsable impuesto desde fuera» (Thompson, Ellis y Wildavsky 1990, capítulo 12: 3-4). El eminente sociólogo Stanislaw Ossowski lo ha denominado el «síndrome de Lilliput».
5. En política hay una desconfianza generalizada hacia la información y hacia las críticas de los medios de comunicación y escepticismo ante las manifestaciones políticas acompañados de una disposición, inmediata e ingenua, a creer en rumores, cotilleos y profecías transmitidos a través de canales no oficiales. Las mismas personas que dicen «la televisión miente» y «en la prensa lo único que es verdad son las esquelas» otorgan su confianza y están dispuestos a actuar de acuerdo con los mitos más insostenibles si éstos se los transmiten amigos, vecinos o familiares.

6. Las autoridades, tanto la central como la local, son percibidas como extrañas y hostiles, el gobierno es visto como el territorio de la conspiración, del engaño y del cinismo, o al menos de la estupidez y la ineficacia. Al mismo tiempo, las conexiones privadas, las redes y las lealtades que operan entre amigos y en casa, son sobreestimadas e idealizadas.

Si el psicoanálisis de la «mente socialista» está en lo cierto (y cada afirmación puede apoyarse mediante abundantes pruebas sociológicas, por no hablar de observaciones de sentido común) se nos presenta un cuadro sombrío. La fractura patológica en la conciencia social no puede sino quedar reflejada en la conducta real. De nuevo seleccionaré unas pocas ilustraciones de la rica literatura sociológica que identifica los modelos típicos de acción en las sociedades comunistas.

1. Quizás la más mencionada sea la disociación entre lo que la gente dice y lo que hace en realidad, la sorprendente diferencia entre predicar y actuar, entre declaraciones y conducta. Los ejemplos clásicos se refieren a la conducta en el dominio político, al modelo frecuente del oportunismo, hipocresía y cinismo verbales. Lo que quizás no sea reconocido por los foráneos es el hecho de que el mismo doble lenguaje de lo hablado y lo hecho se manifiesta a menudo en las autoridades y no sólo en la gente corriente. Hay una actitud extraña, difusa, indiferente, hacia el cumplimiento de las declaraciones políticas o de las leyes con motivaciones ideológicas. Aparentemente, las autoridades tampoco quieren decir lo que dicen o legislan. De hecho esto hace la vida mucho más vivible, y permite una mayor libertad y autonomía de la que sería de esperar atendiendo a las declaraciones políticas y a las leyes. ¿Es un accidente el que la imposición de la ley marcial en 1981, aterradora por las amenazas que expresaba, fuera con mucho la más benigna en la historia reciente?
2. Algunos casos especiales de esta situación de patrones dobles han sido delimitados por sociólogos polacos para su examen detallado. Uno es el denominado de las acciones falsas o aparentes (Lutynski 1990). Esto significa confusas actividades rituales huera de todo significado o propósito. Su falta de significado es claramente reconocida por los actores, pero también, paradójicamente, por las autoridades que las esperan o demandan. Un caso clásico es el de los informes sobre la realización de los planes de producción, siempre e invariablemente exagerados y sesgados. Las imposturas se van agregando a medida que pasan por todos los niveles de la economía centralizada produciendo finalmente estadísticas económicas completamente irreales, que después son usadas para elaborar planes futuros. Del mismo modo había costosos y pesados procedimientos electorales, aunque los elegidos eran de hecho escogidos y nombrados por adelantado. El hecho de que todo el mundo pretende aparecer serio y convincente en estas charadas sólo puede explicarse por su «función extrínseca» de afirmación de una lealtad oportunista hacia el juego que todo el mundo está jugando, a esas reglas y principios extraños impuestos autocráticamente.
3. Otra variante de los patrones dobles no tiene tanto que ver con las acciones sino con el lenguaje. A veces se le denomina «doble lenguaje», o de manera

más expresa «estructuras de mentira organizada» (Ash 1990a: 18). Describe la disociación entre las cosas que se dicen en público y las que se dicen en privado. El contexto determina notables diferencias de formas y contenidos: al hablar (o escribir) en situaciones públicas o en papeles públicos, la gente usa una sintaxis, un vocabulario, una fraseología y un simbolismo específicos (lo que Orwell denominó «neolengua»). Los hablantes hacen afirmaciones dogmáticas, acríticas y de regusto ideológico. Pocos de los que les escuchan les toman en serio e incluso cuando estos hablantes ya no hablan en público cambian de lenguaje y defienden afirmaciones completamente opuestas a las anteriores. En privado son incluso capaces de distanciarse de sí mismos y de su propia conducta, y adoptar una postura crítica e incluso ridiculizar sus propias palabras, como si fueran dos juegos diferentes, completamente separados y que se juegan bajo reglas opuestas.

4. Otro modelo de comportamiento muy extendido inducido por la oposición de las esferas privada y pública es el intento constante de burlar o «golpear al sistema». Los sociólogos han denominado a esto «la innovación parasitaria» (Marody 1990). Esto puede ser un simple eufemismo para la estafa o el fraude, pero puede tomar formas más sutiles. Una es la búsqueda de vacíos en las regulaciones legales —un trabajo fácil a la vista del caos legislativo, de las antinomias, inconsistencias y excesiva casuística y detalle de las «leyes socialistas». Otro mecanismo produce «evasiones institucionalizadas», y generalizadas, de las reglas, en parte debidas a que se hacen cumplir de forma intencionadamente difusa o ineficiente. Por último, hay una vigilancia constante para protegerse de posibles cambios irracionales en las condiciones de comercio (subidas de precios, impuestos, tasas), frenándolos mediante el intento de acaparación de comida y combustible, corriendo hacia los bienes de importación o exportación, o abriendo negocios dirigidos al beneficio rápido en lugar de hacia las inversiones a largo plazo. La actitud prevaleciente de «agárralo y corre» muestra que la gente intenta alcanzar sus fines privados «al margen del sistema» en lugar de «a través del sistema». Es interesante observar que tales conductas son tratadas a menudo de manera elogiosa, y aquellos que tienen éxito inspiran enorme estima teñida de envidia. La justificación subyacente, más o menos consciente, se fundamenta en la creencia de que es un tipo de venganza equitativa frente a un sistema que ha estado estafando a los ciudadanos y una forma de obtener alguna compensación por los beneficios injustamente perdidos.
5. El siguiente modelo de comportamiento característico es una reluctancia generalizada a tomar decisiones de responsabilidad, o a tomarlas tan sólo en formas que aseguren la no responsabilidad (por teléfono, oralmente, sin papeles, etc.), con tendencia a delegar la responsabilidad (un interminable «pasar la bola») y al mismo tiempo a demandar cuidados, seguridad social y otros beneficios gratuitos de las autoridades. Puesto que este síndrome es normalmente típico de niños, podríamos denominarlo «infantilismo prolongado». Su cara opuesta es la postura paternalista frecuentemente adoptada por las autoridades. Como ha observado Stefan Nowak, «La creencia de que nuestro sistema socioeconómico satisfará al menos unas necesidades mínimas a todos los ciu-

dadanos parece derivarse de cuatro décadas de educación socialista. La percepción de la más mínima desviación de esta regla genera las mayores amenazas a la legitimidad social del sistema» (1987: 11).

6. Un conjunto final de acciones es impulsado por lo que ha sido denominado «envidia desinteresada». La ideología socialista, con su énfasis en el igualitarismo primitivo tan bien expresado por el lema que «todo el mundo tiene iguales estómagos», implanta una especie de instinto contrario al éxito inhabitual, a los beneficios excesivos, a los logros excepcionales y un fiero resentimiento contra todo tipo de elite. De ahí se desprenden una serie de acciones encaminadas a evitar que otros alcancen eminencia, incluso si esto no ocurre en un contexto competitivo, y el éxito de alguien no disminuye las oportunidades de otro. Un chiste famoso describe el «infierno polaco»: pecadores de todas las naciones se cuecen en grandes ollas colocadas sobre un gran fuego y vigiladas por demonios armados. Sólo la olla con el rótulo «Polonia» carece de vigilancia. ¿Por qué? Porque si alguien prepara para intentar escapar, sus compatriotas tirarían de él para que no lo lograra.

Se podía esperar que una vez que las estructuras institucionales del «socialismo real» han sido demolidas, la «mente socialista» también desaparecería. Desafortunadamente éste no es el caso. Como testifica un informado investigador: «Lo sorprendente cuando analizamos las actitudes políticas en los años 90 es su extraordinaria similitud verdaderamente estructural con las actitudes identificadas y descritas en períodos anteriores» (Marody 1991: 166). Por alguna ironía viciosa de la historia, la oposición central de las esferas pública y privada, junto con mucho de sus expresiones psicológicas y de comportamiento, han sobrevivido al sistema comunista y están en el camino de las reformas postcomunistas. Permítanme enumerar algunos de los síntomas más espectaculares de esta sorprendente persistencia.

Al margen de los constantes recordatorios de que «al menos estamos en nuestra propia casa», la gente parece no preocuparse y es relictante a participar en acciones públicas. La pasividad continua y la apatía política son enormes: en las primeras elecciones democráticas después de un siglo, un 38 por ciento escogió no votar, y en las elecciones locales (todavía más próximas a «nuestra casa») el 58 por ciento se abstuvo. Casi uno de cada dos polacos pensó que no merecía la pena ejercer el voto para el primer presidente democrático, y en un espectro pluralista de partidos políticos y asociaciones que proliferaron durante el año, más del 90 por ciento de la población decidió no pertenecer a ninguno (*Gazeta Wyborcza*, 25 de abril de 1991).

El gobierno es considerado todavía como algo opuesto a la sociedad, como «ellos» contra «nosotros». En las elecciones presidenciales libres, Tadeusz Mazowiecki, un hombre de credenciales impecables y de logros indisputables, se vio «teñido» por estar en el gobierno (como primer ministro de la Polonia postcomunista) y ganó menos votos que Stanislaw Tyminski, un demagogo populista llegado del Canadá, completamente desconocido, y precisamente por esa razón libre de cualquier asociación con las autoridades establecidas, tratadas aún con sospecha.

La gente continúa con el juego de «golpear al sistema» como si nada hubiera cambiado, como si el sistema fuera todavía algo extraño, impuesto y que ha de ser rechazado. La «innovación parasitaria» florece en nuevas formas propiciadas por las priva-

tizaciones, por el emergente mercado capitalista y por las incertidumbres de las leyes transitorias. Multitud de personas están implicadas en todo tipo de comercio ilegal, de robo, de evasión de impuestos. Ahora están apareciendo formas altamente organizadas de tales actividades. Para los observadores del crecimiento de las actividades empresariales es sorprendente cómo gran parte de ellas todavía están basadas en la desconfianza, la incertidumbre hacia el futuro y las tácticas tradicionales de «agárralo y corre».

La «envidia desinteresada» todavía abunda, y de hecho tiene más oportunidades para expresarse y mayor número de objetivos potenciales, puesto que el número de los que «lo han conseguido» (lograr un puesto político, enriquecerse rápidamente, abrir un negocio con éxito o lograr reconocimiento público) está creciendo a considerable velocidad. El resentimiento hacia este grupo todavía recurre con facilidad a los viejos modos igualitaristas de retórica. Como ha señalado correctamente un agudo observador del escenario europeo oriental: «En la mayoría de estos países hay todavía un apoyo generalizado de la distribución relativamente igualitaria de la riqueza que se crea y a favor de un estado de bienestar fuerte» (Ash 1990a: 21). El ambiente afecta a todo tipo de elites, incluidos los intelectuales (denominados, por supuesto, «cabezas huevo»).

Entre la mayoría que no «lo ha conseguido» o que incluso ha perdido su nivel de vida anterior en el torbellino del cambio revolucionario (por ejemplo, grandes sectores de la clase obrera, de los campesinos, por no hablar del millón largo de parados —un fenómeno inexistente en el período «socialista»—), hay una nostalgia creciente por las viejas componendas del estado paternalista acompañada de un clamor a favor de una compensación. Existe la expectativa de que el gobierno ha de satisfacer las necesidades básicas, ha de proporcionar servicios médicos gratuitos, educación gratuita, trabajos, pensiones, seguridad social y beneficios asistenciales. Probablemente no son tantos los que desean volver al comunismo, pero grandes masas sueñan con alguna «tercera vía», un capitalismo humanitario, o (parafraseando los viejos lemas acerca del socialismo), un «capitalismo con rostro humano», o una vía «polaca» al capitalismo.

Éstos son sólo algunos de los climas y sentimientos que misteriosamente recuerdan a las viejas formas de pensar y actuar. Modelan el legado persistente del «socialismo real» recorriendo las sociedades de Europa del este desde su tumba. Sin superar este legado, lo que llevará al menos una generación, el éxito definitivo de la transición postcomunista no será posible. Esto muestra una vez más el factor tan poderoso que puede ser en el cambio social las ideas que tenga la gente.

# Capítulo 17

## EL SURGIMIENTO DE LO NORMATIVO: EVASIONES E INNOVACIONES

### El núcleo normativo de la estructura social

La vida social está regulada por reglas. El orden de las normas, los valores, las instituciones que regulan la vida humana es considerado el aspecto central de la sociedad por numerosos investigadores. En su formulación clásica, Émile Durkheim concebía los «hechos sociales» en términos inequívocamente normativos:

Quando cumplo mis obligaciones como hermano, marido o ciudadano, cuando cumplo los contratos realizo deberes definidos externamente a mí y a mis actos, en el derecho y en la costumbre. Incluso si éstos concuerdan con mis propios sentimientos y siento su realidad de forma subjetiva, esta realidad todavía es objetiva, porque yo no los he creado, meramente los he recibido a través de mi educación... He aquí las formas de actuar, pensar y sentir que presentan la notable propiedad de existir fuera de la conciencia individual. Estos tipos de conducta o de pensamiento no sólo son externos al individuo sino que están, más aún, dotados de un poder imperativo y coercitivo, en virtud del cual se imponen sobre él, con independencia de su voluntad individual (*Durkheim 1972: 63-4*).

Encontramos un énfasis normativo parecido en la idea de «orden axionormativo» desarrollada por Florian Znaniecki. En palabras suyas: «El orden social desde esta perspectiva denota simplemente orden axionormativo entre los fenómenos denominados sociales... La organización social está fundada en normas reconocidas y apoyadas colectivamente, que regulan no sólo las acciones sino también las experiencias y las representaciones de sus miembros... Todos los fenómenos culturales son sociales puesto que todos están sujetos a normas sancionadas colectivamente» (1971: 651-2). Hay una fuerte preocupación por los fundamentos normativos del consenso social y del sistema de equilibrio en el trabajo de los estructuralistas-funcionalistas (Parsons 1951). La «escuela dramaturgica» y en particular Ervin Goffman, aportaron un sutil análisis de la estructura normativa implícita en el drama social (Goffman 1963, 1967,

1971). Los etnometodólogos excavaron en profundidad los vericuetos de los supuestos normativos dados por sentado que subyacen a la vida social (Garfinkel 1967). Más recientemente Tom Burns y su grupo (Burns y Flam 1987) han propuesto una teoría general de los «sistemas de reglas» y de los «régimenes de reglas». Éstos son sólo unos cuantos ejemplos, pero muestran que, de hecho, «la importancia de las normas sociales y su posición clave en la vida social han sido ampliamente reconocidas por los científicos sociales» (Segerstedt 1966: 105). Quizás no sería exagerado el afirmar con Harry Johnson que «el concepto de norma es central en sociología» (1960: 8).

En este capítulo examinaremos brevemente dos formas en las que este aspecto crucial de la sociedad puede sufrir cambios: el proceso de evasiones institucionalizadas y de innovaciones normativas.

### **Evasiones institucionalizadas de las reglas**

Por cambio normativo entiendo el surgimiento, reemplazo o modificación de los componentes de la estructura normativa: normas, valores, roles, complejos institucionales. Por simplificar hablaré de cambio de normas, pero se puede aplicar igualmente a otros conjuntos normativos más complejos. Me centraré en la forma en la que las normas (o las normas cambiadas) surgen de acciones acometidas por diversos agentes sociales. Éstos pueden ser gente corriente en su conducta diaria, que producen un cambio gradual u otros agentes que acometen la reforma normativa, produciendo un cambio promulgado.

El cambio de normas presupone, como preludio, una desviación normativa. Como ha observado Robert Bierstedt, «algunas desviaciones en una estructura antigua son casi con certeza parte del proceso de creación de una nueva» (1981: 461), pero las desviaciones no son todas iguales. Esta categoría crucial necesita de una definición más precisa, y en los análisis que siguen me apoyaré en profundidad en las contribuciones clásicas de Robert Merton. Éste ha sugerido el siguiente concepto de desviación: «Una adaptación es descrita como desviada (no sin justificación) cuando la conducta se aparta de lo exigido por los fines culturales, o por las normas institucionales, o por ambas» (1959: 178). Hace notar que la desviación no ha de confundirse con la conducta meramente idiosincrásica; se ha de «distinguir las nuevas formas de conducta que se ajustan dentro de lo prescrito o permitido y las formas nuevas que quedan fuera. Siguiendo la útil terminología de Florence Kluckhohn, las primeras de éstas pueden ser descritas como “variantes” del comportamiento y sólo las segundas como “desviadas”» (p.181). De forma parecida, la «tolerancia» de variantes de conducta, el alcance concedido a implementaciones concretas de la norma, ha de distinguirse de la «permisividad factual», de la actitud pasiva de las audiencias sociales al comportamiento considerado como desviado, e incluso, lo que es más, de aquello que puede denominarse «permisividad institucionalizada», la prohibición contra el sancionamiento negativo de los actos desviados. El último sentido es el adoptado por Jacobsen, que define la permisividad como «el clima social institucionalizado en el que una persona puede violar normas aceptadas en público sin incurrir en sanciones» (1979: 223).

Merton distingue dos formas principales de desviación en sentido estricto: el comportamiento no conformista (o desviación por principios) y el comportamiento abe-

rrante (o desviación conveniente). Éstas difieren en varios aspectos importantes. (1) la no conformidad es pública, mientras que la conducta aberrante es privada: «los inconformistas anuncian públicamente su disidencia: no intentan esconder su alejamiento de las normas sociales. Los disidentes políticos o religiosos insisten en hacer conocer su disidencia a todos los que les vean y escuchen; los criminales aberrantes buscan evitar el foco del escrutinio público» (Merton 1982b: 72). (2) La inconformidad implica el abandono de la legitimidad de las normas en uso, mientras que la conducta aberrante está acompañada de conformidad con la legitimidad de las normas: «Los inconformistas desafían la legitimidad de las normas sociales que rechazan, o al menos desafían su aplicabilidad a determinados tipos de situaciones...Los aberrantes, por el contrario, reconocen la legitimidad de las normas que violan pero consideran tal violación oportuna o concordante con su estado mental» (p.73). (3) La no conformidad es positiva, constructiva; el comportamiento aberrante es meramente negativo: «los inconformistas se proponen cambiar las normas que niegan en la práctica. Quieren reemplazar lo que creen son normas morales sospechosas por otras que tengan base moral firme. Los aberrantes, por el contrario, intentan primordialmente escapar a la fuerza sancionadora de las normas existentes, sin proponer sustitutos» (p.73).

El comportamiento no conformista y el aberrante inician dos senderos diferentes de *morfogénesis normativa*, con estadios y mecanismos internos diferentes. Uno podría denominarse morfogénesis por medio de la innovación normativa; el otro, morfogénesis por medio de la evasión de la norma. Ambas son formas de devenir social. Examinemos con mayor detalle cada una de ellas, comenzando por la segunda.

La morfogénesis por medio de la evasión de la norma arranca de incidentes de conducta aberrante realizados por individuos que encuentran las normas demasiado exigentes para ellos, aunque generalmente legítimas. Tal como lo define Jacobsen: «La evasión de una norma...es un subtipo especial de las violaciones de normas en el sentido de que es deliberada y desviada» (1979: 220). Por ejemplo, el ladrón no cuestiona la legitimidad del quinto mandamiento; se enfadará si le roban algo y no se sorprenderá si es atrapado y sentenciado. En palabras de Merton, este caso se reduce a «la atenuación de lo legítimo, mediante esfuerzos inefectivos y el uso cada vez mayor de oportunidades ilegítimas pero más o menos efectivas» (1968: 200). Ciertamente, evadimos algunas normas todo el tiempo y algunas de vez en cuando.

Algunas de estas evasiones son completamente privadas, invisibles, indetectables y por tanto, carentes de consecuencias sociales. No inician procesos de devenir social, pero cuando las evasiones se extienden más, son realizadas por una pluralidad de individuos, la conciencia pública está en disposición de ser despertada. Su acontecer con mayor frecuencia puede alcanzar un reconocimiento amplio, aunque los culpables no sean reconocidos. Cuando son identificados, los ejemplos de evasores particularmente habilidosos pueden convertirse en objeto de culto popular, a menudo teñido de envidia. Como observa Merton: «Esos pillastres con éxito —éxito medido en relación con los criterios de sus grupos significativos de referencia— se convierten en prototipos para otros de su ambiente que, aunque en principio menos vulnerables y menos alienados, ya no respetan las leyes que antaño consideraron legítimas» (1964: 235). Un buen ejemplo de esto nos lo proporcionan los empresarios privados en los países del «socialismo real»; con sus riquezas, su llamativo consumo, sus conexiones políticas, son tomados a menudo como modelos de rol, especialmente por las genera-

ciones más jóvenes, aunque todo el mundo sabe que para llegar a donde han llegado han tenido que quebrar todo tipo de leyes que regulan una economía planificada.

La ocurrencia de iniciativas comunes de evasión entre grandes colectividades de individuos, emparejadas con la extensión de la creencia de que «todo el mundo lo hace» y la tendencia a imitar a los evasores que tienen éxito, permite la descripción por patrones de las evasiones, de su carácter regular y repetitivo. Para Robin Williams «la evasión según patrones» denota una situación «en la que la norma públicamente aceptada es violada de modo encubierto a gran escala, con la aceptación tácita o incluso la aprobación de la misma sociedad o grupo, al menos mientras la violación se disimula» (1970: 419-0). La evasión de impuestos, copiar en los exámenes, los pequeños hurtos en las empresas y la elusión de deberes consuetudinarios y de controles proporcionan ejemplos familiares. Un caso particularmente interesante típico de los antiguos países socialistas era lo generalizado del robo de bienes, materias primas, herramientas, etc., de las empresas estatales. Aquí las inhibiciones morales tradicionales aplicadas a la propiedad privada parecían no funcionar, porque para mucha gente «del estado» significaba «de nadie».

La ocurrencia de evasiones según patrones es el siguiente paso en el camino hacia la morfogénesis normativa (pero nótese que las normas tienen aún concedida la legitimidad). La fase más crucial llega cuando, como dice Merton, «Una creciente frecuencia de conducta desviada con “éxito” tiende a atenuar y, como una potencialidad extrema, a eliminar la legitimidad de las normas institucionales por otras en el sistema» (1968: 234). Sólo ahora aplica por completo su concepto de «evasiones institucionalizadas»:

La evasiones de las reglas institucionales son ellas mismas institucionalizadas cuando son (1) modeladas en tipos suficientemente definidos; (2) adoptadas por números sustanciales de gente en lugar de ser subterfugios dispersos a los que se llega independiente y privadamente; (3) son organizadas en forma de maquinaria suficientemente elaborada, modelada por participantes que cooperan tácitamente, incluidos aquellos que tienen a su cargo la implementación de las reglas; y (4) son raramente castigadas y cuando lo son, el castigo es en gran medida en forma simbólica con el propósito de servir primordialmente para reafirmar la santidad de las reglas (*Merton 1982b: 76*).

La institucionalización en este sentido es más que un mero modelado puesto que implica no sólo la repetición o la regularidad de la conducta sino el garantizar un grado de legitimidad; la aceptación generalizada o incluso el sancionamiento posible a la conducta evasiva. Este modelo evoluciona «siempre que las leyes que gobiernan una organización quedan por detrás de los intereses, valores y demandas en cambio de la parte sustancial de la población subyacente. Durante un tiempo, las evasiones hacen que la ley sea tolerable» (Merton 1963: ix). Un ejemplo excelente de estas evasiones institucionalizadas es el que proporcionan determinados procedimientos de divorcio:

para que sean efectivas las evasiones requieren una sofisticada maquinaria social conformada por clientes, abogados, jueces en tácita cooperación, compinches entrenados y creadores especializados en hacer creer la evidencia del adulterio; se sabe por todo el mundo que las prácticas evasivas se alejan del espíritu y de la letra de la ley pero...de cualquier forma se disculpan por los funcionarios del juzgado encargado de hacer cumplir la ley; y por último, las evasiones son

raramente castigadas, y cuando lo son, sirven para dar pie a ocasiones principalmente ceremoniales en las que se reafirma la santidad de la ley (Merton 1963: ix-x).

Hay tres variaciones más específicas de las evasiones institucionalizadas. La primera es la «erosión de la norma». Esto ocurre cuando las normas fueron establecidas hace mucho tiempo y son tradicionales en su estructura normativa, pero no son coherentes con las realidades actuales. Esto queda perfectamente ilustrado por la lenta liberación de las costumbres sexuales, o el debilitamiento gradual de los criterios legales referentes a la pornografía (la escurridiza línea entre pornografía “blanda” y “dura”, así como por las cada vez más permisivas reglas de desnudez aceptable, típicas del llamado «síndrome Playboy»).

La segunda variante es la «resistencia a la norma». En contraste con el caso de la erosión de la norma, las normas evadidas son nuevas, recién introducidas por decreto «desde arriba», y se alejan de las formas establecidas de conducta. «Las demandas institucionales recién impuestas son de hecho evadidas mientras que las normas y sentimientos que cambian lentamente continúan gobernando la conducta real» (Merton 1968: 372). Un buen ejemplo es la resistencia que se encuentra comúnmente a las reformas legales que van en contra de las costumbres compartidas, de los estereotipos, de los prejuicios o de las convicciones morales fuertes (como en el caso de la ley seca, de la legislación de derechos civiles, de los intentos de cambiar las leyes matrimoniales en las colonias africanas, o la colectivización de la propiedad rural en los países socialistas).

Una tercera modalidad incluye la «sustitución de normas». Esto acontece cuando una norma se mantiene vigente pero la evasión generalizada adquiere tentativamente legitimidad a través de la escala y la larga tradición de su acontecer. Como explica Jacobsen: «Las evasiones sujetas a patrón pueden adquirir una legitimidad parcial por su mera longevidad y convertirse en tradición por defecto. Cuando esto ocurre, la norma misma no cambia, pero la evasión gana una medida de legitimidad mediante «negligencia benigna»» (1979: 226). Por tanto, la prohibición de fumar en los espacios públicos es a menudo ignorada porque «nadie parece haberlo objetado hasta ahora» (p.226), pero éstas devienen operativas cuando las violaciones son fuertemente objetadas en público.

Estos tipos sucesivos de evasiones institucionalizadas conducen a la fase final de un proceso morfogenético: la introducción de nuevas normas por las autoridades, o la obtención, por evasión, del estatus de normas sancionadas, completamente legitimadas e impregnadas de una nueva estructura normativa. La vieja evasión deviene aceptada y sancionada como norma nueva. Por ejemplo, en referencia a las evasiones notoriamente generalizadas de las leyes de divorcio obsoletas, Merton observa que: «en el caso de que el apoyo público a estas evasiones institucionalizadas ocurra de forma repetida, sacando, en toda su extensión, a la luz el abismo entre los principios de la ley y la frecuencia de las prácticas elusivas, esto ejercerá una presión muy poderosa en favor del cambio de la ley» (1963:ix). De forma parecida, las evasiones notorias de diversas proscripciones antes impuestas en los países de Europa oriental sobre la propiedad de moneda extranjera (testificadas por la emergencia de un extenso mercado negro) ha conducido gradualmente a la suspensión de esas leyes obsoletas y poco realistas, y después a la promulgación de nuevas regulaciones de cambio de moneda, in-

cluso más liberales que en algunos países occidentales (por ejemplo, la eliminación de límites al tráfico de divisas hacia el exterior o desde el exterior que hay ahora en Polonia). Con una reforma normativa de este tipo, la situación cambia por completo: estar de acuerdo con la norma antigua se convierte en un acto de desviación (o al menos una conducta anacrónica, usual o inusual), mientras que la desviación en el sentido antiguo, deviene un acto de conformidad. Esto cierra el círculo de la morfogénesis, y por supuesto abre uno nuevo, puesto que las normas nuevas serán evadidas, al menos por algunos miembros de la sociedad, y el proceso de formular, reemplazar y modificar las normas mediante evasiones normativas comenzará a operar de nuevo.

### **Innovaciones normativas**

El mecanismo alternativo a la morfogénesis normativa es la acumulación de innovaciones. En este caso los agentes no recurren a evasiones a conveniencia de las normas que por lo demás aceptan, sino que por el contrario cuestionan la validez de las normas mismas. Se niega legitimidad a la norma (rutina, tradición, costumbre, ley) desde el principio, y la conducta de rechazo (inconformidad) es pública, abierta y a veces hasta ostentosa. Por arrimarnos a la terminología de Merton, el caso paradigmático de conducta que inicia este proceso se denomina «rebelión»:

Esta adaptación conduce a los hombres fuera de la estructura del ambiente social hasta divisar y buscar poner en existencia una nueva, es decir, una estructura social muy modificada. Presupone la alienación de los fines y patrones reinantes. Éstos empiezan a ser considerados como puramente arbitrarios. Y lo arbitrario es precisamente aquello que ni produce lealtad ni posee legitimidad, porque podría ser de otra manera... La rebelión implica una transvaluación genuina, en la que la experiencia directa o indirecta de la frustración conduce a la denuncia completa de los valores anteriormente apreciados (*Merton 1968: 209-10*).

Este concepto tiene una denotación muy amplia: se aplica a la ruptura innovadora o descubridora en la estructura de una tecnología prevalente o de un paradigma científico dominante; al profeta religioso o a la autoridad moral que dicta una nueva definición de la bondad o de la justicia; al artista o al escritor que propone un estilo nuevo; al empresario que reorganiza la producción o el comercio. En cada caso parte de algún tipo de episodio de creación humana, de originalidad o de disidencia frente a las tradiciones existentes. Por definición, tales episodios han de ser excepcionales, y acontecen sólo entre unos pocos selectos, o como mucho entre una minoría de miembros de la sociedad. Como dice Loomis: «Los modos de adaptaciones no conformistas...son en realidad alternativas no modales empleadas por una minoría que con el tiempo suplantando a las adaptaciones conformistas, y que tienen probabilidad de hacerlo en la medida en que sean funcionalmente superiores por mayor número de población que el que emplea los modelos de conducta presentes» (Loomis y Loomis 1961: 316).

Hay una distancia considerable entre el momento en el que un individuo o grupo concibe una innovación y el momento temporal en el que ésta es finalmente aceptada

FIGURA 17.1. Estadios secuenciales en la difusión de innovaciones.



y reemplaza las formas y modos anteriores de conducta humana (cf. Coleman *et al.*, 1966). El proceso puede dividirse en una secuencia de cuatro estadios, tal como aparece en la figura 17.1.

En cada estadio puede darse contingencia; el proceso puede continuar o no, producir morfogénesis normativa o pararse en su camino. Hay algún parecido en este modelo con la noción de proceso de «valor añadido» de la descripción de Smelser de la conducta normativa.

Cada estadio del proceso de valor añadido...es una condición necesaria para la adición apropiada y efectiva de valor en el estadio siguiente. Es más, la condición suficiente para la producción final, es la combinación de cada condición necesaria de acuerdo con un modelo definido. Según avanza el modelo de valor añadido, se estrecha progresivamente el abanico de posibilidades de lo que pueda ser el producto final (Smelser 1962: 14).

Por tanto, ya en el primer estadio, la innovación puede permanecer privada, completamente idiosincrásica y los intentos de publicitarla fracasan por completo. Los manuscritos se quedan en los escritorios, los prototipos de nuevas máquinas abandonados en los armarios, las ideas soñadas en privado y no compartidas con otros son ejemplos de lo que ocurre cuando esas innovaciones no se hacen públicas o suficientemente conocidas, y por tanto no pueden tener mayores consecuencias sociales. No es accidente que una de las reglas institucionales fundamentales incluidas en el ethos de la ciencia exige la publicación de los descubrimientos, por escrito, o, al menos oralmente, lo que Merton denomina la norma del «comunismo» de los resultados científicos (1973: 273). El significado completo y el significado social de la ciencia se perderían sin esta prescripción.

La visibilidad, sin embargo, es tan sólo una condición necesaria, no suficiente para el éxito. Incluso cuando las innovaciones son conocidas, esto no significa que tengan consecuencias sociales inmediatas. El filtrado del cambio implica a diversos agentes que aún pueden bloquear la innovación impidiendo que se extiendan con amplitud por la sociedad. Algunos de estos agentes pueden no estar especializados, asumiendo las funciones de filtrado como una actividad marginal (un profesor conservador que suprime todas las manifestaciones de individualidad, los vecinos tradicionalistas que cotillean acerca de la extravagante conducta de un nuevo inquilino, el rígido gestor que prohíbe toda experimentación con las técnicas de producción). En las sociedades modernas, no obstante, hay numerosos agentes especializados para quienes el filtrado de las innovaciones (o «vigilar la puerta») no es una actividad marginal sino su principal *raison d'être*. Ejemplos sobradamente conocidos incluirían a los censores, a los evaluadores de artículos o libros, consejos de redacción, oficinas de patentes, comités de calificación, etc. Por supuesto esto no está restringido a la sociedad moderna. La

infame Inquisición y la caza de brujas de la Edad Media fueron los claros antecedentes de los vigilantes ideológicos, mucho más perversos que la mayoría de los mecanismos modernos. Por medio del funcionamiento de varios mecanismos de filtrado o de bloqueo, puede impedirse casi desde su inicio la innovación. Por medio de la supresión, el control y la coacción social, la censura, el rechazo, la cinta roja, la obstrucción legislativa etc., puede evitarse que la innovación normativa reciba consideración, reconocimiento o aceptación inicial en una comunidad más amplia o en la sociedad.

La pregunta principal se refiere, por supuesto, a la naturaleza de esos criterios (o selectores) que frenan la divulgación de determinadas innovaciones y permiten en cambio la de otras. Cabe sospechar que un selector crucial, pero que funciona sólo a largo plazo, consta de los intereses creados objetivos de los miembros de la sociedad. Como dice Merton: «Algún grado (desconocido) de desviación de las normas en uso es probablemente funcional para los fines básicos de todos los grupos. Un cierto grado de “innovación”, por ejemplo, puede dar como consecuencia la formación de modelos institucionalizados de conducta que se adapten mejor que los viejos trabajando por la realización de los fines primarios» (1968: 236). A corto plazo, antes de que se afirme el criterio último, la selección puede deberse a imágenes mistificadas de intereses creados compartidos por la gente (falsa conciencia, ideología), o incluso, lo que es más común, a los intereses particularistas impuestos por aquellos en el poder (gobernantes, grupos fuertes de presión, dictadores de modas o estilos, guardianes de la ortodoxia religiosa o ideológica), capaces y con recursos suficientes como para mantener las normas y valores conducentes a su bienestar y suprimir cualesquiera normas y valores alternativos.

Un vez la innovación logra abrirse paso a través de los mecanismos de filtrado y alcanza a la sociedad en sentido amplio, comienza la fase de diseminación. Ésta puede adoptar diversas modalidades.

1. Debe haber compensación, cuando el cambio inicial desencadena retroalimentaciones negativas que tienden a disminuir el significado de la innovación normativa, haciéndola inconsecuente o eliminándola al completo mediante la contrarreforma.
2. Otra posibilidad es la sobrecompensación, cuando la resistencia movilizadada contra la innovación normativa es tan fuerte que los mecanismos de compensación sobreaccionan y «rebotan», no sólo conservando el status quo sino alterando, en último término, la estructura en dirección opuesta a la pretendida. Ésta es la resaca o «efecto boomerang» tan común, por ejemplo, en el caso de las reformas políticas radicales, muchas de las cuales tienen sus «terridores». «Los intentos de fortalecer una estructura institucional dada pueden liberar fuerzas que conduzcan, por el contrario, a su cambio; y también puede ocurrir lo opuesto» (Baumgartner *et al.* 1976: 216).
3. Otra posibilidad es el aislamiento del cambio, cuando la innovación inicial no genera mayores repercusiones. Es conservada, pero limitada al área de la estructura normativa en el que fue introducida originalmente, sin mayores consecuencias para otros segmentos de la sociedad. Éste es el caso de las costumbres locales o de los dialectos regionales limitados a comunidades aisladas.
4. Está el caso de la dispersión, cuando el cambio inicial conduce a la transfor-

mación azarosa de un número limitado de componentes distintos de la estructura normativa (algunas normas y valores singulares, instituciones, roles, etc.). Esto deja una huella caótica en la estructura normativa existente, modificándola de diversas maneras, pero preservando la totalidad de la estructura intacta. Hablando metafóricamente, es el cambio por parcheo. Piénsese, por ejemplo, en las numerosas reformas puntuales introducidas como respuesta a la crisis en las economías socialistas del este de Europa, que dejaban intactas las reglas básicas; o en la multiplicación de leyes que intentaban hacerse cargo de los problemas sociales emergentes de forma asistemática y oportunista.

5. Por último, está la oportunidad más importante, que podría denominarse la amplificación del cambio, basada en el funcionamiento de retroalimentaciones positivas o en «segundas cibernéticas» (Maruyama 1963). Aquí el cambio inicial desencadena una cadena de cambios posteriores en los otros componentes de la estructura normativa, conducentes a la multiplicación de las innovaciones normativas, el realce y la consecuencialidad de la original y en algunos casos la transformación total de la estructura. Esto acontece a menudo en el área de la tecnología; por ejemplo, las consecuencias que la invención del automóvil, el avión y los ordenadores han tenido para la vida humana. El dominio de la política proporciona otras ilustraciones adecuadas: recordemos lo que el nacimiento del sindicato independiente Solidaridad hizo por el sistema político polaco, o lo que la introducción de medios de comunicación relativamente libres y abiertos («glasnost») hizo por la sociedad soviética.

Podemos ver que incluso en este estadio el proceso de valor añadido no ha sido aún completado. El cambio normativo aún puede frenarse, como ocurre en los casos de la compensación y de la sobrecompensación. Pero una vez que la innovación se las ingenia para permanecer, tanto si aislada en su forma original o dispersa en forma caótica o amplificada y extendida a lo largo de la estructura normativa, lo que deviene crucial es su legitimación. Para persistir e influir la sociedad a largo plazo, las normas, valores e instituciones cambiadas han de adquirir un cierto grado de reconocimiento, aceptación o incluso apoyo activo por parte de los miembros de la sociedad. De otra forma su existencia será precaria. Cuando estructuras normativas recién establecidas carecen de legitimidad amplia y están respaldadas por la coacción y la amenazas de coacción por parte de las elites gobernantes o de los grupos de presión dominantes, generan un potencial explosivo de disidencia, contestación, oposición y rebelión. Tales innovaciones normativas no pueden durar, y su inevitable rechazo puede generar un nuevo ciclo de cambio normativo.

---

# Capítulo 18

## LOS GRANDES INDIVIDUOS COMO AGENTES DEL CAMBIO

### La historia como producto humano

El cambio social, incluidas las transformaciones históricas a gran escala, es conquista de actores humanos, es producto de sus acciones. No hay nada en la historia social que no sea un producto, voluntario o involuntario, de esfuerzos humanos. «Que la historia es hecha por hombres y mujeres ya no lo niega nadie excepto algunos teólogos y metafísicos místicos» (Hook 1955: xi).

Decir que la gente hace la historia no es decir mucho acerca de quién la hace de hecho, si todos los hombres y mujeres o sólo unos pocos; si todos en la misma medida o con consecuencias distintas; si todos en el mismo espacio o en diferentes dominios, de la misma forma o por distintos caminos. En suma, nos preguntamos:

- ¿Quién hace la historia?
- ¿Cuánta historia hace?
- ¿Qué historia hace?
- ¿Cómo la hace?

Para contestar estas preguntas hace falta distinguir los contextos en los que operan los actores humanos, los grados de influencia que sus acciones puedan tener en el curso de los cambios sociales, las áreas en las que se siente su impacto, y las formas en las que dejan su huella.

Al preguntar por quién hace la historia debemos ser conscientes de la diferencia básica entre actores individuales (gente que actúa) y agentes colectivos (colectividades, grupos de trabajo, movimientos sociales, asociaciones, partidos políticos, ejércitos, gobiernos, etc., actuantes). Nos ocuparemos de los agentes colectivos y de sus potencialidades para el cambio social en el capítulo 19, centrando nuestra atención ahora exclusivamente en los individuos. Entre los actores individuales observamos

tres tipos distintos. Un tipo está formado por la gente corriente en sus actividades normales, cotidianas. La mayor parte de lo que ocurre en sociedad consiste en gente trabajando y descansando, comiendo y durmiendo, viajando y paseando, hablando y escribiendo, riéndose y discutiendo, etc. Las masas de gente corriente modelan la materia última de la que está constituida la sociedad humana. Pero también hay actores excepcionales. Este segundo tipo está formado de ese tipo de individuos que, en virtud de cualidades personales excepcionales (conocimiento, competencia, talentos, habilidades, fuerza, astucia o incluso «carisma») actúan como representantes de otros, en su nombre o a favor de ellos (Dahrendorf 1979), o que manipulan o suprimen a los otros, incluso sin su consentimiento. Éstos incluyen a líderes, profetas, ideólogos, patriarcas, estadistas, dictadores, tiranos, etc. El tercer tipo consta de aquellos que ocupan posiciones excepcionales, lo que les concede prerrogativas especiales (al margen de excepcionales cualidades personales, que a veces poseen, aunque no a menudo). Sus roles les permiten demandar incluso acciones con consecuencias para otras personas, decidir su destino (en otras palabras realizar decisiones de obligado cumplimiento, e incluso ejercer «metapoder»; modelar las reglas que otros han de sufrir). Estamos pensando en gobernantes, legisladores, gestores, administradores, policías, etc.

Esta tipología de actores puede ser combinada o entrecruzada con otra dedicada a los modos de acción característicos. Si consideramos la forma que pueden tomar las acciones, parece haber un continuo. (1) En un polo encontramos las actividades cotidianas, con motivaciones e intenciones puramente egoístas y privadas. Inconscientemente, de forma inintencionada y a penas reconocida, cada una de ellas puede tener importantes efectos colaterales que afectan a otras personas o incluso a instituciones sociales más duraderas; todas ellas, en un todo agregado, tienen sin duda tales consecuencias sociales de largo alcance (por ejemplo, utilizar el lenguaje, evadir normas, inventar nuevas herramientas). (2) Si nos movemos a lo largo del continuo encontraremos acciones que se acometen en el contexto más amplio del comportamiento colectivo, una suerte de adición, una suma pobremente coordinada de acciones individuales, todavía huérfanas de una intención común, pero que debido a lo masivo, a su carácter de «reunión», son capaces de producir inmediatas e importantes consecuencias sociales. Las multitudes, los pánicos, las explosiones de hostilidad, las revueltas ilustran este fenómeno. (3) A continuación aparecen en la línea las acciones colectivas, también acometidas junto a otros, pero ahora de forma intencionada, por medio de intentos voluntarios y coordinados para alcanzar algún bien común para los participantes mismos o para la sociedad en su conjunto (por ejemplo, las peticiones, las manifestaciones públicas, las campañas, etc.). (4) Una categoría separada la constituyen las actividades empresariales, la organización, movilización, educación e indoctrinación de otros con el propósito de producir una acción del tipo deseado por su parte. (5) Por último están las acciones políticas, el ejercicio del poder (o la lucha por el poder con el propósito de ejercerlo con posterioridad); ordenar, manipular, legislar, codificar (y también conspirar, hacer campaña, concurrir a las elecciones, etc.).

Hay mucho que decir sobre la forma que pueden tomar las acciones. Si nos dirigimos ahora al contenido o al objetivo de las acciones acometidas por los actores individuales, puede añadirse una tipología más. Algunas acciones están dirigidas directamente a las estructuras; las producen, las cambian o las apoyan. Constituyen la primera categoría de nuestra tipología: la construcción de estructuras propiamente.

Éstas son de distintos tipos. Cuando se imponen nuevas normas, cuando se inventan nuevas ideas, cuando comienzan nuevas interacciones, cuando se forman nuevas jerarquías de desigualdades, somos testigos de la verdadera morfogénesis. Cuando las normas son cambiadas, las ideas reformuladas, los canales interaccionales alterados, las oportunidades redistribuidas, se produce el cambio estructural. Cuando todo lo que pasa es que las normas son hechas cumplir, las ideas apoyadas, las líneas de interacción sostenidas y las desigualdades petrificadas, estas acciones producen continuidad estructural. La construcción de estructuras en estas formas diversas no agota todos los tipos de acción. Éstos comprenden también el dirigido a otros agentes en lugar de a las estructuras. Aquí encontramos la socialización, la educación, la indocctrinación, la movilización, la organización, la coordinación, etc. Modelando, dando forma o subrayando las disposiciones de los agentes o sus capacidades, tales acciones pueden influir también indirectamente a las estructuras, contribuyendo al cambio social. Por último, nos encontramos con acciones dirigidas al medio ambiente, orientadas hacia objetos, tanto a la naturaleza como a lo que ya es «naturaleza humanizada», esto es, la civilización. El trabajo es el ejemplo paradigmático de esta última categoría.

Como hemos visto, hay distintas formas en las que «la gente hace la historia». Por tanto ha de formularse la segunda pregunta fundamental: ¿Cuánta historia hace? ¿Es su contribución igual o variada? Es obvio que disponemos de un espectro enormemente amplio de casos, desde las acciones de la gente corriente en sus rutinas cotidianas hasta las extraordinarias hazañas de los grandes líderes. Es comprensible que las últimas resulten más llamativas y que hayan recibido una atención mucho mayor desde el inicio del estudio sistemático del cambio social. Continuaremos esa tradición. Por tanto, sin ignorar o denigrar el papel de la gente corriente, individualmente minúscula pero decisiva en su agregado para el curso del cambio, nos concentraremos en el papel de los grandes individuos, cuya huella al modelar la historia ha sido incomparablemente mayor y mucho más directa.

Sin duda, hay diversos grados y matices de «grandeza». Incluso si esquivamos las evaluaciones morales y tomamos en cuenta tan sólo la medida de influencia objetiva, la categoría aún será bastante heterogénea. Tómese el factor tiempo. En un polo están los que han dejado, para bien o para mal, una huella duradera sobre siglos de historia humana: Jesús y Buda, César y Napoleón, Stalin y Hitler, Copérnico y Edison. En el otro polo están los modernos marcadores de tendencias, los líderes de estilos y modas, caprichos y manías, que pueden adquirir un enorme seguimiento y en algunos terrenos incluso ser capaces de cambiar los modelos de vida de grandes masas de personas, pero sólo temporalmente, para ser pronto reemplazados por otros: Elvis Presley y los Beatles, Madonna y Prince, Pierre Cardin y Gianni Versace. El grado de influencia también puede variar en el espacio. Están aquellos que sólo tienen un seguimiento local, o que dejan su huella sobre comunidades limitadas o como mucho países singulares, y están aquellos cuyos seguidores o cuyo impacto es verdaderamente global. Compárese a Pol Pot y Lenin, a Pinochet y a Hitler. Por último, la influencia varía a medida que cambia su objeto. Aquí viene nuestra tercera pregunta: ¿Qué historia hacen? En un polo están los líderes de acción: generales, políticos, dictadores. En el otro, están los líderes del pensamiento: profetas, sabios, filósofos, estudiosos, intelectuales. Y por supuesto, a lo largo de estos tres ejes, hay una variedad ex-

trema de casos concretos, distintos en su extensión temporal, su alcance espacial y su área de influencia.

Por tanto, ha de considerarse nuestra última pregunta: ¿Cómo hacen historia? Tal huella es dejada tanto de forma inconsciente como consciente. Las consecuencias objetivas y las intenciones subjetivas no siempre coinciden necesariamente. Copérnico no imaginó, desde luego, que sus descubrimientos astronómicos revolucionarían el pensamiento científico, el religioso e incluso el sentido común durante los siglos venideros. James Watt no pretendía ni anticipaba los dramáticos cambios que se producirían en la entera civilización humana tras su invención de la máquina de vapor. Niels Borh no vislumbró que sus descubrimientos en el esotérico campo de las partículas atómicas animaría el desarrollo de las armas nucleares, que alterarían dramáticamente el equilibrio militar y la historia política del mundo tras la Segunda Guerra Mundial. Estos héroes del pensamiento no sólo no se consideraban a sí mismos como «constructores de la historia», aun cuando sus ideas dieron por resultado vastos cambios históricos. Los héroes de la acción también pueden caer en esta categoría. Alejandro Magno fue completamente inconsciente de que su victoria sobre los persas pudo salvar a la civilización occidental durante el siguiente milenio. Cristóbal Colón, desde luego, no pudo soñar que había decubierto el territorio de una futura superpotencia, destinada a dominar la historia mundial. Hicieron, simplemente, su trabajo, guerrearando o navegando, ignorantes del hecho de que estaban desencadenando procesos de alcance histórico-mundial. A veces actuaban por puros impulsos morales o emocionales —sin ningún fin claramente definido. Rosa Parks, la mujer negra de Montgomery, Alabama, que rechazó sentarse en la parte segregada de un autobús público, no sabía que estaba encendiendo el gigantesco movimiento de derechos civiles que cambiaría el rostro de América en los años siguientes.

Por otra parte, por supuesto, están los que se ven de forma consciente en grandes papeles históricos, con la ambición de cambiar el mundo. Napoleón y Marx, Robespierre y Lenin, Gorbachev y Reagan son sólo unos ejemplos. En su caso, la distinción de intenciones subjetivas y consecuencias objetivas todavía es válida. A menudo no coinciden. La ironía de la historia juega malas pasadas a los reformistas y a los revolucionarios más ambiciosos. Algunos producen duraderos resultados históricos pero diferentes, e incluso contrarios, a los que ellos pretendieron. Como observó Karl Popper, la mayor parte de las revoluciones producen consecuencias contrarias a las soñadas por los revolucionarios. En general: «Incluso aquellas (instituciones y tradiciones) que surgen como resultado de acciones humanas conscientes e intencionales son, por regla, productos colaterales indirectos, inintencionados y a menudo indeseados de esas acciones» (Popper 1950: 286). Las preocupaciones profundamente morales, románticas y humanitarias de Karl Marx degeneraron en uno de los sistemas políticos más opresivos e inhumanos de la historia mundial. Aquí las buenas intenciones escaparon claramente a su creador y condujeron a las consecuencias más viciosas. También puede ocurrir todo lo contrario. En la historia más reciente, todas las evidencias indican que Mijaíl Gorbachev, al iniciar su política de *glasnost* y *perestroika* intentaba salvar el decrepito sistema comunista en lugar de presidir su colapso total. Sus intenciones, lejos de ser revolucionarias, dieron como consecuencia una de las transformaciones políticas más profundas de los tiempos modernos. Por tanto su puesto en el libro de la historia está garantizado no tanto por lo que trataba de obtener

como por el papel objetivo que jugó. Sólo excepcionalmente los grandes hombres o los políticos son capaces de lograr los fines históricos que se fijan a sí mismos. Si lo hacen alguna vez, se da más el caso entre los que emprenden pequeñas reformas puntuales que en los que intentan grandes proyectos de reconstrucción global (Popper 1964).

### Teorías en competencia

La reflexión filosófica o sociológica sistemática sobre los grandes individuos en la historia se ha movido con oscilaciones entre dos orientaciones opuestas: el determinismo heroico y el determinismo social. Inevitablemente también apareció la posición de la vía intermedia, que intentaba combinar las percepciones valiosas de ambas doctrinas extremas. A ésta se le denominará el enfoque evolutivo-adaptativo.

La doctrina del determinismo heroico está enraizada en la concepción más general del individualismo y el voluntarismo. Todo lo que hay en la historia, afirma, es consecuencia de las acciones individuales (individualismo), la historia es infinitamente maleable, y responde a esfuerzos individuales (voluntarismo). En otras palabras, sólo los individuos pueden influir la historia, y la historia es completamente influible. Entre los individuos, se afirma, son los grandes individuos los que tienen mayor relevancia, son los que dan cuenta de la mayoría del cambio histórico.

La formulación clásica de esta posición aparece en la obra del historiador y filósofo escocés Thomas Carlyle (1795-1881). Es rotundo: «En todas las épocas de la historia del mundo, encontramos al gran hombre salvador indispensable de su época: la chispa sin la cual el combustible nunca se habría encendido. La historia del mundo ...es la biografía de los grandes hombres» (1963: 17), «La historia universal, la historia de lo logrado por los hombres en este mundo, es en último término la historia de los grandes hombres que aquí trabajaron» (p.1). De forma más específica:

Estos grandes eran los líderes de los hombres; los modeladores, los patrones y en sentido amplio los creadores de todo aquello que la masa general ha contribuido a hacer o lograr; todo aquello que contemplamos ya conseguido en el mundo es propiamente el resultado material exterior, la realización práctica y la encarnación, de pensamientos que moraban en los grandes hombres y que éstos enviaron al mundo: el alma de la entera historia del mundo, considerada con justicia, es la historia de éstos (p.1).

La marca particular de la grandeza es el poder intelectual para comprender la realidad y la habilidad para actuar apropiadamente. Hay individuos excepcionales que son «intuitivamente conscientes de la idea divina que hay tras las apariencias; y que tienen intimidad con el significado de los procesos universales en curso que se esconden tras las prosaicas cortinas de la existencia» (L.Young 1939: 81). La medida última de la grandeza radica en las obras. «No hay duda de que Carlyle valoraba más al héroe como hombre de acción que como hombre de pensamiento» (L.Young 1939: 84). La contribución de los grandes individuos encuentra reciprocidad en las respuestas de la sociedad en su conjunto. Carlyle creía que los héroes inducían sentimientos de lealtad, reverencia, obediencia y devoción en las masas de seguidores: «Todos amamos a

los grandes hombres; amor, veneración y reverencia sumisa ante los grandes hombres» (Carlyle 1963: 19). Esto proporciona el lazo social más importante: «¿Y en lo que, por tanto, hace propiamente a la lealtad, el aliento de toda sociedad, no es un efluvio del culto a los héroes, de la sumisa admiración por lo verdaderamente grande? La sociedad está fundada en el culto a los héroes» (p.15). Carlyle nos proporciona un análisis metódico de los distintos tipos de héroes: aquellos identificados con dioses (los profetas y los sacerdotes), a continuación los poetas, los escritores, los gobernantes y los artistas: Mahoma, Dante, Shakespeare, Lutero, Cromwell, Napoleón y otros.

Una posición parecida, e incluso más radical, es la adoptada por uno de los primeros seguidores de Carlyle, el historiador Frederick Adams Wood. Él se concentra en una sola categoría de héroes, los reyes, y argumenta su importancia crucial para la historia europea. El estudio de 386 monarcas soberanos le lleva a la conclusión de que los monarcas fuertes, mediocres y débiles reinaban en períodos fuertes, mediocres y débiles de las historias nacionales respectivamente en aproximadamente el setenta por ciento de los casos. Tal correlación es tomada como prueba de que «las tareas del mundo han sido iniciadas y dirigidas por muy pocos grandes hombres» (1913, citado en Hook 1955: 51). De forma implícita, la doctrina del determinismo heroico se ha convertido en un canon para los manuales de historiografía, cuyos componentes son los césares, los alejandros, los napoleones, cromwells, robespierrres, hitlers, stalins y otros iconos.

El mayor desafío y dificultad para los proponentes de esta doctrina radica en la referencia al contexto histórico, a las circunstancias sociales, a las situaciones concretas en las que actúan los individuos. Tal consideración muestra invariablemente que, al margen de su grandeza personal, siempre han estado constreñidos, limitados en aquello que podían lograr. Está claro que no puede hacerse cualquier cosa en la sociedad humana, que hay barreras a la voluntad humana, incluso cuando se trata de la voluntad de los héroes. Por tanto, por su capacidad constrictora, han de considerarse otros factores, externos a los individuos actuantes, en el análisis de la construcción de la historia.

Hay una forma de contrarrestar esta acusación abierta a los defensores dogmáticos del determinismo heroico: afirmar que las condiciones que constriñen a los héroes son meramente el legado de grandes individuos que vivieron con anterioridad, que han dejado el mundo modelado por medio de sus actos. Con esta corrección temporal, se afirma, parece confirmado el papel exclusivo de los individuos. Pero tal «determinismo genético heroico» se acerca peligrosamente a la regresión infinita y al pensamiento tautológico.

La doctrina del determinismo social está fundada en presupuestos opuestos y hace afirmaciones opuestas. Está enraizada en algún tipo de «historicismo» y enfatiza el curso predeterminado de la historia conducido por fuerzas inmanentes y aislado de todo impacto de los individuos humanos, incluidos los grandes héroes. Reina el fatalismo, nada puede hacerse realmente referido a los cambios en curso, necesarios e irreversibles, y las únicas acciones efectivas son aquellas que coinciden con las tendencias históricas inmanentes, capaces como mucho de desencadenarlas o de acelerarlas. Así los individuos son fragmentos sacudidos por oleadas históricas, irrelevantes o como mucho portadores de procesos históricos, encarnaciones de la historia, de sus necesi-

dades, de sus direcciones y de sus fines. Es la época la que hace nacer grandes individuos.

Al margen de esto, las necesidades históricas pueden ser reconocidas conscientemente de varias maneras, pueden ser anticipadas y percibidas con mayor o menor corrección. La gente es más o menos perceptiva, más o menos sensible a las corrientes en curso, más o menos imaginativa a la hora de entrever el futuro. En todos estos aspectos difieren los individuos. Aquellos con más éxito en la comprensión de las tendencias necesarias de su tiempo lograrán un nivel más alto pues se adaptarán mejor y actuarán con mayor eficacia. Se convertirán en grandes individuos, y su grandeza radicarán en su superior habilidad para leer y reconocer las necesidades históricas y actuar en concordancia, deslizándose por la cresta de la ola histórica.

Existen dos variantes de dicho razonamiento. Una es idealista, representada mejor que nadie por Hegel, para quien «la historia del mundo no es otra cosa sino el desarrollo de la idea de libertad» (1956: 456). El despliegue necesario del Espíritu se refleja en los hechos históricos. Las grandes personas son capaces de encarnar mejor el espíritu, de acompañar su paso al curso necesario de la historia. Son «hombres que piensan y perciben lo que los tiempos exigen: lo que está maduro para desarrollarse» (citado en Hook 1955: 63).

La otra variante es materialista y quien mejor la representa es el llamado «materialismo histórico» propuesto por Marx en su última época, y elaborado por distintos marxistas ortodoxos (Kautsky, Plejanov, Stalin). Para ellos —como hemos mostrado en el capítulo 11— las necesidades de «hierro» del desarrollo histórico están enraizadas en la economía y en la emergencia de las clases con sus intereses en conflicto. Los grandes individuos son aquellos capaces de aprehender y representar los intereses de clase de forma adecuada. Entonces se convierten en «comadronas» de la historia, guiando a los movimientos de clase encarnación de los intereses de clase.

La principal dificultad para los proponentes del determinismo social es la observación de que algunos grandes individuos sin duda han cambiado el curso y la velocidad de la historia. ¿Qué habría ocurrido sin su presencia en el escenario histórico? ¿Habría sido la historia europea la misma si una bala perdida hubiera acabado con Napoleón en el puente de Lodi al inicio de su carrera? ¿Habría seguido la historia el mismo curso si Lenin hubiera sido arrestado en su viaje de tren desde Suiza a Rusia y no hubiera podido dirigir la revolución soviética? ¿Se habría producido el colapso del comunismo en 1989 si Gorbachev no hubiera desmantelado el consolidado imperio soviético? Hay numerosas cuestiones contrafácticas que pueden ser válidamente planteadas. Si se hace el experimento mental, las respuestas son negativas: no, la historia no habría sido la misma sin estos grandes individuos. Hay una diferencia radical.

Hay una estrategia defensiva al alcance de los deterministas sociales dogmáticos. Podrían decir que las grandes personas son producto de los tiempos históricos; tales individuos satisfacen, simplemente, las necesidades de la época. Esas necesidades son definidas como necesarias y han de ser satisfechas por alguien, pero no hay inevitabilidad en la ascendencia de cualquier individuo concreto a su papel histórico. Los individuos concretos son prescindibles; si uno falta, otro ocupará ese mismo papel histórico en último término históricamente necesario. ¿Qué hay de esos casos numerosos en los que líderes claramente importantes desaparecen, desaparecen al margen de la apremiante necesidad histórica? Parece que no hay nada incorrecto con este argu-

mento salvo que no hay forma concebible de ponerlo a prueba; está vacío empíricamente puesto que toda evidencia posible se ajusta. Por tanto, la defensa tiene un sospechoso tufillo *ad hoc*. Fue ridiculizada por Carlyle: «¿Lo exigen los tiempos? Hemos conocido tiempos que pedían a gritos grandes hombres; ¡y no los hallaron cuando los llamaron! No estaban allí; la providencia no los mandó; el tiempo, gritando todo lo que podía, se sumió en la confusión y el naufragio porque no vinieron cuando fueron llamados» (1963: 16).

A la vista de la debilidad inherente de ambos enfoques, aunque ambos transmiten algunas ideas importantes, la posición intermedia, sintética, parece más razonable. Podría denominársela «adaptativa evolutiva» porque hace referencia a las ideas de mutación fortuita y selección natural. El enfoque, quizás mejor articulado que nadie por los estudiosos del genio en la ciencia, Alfred Kroeber (1952) y Robert Merton (1973: 366-70), puede generalizarse y extenderse a otros dominios más allá de la sociología de la ciencia. Su principal valor es el espacio que concede al importante papel causal de la interacción mutua entre grandes individuos y contextos sociales. El argumento está sostenido por dos principios. El principio de la variación afirma el factor fortuito de la eminencia (talentos, habilidades, recursos, genio) que aparecen en determinada proporción en toda población. Hay siempre un depósito de individuos excepcionales resultado de una especie de accidente genético. Como dijo H. Poincaré (1854-1912) hace mucho tiempo: «la mayor suerte posible es el nacimiento de un gran hombre» (citado en Hook 1955: 228). Incluso Carlyle reconoció que la aparición indeterminada del genio, interpretada en su caso como un regalo de Dios es «el más precioso regalo que el Cielo puede dar a la tierra: un hombre de “genio” como le denominamos; el alma de un hombre enviado directamente desde los cielos con un mensaje de Dios para nosotros» (1963: 56).

Entonces empieza a operar el segundo principio, el principio de selección. La gente eminente ha de dar con un «terreno fértil» para sus ideas, innovaciones y acciones. Han de satisfacer alguna demanda social existente y desarrollada con independencia en las necesidades, expectativas y aspiraciones de la población. Si lo hacen, su eminencia será reconocida, y compensada, entre otras recompensas, con su capacidad cada vez mayor para influir y guiar a la gente, y de esta forma realizar el cambio social y el cambio en el curso de la historia. Son influyentes porque son seguidos por otros. En este caso no cumplen los veredictos de la historia sino que realmente pueden modelar la historia, en tanto son capaces de persuadir o coaccionar a otros para que les sigan. Pueden ser ignorados o derrotados, abandonados u olvidados. No se seguirán consecuencias históricas de sus acciones y no jugarán papel histórico alguno si no cumplen con las circunstancias sociales. No hay grandeza en la sociedad humana excepto grandeza socioindividual, la feliz coincidencia de los factores sociales y individuales.

Si uno acepta esta posición teórica, hay dos problemas concretos de los que ocuparse: (1) ¿Cómo opera la interrelación de los factores sociales e individuales en el proceso de adquirir grandeza, de convertirse en un héroe? (2) ¿Cómo se manifiesta esta interrelación de factores sociales e individuales en el ser un héroe, en el proceso de cambio social y en la historia que está siendo influida por el gran individuo?

## Convertirse en héroe

La gente nace con determinados talentos, y algunos encuentran un medio de socialización propicio que abre y desarrolla esos talentos, pero el momento crucial viene después, cuando la sociedad reconoce o ignora su pretensión de eminencia. Para convertirse en un líder uno ha de tener seguidores. Para que uno se convierta en profeta tiene que haber creyentes. Para convertirse en un famoso escritor ha de haber lectores. Para convertirse en un gran pianista ha de haber auditorios. Para que uno cuente en la sociedad, la grandeza ha de ser pública y no privada. Es aquí donde operan los mecanismos sociales selectivos, elevando a algunos individuos al estatus de héroes y negando tal estatus a muchos otros.

Hay cuatro pruebas que indican la importancia de este aspecto social de la grandeza.

1. Hay numerosos casos de individuos excepcionales (innovadores, artistas, investigadores, escritores) que adquirieron reconocimiento sólo póstumamente o, lo que es peor, que sus logros fueron atribuidos a autores posteriores. Tales hombres y mujeres no encajaban, sin duda, con sus tiempos, las condiciones sociales no estaban maduras para su impacto, la receptividad necesaria para sus ideas no existía, anticiparon una edad futura que aún no había llegado. Los ejemplos son numerosos. En ciencia aquellos cuya verdadera influencia sólo llegó tras su muerte incluyen a Galileo, Cavendish, Gauss, Galois, Fleck y muchos otros. En pintura están los casos famosos de Van Gogh, Toulouse-Lautrec y Modigliani, muertos en la miseria y desconocidos por sus contemporáneos y sólo aclamados y honrados décadas después, y en música destino parecido fue el seguido por Musorgski y Bartók.
2. El segundo argumento es en cierto sentido el contrario. Muestra cómo el contexto social maduro no sólo reconoce los logros sino que los anima e induce. Los mejores ejemplos vienen de la ciencia, donde encontramos el fenómeno ampliamente reseñado de múltiples descubrimientos independientes (Merton 1973: 343-82) aparecidos en períodos en los que las comunidades científicas estaban en cierta manera preparadas para rupturas en determinados campos. Son los ejemplos famosos del cálculo (Newton y Leibniz), el nitrógeno (Rutherford y Scheele), el telégrafo (Henry, Morse, Steinheil, Wheatstone, Cooke), la fotografía (Daguerre, Niepce, Talbot), el planeta Neptuno (Adams y Leverrier), el fonógrafo (Cros y Edison). El alcance de tales «multiplicaciones» parece incrementarse a medida que avanzamos en la época de la ciencia moderna. No hace muchos años una ruptura importante en la física de superconductores fue informada casi simultáneamente por más de veinte investigadores que trabajaban independientemente. Comentando tales casos G. y J. Lenski dijeron: «Aunque no negamos la habilidad de los individuos implicados, sugerimos que pocos de aquellos que han contribuido al avance del conocimiento fueron indispensables» (1974: 93). Más bien fue la situación general de una disciplina académica en su totalidad la que llegó a estar madura para determinados tipos de descubrimientos e invenciones. Un posible mecanismo responsable de esto pudiera ser, por decirlo de forma metafórica, una especie

de foco de luz sobre determinadas áreas de investigación en las que se comunican de forma casi inmediata descubrimientos importantes, se vuelven públicos, son reconocidos y dan fama a sus autores. El contexto preselecciona a aquellos que serán grandes.

3. La siguiente prueba se encuentra en el hecho histórico de que hay épocas enteras de florecimiento de la creatividad, de la innovación, de la originalidad, a veces llamadas «edades de oro». Grecia en el siglo v antes de Cristo, la civilización Maya, el Renacimiento italiano en el siglo xv y el Renacimiento francés en el siglo xvi podrían servir como ilustraciones. ¿Por qué allí en ese preciso momento? Es contrario a cualquier principio conocido de la naturaleza suponer que tanta gente de genio naciera en esas épocas y países. La única explicación es el contexto social conducente al florecimiento de logros humanos.
4. El último argumento hace referencia a la representación notablemente desigual de los grandes individuos en ambos sexos, en las distintas razas y en las comunidades étnicas. En el caso del género: en la vida pública de la mayoría de las comunidades conocidas, los líderes políticos, los monarcas, los presidentes y los héroes militares han sido predominantemente, si no exclusivamente, varones. Los indicadores de fama intelectual y artística están también fuertemente inclinados del lado de los varones. Si se ojea la lista de ganadores del premio Nobel, el *súmmum* del reconocimiento, hay ochenta y seis varones y sólo siete mujeres en literatura, noventa y siete hombres y sólo cuatro mujeres en química. De nuevo no se dispone de pruebas que apoyen la afirmación de que haya algún tipo de superioridad innata o genética en los hombres con respecto a la creatividad o a la innovación. La única explicación es el prejuicio y la discriminación socialmente enquistados respecto al igual acceso a los recursos necesarios para el desarrollo (preparación, medios, tiempo disponible, etc.) y la atención desigualmente distribuida a los casos de éxito real (acceso a la publicación, controles al acceso a la opinión pública, conocimiento público etc.). Parecidos ejemplos podrían mostrarse con facilidad en lo relativo a las minorías raciales y étnicas. Aquí lo que está claramente en funcionamiento es la selección social negativa, que priva a miembros de determinadas categorías de género, a determinados grupos raciales y étnicos del reconocimiento equitativo de sus logros y evita que entren en el panteón de los héroes.

En el proceso de la selección social se tienen en cuenta distintos criterios de eminencia. Éstos proporcionan los avales de un nivel social extraordinario, único o, en otras palabras, legitimaciones de la grandeza. Tales factores legitimantes se institucionalizan, convirtiéndose en normas y reglas para decidir quién merece reconocimiento. Las bases de la legitimidad varían mucho, dependiendo del campo de logro.

En el terreno de la religión, la política y la guerra que nutren a la mayoría de los héroes con estatura histórica, el criterio primero y más general fue el del carisma personal. Tal como lo define Edward Shils,

El carisma es la cualidad imputada a las personas, a las acciones, a los roles, a las instituciones, a los símbolos y a los objetos materiales debido a una presunta conexión con poderes «últimos», «fundamentales», «vitales» determinantes del orden. Esta presunta conexión con los ele-

mentos en último término «serios» del universo y de la vida humana es vista como una cualidad o como una forma de ser, que se manifiesta en la resistencia o en la degradación y en las acciones de las personas individuales; también se ve como algo inherente a determinados roles y comunidades (Shils 1968: 386).

Esta cualidad se cree que es de origen sobrenatural, un signo de la gracia divina, una elección o una vocación, una predestinación para las hazañas extraordinarias mediante la concesión de talentos y poderes inusuales. El carisma puede experimentarse subjetivamente, intensamente, por sus portadores, dándoles una sensación de fuerza sin igual, de tenacidad y de vocación. También puede ser percibido por otros que lo reconocen o que se lo adscriben a otras personas. Tanto la autoadscripción como la adscripción social del carisma se refuerzan mutuamente y sólo juntas alumbran las personalidades verdaderamente carismáticas. Tal como las definió Shils: «Sólo a aquellas personas que poseen un intenso sentimiento subjetivo de su propia cualidad carismática y que les ha sido imputada por otros, las denominaremos personas carismáticas» (1968: 386). Si lo último falta, asistiremos como mucho a la usurpación del carisma sin mayores consecuencias sociales. Si falta lo primero, tendremos un caso de simulación, de carisma inventado socialmente, que elevará a la fama y a la influencia a mediocres.

La noción de carisma, presente desde la antigüedad en contextos religiosos, fue retomada y elaborada teóricamente por Max Weber. Se ocupó de ella como uno de los tres fundamentos del poder legítimo o de la influencia que determinadas personas pueden tener sobre otras en el terreno político, militar, religioso e intelectual (las bases alternativas de la legitimidad son la legal racional y la tradicional). La autoridad carismática se encuentra en las personalidades creativas, innovadoras y de recursos —líderes, profetas, guerreros, sabios— reconocidos como tales por sus seguidores voluntarios o por sus súbditos. Era vista como dotada del más poderoso potencial dinámico e implicaba, por tanto, el cambio social. Para Weber, «la autoridad carismática es por necesidad revolucionaria» (Shils 1968: 387). Mientras que las autoridades tradicionales y las autoridades legal-racionales tienen proclividad hacia la conducta rutinaria o hacia las acciones conformistas (implementando formas de vida establecidas o siguiendo principios normativos, en los que encuentran justificación de su estatus), las autoridades carismáticas, al tomar su legitimidad de fuerzas superiores al margen de las instituciones sociales existentes, no están constreñidas en su lucha por plasmar una huella personal en los procesos históricos. Están dispuestas a romper el orden establecido y a crear un nuevo orden en su lugar. «Las personas carismáticas, y aquellos que responden a las personas carismáticas, aspiran a transformaciones más amplias. Buscan romper con las estructuras de las acciones rutinarias y reemplazarlas por estructuras que estén «insufladas» de aquellas cualidades o estados mentales generados por el inmediato e intenso contacto con lo «último» —con los poderes que guían y determinan la vida humana» (Shils 1968: 387).

La persona carismática desarrolla estilos de acción y rasgos de personalidad característicos, que ayudan a reforzar su imagen de enviados de Dios, de encarnaciones del destino, de heraldos de la historia, de caudillos del pueblo, etc.:

Son muy exigentes y autocráticos, dictan líneas de acción para sus seguidores y castigan la insubordinación.

Mantienen la distancia con sus seguidores, sus discípulos y sus capitanes, y lo enfatizan mediante diversos accesorios (vestidos muy formales o uniformes, formas especiales de dirigirse a ellos, tarimas muy altas para pronunciar sus discursos, grandes salas de audiencia o despachos).

Acometen acciones extraordinarias dirigidas a demostrar sus poderes especiales (milagros para los santos, Mao nadando en el río Yangtzé). Son muy dogmáticos, fanáticos devotos de los proyectos por ellos ideados e intolerantes ante la crítica. Se aíslan efectivamente de los cambios desfavorables en la opinión pública estableciendo un círculo de adeptos fanáticos, de devotos y sicofantes que generan el fenómeno de «pensamiento de grupo» (convicción de la invulnerabilidad, omnipotencia, sagacidad y justificación).

El significado de la legitimación carismática de la autoridad es más grande en los períodos de crisis social, cuando las formas establecidas de vida, las reglas y leyes son socavadas, las elites gobernantes desacreditadas y las tradiciones rechazadas. Entonces, la única fuente aceptable de autoridad ha de buscarse fuera del orden existente. Esto es precisamente lo que es el carisma, que por definición surge de fuentes sobrenaturales. En tales períodos se aviva la receptividad y la sensibilidad del carisma por parte de las masas. Esto acontece porque los líderes carismáticos satisfacen al menos tres necesidades psicológicas que devienen apremiantes en las condiciones de crisis:

La necesidad de seguridad, que encuentra salida en la figura paternal que toma los problemas en sus manos. Esto fue observado por Carlyle, que afirmó que el servicio más importante de los reyes es «mandar sobre nosotros, para proporcionarnos constante enseñanza práctica, para decirnos cada día y cada hora lo que tenemos que hacer» (1963: 257).

La tendencia a buscar compensación indirecta por el fracaso personal, por la inadaptación o por la pobreza por identificación con un gran héroe, enorgulleciéndonos de sus acciones —lo que un psicólogo social contemporáneo llama «la heroización *per procura*» (Marody 1987: 92).

La necesidad de evitar la responsabilidad y el compromiso personal en condiciones de mucha incertidumbre («anómicas»), delegándola en un líder fuerte. Esto ha sido enfatizado por Erich Fromm, que encuentra en esta actitud una de las causas psicológicas del fascismo (Fromm 1941).

En situaciones más estables otras bases de la autoridad se vuelven más importantes: la legal-racional, que descansa en la jerarquía establecida de cargos más que en los rasgos de sus incumbentes individuales, o la tradicional, fundada en las costumbres antiguas y constantes de la comunidad. La significación de los agentes investidos con estos tipos de autoridad para implementar los cambios radicales será naturalmente menor que la de aquellos dotados de carisma. Nos hemos demorado bastante en la cuestión del carisma porque, en la arena política, es el rasgo adscrito con mayor frecuencia a los que «hacen la historia», a aquellos agentes de mayor significación en el cambio social y a los que conocemos por los libros de historia. En campos distintos de la política y la religión, se pueden encontrar distintos criterios de eminencia. En la ciencia, el conocimiento está institucionalizado como criterio fundamental, tanto en

el sentido de competencia (erudición, experimentación) como en el de creatividad (innovación). El ethos de la ciencia reconoce a aquellos que dominan el conocimiento existente y que incluso lo enriquecen. En las artes, la perfección de ejecución y la originalidad (imaginación) de la forma y el contenido son decisivos. En tecnología, la eficiencia y la utilidad (aplicabilidad) son las marcas de la excelencia.

### Ser un héroe

Al margen de las formas a través de las cuales se obtiene el estatuto de héroe, y al margen de los criterios de legitimación que se apliquen, desde el momento en que tal persona es reconocida socialmente se abren vastas oportunidades para que inicie e influya el cambio social. Pero antes de que una persona potencialmente poderosa e influyente pueda realmente dejar una huella en el proceso histórico, han de satisfacerse otras condiciones.

1. La situación social (política, económica) ha de ser tal que las decisiones singulares puedan ser decisivas para el curso futuro de los procesos. Esto ocurre cuando el campo de las alternativas históricas es relativamente extenso y cada uno de los escenarios posibles está «sin determinar», no está prejuzgado por estadios anteriores del proceso. «La existencia de alternativas posibles de desarrollo en una situación histórica es el presupuesto de acción heroica significativa» (Hook 1955: 114). En tales «puntos de bifurcación», factores nimios producen consecuencias desproporcionadamente significativas, y la historia del mundo pende de detalles triviales. Entre estos factores menores que, por decirlo de alguna manera, «inclinan la balanza», las decisiones singulares, las elecciones acometidas por la persona individual pueden adquirir un peso enorme, empujando los procesos en una dirección no fácil de invertir. Tales condiciones acontecen en períodos de desestabilización social, de desorganización, de turbulencia prerrevolucionaria, de rupturas posbélicas etc. «Durante un período de guerras y revoluciones, el destino de las gentes parece pender visiblemente de lo que una persona, quizá unas pocas, decidan» (Hook 1955: 3). Para tener la posibilidad de un papel verdaderamente histórico un gran individuo ha de encontrarse en tal período histórico, ha de vivir un tiempo excepcional. En este sentido los héroes son alimentados por los tiempos heroicos.
2. Un individuo eminente ha de estar realmente en posición de tomar decisiones que tengan autoridad —en otras palabras, ha de ejercer realmente las prerrogativas del poder o la influencia cuando se presente la ocasión para la acción con consecuencias históricas. El mejor comandante hará poco si está arrestado; el político más eminente no hará mucho si es destituido. Afirmamos que para jugar un papel histórico, un gran individuo no sólo ha de vivir en el tiempo adecuado, sino en el sitio correcto. En este sentido los héroes son alimentados por localizaciones heroicas.
3. El cambio verdaderamente histórico tan sólo acontece cuando están invitadas gran cantidad de personas. Ningún persona puede cambiar la historia sólo con

sus manos. Para ser efectivo históricamente, un gran individuo ha de ser capaz de movilizar a otras personas para la acción, movilizarlas o coaccionarlas, dirigir las con su ejemplo, atemorizarlas por la fuerza de su carácter, convencerlas mediante ideas, levantarlas por la emoción —en suma, tirar de ellas o empujarlas sacándolas de la rutina y el estancamiento. Muchos han de estar a mano cuando se toman las decisiones históricamente importantes; debe existir un depósito disponible potencialmente de seguidores obedientes o entusiastas. El comandante ha de tener un ejército, el líder revolucionario una multitud disgustada, el profeta creyentes en espera de la buena nueva, el presidente ciudadanos obedientes y respetuosos de la ley. Por tanto, un requisito fundamental para el ejercicio del papel de héroe, para realizar cambio social significativo, es la existencia de abundantes recursos humanos maduros para la movilización.

### **Se afecta la historia**

Por diversas vías, en distintas medidas, para bien o para mal, los grandes individuos realizan cambios sociales y transforman los procesos históricos. Es principalmente por tal razón por lo que con posterioridad son definidos socialmente como «grandes».

Su papel histórico toma dos formas. Sydney Hook distingue entre «individuos eventuales» y «individuos que producen eventos». Los primeros son grandes en virtud de lo que hicieron. No porque ellos poseyeran un nivel extraordinario de sabiduría, imaginación o integridad moral, «tropezaron con la grandeza», estaban en el sitio correcto en el momento oportuno y tomaron la decisión adecuada. Hicieron buen uso de las oportunidades que se les presentaron, y las consecuencias históricas vinieron solas, y les fueron atribuidas correctamente a sus actos. «El hombre eventual es una criatura de los hechos en el sentido de que por una feliz o infeliz conjunción de circunstancias se encuentra en una posición en la que la acción o la abstención de la acción es decisiva en una cuestión importante» (Hook 1955: 163). Muy a menudo tales personas son inicialmente desconocedoras de la significación histórica de sus acciones.

El caso opuesto es el de «los individuos productores de eventos». Éstos son grandes en virtud de quienes son. Representan extraordinarias cualidades de espíritu y corazón: inteligencia, visión, fuertes convicciones, persistencia en la prosecución de sus fines, capacidad de liderazgo. Es entre estos individuos donde son reclutados los héroes carismáticos; se sienten elegidos y otros reconocen su carisma. El estilo único de sus acciones radica no sólo en que aprovechan sus oportunidades cuando aparecen, sino en que, en realidad, crean oportunidades. «El hombre que produce eventos...encuentra una bifurcación en la senda de la historia, pero también ayuda, por decirlo de alguna manera, a crearla. Incrementa las probabilidades de éxito de la alternativa por él elegida en virtud de las extraordinarias cualidades que despliega en su realización» (Hook 1955: 157).

Hay numerosas trampas en el camino de la grandeza histórica. Los intentos de transformar la historia a menudo fracasan, incluso en manos de individuos de la ma-

por estatura. Nuestra discusión anterior señala varios errores posibles que impedirían el éxito de héroes potenciales o que conducirían a la caída de aquellos que hubieran obtenido con anterioridad tal reconocimiento. (1) Primero, está el fallo común a la hora de definir el campo de posibilidades adecuadamente; el ver las alternativas históricas cuando están realmente presentes, el evitar el pensamiento mediado por el deseo y la invención de alternativas históricas, cuando en realidad éstas no existen. (2) También se da la tendencia común a pensar en términos de dicotomías, del tipo de o lo uno o lo otro, ignorando la complejidad de las situaciones sociales así como la multitud de sus desarrollos posibles. (3) Está la incapacidad común de estimar correctamente la probabilidad, así como los costes intrínsecos, de cada uno de los cursos de acción disponibles, y de descubrir esas «ventanas abiertas a la oportunidad» que hacen posible obtener el máximo al mínimo coste. (4) Está el desacuerdo notorio acerca de las consecuencias involuntarias posibles de las acciones, efectos indirectos, productos colaterales de las decisiones tomadas, especialmente si éstas parecen distantes en el tiempo. (5) Está la extendida incapacidad para predecir las reacciones de las masas ante las decisiones bajo consideración, la sobrevaloración o infravaloración del potencial de movilización popular, el malinterpretar el estado de ánimo del público, malinterpretar los fines populares y sus aspiraciones. (6) Quizás la trampa final sea la más peligrosa: ignorar las limitaciones del dominio humano sobre las circunstancias sociales e históricas, y contemplarse a uno mismo en el papel de un Dios omnipotente.

Aquellos capaces de superar esas dificultades y de evitar esas trampas merecen por completo ser llamados «grandes individuos».

# Capítulo 19

## LOS MOVIMIENTOS SOCIALES COMO FUERZAS DE CAMBIO

### Los movimientos sociales entre los agentes del cambio

Las encarnaciones de la agencia humana son múltiples. El cambio social es producido por distintos agentes, pero entre éstos hay uno que, al menos en la época moderna, se ha vuelto particularmente relevante. Cada vez que escuchamos las noticias en televisión, está allí. Contemplamos a multitudes en las plazas de las ciudades protestando contra un gobierno opresivo, las caras sombrías de los mineros británicos del carbón en huelga, los jóvenes americanos bloqueando una central nuclear, los estudiantes atacando a los antidisturbios en las calles de Seúl, musulmanes atacando cristianos, o viceversa, los serbios combatiendo con bosnios o bosnios combatiendo con serbios, negros africanos manifestándose contra el apartheid, mujeres boicoteando clínicas abortistas y campesinos franceses cortando autopistas. Todos estos son movimientos sociales, quizás las fuerzas de cambio más potentes de nuestra sociedad.

Muchos autores se han hecho eco de este papel particular de los movimientos sociales. Los ven como «una de las formas principales a través de las cuales la sociedad se reconstituye» (Blumer 1951: 154); «creadores de cambio social» (Killian 1964: 426); «actores históricos» (Touraine 1977: 298); «agentes transformadores de la vida política» o «portadores de proyectos históricos» (Eyerman y Jamison 1991: 26). Algunos autores han llegado a afirmar que los «movimientos de masas y el conflicto que generan son los agentes *primarios* del cambio social» (Adamson y Borgos 1984: 12).

¿Qué lugar ocupan los movimientos sociales entre los restantes sujetos del cambio social? Abordemos esta cuestión comenzando por la distinción de las distintas formas en las que el cambio social dirigido por agentes puede originarse. Tomando el primer criterio, algunos cambios pueden originarse «desde abajo», en las actividades realizadas por grandes masas de gente corriente, con diversos grados de «cohesión»; otros cambios pueden originarse «desde arriba», en las actividades de elites poderosas (gobernantes, mandatarios, gestores, administradores, etc.) capaces de imponer sus pre-

ferencias sobre los otros miembros de la sociedad. Tomando este segundo criterio, algunos cambios pueden ser intencionados, queridos por los agentes, resultado de la realización de sus proyectos preconcebidos; otros cambios pueden surgir como efectos colaterales no intencionados, productos indirectos de una acción dirigida a fines absolutamente distintos.

Atravesando estos dos criterios (localización de la agencia e intencionalidad de la agencia) llegamos a una tipología cuádruple: (1) El cambio latente que se origina «desde abajo» (por ejemplo, la gente que actúa en la vida cotidiana, realiza elecciones, toma decisiones, acerca de sus fines propios y privados, produce cambios económicos involuntariamente, tendencias demográficas, cambios en las costumbres, en los estilos de vida, etc.).

El resultado acumulado y combinado de las acciones dispersas individuales da como resultado tendencias seculares que pueden aprehenderse en el nivel macro, abstraídas de la multitud de acciones que las generan. A veces, tales tendencias de largo alcance, cambios e impulsos son referidas como movimientos sociales (o «movimientos sociales generales», en tanto opuestos a movimientos sociales particulares). Nos parece que esta utilización es injustificable, puesto que hay términos mejor definidos y de uso más extendido como tendencias, vectores, corrientes, macroprocesos, que denotan el fenómeno en cuestión. Pretendemos reservar el término «movimientos social» para una encarnación particular de la agencia. (2) El cambio latente originado «desde arriba» (por ejemplo, las acciones realizadas por los gobiernos inconscientemente producen efectos secundarios o efectos boomerang —cambios opuestos a los pretendidos). (3) Cambio manifiesto originado «desde arriba» (por ejemplo, la implementación con éxito de planes, la ejecución de reformas por organismos gubernamentales, administrativos o empresariales). (4) Cambio manifiesto originado «desde abajo» (por ejemplo, cumplimiento de la reforma política debido a las masas movilizadas). Estas distinciones pueden resumirse por medio de la tabla 19.1

La última categoría (4) describe la situación en la que la gente se reúne y se organiza en algún grado, con el fin de producir un cambio previsto en su sociedad. Dependiendo del grado de organización, el espectro abarcará desde multitudes y revueltas espontáneas y difusas, a movimientos sociales, grupos de interés, *lobbies* y partidos políticos altamente burocratizados en lucha *por* el poder (los partidos políticos *en* el poder pertenecen a una categoría distinta en nuestra tipología, junto con los mandatarios y gobernantes, en tanto agentes que imponen los cambios «desde arriba»).

TABLA 19.1. *La tipología del cambio.*

		Localización de la agencia	
		Desde abajo	Desde arriba
Intencionalidad de la agencia	Latente	1	2
	Manifiesta	4	3

### Definición de movimientos sociales

La adecuada definición de movimientos sociales ha de diferenciar este fenómeno tanto de otras categorías de agentes (1, 2 y 3) como de los ocupantes de esa misma categoría (4). Ha de comprender por tanto los siguientes componentes constitutivos:

- (1) Una colectividad de personas actuando de forma conjunta.
- (2) El fin compartido de la acción colectiva es algún cambio en su sociedad, definido de forma parecida por los participantes.
- (3) La colectividad es relativamente difusa, con un nivel bajo de organización formal.
- (4) Las acciones tienen un grado relativamente alto de espontaneidad, tomando formas no institucionalizadas ni convencionales.

Por resumir: entendemos por movimientos sociales colectivos vagamente organizados que actúan de forma conjunta y de manera no institucionalizada con el fin de producir cambio en su sociedad.

El mismo énfasis puede encontrarse en numerosas definiciones propuestas en la bibliografía pertinente. En algunas de las formulaciones clásicas, los movimientos sociales son entendidos como

«Empresas colectivas destinadas a establecer un orden nuevo en la vida» (Blumer 1962:3)

«Empresas colectivas destinadas a realizar cambios en el orden social» (Lang y Lang 1961: 507)

«Esfuerzos colectivos destinados a modificar normas y valores» (Smelser 1962:3)

«Actuar colectivo con alguna continuidad destinado a promover o resistir el cambio en la sociedad o en el grupo del que se forma parte» (Turner y Killian 1972: 246)

«Esfuerzos colectivos para controlar el cambio o para alterar la dirección del cambio» (Lauer 1976: xiv).

Los autores contemporáneos dan una caracterización más amplia de los movimientos sociales como

«La expresión de una preferencia por el cambio entre los miembros de una sociedad» o específicamente «Los intentos colectivos por expresar quejas y descontentos y/o promover o resistir el cambio» (Zald y Berger 1978: 828, 841)

«Formas más o menos organizadas de acción colectiva orientadas al cambio social» o de forma más precisa «grupos de individuos reunidos con el propósito común de expresar el descontento sentido subjetivamente de forma pública y de cambiar los que se percibe como los fundamentos sociales y políticos de tal descontento» (Eyerman y Jamison 1991: 43-4)

«Intentos no convencionales de un grupo de producir o evitar el cambio», o con mayor detalle «Grupos no convencionales con distintos grados de organización

formal y que intentan producir o evitar tipos radicales o reformistas de cambio» (Wood y Jackson 1982: 3).

Por último, en una forma más contextual, más descriptiva, los movimientos son referidos como

«Grupos de un tipo específico de acción concertada; duran más y están más integrados que el populacho, las multitudes, las masas, aunque no están organizados como los grupos políticos y otras asociaciones» (Rudolph Heberle en Banks 1972: 8). «Una serie continua de interacciones entre los titulares nacionales del poder y personas que reclaman con éxito hablar en nombre de unos electores carentes de representación formal, en el curso de las cuales esas personas hacen públicas demandas de cambio en la distribución o en el ejercicio del poder, y apoyan esas demandas con manifestaciones públicas de apoyo» (Tilly 1979b: 12)

Quizás la faceta más común y la más enfatizada de todas esas definiciones es la de la íntima conexión entre movimientos sociales y cambio social. Como han observado Wood y Jackson, «El cambio es una característica básica que define a los movimientos sociales...Los movimientos sociales están relacionados de forma muy próxima con el cambio social» (1982: 6). Esta idea, aunque parece obvia, precisa de tres aclaraciones.

1. El cambio social en tanto fin de un movimiento puede significar distintas cosas. El objetivo puede ser positivo, introducir algo que falta (un nuevo gobierno o régimen político, nuevas costumbres leyes o instituciones) o negativo, detener, evitar o contrarrestar cambios resultantes tanto de procesos no conectados con los movimientos sociales (por ejemplo, el deterioro del medioambiente natural, el descenso de las tasas de nacimiento o el aumento de la criminalidad), o de las actividades de otros movimientos competidores (por ejemplo, la legislación antiabortista aprobada bajo la presión de los movimientos pro-vida, y vigorosamente rechazada por el movimiento a favor de la elección).

2. Los movimientos sociales pueden tener distintas categorías causales con respecto al cambio, por ejemplo, como condición necesaria y suficiente para producirlo. El problema que entraña esta posición es que normalmente, para tener éxito, los movimientos sociales han de acontecer en condiciones sociales favorables, han de encontrar una «estructura de oportunidad» favorable o (por decirlo de forma metafórica) han de «mantenerse en la cresta» de otras fuerzas sociales. Sólo son efectivos si se complementan con otros factores. Su presencia activa raramente es, si es que lo ha sido alguna vez, causa completa del cambio. Normalmente aparecen sólo como condición necesaria o suplementaria, pero probablemente nunca como condición suficiente del cambio social.

Por otra parte, los movimientos sociales pueden ser considerados meramente como resultados, epifenómenos, o síntomas acompañantes de procesos que se despliegan por su propio empuje y ritmo (por ejemplo, acompañando a los procesos de modernización, de urbanización, la emergencia de la sociedad de masas o la súbita crisis económica). Por decirlo de forma metafórica, desde esta perspectiva son como

una fiebre que refleja cambios más profundos en el organismo social. El problema de esta posición es que es un hecho empírico que muchos movimientos sociales contribuyen al cambio social, modificando su curso, dirección y velocidad —por no hablar de algunos que de hecho inician y ejecutan el cambio.

El enfoque más razonable es el del punto medio. Considera a los movimientos sociales como mediadores en la cadena causal de la praxis social. Son vistos tanto como los productos de cambios sociales anteriores como los productores (o al menos coproductores) de transformaciones sociales ulteriores. Los movimientos aparecen aquí como vehículos, portadores, transmisores del cambio en curso, en lugar de como su causa última o una mera manifestación superficial. No surgen en el vacío, sino que se suman en una determinada encrucijada histórica al proceso social e intentan afectar su curso. Tom Burns ha aprehendido este estatuto intermedio de los movimientos sociales, y ha dicho de ellos en tanto «actores sociales, grupos, organizaciones y movimientos como portadores así como constructores y reformadores de los sistemas de reglas... Son los portadores de la estructura social en la forma de sistema de reglas adquirido y, al mismo tiempo, producen, reproducen y transforman los sistemas de reglas a través de sus acciones y transacciones» (Burns *et al.* 1985: iv). Una idea parecida es expresada por Dieter Rucht: «Los movimientos sociales son al mismo tiempo producto y productores de modelos sociales. Aunque actúan dentro de un modelo creado históricamente y dentro de una estructura relativamente estable, también participan activamente en el cambio de los discursos políticos, de las constelaciones de poder y de los símbolos culturales» (1988: 306). Mediante un simple diagrama:

---

Procesos sociales precedentes → Movimientos sociales → Procesos sociales posteriores

---

*El flujo continuo del cambio social*

3. La tercera aclaración hacer referencia al dominio en el que acontece realmente el cambio provocado por un movimiento social. Normalmente el cambio social efectuado por un movimiento se toma como localizado en la sociedad en su conjunto, externa al movimiento mismo. Parece como si el movimiento estuviera actuando en la sociedad desde fuera, pero no ha de olvidarse que cualquier movimiento social modela una parte de la sociedad misma que sufre el cambio, incluye algún segmento (y a veces uno enorme) de sus miembros y abarca algún campo (y veces uno enorme) de su funcionamiento. Por tanto, de hecho es algo interno a la sociedad, que actúa sobre la sociedad desde dentro. Es la sociedad cambiando a la sociedad. Una parte considerable de los cambios producidos por el movimiento son cambios en el movimiento mismo (de sus miembros, su ideología, sus reglas, sus instituciones, sus formas de organización, etc.), e incluso los cambios externos, los cambios en la sociedad (de sus leyes, de sus regímenes políticos, de su cultura) producidos por el movimiento afectan a sus propios miembros y estructuras, cambian el ambiente de sus actores, así como las capacidades de sus actores (sus motivaciones, actitudes e ideologías aceptadas, etc.). Los movimientos sociales son peculiares por esta conexión mutua íntima entre los cambios externos e internos: cambian la sociedad, cambiándose a sí mismos en el proceso, y se cambian a sí mismos (se movilizan, se organizan) con el fin de cambiar la

sociedad de la forma más efectiva. Los cambios *en* el movimiento y los cambios *por* el movimiento van de la mano, constituyendo procesos mutuamente interconectados, concurrentes. Este rasgo único de los movimientos sociales justifica la afirmación de Gary Marx y James Wood de que «los movimientos sociales son más dinámicos que la mayoría de las formas sociales restantes» (1975: 394). Son cambio social *par excellence*.

### Los movimientos sociales y la modernidad

Es muy probable que los movimientos sociales sean un fenómeno históricamente universal. La gente en todas las sociedades humanas ha debido tener razones para unirse y combatir por sus fines colectivos, en contra de aquello interpuesto en el camino de su obtención. Los historiadores describen rebeliones, alzamientos, erupciones de descontento desde la antigüedad, fuertes movimientos religiosos en la Edad Media, poderosas revueltas campesinas en 1381 y 1525, la Reforma, y movimientos culturales, étnicos y nacionales desde el Renacimiento. Poderosos movimientos sociales contribuyeron al nacimiento de la modernidad en la época de las grandes revoluciones burguesas, la inglesa, la francesa y la americana. Durante todo ese tiempo las estrategias y las tácticas de los movimientos, sus «repertorios de contienda» (Tilly 1979a) han ido evolucionando, pero muchos observadores están de acuerdo en que es sólo en las sociedades modernas maduras donde comienza de verdad la «era de los movimientos sociales». Sólo en los siglos XIX y XX los movimientos sociales se han vuelto tan numerosos, tan masivos, tan sobresalientes y con tantas consecuencias para el curso del cambio. Los observadores contemporáneos lo confirman: «Las sociedades muy modernizadas tienen tendencia a devenir “sociedades de movimientos”» (Neihardt y Rucht 1991: 449). «Los movimientos sociales son una parte central de lo que entendemos por modernidad» (Eyerman y Jamison 1991: 53). «Los movimientos sociales están conectados a cambios estructurales profundamente arraigados que han sido identificados como irrupciones de modernización en las esferas del “sistema” y del “mundo de la vida”» (Rucht 1988: 324).

Hay diversas razones que explican lo sobresaliente y significativo de los movimientos sociales en el período moderno, algunas de ellas ya han sido identificadas en las caracterizaciones de la modernidad proporcionadas por los autores clásicos del siglo XIX.

1. A la primera se la podría llamar el «Tema durkheimiano», el puro agolpamiento físico de grandes masas de gente en un espacio limitado, lo que acontece con la urbanización y la industrialización y produce una gran «densidad moral» de la población. Esto hace que haya mejores oportunidades para el contacto y la interacción, para la elaboración de puntos de vista comunes, para articular ideologías compartidas y para reclutar seguidores. En suma, las oportunidades de movilización de los movimientos sociales son elevadas significativamente. ¿Habría sido posible el movimiento socialista sin el sistema de fábricas, sin miles de trabajadores en contacto directo y personal? ¿Es un accidente que las universidades, con sus masas de estudiantes, hayan sido caldo de cultivo de todo tipo de formas de contestación?

2. La siguiente característica típica de la modernidad, que podríamos denominar el «Tema de Tönnies», es la atomización y el aislamiento de los individuos en la impersonal *Gesellschaft* o, por usar un lenguaje más moderno, la «multitud solitaria» (Riesman 1961). La experiencia de la alienación, de la soledad y de la falta de raíces evoca un anhelo de comunidad, de solidaridad de «estar juntos». El ser miembro de un movimiento social proporciona una satisfacción sustitutiva de esas necesidades humanas universales. En este sentido la sociedad moderna de masas proporciona un rico depósito de miembros potenciales, listos para ser reclutados y movilizados.

3. El «Tema marxiano» hace notar el crecimiento sin precedentes de las desigualdades sociales, con abruptas jerarquías de riqueza, poder y prestigio, que acompañan a la economía moderna capitalista. Esto produce una extensa experiencia y percepción de la explotación, la opresión, la injusticia y la privación lo que genera hostilidades y conflictos de grupo. La gente cuyos intereses creados están en peligro está dispuesta a luchar contra aquellos que los amenazan. La «facilitación estructural» (Smelser 1962) para la aparición de movimientos sociales es más pronunciada que nunca.

4. El «Tema weberiano» hace referencia a la transformación democrática del sistema político, abre paso para la acción colectiva de grandes masas de gente. La expresión de disidencia, la articulación de intereses y el activismo en su defensa devienen derecho legítimo y, lo que es más, es el deber que se espera del ciudadano responsable. «La estructura de oportunidad política» (Tarrow 1985) para la aparición de movimientos sociales es transformada radicalmente.

5. Otra característica que podría ser denominada el «Tema de Saint Simon y Comte» es el énfasis moderno en la conquista, control, dominación y manipulación de la realidad, inicialmente de la naturaleza pero eventualmente también de la sociedad humana. La creencia de que el cambio social y el progreso dependen de las acciones humanas, que la sociedad puede ser modelada por sus miembros para su propio beneficio, es un importante prerrequisito ideológico para el activismo, y por tanto para la movilización de los movimientos sociales. El voluntarismo alimenta los movimientos sociales, el fatalismo los mata.

6. La sociedad moderna ha experimentado una elevación general cultural y educativa. La participación en los movimientos sociales demanda un cierto grado de conciencia, imaginación, sensibilidad moral y preocupación por los asuntos públicos, junto a la capacidad de generalizar por encima de la experiencia personal o local. Todas estas características se correlacionan positivamente con el nivel de educación. La revolución educativa que acompaña la extensión del capitalismo y la democracia aumenta el cúmulo de miembros potenciales de movimientos sociales.

7. La característica final es la emergencia y extensión de los medios de comunicación de masas (Molotch 1979). Son éstos poderosos instrumentos para articular, modelar y unificar creencias, formular y extender mensajes ideológicos, conformar la «opinión pública». Amplían el horizonte de los ciudadanos más allá de su mundo personal hacia la experiencia de otros grupos, clases y naciones social o geográficamente remotas. De esto se siguen dos consecuencias. (a) Esta apertura produce el importante «efecto de demostración», esto es, la oportunidad de comparar la propia vida con la vida en otras sociedades. La percepción de desventajas injustificadas y el sentimiento acompañante de «privación relativa» producen un trasfondo psicológico faci-

litador para los movimientos sociales. (b) Es también a través de los medios de comunicación de masas como la gente aprende acerca de las creencias políticas, de las actitudes y de las quejas de los otros. Esto les permite estimar la medida de empeño común, romper con la «ignorancia pluralista» o con la creencia equivocada, paralizadora, de que uno está solo en la miseria y el descontento. Genera, en su lugar, solidaridad, lealtad y consenso que se extienden mucho más allá del círculo social inmediato. Este sentimiento de causa común y de solidaridad supralocal es otra precon-dición sociopsicológica para la emergencia de los movimientos sociales.

### Tipos de movimientos sociales

Los movimientos sociales los hay de todos los tipos y tamaños, presentan una variedad de formas tremenda. Para asir de alguna manera esta clase heterogénea de fenómenos hace falta algún tipo de tipología. Ésta puede construirse por medio de diversos criterios.

1. Los movimientos sociales difieren en el alcance del cambio pretendido. Algunos tienen propósitos relativamente limitados, pretenden modificar algún aspecto de la sociedad sin tocar la estructura institucional central. Quieren el cambio *en* en lugar del cambio *de*. Denominamos a éstos movimientos de reforma. Los ejemplos son: los movimientos pro- y anti- aborto que demandan determinados cambios en la legislación, los movimientos a favor de los derechos de los animales que reclaman la prohibición de la experimentación, los movimientos que piden límites de velocidad en las autopistas alemanas. Otros movimientos pretenden cambios más profundos, que toquen los fundamentos de la organización social. Debido a la localización central, estratégica, de las instituciones que atacan, los cambios, si se efectúan, se extienden más allá del objetivo inmediato y producen transformaciones *de* la sociedad en lugar de meros cambios *en* la sociedad. Denominamos radicales a estos movimientos. Ejemplos de ellos son el movimiento de los derechos civiles en los Estados Unidos, el movimiento antiapartheid en Suráfrica y los movimientos de liberación nacional en los países coloniales. En el caso extremo, cuando los cambios pretendidos abarcan todos los aspectos centrales de una estructura social (políticos, económicos y culturales) y están destinados a lograr una transformación total de la sociedad en la dirección de alguna imagen preconcebida de una «sociedad alternativa», o de una «utopía social», hablamos de movimientos revolucionarios tales como el milenarismo, el fascismo o los movimientos comunistas.

Otra formulación de la misma tipología es la proporcionada por Neil Smelser, que distingue entre movimientos «orientados por la norma» y movimientos «orientados por el valor». «El movimiento orientado por la norma es la acción movilizada en nombre de una creencia generalizada (ideología compartida) que divisa una reconstitución de las normas... El movimiento orientado por el valor es la acción colectiva movilizada en nombre de una creencia generalizada que divisa una reconstitución de los valores» (Smelser 1962: 9). Los valores, en el sentido de Smelser, proporcionan guías fundamentales de conducta, definen y regulan los fines correctos de la conducta humana, por ejemplo, la justicia, el conocimiento, la democracia, la libertad. Las nor-

mas son los medios correctos a seleccionar en la prosecución de estos fines, por ejemplo, la disciplina, la decencia, el aprendizaje, el trabajo. «Las normas, por tanto, son más concretas que los valores generales, porque especifican determinados principios regulativos que son necesarios si se han de realizar esos valores» (p.27).

2. Los movimientos sociales difieren en la cualidad del cambio pretendido. Algunos enfatizan las innovaciones, se afanan en introducir nuevas instituciones, nuevas leyes, nuevas formas de vida, nuevas creencias. En suma, quieren modelar la sociedad de acuerdo con un patrón antes nunca visto. Su orientación es hacia el futuro. Proponen cambios dirigidos hacia adelante, y ponen el acento en la novedad. Podemos denominarlos movimientos progresistas. Los ejemplos son los movimientos republicanos, socialistas y de liberación de la mujer. Otros movimientos se dirigen al pasado. Buscan restaurar instituciones, leyes, formas de vida y creencias que ya fueron establecidas en el pasado pero que después fueron erosionadas o abandonadas en el curso de la historia. Los cambios que proponen están dirigidos hacia atrás y el énfasis lo ponen en la tradición. Los podemos llamar movimientos conservadores o «retrógrados». Los ejemplos son el movimiento ecologista y los movimientos fundamentalistas religiosos, la «Mayoría moral» en los Estados Unidos y su llamado a una vuelta a los valores familiares, los movimientos monárquicos que defienden la vuelta al gobierno dinástico, la resurrección de lo étnico en Europa central y del este tras el colapso del comunismo. La distinción entre movimientos progresistas y conservadores puede alinearse junto a la distinción política común entre derecha e izquierda. Los movimientos de extrema izquierda a menudo asumen una orientación progresista, y los movimientos de extrema derecha suelen ser conservadores.

3. Los movimientos sociales difieren respecto a los objetivos del cambio pretendido. Algunos se centran en el cambio de las estructuras sociales, otros en cambiar a los individuos. Los movimientos orientados hacia la estructura toman dos formas. (a) los movimientos sociopolíticos (o, como los denomina Charles Tilly «los movimientos sociales nacionales») intentan cambiar la política, la economía y las jerarquías de clase y estratificación. «Por movimiento social nacional entiendo un desafío sostenido a las autoridades del estado en nombre de una población que tiene poco poder formal con respecto al estado» (Tilly 1985: 1). (b) «Los movimientos socioculturales» se ocupan de aspectos más intangibles de la vida social, promueven el cambio en las creencias, los credos, los valores, las normas, los símbolos, los modelos de vida cotidiana, por ejemplo los *beatniks*, los *hippies* y los *punks*. Los movimientos cuyo objetivo son los individuos más que las estructuras también toman dos formas. (a) Los movimientos sagrados, místicos o religiosos luchan por la conversión o la redención de sus miembros y por el renacimiento general del espíritu religioso. Ejemplos de ello serían los movimientos redentoristas en la Edad Media, los movimientos fundamentalistas islámicos, y el movimiento de evangelización proclamado por el papa Juan Pablo II. (b) La variante laica busca el bienestar personal, moral o físico de sus miembros, así los movimientos relativos a la forma física y la manía de la automejora.

En los movimientos dirigidos hacia la estructura existe la presunción implícita de que las estructuras modificadas proporcionarán un nuevo ambiente de socialización para los individuos, que remodelarán sus personalidades en consonancia. De forma parecida, en los movimientos orientados hacia la personalidad hay una presunción implícita de que las personas mejoradas darán paso, si se da el caso, a organizaciones

sociales mejores. Por tanto, hay normalmente alguna conciencia de la conexión entre los cambios efectuados en los niveles estructural e individual. Pero las prioridades difieren: algunos movimientos buscan la clave del cambio en la modificación de las estructuras y otros en la modificación de la gente.

Combinando el criterio del objetivo con el criterio del alcance David Aberle propone una clasificación cuádruple de los movimientos sociales: movimientos transformadores, dirigidos al cambio total de las estructuras; movimientos de reforma, dirigidos al cambio parcial en las estructuras; movimientos redentores, dirigidos al cambio total de los miembros individuales; movimientos alternativos, dirigidos al cambio parcial de los miembros individuales (Aberle 1966).

4. Los movimientos sociales difieren con respecto al «vector» del cambio pretendido. Como ya he mencionado, para la mayoría de los movimientos el «vector» es positivo: tales movimientos intentan introducir algún cambio, producir alguna diferencia. También hay ocasiones en las que los movimientos son movilizados para evitar el cambio; el «vector» es entonces negativo. Un caso típico acontece cuando un movimiento es movilizado ante cambios negativamente evaluados, producidos en la estela de tendencias sociales generales, como productos o efectos colaterales involuntarios. Numerosos movimientos antimodernos pertenecen a esta categoría, por ejemplo, aquellos que defienden la culturas nativas, los que combaten la globalización, los que reviven los particularismos étnicos o nacionales, los que apoyan los credos religiosos fundamentalistas. En cierta manera, los movimientos ecologistas también pertenecen a esta categoría, puesto que son provocados por la destrucción ambiental, la polución y el agotamiento de recursos producidos por los excesos del industrialismo. Hay movimientos movilizados para detener o enmendar legislaciones o decisiones gubernamentales concretas, por ejemplo el movimiento antitransporte escolar en los Estados Unidos que se oponía a la integración racial forzosa en las escuelas (Useem 1980), o el movimiento de «autodefensa» de los campesinos polacos contra los altos intereses y los créditos caros. Otro caso especial es el contramovimiento movilizado en respuesta a la emergencia y expansión de un movimiento competidor. Los movimientos a veces aparecen emparejados de forma simétrica: izquierda y derecha, antisemitismo y sionismo, provida y proelección, ateísmo y fundamentalismo, reformistas democráticos y línea dura.

5. Los movimientos sociales difieren con respecto a la estrategia subyacente o «lógica» de su acción (Rucht 1988). Algunos siguen una lógica «instrumental»; ésta se encamina a la obtención del poder político, y por medio de ella refuerza los cambios deseados en las leyes, las instituciones y la organización de la sociedad. Su intención primera es el control político. Cuando tiene éxito, tal movimiento se convierte en un grupo de presión o en un partido político, acceden a los parlamentos y a los gobiernos. El Partido Verde en Alemania y el victorioso movimiento Solidaridad en Polonia proporcionan ilustraciones recientes de esto. Otros movimientos siguen una lógica «expresiva»; ésta se encamina a la afirmación de la identidad, a lograr la aceptación de sus valores o formas de vida, a lograr autonomía, igualdad de derechos, emancipación cultural y política para sus miembros o para grupos mayores. Los movimientos de los derechos civiles, étnicos, feministas, gay, son los ejemplos principales. ¿Es un accidente que uno de los movimientos más poderosos de las últimas décadas, el movimiento de liberación de la mujer, nunca haya aspirado al estatus de

partido político o a la representación parlamentaria? «Me parece que el movimiento feminista sigue una lógica básicamente expresiva, mientras que el movimiento medioambientalista tiende hacia una lógica instrumental» (Rucht 1988: 319).

6. Distintos tipos de movimientos dominan en distintas épocas históricas. Esto nos permite distinguir entre dos tipos generales relevantes para la historia moderna. Los movimientos que dominaban en las primeras fases de la modernidad estaban centrados en intereses económicos, sus miembros eran reclutados en general de una única clase social, y estaban organizados de manera rígida y centralizada. Los sindicatos, los movimientos de trabajadores y campesinos son los ejemplos clásicos. Éstos son denominados los «viejos movimientos sociales». Con el desarrollo de la modernidad se han ido haciendo gradualmente obsoletos. En décadas recientes las sociedades capitalistas más desarrolladas, las que han entrado en la fase de la modernidad tardía o incluso, como pretenden algunos autores, de la posmodernidad, son testigos de la emergencia de otro tipo de movimiento. Éstos han sido apropiadamente denominados los «nuevos movimientos sociales» (Touraine 1981; Offe 1985). Los casos prototípicos incluyen a los movimientos ecologista, al movimiento por la paz y al feminista. Tres rasgos les otorgan cualidades únicas. (a) Se centran en problemas nuevos, en intereses nuevos, en nuevos frentes de conflicto social. En reacción ante la invasión por la política, la economía, la tecnología y la burocracia de todos los dominios de la existencia social, su principal preocupación es la calidad de vida, la identidad del grupo, la esperanza de vida, la defensa de la «sociedad civil» y, en general, valores posmateriales, no económicos, «blandos». «En contraste con el viejo movimiento del trabajo, los nuevos movimientos sociales no articulan primordialmente demandas económicas sino que están más preocupados por los temas culturales referidos a cuestiones acerca de la autonomía individual y por problemas relacionados con nuevos riesgos, invisibles, que afectan a la gente de forma más o menos parecida al margen de sus posiciones sociales» (Kriesi 1989: 1079). (b) Sus seguidores no están relacionados con ninguna clase específica sino que saltan por encima de la divisiones de clase tradicionales, representan problemas de vital importancia para miembros de clases distintas. En términos de clase, la única señal sobre su composición es la sobrerrepresentación de los estratos más educados y de las clases medias, debida quizás a su mayor sensibilidad y conciencia y a su mayor disposición de recursos discrecionales de tiempo libre, dinero y energía (Kriesi 1989: 1085-9). (c) Los nuevos movimientos sociales están normalmente descentralizados, y toman la forma de redes extensas más o menos difusas en lugar de la de organizaciones jerárquicas y rígidas.

7. Si uno mira a una sociedad concreta en un momento histórico concreto, siempre verá aparecer una multitud compleja y heterogénea de movimientos sociales que representan los tipos antes discutidos. En este intrincado escenario social se ponen de relieve algunos fenómenos. En primer lugar, percibiremos movimientos y contramovimientos conectados «a conflictos nebulosamente emparejados» de carácter mutuamente estimulante y reforzante (Zald y Useem 1982: 1). Por ser más exacto: «los movimientos de mayor o menor visibilidad e impacto crean condiciones para la movilización de contramovimientos. Al defender el cambio, al atacar los intereses establecidos, al movilizar símbolos y al elevar los costes para otros, crean agravios y proporcionan oportunidades a los organizadores para que definan los fines y los problemas del contramovimiento» (Zald y Useem 1982: 1). El contramovimiento desa-

rolla una imagen distorsionada del movimiento al que se opone: «el contramovimiento gana ímpetu y crece cuando muestra los efectos dañinos del movimiento... Elige sus tácticas en respuesta a la estructura y a las tácticas del movimiento» (Zald y Useem 1982: 2). La aparición de contramovimientos fuertes normalmente conduce a la dogmatización, a la rigidez y a la inflexibilidad de la estructura del movimiento, a una lealtad fuertemente reforzada, a una integración más estrecha en las formas de la organización y a la oligarquización (burocratización) de la autoridad.

Se harán visibles grupos de movimientos relacionados. McCarthy y Zald hablan de «industrias de movimientos sociales» (IMS) en referencia a los sistemas más inclusivos que abarcan movimientos de fines parecidos o idénticos, y que defienden conjuntos comunes de preferencias (1976: 1219). Por ejemplo, el movimiento de la clase trabajadora abarca estallidos espontáneos (del tipo de los luditas), sindicatos, organizaciones socialistas, etc.

Por último, el cuadro general de la actividad social del movimiento diferirá de una sociedad a otra. Garner y Zald definen a la totalidad más inclusiva dentro de la cual operan los movimientos sociales como el «sector del movimiento social» (SMS): «Es la configuración de los movimientos sociales, la estructura de movimientos antagónicos, en competencia y en cooperación lo que a su vez es parte de una estructura más grande de acción (acción política, en sentido muy amplio) que puede incluir partidos, burocracias estatales, los medios de comunicación, los grupos de presión, las iglesias y una multitud de otros factores organizativos en una sociedad» (Garner y Zald 1981: 1-2). El carácter único del SMS da un aroma o un tono específico al funcionamiento de cada uno de los movimientos que lo constituyen. También determina el nivel general de activismo en una sociedad dada. Puede concebirse una medida sintética de activismo social y de pasividad en relación con el alcance y la vitalidad de la totalidad del SMS. Una sociedad que quiera sacar el máximo de provecho de su propio potencial creativo, que desee formarse y reformarse a sí misma en beneficio de sus miembros, ha de permitir, incluso ha de encarecer, el libre funcionamiento de los movimientos sociales, lo que dará como resultado un rico y variado SMS. Ésta es la «sociedad activa» (Etzioni 1968a). Las sociedades que suprimen, bloquean o eliminan los movimientos sociales destruyen sus propios mecanismos de automejora y auto-trascendencia. Con un SMS estrecho o inexistente se convierten en «sociedades pasivas» de gentes ignorantes, indiferentes e impotentes, que no tienen oportunidad alguna para cuidar del destino de su sociedad y en consecuencia dejan de cuidarse. Su única prospectiva histórica es el estancamiento y la decadencia.

### **Dinámicas internas de los movimientos sociales**

Los movimientos sociales surgen en un momento dado, se desarrollan, pasan a través de fases diferenciadas, decaen y llegan a su término. Esta cualidad interna, emergente de los movimientos sociales ha sido ya enfatizada por el autor clásico en este campo, Herbert Blumer: «un movimiento ha de construirse y ha de abrirse paso en lo que prácticamente siempre es un mundo opuesto, resistente o al menos indiferente» (1957: 147). La «carrera» del movimiento puede ser larga o corta. Desde su iniciación a su terminación se producen constantes cambios y procesos dentro del

movimiento. Esto abarca tanto a los miembros como a las organizaciones que lo constituyen, a las instituciones y a los sistemas normativos. Nos ocuparemos de estas dinámicas internas de los movimientos sociales primero, y después nos ocuparemos de la cuestión de las dinámicas externas, esto es, del impacto de los movimientos sociales en la sociedad dentro de la que operan. Éstas son dos caras de un proceso íntimamente relacionado que denominamos la «morfogénesis doble» de los movimientos sociales (Sztompka 1987).

En la dinámica interna del movimiento proponemos distinguir cuatro estadios principales: orígenes, movilización, elaboración estructural, y terminación.

1. Todos los movimientos sociales se originan en condiciones sociales históricamente específicas. Surgen dentro de una estructura histórica dada. En general, puede decirse que la estructura preexistente constituye un depósito de recursos y de facilidades para el movimiento. Por tanto, la estructura ideal preexistente sirve normalmente como un tesoro de ideas de las cuales el movimiento modela su credo, su ideología, su definición de fines, su identificación de enemigos y aliados, su visión del futuro. Éstos nunca son puras invenciones. Por el contrario, el horizonte ideológico de una sociedad dada, de un área cultural o de una época histórica siempre está preestablecido. El movimiento articula esos puntos de vista heredados, tradicionales, los entresaca y selecciona, cambia los acentos, los ordena en sistemas coherentes y, por supuesto, sobre su base añade innovaciones, pero nunca produce su sistema ideológico de la nada. Lo que aparenta novedad nunca lo es de forma absoluta; cuanto menos es parcial. Esto ya fue observado hace tiempo respecto a los movimientos revolucionarios, al verse que tomaban prestados sus *slogans*, sus gritos de guerra así como las imágenes de un mundo mejor en lugar de inventarlas. Por ejemplo, algunas indicaciones de Marx en esta dirección fueron después desarrolladas en forma de una completa «teoría de la retrospección revolucionaria» por un marxista polaco de la primera época, K.Kelles-Krauz: «Los ideales por los que el entero movimiento reformista desea reemplazar las normas sociales existentes son siempre parecidos a las normas de un pasado más o menos distante... La fuente del ideal del futuro, al igual que la fuente de cualquier idea, ha de estar en el pasado —en una determinada forma social que se ha vuelto anticuada» (Kelles-Krautz 1962). Por ejemplo, si contemplamos la totalidad de la esfera simbólica e ideológica del movimiento Solidaridad en Polonia, veremos que no puede ser comprendido sin hacer referencia a la larga tradición del catolicismo polaco.

Si ahora nos dirigimos a la siguiente área de estructura preexistente, la estructura normativa, veremos que juega un papel distinto. A veces sirve como la trama negativa de referencia, algo que ha de ser opuesto y rechazado, el blanco del movimiento. Las normas, los valores, las instituciones, los roles del orden normativo establecido son criticados, ridiculizados, desafiados. Algunos movimientos se centran en las normas, considerándolas como medios ineficientes, inadecuados, e impropios de fines por otra parte aceptados. Otros desafían también a los valores, por injustos, equivocados, errados. Como regla, parece prevalecer una secuencia. Smelser argumenta que sólo cuando los movimientos «orientados por la norma» son fuertemente constestados por los contramovimientos, bloqueados por las autoridades, suprimidos o amenazados, acontece una intensificación de los fines y se produce un cambio cualitativo en

las demandas, conduciendo a la aparición de movimientos «orientados por el valor» (Smelser 1962: 330-5). De nuevo, Solidaridad en Polonia y otros movimientos de liberación en el este de Europa proporcionan ilustraciones perfectas de este fenómeno, en el que una constante radicalización de las demandas es el resultado que pudo observarse muchas veces ante la testaruda resistencia de las elites políticas bunkerizadas. El estallido revolucionario más violento, sangriento y trágico vino, precisamente, del país en el que la tiranía, la represión y el control del gobierno eran más rígidos, en Rumanía.

La estructura interactiva preexistente (organizacional) tiene otras funciones. Produce el campo de constrictores así como de facilitadores del movimiento. Las redes de comunicación establecidas entre los miembros de una sociedad o algún segmento de la población con anterioridad al comienzo del movimiento juegan un papel crucial en el proceso de reclutamiento y movilización. Freeman se ha ocupado del «papel clave de las redes preexistentes de comunicación como suelo fértil en el que los nuevos movimientos pueden brotar» (1973; 1983b). Lo ilustra con el caso del movimiento de liberación de la mujer. De forma parecida, las redes de asociaciones interconectadas o de comunidades basadas en lealtades comunes religiosas o étnicas (clubs, iglesias, grupos étnicos, sociedades patrióticas etc.) son de ayuda al acelerar la movilización y el reclutamiento para los movimientos sociales una vez se presenta la ocasión. En el caso del movimiento de los derechos civiles en los Estados Unidos, se ha observado con frecuencia que «entre los negros —la densa red de colegios segregados, clubs de mujeres, periódicos, locales sindicales y pequeños negocios, proporcionaron la infraestructura organizacional para el movimiento. La iglesia negra proporcionó a muchos de sus organizadores, su música y su retórica, y mucho de su espíritu de resistencia» (Adamson y Borgos 1984: 129). Un papel parecido de la iglesia católica, así como de círculos informales anteriores y asociaciones de oposición (por ejemplo, el Comité de Defensa de los Trabajadores, KOR), fue claramente perceptible durante los inicios del movimiento Solidaridad en Polonia durante la década de los 80. Un papel igualmente importante es el jugado por los canales existentes de expresión política, o como han sido denominados en ocasiones, la «estructura de oportunidad política» (las asociaciones existentes, los cuerpos con autogobierno, los centros administrativos locales, las elites políticas cooptables, etc.). Como señalan Zald y Useem, «las estructuras políticas varían en la medida en la que proporcionan oportunidades de movimiento» (1982: 15).

Por último, llegamos a la última área, la estructura preexistente de desigualdades sociales, las jerarquías establecidas de riqueza, poder y prestigio. Aquí las desigualdades preexistentes económicas y de poder, con las contradicciones y conflictos resultantes entre segmentos de la población (clases, estratos, grupos de interés, etc.) son consideradas a menudo como el primer factor motivante para la movilización de los movimientos. La diferenciación jerárquica de los intereses creados se percibe como productora de tensiones y tirantezas, agravios y privaciones, en la población, lo que motiva a la gente para que se sume a los movimientos de protesta y reforma. Aquellos privados de oportunidades, de oportunidades vitales, de acceso a bienes y recursos valiosos, proporcionan una clientela predispuesta a los movimientos sociales; son fácilmente reclutables y movilizables para la acción orientada a la redistribución estructural de privilegios y gratificaciones (Dahrendorf 1959; Oberschall 1973).

Condiciones estructurales facilitadoras y tensiones estructurales (Smelser 1962) son necesarias pero no suficientes para generar un movimiento. En la siguiente fase el proceso ha de desplazarse al área de la conciencia social. «La acción colectiva con éxito procede de una transformación significativa de la conciencia colectiva de los actores implicados» (McAdam et al. 1988: 713). La gente afectada por las tensiones estructurales debe desarrollar cierta conciencia de su condición, alguna definición de los factores o de los agentes responsables de su condición, alguna imagen de una posible situación mejor o algún proyecto para escapar de la realidad. Han de articular y compartir una ideología o, como lo denomina Smelser, una «creencia generalizada» (1962: 79). Esto ha sido denominado recientemente el «proceso de alineamiento de marco» mediante el cual diversos «marcos» o imágenes del mundo presentes en la sociedad son movilizados por los activistas para legitimar los fines del movimiento y sus acciones (Snow *et al.*: 1986). Una vez que las tensiones y las tiranteces objetivas son acompañadas de una conciencia ideológica común, la situación está madura para el inicio del movimiento.

Entonces, muy a menudo, un suceso relativamente insignificante juega el papel de factor precipitador, iniciando de hecho la «carrera» del movimiento. Tal suceso proporciona un foco en el que se proyectan agravios ampliamente experimentados, eleva el nivel de conciencia, crea una contestación heroica y ejemplar, provoca la expresión abierta de opiniones de apoyo y desvela el amplio alcance del consenso oposicional (rompiendo con la «ignorancia pluralista», en la que nadie tiene certeza acerca de cuántos comparten sus quejas ni sabe cuántos están dispuestos a entrar en acción). También pone a prueba la resolución de las autoridades, o su falta de ella. En el caso de Rosa Parks al rechazar sentarse en la parte segregada del autobús, el conflicto que surgió de un pequeño incidente dio desarrollo a uno de los movimientos sociales más poderosos en la historia americana, el movimiento de los derechos civiles. En otro caso, una vieja trabajadora, Anna Walentynowicz, fue despedida de los astilleros Lenin de Gdansk en 1980 por razones políticas. Los trabajadores se levantaron en su defensa, y a los pocos días, el mayor movimiento político de la historia reciente de Europa, Solidaridad, estaba en marcha.

2. El suceso precipitador cierra el primer estadio en la carrera del movimiento, el de los orígenes, e inicia la fase de movilización. La primera ola de reclutamiento implica a aquellos que están más afectados por las condiciones contra las que se levanta el movimiento, aquellos que poseen la conciencia más aguda y la mayor sensibilidad hacia los problemas centrales del movimiento y a aquellos que están más comprometidos intelectual, emocional, moral y políticamente con la causa del movimiento. Tales personas se suman por convicción y consideran el movimiento como un instrumento para conseguir cambios sociales deseados. Una vez comienza el movimiento su andadura, crece y logra éxitos, viene la segunda ola de reclutamiento. La participación en acciones colectivas con éxito ofrece eso. El «efecto caballo ganador» funciona no sólo en las elecciones sino también en el reclutamiento de los movimientos sociales. Hay también un margen de cínicos oportunistas que se suman con la esperanza de obtener beneficios tangibles, por ejemplo, cargos lucrativos cuando gane el movimiento. En esta segunda oleada la gente se une por conveniencia en lugar de por convicción.

No ha de sorprender que tal variedad de motivaciones produzca distintos tipos de lazos para mantener a los miembros dentro del movimiento. Pueden observarse distintos estratos de participación, desde los activistas centrales, pasando por los seguidores, los compañeros de viaje y los «free riders», que simpatizan desde la distancia con el movimiento, en la esperanza de que su victoria también les reporte a ellos beneficios. Esta especie de composición por capas se vuelve particularmente evidente cuando un movimiento entra en problemas, es suprimido con firmeza o es derrotado. Entonces los estratos exteriores desaparecen los primeros, mientras que los activistas nucleares perseveran, a veces hasta revitalizar el movimiento más adelante.

El reclutamiento no es suficiente; los miembros han de ser movilizados para la acción colectiva. Aquí el estudio de los movimientos sociales prueba de forma casi invariable el gran significado de los líderes carismáticos: Jesucristo, Buda, Mahoma, Martin Luther King, Lech Walesa, Vaclav Havel y otros de menor aunque excepcional estatura. Encuentran apoyo en sus seguidores, les inspiran con entusiasmo y les empujan a acciones heroicas. Acometiendo ellos mismos acciones extraordinarias, confirman su posición de liderazgo. Se da así el primer paso hacia la emergencia de la diferenciación interna, de la organización y de la estructura jerárquica en el movimiento. En los años setenta surgió una influyente escuela bajo el rótulo de Perspectiva de Movilización de Recursos que tomó como uno de sus focos la fase de reclutamiento y movilización (McCarthy y Zald 1976; Oberschall 1973; Gamson 1975; Tilly 1978). Por movilización entendían «los procesos mediante los cuales un grupo descontento se agrupa e invierte recursos para la prosecución de los fines del grupo» (Oberschall 1973: 28). En este proceso juegan un papel particular los movilizadores o «intermediarios del movimiento», organizadores y líderes habilidosos, que en ocasiones se convierten en una especie de profesionales dispuestos a tomar los papeles de organizadores y gestores en diversos tipos de movimientos. «Pueden definirse, crearse y manipularse agravios y descontentos por decreto de los intermediarios y los organizadores» (McCarthy y Zald 1976: 1215).

3. Esto da paso al siguiente escenario principal del desarrollo del movimiento: la elaboración estructural. Ésta opera a lo largo del camino que va desde un agregado de individuos movilizados a la completa organización de un movimiento.

(a) Podemos distinguir cuatro subprocesos de morfogénesis interna. Para empezar, puede observarse la emergencia gradual (articulación) de nuevas ideas, creencias, credos, «un vocabulario común de esperanza y protesta (Rudé 1964: 75). Con el tiempo, algunos movimientos desarrollarán su propia y peculiar *Weltanschauung*.

(b) A continuación está la emergencia (institucionalización) de nuevas normas y valores —que regulen el funcionamiento interno del movimiento y que proporcionen criterios para la crítica de las condiciones externas a las que apunta el propio movimiento. Éste es el enfoque de la teoría de Turner de la «norma emergente» (Turner y Killian 1972). Merece la pena hacer notar que las normas internas y los valores del movimiento pueden referirse a su funcionamiento interno, a su conducta hacia los otros miembros, a los lazos de lealtad y camaradería etc.; pero también pueden especificar determinadas formas de ocuparse de los oponentes, de realizar cambios estructurales. Lo último modela los «repertorios de contienda» (Tilly 1985) o las tácticas de

lucha que definen lo que está permitido, lo que es preferido, prescrito o proscrito en los tratos con los oponentes y enemigos del movimiento. En la estructura normativa interna del movimiento pueden distinguirse por tanto «el ethos de la solidaridad» y «el ethos de la lucha».

(c) El siguiente subproceso es la emergencia (modelado) de una nueva estructura organizativa interna: nuevas interacciones, relaciones, lazos, ligaduras, lealtades, compromisos entre los miembros. Lo que Zurcher y Snow dicen del compromiso puede aplicarse mutatis mutandis a cualquiera de las otras conexiones interpersonales predominantes en el movimiento: «es un fenómeno emergente e interaccional que ha de ser desarrollado por el movimiento mismo» (1981: 463). El efecto último de la construcción interna de estructura en este área es la aparición de una «organización del movimiento social» (OMS) completamente formada, definida como «una organización compleja o formal que identifica sus fines con las preferencias de un movimiento social o con un contramovimiento y que intenta llevar a cabo esos fines» (McCarthy y Zald 1976: 1218). Por ejemplo, el movimiento de los derechos civiles en los Estados Unidos comprendía diversas formas organizativas: el Congress of Racial Equality, la National Association for the Advancement of Colored People, Southern Christian Leadership Conference, el Student Non-Violent Coordinating Committee, etc. De forma parecida el movimiento conocido bajo el nombre de Solidaridad incluye comités de ciudadanos, Solidaridad Combativa, la Asociación Independiente de Estudiantes, Solidaridad Rural, etc.

(d) Por último, entre los subprocesos, hay una emergencia (cristalización) de nuevas estructuras de oportunidad, de nuevas jerarquías de dependencia, dominación, liderazgo, influencia y poder dentro del movimiento. La base de miembros del movimiento está siempre internamente estratificada; hay varios niveles de participación, de compromiso, de responsabilidad. El resultado óptimo sería sin duda «el alineamiento de los intereses individuales y de los fines del movimiento» (Zurcher y Snow 1981: 472), cuando la participación en el movimiento satisface las necesidades y las aspiraciones de los miembros y al mismo tiempo contribuyen a los cambios sociales buscados por el movimiento.

Pueden señalarse dos secuencias típicas de estos procesos morfogénicos, dependiendo del origen del movimiento. Cuando el movimiento surge de manera «volcánica», espontánea («desde abajo») como una especie de erupción de agravios y descontentos acumulados durante mucho tiempo, comienza normalmente en el nivel interactivo. La participación común en los estallidos de comportamiento colectivo (saqueos, manifestaciones, turbamultas, etc.) alimenta los lazos, las lealtades, los compromisos y produce en efecto algún tipo de estructura organizativa rudimentaria. Entonces aparece la ideología, a veces insuflada en el movimiento desde fuera, a veces tomada de una doctrina anterior, a veces articulada por líderes carismáticos. A continuación, el sistema normativo evoluciona lentamente y entonces surgen el ethos de la solidaridad y el ethos de la lucha. Por último, las divisiones internas entre líderes, seguidores, las masas, los simpatizantes, los compañeros de viaje y los «*free riders*» se cristalizan en la estructura de oportunidad.

La secuencia alternativa se observa cuando el movimiento surge como resultado de la manipulación, de una conspiración, de intermediación organizadora («desde

arriba»). Éste caso es el centro de atención de la Escuela de Movilización de Recursos. Aquí el comienzo del movimiento está normalmente marcado por la indoctrinación, se difunde una visión atractiva del futuro al tiempo que una crítica radical del presente, y se señala a las personas o a los grupos que se interponen entre el presente y el futuro. A continuación viene la institucionalización del nuevo orden normativo aparejado a la ideología. Esto es realizado por los organizadores del movimiento y es apoyado mediante las sanciones que administran. Sobre esta base, los nuevos modelos de interacción, y relaciones sociales más permanentes, van apareciendo lentamente entre los miembros del movimiento. Por último, la diferenciación de oportunidades dentro del movimiento (el acceso variable a diversos recursos controlados por el movimiento) se cristaliza, con divisiones claramente definidas entre la elite que lo lidera y las masas, los miembros y el público, los participantes y los simpatizantes.

Por supuesto, en las situaciones empíricas concretas ambas secuencias pueden solaparse, y los procesos pueden reforzarse mutuamente. Por ejemplo, en el caso de los movimientos de clase, populares, de protesta en los Estados Unidos, «El cemento que unía a los miembros de estos movimientos era un compromiso con determinados fines programáticos (estructura ideal y normativa en términos del esquema INIO) y lo que es igual de importante, implicación en acciones de masas —en boicoteos, cooperativas, sentadas, huelgas» (Adamson y Borgos 1984: 14).

Los diversos subprocesos o fases en la morfogénesis interna del movimiento no se producen necesariamente con armonía. A menudo puede observarse el crecimiento excesivo de alguno a costa de otros, dando lugar a diversas formas de patología y produciendo movimientos unidos internamente. Así, un énfasis demasiado fuerte en la articulación de la estructura ideal produce utopismo y diversos tipos de dogmatismo o fundamentalismo. Demasiada preocupación por la institucionalización de la estructura normativa conduce a la sobrerregulación y, paradójicamente, a menudo alimenta la anomia. El recalcar en demasía los lazos personales, las lealtades privadas, las interacciones íntimas e intensas entre los miembros del movimiento degenera fácilmente en faccionalismo, nepotismo y criterios particularistas para la admisión en cargos superiores. La diferenciación de oportunidades, de intereses de oportunidades vitales entre los miembros, a menudo conduce a la oligarquización y al desplazamiento de fines cuando el liderazgo coloca la preservación del movimiento mismo por encima de la realización de su programa inicial. McCarthy y Zald ven con claridad este peligro: «Las OMS funcionan de forma muy parecida a cualquier organización y, en consecuencia, una vez formadas operan como si la supervivencia de la organización fuera el fin primordial. Sólo si se presupone la supervivencia pueden perseguirse los otros fines» (1976: 1226).

No hace falta añadir que los desarrollos patológicos antes descritos afectan seriamente a la efectividad externa del movimiento a la hora de producir cambio, mutilándolo en cierta medida. Por otra parte, una morfogénesis interna armoniosa eleva el potencial de construcción de estructura: «A medida que avanza la movilización, cuando la unidad ordena más recursos, y cuando una parte mayor de los recursos totales disponibles es utilizada de forma conjunta en vez de individualmente, la unidad incrementa su capacidad para actuar colectivamente» (Etzioni 1968b: 243).

4. Un breve comentario acerca del último estadio en la carrera del movimiento: su terminación. Hay dos posibilidades. Una es optimista: el movimiento vence y por

tanto pierde su *raison d'être*, desmovilizándose y disolviéndose. La otra es pesimista: el movimiento no vence sino que es suprimido y derrotado, o agota su potencial de entusiasmo y decae gradualmente sin conseguir la victoria. Pero la situación puede ser más ambivalente. A veces, el éxito completo del movimiento puede prevaciar sus fines, conduciendo a su rápida disolución y provocando la resaca de las fuerzas contrarias. Los logros del movimiento pueden perderse si ya no hay una fuerza que los guarde. Esto es lo que algunos líderes de movimientos denominan como la «crisis de victoria» (Adamson y Borgos 1984: 4). En otros casos, el fracaso puede ayudar a descubrir y definir las debilidades de esfuerzos anteriores, a identificar a los seguidores verdaderamente comprometidos, a eliminar a los oportunistas, a reagrupar las fuerzas, a poner a los enemigos a la luz y, en efecto, a permitir un remodelamiento de las tácticas del movimiento que conduzca a su revitalización en nuevas formas. Esto puede denominarse «victoria en la derrota» (Sztompka 1988). Esto es lo que pasó cuando el movimiento Solidaridad fue suprimido en los años 80 y condujo a su victoria última en 1989.

### Dinámicas externas de los movimientos sociales

Hemos de dirigirnos ahora a la otra cara de la «doble morfogénesis», a saber, el impacto del movimiento social en la sociedad, y en particular su papel en la producción de transformaciones estructurales. Nos ocuparemos del movimiento social como si se tratara de una «caja negra», olvidándonos del complejo funcionamiento interno y de los desarrollos antes descritos, y concentrándonos exclusivamente en lo que hace a la sociedad externa sobre la que opera.

Desde esta perspectiva, la propiedad crucial del movimiento es su efectividad al introducir transformaciones estructurales. Esto puede denominarse su «potencial morfogenético». Juzgar la efectividad del movimiento al introducir cambios estructurales requiere relativizar. El efecto sobre las estructuras externas puede ser evaluado como relativo respecto a los fines proclamados del movimiento, o en comparación con oportunidades concretas, dadas histórica y objetivamente. Piven y Cloward nos recuerdan sucintamente que: «Lo ganado ha de juzgarse por lo posible» (1979: xiii). De forma parecida, los efectos manifiestos del movimiento, de los que los miembros son plenamente conscientes, han de distinguirse de las posibles funciones latentes (efectos colaterales no intencionados ni reconocidos). Por último los efectos de corto alcance han de distinguirse de los efectos de largo alcance que se manifestarán únicamente en el futuro.

Por tanto, el balance de consecuencias del movimiento social es siempre complejo y ambivalente. Lo que constituye un éxito en términos de una relativización, puede ser un fracaso en términos de otra, y viceversa. Por ejemplo, un movimiento de oposición derrotado, aplastado y destruido puede acarrear efectos estructurales duraderos que preparen su camino para la victoria final. Como dice Oberschall: «Un movimiento puede ser suprimido sin contemplaciones y, sin embargo, muchos de los cambios que había previsto pueden producirse posteriormente, porque la confrontación es una señal de advertencia para los grupos gobernantes de que es mejor que cambien de rumbo si no quieren ver levantamientos aún más explosivos en el futuro» (Obers-

chall 1973: 344). Por ejemplo, podría mostrarse que a pesar de la desaparición inicial del movimiento Solidaridad con la imposición de la ley marcial, tuvo éxito al insuflar al sistema la «lógica de la reforma», amplió el alcance de la participación en la vida política, transformó el equilibrio de fuerzas de las elites políticas y dejó una huella profunda en la conciencia colectiva (Sztompka 1988). Todo ello sirvió para preparar la victoria de Solidaridad ocho años después. Por otra parte, un movimiento que haya realizado aparentemente todos sus fines proclamados bien puede ser un fracaso si se le compara con el cúmulo de posibilidades históricas que dejó abandonadas, que se podían haber logrado en las circunstancias dadas. En este caso, han de pasar años para que estas posibilidades se pongan de relieve. Más aún, los efectos juzgados como éxitos del movimiento pueden implicar costes (latentes) involuntarios y no reconocidos que sobrepasen a los beneficios. Por último, las ganancias inmediatas pueden perderse a la vista de desarrollos a largo plazo.

El potencial morfogenético del movimiento puede manifestarse en modos de ruptura (destructivos) y creativos (constructivos). Normalmente, para introducir innovaciones estructurales, el movimiento ha de derribar o al menos debilitar las estructuras existentes. Sólo después pueden comenzar los esfuerzos constructivos. Algunos movimientos se quedan cortos en cuanto a verdadero potencial creativo y ejercen meramente una influencia de ruptura y desestabilización. Los movimientos hueros de potencial creativo están en cierta manera mutilados; un movimiento completo ha de mostrar ambos potenciales, el destructivo y el constructivo, para tener consecuencias históricas.

El potencial de transformación de la estructura, tanto el destructivo como el constructivo, puede tomar diversas formas dependiendo del aspecto (nivel, dimensión) de la estructura social al que esté dirigido. Podemos distinguir cuatro formas de potencial morfogenético. El potencial ideológico del movimiento puede concebirse como la medida de su impacto sobre la estructura ideal; el grado en el que el credo del movimiento, *Weltanschauung*, imagen del presente, imagen del futuro, definiciones de amigos y enemigos, etc., se extienda por la sociedad. Por ejemplo, el significativo papel ideológico del movimiento de los derechos civiles en los Estados Unidos es subrayado por Coser: «El choque del reconocimiento, la sacudida a la conciencia, sólo se produjeron cuando los negros, a través de acciones no violentas en el Sur y a través de manifestaciones cada vez más violentas en el Norte, llamaron a la fuerza la atención de la opinión pública blanca y de la estructura blanca de poder sobre el problema» (1967: 86). En el caso de Polonia, el movimiento Solidaridad, suprimido e ilegalizado por la ley marcial en 1981, desarrolló abundantes actividades clandestinas, publicaciones y educación, desvelando a las masas los «huecos» en la historia polaca, las verdaderas dimensiones de los crímenes estalinistas, los abusos de la burocracia del estado, la irracionalidad de las políticas económicas, etc. Todo esto preparó el terreno para una eventual victoria electoral y para la derrota del gobierno comunista en junio de 1989.

El «potencial de reforma» del movimiento significará la medida del impacto en la estructura normativa, expresada en la introducción de nuevos valores, formas de vida, reglas de conducta, modelos de rol entre la población. Los movimientos capaces de hacerlo consiguen lo que Burns y Buckley han denominado «metapoder» o «control relacional» (Burns y Buckley 1976: 215). Instituyen un nuevo entramado de re-

glas para el juego social. Esta capacidad es considerada, correctamente, esencial: «Las principales luchas en la historia humana y en la sociedad contemporánea giran en torno a la formación y reforma de los principales sistemas de reglas, las instituciones centrales de la sociedad» (Burns 1985: v).

A continuación, está el potencial reorganizativo, entendido como la medida del impacto sobre los modelos y canales de interacción social (organización social), el establecimiento de nuevos lazos sociales, la formación de nuevos grupos, la creación de redes de comunicación, la formación de coaliciones entre grupos, etc. Este proceso es claramente visible en la transición desde los sistemas monolíticos, centralizados y autocráticos de Europa del este a las sociedades pluralistas, democráticas y de mercado. Durante el «otoño de la naciones» de 1989, pudimos asistir al florecimiento de innumerables asociaciones, grupos voluntarios, partidos políticos, sindicatos que llenaban el «vacío sociológico» tan característico de los regímenes totalitarios.

Por último, podemos distinguir el potencial redistributivo como la medida del impacto del movimiento en la estructura de oportunidad; el grado en el que el movimiento es capaz de elevar los beneficios, los privilegios y las gratificaciones para sus miembros, seguidores, adherentes o simpatizantes, y en la misma medida de quitárselos a los oponentes o enemigos del movimiento. La disolución del sistema de la «nomenklatura» en las sociedades postcomunistas del este de Europa es un ejemplo reciente y elocuente. La redistribución de «oportunidades vitales» entre la población es el efecto final de la actividad de construcción de estructura del movimiento, y el acceso al poder prueba ser especialmente crucial para preservar los beneficios logrados y para controlar la distribución de recursos y bienes en el futuro. Como subraya Tarrow: «En ausencia de cambios en la estructura del poder político, las ventajas ganadas y el acceso legítimo acordados durante los ciclos de protestas son siempre reversibles» (1985: 53). Esto explica por qué la cuestión del poder es tan central en todos los movimientos orientados hacia la reforma o revolucionarios que pretenden la redistribución a gran escala.

El movimiento social logrará la totalidad de su potencial dinámico sólo si los cuatro dominios de la estructura social son atacados efectivamente. Reservaré el término «movimiento revolucionario» para este caso límite. En la realidad, los movimientos son a menudo mutilados, se concentran unilateralmente en una sola faceta del cambio social. Por ejemplo, algunos únicamente tienen éxito divulgando mitos, utopías, deseos piadosos e ideologías vacías sin contraparte alguna en otras dimensiones de la estructura social. En referencia a las rebeliones campesinas, Wolf subraya que esto está lejos de bastar para el éxito: «tal mito a menudo puede movilizar, y así ha ocurrido, a los campesinos para la acción, pero proporciona tan sólo una imagen común, no una estructura organizativa para la acción. Tales mitos unen a los campesinos no los organizan» (1969: 108). Otros movimientos pueden centrarse en difundir nuevos modelos de interacción, nuevas formas de vida, que *per se*, no son suficientes para un cambio estructural significativo y duradero. Los ejemplos de los *beatniks*, de los *hippies*, de los *punks*, de los *skinheads* y de parecidos movimientos contraculturales vienen fácilmente a la cabeza.

Si nos dirigimos ahora a los movimientos revolucionarios —pluridimensionales en el carácter de sus objetivos y de alcance más general en su impacto estructural— pueden observarse dos secuencias típicas, alternativas, en su morfogénesis estructural.

Una se origina «desde abajo»; comienza con una nueva ideología, de la que se derivan gradualmente nuevas normas y valores; a continuación su implementación produce patrones nuevos de interacción y organización; éstos, finalmente, están ligados a nuevas redes de intereses creados. Éste es el proceso morfogenético espontáneo. La secuencia alternativa opera en orden inverso. Comienza con la redistribución de recursos, de oportunidades, oportunidades vitales, «desde arriba», por decreto del movimiento que ha tomado el poder; a continuación el ejercicio de nuevas oportunidades conduce a nuevos modelos de interacción por vía de hechos en lugar de por medio de reglas; sólo su gradual cristalización y modelamiento da como resultado nuevas normas y valores; por último, las nuevas ideas, creencias y credos emergen como justificaciones o racionalizaciones de las nuevas disposiciones estructurales en otras esferas. Éste es el ciclo del proceso morfogenético promulgado.

Ahora hemos de reunir nuestras observaciones acerca de las dinámicas interna y externa de los movimientos sociales. La «doble morfogénesis» de los movimientos sociales no implica una secuencia de fases o estadios en los que la morfogénesis interna (la emergencia de la estructura interna del movimiento) precedería en el tiempo a la morfogénesis externa (la emergencia o transformación de estructuras sociales más amplias bajo el impacto del movimiento). No debemos confundirnos y pensar que el movimiento primero se cristaliza para poder adquirir potencial morfogenético, y que sólo después es capaz de emplearlo en la reforma estructural. Esta suposición de una secuencia temporal lineal ha de rechazarse, y han de abandonarse las categorías de «antes» y «después».

El movimiento social produce o influye en los cambios que acontecen en la sociedad no sólo cuando se ha estructurado final y completamente, sino, por el contrario, en todo momento desde su inicio, durante su propia morfogénesis interna. De forma parecida, los cambios en una sociedad que quedan fuera propiamente del movimiento retroalimentan su desarrollo no sólo cuando se completan, sino en todo momento de su construcción gradual, modificando constantemente la carrera del movimiento, su ritmo, velocidad y dirección. Como observa correctamente Lauer: «Cuando nos ocupamos de un movimiento social nos ocupamos de dos procesos que interseccionan e interactúan entre sí —el proceso del movimiento en sí y los procesos de la sociedad en su conjunto dentro de la cual el movimiento es operativo» (1976: xiv). Dos procesos interrelacionados de emergencia estructural, interna y externa, concurren en su proceder. El devenir del movimiento y el devenir de las nuevas estructuras sociales están mutua e íntimamente interconectados, estimulándose o frenándose el uno al otro. Hay un intercambio mutuo constante entre la morfogénesis interna parcial y la morfogénesis externa parcial.

### **El estado de las teorías de los movimientos sociales**

Permítanme terminar este capítulo con algunas valoraciones metateóricas del estado contemporáneo de las teorías de los movimientos sociales, de sus tendencias actuales y de sus perspectivas de futuro.

La sociología de los movimientos sociales, como cualquier subcampo de la sociología, está íntimamente relacionada con las teorías generales de la sociedad, Esta co-

nexión es mutua. Primero, cualquier investigación sobre movimientos sociales ha de presumir, de forma más o menos abierta, alguna imagen general de la sociedad. Segundo, los resultados alcanzados del estudio de los movimientos sociales añaden plausibilidad a determinadas imágenes generales de la sociedad y socavan otras. En otras palabras, diferentes teorías generales de la sociedad implican visiones distintas de los movimientos sociales y, a la inversa, diferentes teorías generales adquieren distintos grados de corroboración de la investigación en curso sobre movimientos sociales.

Tomemos algunos ejemplos. La teoría desarrollista («historicista»), que describe el proceso histórico como poseedor de una lógica específica, de un significado o de una forma, y como en progreso hacia una forma predeterminada de acuerdo con alguna «ley de hierro» de la historia, ha de tratar a los movimientos sociales meramente como síntomas, epifenómenos de cambios sociales en curso. Aparecen como la fiebre en los momentos de crisis sociales, de rupturas o de estallidos revolucionarios. Pero las causas reales del cambio están en otra parte, en el reino de la necesidad histórica. La teoría postdesarrollista, que se centra en el papel creativo de la agencia humana y afirma la naturaleza contingente, abierta, del proceso histórico, tratará a los movimientos sociales de una forma completamente diferente: como agentes, creadores, constructores, actores cruciales en el proceso histórico.

Consideremos ahora la versión ortodoxa del materialismo histórico en comparación con la teoría moderna de los «nuevos movimientos sociales». A primera vista, las diferencias radican principalmente en el tipo de colectividad social escogida para su examen: clases económicas homogéneas frente a grupos heterogéneos con intereses especiales y que saltan por encima de las divisiones tradicionales de clase. Pero de hecho la oposición de los dos enfoques es mucho más profunda. En la teoría marxista, los movimientos sociales, enraizados en los intereses de clase, son meros demiurgos de la historia, vehículos, portadores, ejecutores, de tendencias de desarrollo necesario. Como mucho pueden liberar o acelerar los procesos históricos, pero no pueden causarlos. Son convocados por la fuerza de lo inevitable en los modelos histórico-universales, emergen en momentos predeterminados para cumplir su misión revolucionaria y a continuación abandonan el escenario social.

En la teoría moderna de los movimientos sociales, éstos devienen los verdaderos agentes causales del cambio social y no meras emanaciones de un proceso histórico autónomo. Producen, crean, y hacen, y no se limitan a ejecutar transformaciones y revoluciones. Escriben de forma consciente el guión de la historia, en lugar de representar meramente papeles prescritos. Por tanto, no aparecen automáticamente cuando se los necesita sino que han de ser reclutados y movilizados de forma activa. No luchan por algún fin de la historia predeterminado, que como mucho podría ser acelerado, sino por causas específicas que han de elegirse de forma consciente.

Tomemos otro par de teorías generales opuestas. Dentro de la teoría de sistemas de la sociedad (por ejemplo, el «funcionalismo-estructuralismo» ortodoxo), los movimientos sociales no pueden aparecer sino como molestias, patologías, manifestaciones desviadas de orden o de desorganización social, que han de ser contrarrestadas o compensadas por los mecanismos equilibradores del sistema. Por otra parte, dentro del moderno enfoque de la elección racional, los movimientos sociales figurarán como medios normales para la obtención de fines políticos, como formas específi-

cas de acción política acometidas por colectivos de personas afanándose por sus fines cuando carecen de oportunidades institucionales, rutinarias, para la representación de intereses.

Podemos decir, por generalizar estos ejemplos y simplificar el cuadro, que hay dos modelos tradicionalmente opuestos de sociedad, que están relacionados con dos enfoques opuestos en el estudio de los movimientos sociales. El primer modelo enfatiza la movilización de los actores: los movimientos sociales surgen desde abajo, cuando el volumen de agravios, de descontento y de frustración de las poblaciones humanas excede un determinado umbral (Gurr 1970). Una versión de este modelo implica una especie de imagen volcánica (Aya 1979): los movimientos sociales son vistos como estallidos espontáneos de conducta colectiva y sólo más tarde se dotan de liderazgo, organización, ideología (los movimientos simplemente acontecen). Otra versión implica una imagen de intermediación o conspirativa: el movimiento social es considerado como una acción colectiva intencionada. El movimiento es reclutado, movilizado y controlado por líderes e ideólogos (conspiradores, «intermediarios del movimiento», etc.) en un intento por alcanzar fines específicos (en este modelo los movimientos sociales son modelados)(Tilly 1978).

El segundo modelo, opuesto, enfatiza el contexto estructural, que facilita o constriñe la emergencia de movimientos sociales; en suma, los movimientos estallan cuando la condiciones, circunstancias y situaciones lo permiten. Una versión de este modelo tiene afinidad con la metáfora de la capa de seguridad: el potencial de movimientos (presente en alguna medida en todas la sociedades y considerado una constante) es liberado desde arriba, cuando las constricciones, los diques y controles del nivel del sistema político se debilitan (Skockpol 1979). Otra versión enfatiza el acceso a los recursos: los movimientos son concitados por la apertura de nuevos medios y oportunidades que facilitan la acción colectiva (McCarthy y Zald 1976; Jenkins 1983). Con mucha frecuencia el carácter del sistema político (y particularmente el alcance de las «estructuras de oportunidad política» [Tarrow 1985]), tanto en sentido constrictor como facilitador, es señalado como el factor decisivo, central.

Los últimos tiempos han producido un fuerte impulso hacia la síntesis teórica, superando la oposición entre teorías orientadas hacia la acción y teorías orientadas hacia la estructura. Un claro reflejo de tal tendencia de síntesis se encuentra en las teorías actuales de los movimientos sociales. Los representantes del campo entrevistados a mediados de los 80 por Aldon Morris y Cedric Herring fueron unánimes: «Todos los teóricos que hemos entrevistado a ambos lados de esta divisoria teórica mantiene que tanto las variables sociopsicológicas como las estructurales son cruciales para la comprensión de los movimientos sociales, aunque difieren en cuanto a cómo pueden combinarse en una teoría general. La cuestión es si es posible borrar esta bipolaridad y combinar los dos enfoques» (Morris y Herring 1985: 72). Este clima continúa. No hace mucho Dieter Rucht declaró: «Una importante tarea para investigaciones futuras sería no la simple confrontación de análisis macro y microestructurales aislados...sino más bien la erección de puentes conceptuales»(1988: 325). Numerosos investigadores están realizando esfuerzos concretos para avanzar en esa dirección. Permítanme mencionar cuatro ejemplos.

Bert Klandermans argumenta que los fuertes prejuicios estructurales (organizacionales) de la teoría en boga de la movilización de recursos conduce al descuido de

la dimensión individual, psicológico-social. Esto, cree, ha de remediarse combinando una teoría nueva, modificada, psicológico-social (que enfatice la acción racional, la movilización del consenso y la movilización para la acción) con un enfoque adecuadamente atemperado de la movilización de recursos. El autor proclama que: «La teoría formulada en este artículo tiene como propósito romper tanto con los enfoques psicosociales tradicionales de movimientos sociales como con el descuido de los análisis psicológico-sociales por la teoría de la movilización de recursos» (Klandermans 1984, 596-7).

Myra Ferree y Frederick Miller han llevado a cabo un intento parecido para enriquecer la perspectiva de la movilización de recursos elaborando el olvidado nivel subjetivo. Se centran en dos procesos psicológicos cruciales para los movimientos orientados hacia la reforma y para los movimientos revolucionarios. Uno es el sistema de atribución (en la mayoría de los casos la politización), esto es, dirigir el descontento y culpar a las estructuras institucionales en lugar de a las personas (gobernantes). Otro es concitar el compromiso de los participantes, esto es, modelar las motivaciones conducentes al reclutamiento y a la acción. Desde su posición, ha de restaurarse una perspectiva psicológica mejorada en las teorías de la organización estructural para hacerlas más adecuadas. «Incorporar los presupuestos cognitivo-social-psicológicos en lugar de la terminología del incentivo en la estructura de la movilización de recursos ayudará a clarificar tanto la relación entre los movimientos y el resto de la sociedad como los procesos de desarrollo y crecimiento que sufren las organizaciones del movimiento» (Ferree y Miller 1985: 55).

Más llamativo aún es el intento de «salvar el abismo entre conducta colectiva y movilización de recursos» propuesto por uno de los más importantes exponentes de la teoría de la conducta colectiva, Ralph Turner. Éste reconoce las ganancias cognitivas obtenidas dentro de la perspectiva de la movilización de recursos, y argumenta en contra de considerarla como una alternativa irreconciliable con los enfoques más tradicionales de Park, Blumer, Smelser y él mismo. Admite que la teoría de la movilización de recursos añade percepciones cruciales a tres cuestiones no resueltas dentro de la teoría ortodoxa de la conducta colectiva. Una es la cuestión de la «extrainstitucionalidad»: por qué la gente se aleja de las formas institucionalmente establecidas. Otra es la «traducción de los sentimientos en acción»: por qué la gente convierte disposiciones extrainstitucionales en acciones. La tercera es el misterio del «actuar colectivo»: por qué la gente se junta para expresar sus sentimientos e impulsos. Por tanto, ambas escuelas teóricas «pueden articularse para producir una teoría más completa y equilibrada de los movimientos sociales que incorpore las contribuciones más esenciales de cada una» (Turner 1987: 1).

El esfuerzo por buscar un compromiso también viene del lado opuesto de la divisoria teórica. Los fundadores mismos de la perspectiva de la movilización de recursos, Doug McAdam, John McCarthy y Mayer Zald, al revisar el campo de los movimientos sociales, nada más comenzar su tarea, proclamaron un manifiesto de reconciliación: «Sólo combinando los amplios enfoques conceptuales de los enfoques más nuevos y de los más antiguos podremos esperar producir una comprensión completa de la dinámica de los movimientos» (1988: 695). Su ímpetu se concentra en el rechazo a las explicaciones unilaterales, sean «desde arriba», por referencia a las estructuras, o «desde abajo», invocando a las acciones, y en explicar las conexiones en-

tre las condiciones macroestructurales (políticas, económicas y organizativas) y las microdinámicas de los movimientos en evolución. «La idea es que ya no podemos construir los movimientos desde el individuo hacia arriba ni hacia abajo desde una proceso societal más amplio. Creemos que la acción real tiene lugar en un tercer nivel, intermedio entre el individuo y los amplios macrocontextos en los que está sumergido» (p.709).

Esta tendencia hacia la síntesis y la reconciliación parece acertada y correcta. El conocimiento sociológico no está reservado a una escuela o teoría. La tremenda complejidad del fenómeno de los movimientos sociales precisa fuentes múltiples de ilustración y sólo puede ser explicado de forma adecuada por una pluralidad de enfoques, o en último caso por una teoría multidimensional. «Los esfuerzos por establecer una relación entre los enfoques puede permitirnos tener una idea más completa de las regularidades sociales que hay tras la emergencia, existencia e impactos de los movimientos sociales» (Neidhardt y Rucht 1991: 443).

Tales empeños pueden proporcionar también un importante campo de prueba o «localización estratégica de investigación» (Merton 1973: 371) para la teoría general de la sociedad que intenta la síntesis de las «dos sociologías», la sociología individualista de las acciones y la sociología holista de las estructuras. En primer lugar, los movimientos sociales encarnan el carácter jánico de la realidad social; la dialéctica de los individuos y las totalidades sociales. McAdam, McCarthy y Zald observan que «la acción real en los movimientos sociales tiene lugar en algún espacio intermedio entre lo macro y lo micro» (McAdam *et al.* 1988: 729). Oberschall cree que los procesos que acontecen en los movimientos sociales están «proporcionando una conexión entre los microaspectos y los macroaspectos de la teoría (sociológica)» (1973: 21). Zurcher y Snow señalan correctamente que: «En ningún sitio es conceptual y empíricamente tan obvia la reciprocidad entre el individuo y la estructura social como en el funcionamiento de los movimientos sociales.» Por tanto: «el medio de los movimientos sociales es un escenario excelente para observar cómo los factores sociales influyen y son influidos por los actores» (pp.447,475). Por tanto, los movimientos sociales representan una forma intermedia en la anatomía de la realidad social.

Segundo, los movimientos sociales representan también un estadio intermedio en la emergencia dinámica del tejido social. Por tanto, nos permiten aprehender la realidad social tal y como nace. Esta cualidad intermedia de los movimientos sociales significa, por una parte, que toman parte en el modelado, en la construcción y en la reforma de la sociedad externa. Son uno de los agentes más importantes del cambio estructural y de la construcción de estructuras. Como dice Touraine, «los movimientos sociales pertenecen a los procesos mediante los cuales una sociedad produce su organización sobre la base de su sistema histórico de acción y vía conflictos de clase y transacciones políticas» (Touraine 1977: 298). Estudiar los movimientos sociales nos permite aprehender estructuras sociales mayores en el proceso de su emergencia o transformación.

Tercero, los movimientos sociales también tienen una cualidad intermedia en otro sentido: en su constitución interna son algo intermedio entre meras amalgamas de individuos actuando y totalidades sociales completas, cristalizadas: «los movimientos no son por completo ni conducta colectiva ni grupos de interés incipientes...Más bien contienen elementos esenciales de ambos» (Freeman 1973: 793). Por tanto, estudiar

los movimientos sociales nos permite aprehender la fase intermedia de la construcción de estructuras, nos permite ver cómo emergen y cambian las estructuras internas del movimiento. Killian resume esta idea: «el estudio de los movimientos sociales no es el estudio de grupos estables o de instituciones establecidas, sino de grupos e instituciones en proceso de devenir» (1964: 427). Una idea parecida es expresada por Rucht: «Los movimientos sociales no forman entidades estables y claramente definibles. Experimentan ciclos de expansión y contracción, y sus propósitos y estrategias también pueden cambiar» (1988: 313).

Así pues, los movimientos sociales aparecen como componentes cruciales del campo socioindividual en el proceso de constante autotransformación. Su estudio nos proporciona una fuerte corroboración de la teoría del devenir social.

## Capítulo 20

# LAS REVOLUCIONES: LA CUMBRE DEL CAMBIO SOCIAL

### La revolución como forma de cambio

Las revoluciones son las manifestaciones más espectaculares del cambio social. Señalan rupturas fundamentales en el proceso histórico, dan nueva forma a la sociedad humana desde dentro y remodelan a la gente. No dejan nada como antes; cierran épocas y abren otras nuevas. En el momento de la revolución, las sociedades experimentan la cumbre de su agencia, el estallido de su potencial de autotransformación. En la estela de las revoluciones, las sociedades y sus miembros parecen revitalizarse, casi como si renacieran. En este sentido las revoluciones son signos de salud social.

Por comparación con otras formas de cambio social, las revoluciones se distinguen por cinco rasgos. (1) Producen cambios del más vasto alcance, tocando todos los niveles y dimensiones de la sociedad: la economía, la política, la cultura, la organización social, la vida cotidiana, las personalidades humanas. (2) En todas estas áreas los cambios son radicales, fundamentales, y alcanzan al núcleo de la constitución y del fundamento societales. (3) Los cambios son excepcionalmente rápidos, aconteciendo de forma tan súbita como un estallido de dinámicas en medio del lento flujo de los procesos históricos. (4) Por todas estas razones las revoluciones constituyen los exhibiciones más sobresalientes de cambio; son tiempos excepcionales y por tanto memorables. (5) Concitan reacciones particularmente emocionales e intelectuales en los participantes y en los testigos: una erupción de movilización de masas; entusiasmo; excitación, alegría, júbilo, optimismo y esperanza; un sentimiento de poder y omnipotencia; el placer del activismo y la recuperación del sentido de la vida; dispara las aspiraciones y las visiones utópicas del futuro inmediato.

La ocurrencia de revoluciones merecedoras del nombre no se extiende de forma uniforme en la historia. Muchas de ellas parecen conectadas con la época moderna o reciente. Las revoluciones conocidas como «grandes» —la inglesa (1640), la americana (1776) y la francesa (1789)— alumbraron la modernidad. Las revoluciones rusa

(1917) y china (1949) iniciaron el período comunista, y las revoluciones anticomunistas de Europa central y oriental (1989) lo clausuraron. Por tanto, las grandes revoluciones parecen íntimamente conectadas con la modernidad, y con el ascenso de la modernidad su significación parece crecer. El «siglo rebelde» es el nombre dado por algunos historiadores al período que va desde 1830 a 1930 (Tilly *et al.* 1975). Entre los sociólogos «hay un consenso considerable acerca de que, si hay algún siglo que merece el título de “siglo de la revolución”, ése es el presente» (Taylor 1984: 4). Quizás junto a los de «progreso» y «ciencia», el de «revolución» completa el trío de los conceptos que encarnan el significado de nuestra época.

### La idea de revolución: una ojeada a su historia

Como la mayoría de los conceptos sociales, el de «revolución» lleva una doble vida, se presenta de dos formas. Primero, pertenece al discurso societal dominado por el sentido común. Desde aquí evoluciona a una imagen más compleja, profundamente imbuida de evaluaciones y connotaciones emocionales, que podría ser llamada el «mito de la revolución». Segundo, pertenece al discurso sociológico, aparece en el razonamiento científico. Aquí evoluciona para convertirse en un complejo constructo teórico que engendra hipótesis explicativas. Normalmente es llamado «teoría de la revolución». Ambos niveles del discurso, el societal y el sociológico, son componentes de la conciencia social. En tanto tales entran en una relación doble, dialéctica, con la vida social: reflejan circunstancias reales, acciones humanas, formas de organización social e instituciones; y también, reflexivamente, retroalimentan la vida social. El mito de la revolución y la teoría de la revolución son en sí, por tanto, ambas, reconstrucciones mentales de su tiempo y significativos agentes causales.

También son mutuamente interdependientes, y la segunda relación dialéctica no opera tanto *entre* los dos niveles, sino que esta vez lo hace *dentro* del nivel de la conciencia social, entre el discurso societal y el discurso sociológico. Como todos sabemos, la teoría sociológica es a veces ligeramente más sofisticada que el sentido común. La teoría de la revolución se inspira profundamente en el mito de la revolución; con algo de inevitable retraso explica y sistematiza lo que la gente corriente piensa acerca de la revolución. Pero también adquiere algo de autonomía y va más allá del sentido común. Esto es posible porque la teoría, inspirada como está por el sentido común, puede desarrollar su propia inercia, comenzar a vivir su propia vida y seguir su lógica propia de elaboración. También lo es porque una teoría singular no está aislada sino conectada con otras teorías, cae bajo el impacto de «movimientos teóricos» más amplios y refleja las premisas de un enfoque u orientación teórica dominante. Al ir más allá del sentido común, la teoría de la revolución puede entonces retroalimentar reflexivamente el mito de la revolución, y devenir entonces un factor importante en el remodelado de la imagen general de la revolución y, por tanto, indirectamente, influir las probabilidades y las formas de acción revolucionaria.

El concepto de revolución en su forma moderna es relativamente joven. El término había aparecido ya en el siglo XIV pero con un significado mucho más general, diferente. En aquel tiempo significaba meramente movimiento circular, dar vueltas. Nicolás Copérnico tituló su famoso tratado «Sobre las revoluciones de los cuerpos

celestes» (1543), y en el lenguaje de la astronomía o de la tecnología todavía nos referimos a los movimientos a lo largo de una trayectoria circular o a las rotaciones de una rueda como revoluciones. En el siglo xvii el término fue apropiado por la filosofía política. Vino a significar cambio cíclico de gobernantes o de elites políticas en los estados emergentes.

No es sino hasta el siglo xviii, con la gran Revolución francesa (1789) como arquetipo, cuando el concepto moderno de revolución toma forma. Empieza a ser usado para la descripción de parecidas rupturas epocales, la remodelación fundamental de la sociedad por la sociedad. El siglo xix con su dinamismo y optimismo ilimitados por la expansión de la modernidad (industria, urbanismo, capitalismo), fue también la edad de oro de la revolución, que dominó tanto el pensamiento cotidiano como la teoría social y política. La sociedad era vista como sometida a un cambio necesario y progresivo, guiado por la razón o por la historia, siempre para mejor, hacia un orden futuro ideal. Las revoluciones eran consideradas inevitables, umbrales cruciales en esta senda, momentos de galvanización y aceleración de procesos racionales y benéficos. Con el trabajo de Karl Marx el concepto de revolución tomó un sesgo particular, penetrando en el dominio de la ideología, como poderosa herramienta de crítica anticapitalista y de fundamentación alternativa del proyecto comunista.

El mito de la revolución comienza a desmoronarse y quebrarse en el siglo xx, la era de la modernidad decadente. El progreso da paso a la crisis como lema de la época. El mito de la revolución es socavado por la experiencia trágica y recurrente de las revoluciones reales. No pueden dejar de plantearse dos preguntas a la conciencia común. (1) ¿Por qué las revoluciones nunca acaban en lo que soñaron los revolucionarios? Por alguna ironía siempre acaban en su contrario, dando lugar a más injusticia, desigualdad, explotación, opresión y represión. (2) ¿Por qué la razón es reemplazada tan a menudo por la violencia, la pura coacción, la destrucción sin reparo? ¿Por qué los revolucionarios prometeicos son tan a menudo sustituidos por bandas de terroristas agresivos e irracionales? La revolución todavía es percibida como una ruptura fundamental en la continuidad social, producida por las masas humanas de forma violenta y súbita, pero ya no es vista como la encarnación de una lógica última de la historia, o como algo necesariamente progresista o en último término razonable. Las metáforas comunes de erupción volcánica, pasto de las llamas o terremoto sugieren que las revoluciones son percibidas como desastres en lugar de como redenciones o salvaciones de la humanidad. La mayor parte de la gente ya no sueña con las revoluciones sino que las teme. En este clima ideológico, los historiadores y sociólogos empiezan a cuestionar las imágenes gloriosas o heroicas de las revoluciones pasadas, y se ha producido una auténtica oleada de descripciones «revisionistas».

### **El concepto moderno de revolución**

El concepto moderno de revolución deriva de dos tradiciones intelectuales: la historiográfica y la sociológica. El concepto historiográfico de revolución denota una brecha radical en la continuidad, una ruptura fundamental, un «cataclismo» (Brinton 1965: 237) en el curso de la historia. La orientación del enfoque descansa en el patrón general del proceso histórico y la revolución señala los umbrales cualitativos en este

modelo. Con mucha frecuencia presupone alguna versión de pensamiento desarrollista. El ejemplo típico es la visión de Karl Marx de la secuencia de las formaciones socioeconómicas, donde «revoluciones sociales» denotan saltos cualitativos a fases superiores de desarrollo.

El concepto sociológico de revolución denota movimientos de masas que utilizan o que amenazan con usar la coacción y la violencia contra los gobernantes con el propósito de forzar cambios básicos y duraderos en sus sociedades. La orientación del enfoque se traslada desde el modelo general, dirección necesaria y resultados últimos, a los agentes causales, a los mecanismos y a los escenarios alternativos de los procesos sociales, los medios que utiliza la gente para modelar y remodelar la historia. La revolución es considerada como la mayor manifestación de creatividad humana, expresada en la acción colectiva en coyunturas críticas del proceso histórico. Esto significa un punto de vista más voluntarista, con énfasis en la agencia y en la contingencia. Tal concepto es típico de las recientes teorías postdesarrollistas del cambio social, que abandonan la idea de que la historia está predeterminada de acuerdo con un modelo o «lógica» constante.

El reflejo de ambas tradiciones, la historiosófica y la sociológica se encuentra en las definiciones actuales de revolución. Las ordenaremos en tres grupos. El primer grupo incluye aquellas definiciones que enfatizan la transformación fundamental, de gran calado, de la sociedad (pensando claramente en el caso paradigmático de las «grandes» revoluciones). El centro del enfoque está en el alcance y la profundidad del cambio. En este sentido «revolución» es un antónimo de «reforma». Así, encontramos que la revolución es definida como un «cambio súbito y radical en la estructura social y económica de la sociedad» (Bullock y Stallybras 1977: 542) o como «un cambio súbito y dramático en la estructura societal, o en alguna característica importante de ella» (Fairchild 1966: 259). Este significado también es característico del uso metafórico común, cuando hablamos de revoluciones tecnológicas, científicas o morales, y de revoluciones en la moda y en el arte.

El segundo grupo incluye las definiciones que enfatizan la violencia y la lucha, así como la velocidad del cambio. El centro del enfoque se sitúa en las técnicas de cambio. En este sentido «revolución» es un antónimo de «evolución». De este modo, numerosos autores definen la revolución como:

«los intentos de realizar cambios en la constitución de las sociedades por la fuerza» (C. Johnson 1968: 1)

«cambio sociopolítico fundamental logrado mediante violencia» (Gurr 1970: 4)

«sustitución drástica y súbita de un grupo a cargo de la dirección de una entidad política territorial por otro grupo que hasta entonces no llevaba el gobierno» (Brinton 1965: 4)

«La toma (o el intento de toma) de control sobre el aparato gubernamental —entendido como la principal concentración de medios de coerción, recaudación de impuestos y administración en la sociedad— por una clase, grupo o (lo que es más probable) una coalición, frente a otra» (Aya 1979: 44).

Quizás, las más útiles son las definiciones del tercer grupo, que combinan ambos

aspectos de las revoluciones en una formulación sintética. Así las revoluciones son entendidas como:

«cambio doméstico rápido, fundamental y violento en los valores dominantes y los mitos de una sociedad, en sus instituciones políticas, en su estructura social, liderazgo y actividades, y políticas del gobierno» (Huntington 1968: 264)

«transformaciones rápidas y básicas del estado de una sociedad y de las estructuras de clase... acompañado y en parte realizado a través de revueltas de clase desde abajo» (Skockpol 1979: 4)

«la toma del poder del estado a través de medios violentos por los líderes de un movimiento de masas, y donde tal poder es utilizado con posterioridad para iniciar importantes procesos de reforma social» (Giddens 1989: 605).

En resumen, parece existir un consenso sobre los componentes básicos, constitutivos, del fenómeno. (1) Las revoluciones refieren a cambios fundamentales, generales, multidimensionales que afectan al núcleo mismo del orden social. En este sentido, las reformas fragmentarias de las leyes, la administración, el reemplazo de gobiernos, etc., no cuentan como revoluciones. (2) Las revoluciones implican grandes masas de gente movilizadas y actuando dentro de un movimiento revolucionario. Los casos más característicos implican revueltas campesinas (Jenkins 1982) y levantamientos urbanos. En este sentido, incluso los cambios más profundos, más fundamentales, si son impuestos «desde arriba» por los gobernantes (por ejemplo, las reformas Meiji en Japón, las reformas de Atatürk en Turquía, las reformas de Nasser en Egipto, la *perestroika* de Gorbachev), no contarán como revoluciones. De forma parecida, incluso los cambios fundamentales, si son producidos por tendencias sociales espontáneas, no pueden ser referidos como revoluciones (salvo en su uso vago y metafórico como cuando hablamos de revoluciones científicas o técnicas). (3) La mayoría de los autores parecen creer que las revoluciones implican necesariamente violencia y coacción.

Éste es el único punto rebatible, a la vista de la evidencia histórica de movimientos «revolucionarios» básicamente no violentos y sorprendentemente eficaces y de largo alcance, como el gandhismo en la India, o movimientos sociales recientes en Europa central y del este, que forzaron el colapso del comunismo (por ejemplo, la «revolución pacífica» de la Solidaridad polaca, o la «revolución de terciopelo» en Checoslovaquia). Los observadores contemporáneos no han vacilado al denominar a estos últimos casos como revoluciones. Consideremos la opinión de un eminente historiador británico: «Las revoluciones de 1989 fueron revoluciones reales: revueltas populares ante las que los gobiernos armados, uno tras otro, sucumbieron; fue la recuperación por las naciones de su pérdida libertad» (Trevor-Roper 1989: 14). Podría añadirse que, aunque en el caso de las revoluciones anticomunistas (con la triste excepción de Rumanía) la violencia efectiva estuvo ausente, la amenaza potencial de violencia estaba implicada con claridad en lo masivo de la movilización y en el nivel de compromiso o excitación emocional de las masas. Fue bajo la presión de esa amenaza persistente de fuerza como se produjo la abdicación de las autoridades comunistas.

Para completar nuestra lista de definiciones de la revolución debemos consignar otros conceptos que se utilizan para denominar a los estallidos de conducta colectiva

o de acción colectiva, diferentes de las revoluciones. Por *coup d'état* o «revolución de palacio» entendemos el reemplazo súbito, no legal, de mandatarios, gobiernos o personal de instituciones políticas sin modificación del régimen político, de la organización económica o del sistema cultural. Por «rebelión», «insurrección» o «alzamiento» entendemos episodios de activismo violento masivo dirigidos contra los gobernantes internos o los conquistadores externos con el resultado de concesiones menores o reformas en lugar de transformación revolucionaria. Por «motín» entendemos el rechazo a obedecer de grupos de subordinados sin acompañamiento de una imagen positiva del cambio que se requiere. Por *putsch* entendemos la toma del gobierno, por la fuerza, de los militares, de segmentos del ejército o por un grupo de oficiales con apoyo suficiente en el ejército. Por «guerra civil» entendemos un conflicto armado entre segmentos de la misma población, motivado en la mayoría de los casos por enemistades religiosas o étnicas y dirigido a la aniquilación o supresión de los oponentes. Por «guerra de independencia» entendemos la lucha de sociedades dependientes, colonizadas o conquistadas, contra poderes externos. Por último, por «disturbio», «agitación» o «malestar social» entendemos expresiones espontáneas y dispersas de descontento, de agravio, de frustraciones huera de propósito concreto y que no aspiran a ningún cambio definitivo. Como puede verse, el comportamiento colectivo y las acciones colectivas toman formas múltiples, pero las revoluciones están claramente diferenciadas. Todos esos fenómenos pueden acompañar en situaciones históricas concretas a las revoluciones, precederlas o seguirlas, pero no son lo mismo que las revoluciones (Tilly 1978: 198).

### El curso de la revolución

Las revoluciones conocidas históricamente son extremadamente variadas. Consideremos algunos casos famosos: la inglesa (1640), la americana (1776), la francesa (1789), la rusa (1917), la mexicana (1919), la china (1949), la cubana (1959), la filipina (1985), las de Europa central y del este (1989). ¿Tienen algo en común? ¿Es posible generalizar inductivamente de tales acontecimientos dispersos y desvelar su curso característico?

Las primeras descripciones sociológicas de la revolución acometieron esa estrategia inductiva, e intentaron «establecer determinadas uniformidades de descripción» (Brinton 1965: 254). Éstas llegaron a conocerse como «historias naturales de las revoluciones» (Edwards 1927; Brinton 1965). Se considera que la secuencia típica consta de diez niveles.

1. Se ha dicho que todas las revoluciones son precedidas por una situación típica conocida como «preámbulo revolucionario» (Brinton 1965: 27): la intensificación del descontento, de las quejas, de los desórdenes y de los conflictos debido a crisis económicas o fiscales. Éstos son experimentados de forma más dolorosa por las clases sociales en ascenso, en lugar de por aquellos más miserables y oprimidos. «Los sentimientos más fuertes parecen generarse en el seno de aquellos hombres —y mujeres— que han hecho fortuna, o al menos tienen bastante para vivir, y que contemplan con

amargura las imperfecciones de una aristocracia socialmente privilegiada» (Brinton 1965: 251).

2. En el siguiente nivel acontece una «transferencia de lealtades en los intelectuales» (Edwards 1927): la difusión de la crítica, los debates acerca de la reforma, diversas formas de agitación, la proliferación de panfletos filosóficos o políticos y de doctrinas dirigidas contra el antiguo régimen. Tómese el caso de la Revolución Francesa y «repárese la lista, —Voltaire, Rousseau, Diderot, Raynal, d'Holbach, Volney, Helvétius, d'Alembert, Condorcet, Bernardin de St. Pierre, Beaumarchais— todos rebeldes, hombres que dirigieron su ingenio contra la iglesia y el estado» (Brinton 1965: 44). Comienza a extenderse un estado que podemos llamar de «espíritu revolucionario».

3. A continuación viene el intento del régimen de desviar la amenaza creciente mediante reformas parciales (por ejemplo las iniciativas de Luis XVI en Francia, las reformas de Stolypin en Rusia), pero éstas son percibidas como tardías y forzadas, como signos de debilidad, socavando todavía más la legitimidad del antiguo régimen.

4. La creciente incapacidad del estado para gobernar de forma eficiente da como consecuencia una «parálisis del estado» (Goldstone 1982: 190). Esto da a los revolucionarios, al menos, la posibilidad de tomar el poder.

5. El antiguo régimen se colapsa y se produce una «luna de miel revolucionaria», un período de euforia tras la victoria.

6. Las divisiones internas comienzan a aparecer entre los revolucionarios victoriosos. Hay conservadores que intentan minimizar el cambio, radicales que quieren impulsarlo hacia adelante y moderados que buscan una reforma gradual.

7. Los reformistas moderados predominan, e intentan preservar alguna continuidad con el pasado utilizando las organizaciones y el personal administrativo dejados por el régimen anterior. Esto no puede satisfacer las elevadas aspiraciones, esperanzas y sueños de las masas, y se pone en movimiento el malestar posrevolucionario.

8. Los radicales y extremistas son capaces de explotar la frustración que se ha extendido, de movilizar a las masas y de reemplazar a los moderados.

9. Comienza el estadio del «terror», cuando los radicales intentan reforzar el orden y eliminar toda traza del antiguo régimen. La agitación social que sigue proporciona su oportunidad a los dictadores fuertes y a los líderes militares para tomar el poder.

10. Eventualmente se restaura un cierto equilibrio en la última fase, el «thermidor» o «convalecencia tras la fiebre de la revolución» (Brinton 1965: 205), «cuando los excesos de los radicales son condenados, y el énfasis se traslada del cambio de instituciones políticas al progreso económico dentro del marco de instituciones estables» (Goldstone 1982: 192).

Tal descripción de la revolución pone de relieve importantes aspectos del fenómeno. Nos dice algo acerca de *cómo* ocurren las revoluciones, pero no contesta a la pregunta más importante: ¿Por qué ocurren? Esta última pertenece al dominio de la teoría, más que al de las meras «historias naturales» de la revolución. Cualquier teoría digna de ese nombre debe constar al menos de tres tipos de componentes: (1) ha de sugerir una imagen general o un modelo conceptual del fenómeno; (2) ha de seleccionar determinados factores o variables como determinantes primarios, como causas o

mecanismos de la revolución; (3) ha de implicar un conjunto de hipótesis contrastables acerca de las interdependencias entre variables, y en particular acerca de los orígenes, curso y resultados de las revoluciones.

### **Los modelos de revolución**

La clasificación más general de las teorías de la revolución puede basarse en la imagen o modelo que presuponen. Algunas teorías enfatizan la agencia, la movilización de los actores; otras teorías ponen el acento en el contexto estructural, en las condiciones en las que acontecen las revoluciones. Así dentro del tipo primero encontramos el modelo más tradicional de revolución, el «modelo volcánico». Las revoluciones estallan desde abajo, espontáneamente, como resultado de tensiones acumuladas, de agravios, de descontentos que superan un determinado umbral. Son realizadas por masas de gentes desesperadas, que ya no pueden vivir como hasta entonces. Es la imagen de «la erupción periódica de tensiones psicológico-sociales que bullen en los grupos humanos como lava bajo la corteza de la tierra o como vapor en un géiser» (Aya 1979: 49).

Un énfasis parecido en la agencia es adoptado por un modelo distinto, el «modelo conspirativo». La revolución también es vista primariamente como la creación de alguien, pero esta vez los agentes no son las masas mismas, sino agitadores externos que empujan a la masas a la acción revolucionaria. Las masas sucumben a la manipulación, a la propaganda y a la ideología de los revolucionarios profesionales (o de sus grupos de elite) instigando a la gente a la acción. Las revoluciones aparecen como «el trabajo de subversivos que, con un genio siniestro para las marrullerías y la coacción, concitan a la violencia a lo que en otras condiciones serían masas desinteresadas» (Aya 1979: 49). Desde esta perspectiva las revoluciones no estallan sino que son el resultado de una conspiración. «La escuela de la conspiración considera a las revoluciones como algo forzado, como un crecimiento artificial, cuyas semillas han sido cuidadosamente plantadas en un suelo bien trabajado y abonadas por jardineros-revolucionarios, y misteriosamente maduras por esos mismos jardineros contra las fuerzas de la naturaleza» (Brinton 1965: 86).

El segundo tipo de teorías se centra en el contexto estructural. Éstas presuponen que en toda sociedad hay siempre una gran acumulación de descontento, pero que sólo bajo determinadas condiciones estructurales facilitadoras éste dará como resultado la revolución. Las revoluciones no se hacen sino que se desencadenan. Una variación de tal razonamiento es la representada por el «modelo de la capa de seguridad». Las revoluciones erupcionan sólo cuando hay una quiebra en el control gubernamental, una relajación de las medidas represivas, un colapso del estado. «Las situaciones revolucionarias se han desarrollado debido a la emergencia de crisis político-militares del estado y de la dominación de clase. Y sólo debido a las posibilidades así creadas han podido los líderes y las masas rebeldes contribuir a la realización de las transformaciones revolucionarias» (Skockpol 1979: 17).

Otra variedad de este enfoque puede denominarse «modelo del tesoro abierto». Las revoluciones erupcionan sólo cuando emergen nuevos recursos y oportunidades. Entre ellas se concede una importancia crucial a las «estructuras políticas de oportu-

nidad», a la estructura de las leyes, derechos y libertades que abren posibilidades para la acción colectiva. Otras oportunidades tienen que ver con la proximidad ecológica de grandes masas de gente en espacios urbanos e industriales. Por último, algunos autores sostienen que la desorganización social y el desequilibrio (desequilibrio del sistema) creados por el rápido cambio social crea oportunidades estructurales facilitadoras de la movilización revolucionaria.

Los modelos centrados en la agencia y los modelos centrados en la estructura de la revolución difieren en lo que presuponen y en lo que consideran problemático. Cada uno parece aprehender una parte de la verdad. Quizás la teorización futura dé un giro más ecléctico, multidimensional, e intente integrar todas las facetas del complejísimo fenómeno de la revolución en un modelo coherente. Examinemos con mayor detalle algunas teorías de la revolución que podrían proporcionarnos el material necesario para tal síntesis futura.

### Principales teorías de la revolución

Me propongo ilustrar cuatro «escuelas» principales en la teoría de la revolución —conductista, psicológica, estructural y política— utilizando el trabajo de sus representantes más famosos. Necesariamente la discusión será muy selectiva y esquemática (para un tratamiento más completo véase Taylor 1984).

1. La primera teoría moderna de la revolución fue propuesta en 1925 por Pitirim Sorokin (1967). Basaba sus conclusiones primariamente en la experiencia de la revolución rusa de 1917, en la que participó y jugó un cierto papel político. Su teoría puede considerarse como un ejemplo del enfoque conductista puesto que se centra en la «perversión revolucionaria del comportamiento de los individuos» (p.367) y busca las causas de tal perversión en el dominio de las necesidades o instintos humanos básicos. «La ejecución de las grandiosas tragedias, dramas y comedias de las revoluciones en el escenario histórico es determinada principalmente por los reflejos innatos reprimidos» (p.383). La revolución está marcada por cambios fundamentales en el comportamiento humano típico. «La vestidura convencional del comportamiento civilizado rápidamente desaparece y en lugar de un semejante nos encontramos cara a cara con una bestia suelta» (p.327). Sorokin traza y documenta tales cambios en tres áreas: «La transformación de las reacciones de habla», «la perversión de las reacciones de propiedad», «la perversión de las relaciones sexuales», «la perversión de las reacciones laborales», «la perversión de las reacciones de autoridad y subordinación» y «la perversión de las formas de conducta religiosa, ética, estética y otras formas de conducta adquirida» (pp.41-169). Estas perversiones múltiples «rompen los reflejos condicionales, acaban con la obediencia, la disciplina, el orden y las formas civilizadas de comportamiento y convierten a los seres humanos en hordas salvajes y enloquecidas» (p.376).<sup>4</sup>

A continuación, este autor plantea la pregunta teórica crucial: «¿Por qué?» y adelanta dos hipótesis causales principales. La primera se refiere a las fuerzas motrices que hay tras las masas revolucionarias. «La causa inmediata de la revolución es siempre el crecimiento de la “represión” de los instintos principales de la mayoría de la

sociedad, y la imposibilidad de obtener para esos instintos el mínimo necesario de satisfacción» (p.367). «Tanto una “represión” excesivamente fuerte de los instintos más importantes, o la represión de un gran número de ellos, son indispensables para producir un estallido revolucionario... Más aún, es necesario que se extienda la “represión”, si no a la gran mayoría sí a una parte considerable de la sociedad» (p.369). Entre los instintos principales Sorokin consigna los siguientes: «deseo de alimento, de seguridad individual, de conservación colectiva del grupo, comodidades básicas (vivienda, vestido, calefacción), el reflejo sexual, la propiedad, la autoexpresión y la identidad individual. Las restricciones a la libertad de comunicación, de palabra y de acción, la monotonía de la experiencia y la supresión de la creatividad son señaladas como condiciones contribuyentes añadidas. Este autor señala que las represiones y las restricciones adquieren una fuerza motivacional diferente dependiendo de la estructura comparativa «que uno tenía antes» o que «otros tienen» (p.369), por ejemplo, con el nivel de satisfacción normal o acostumbrado.

La segunda hipótesis se refiere a la reacción de las elites de poder establecidas. «También es necesario que aquellos grupos que defienden el orden existente carezcan de medios para suprimir las intenciones subversivas» (p.370). De otra forma, si poseen suficiente poder coactivo, las revoluciones terminarán como mucho en disturbios aplastados. «Las épocas prerrevolucionarias sacuden literalmente al observador por la incapacidad de las autoridades y la degeneración de las clases privilegiadas gobernantes: parecen ser al tiempo incapaces de realizar las funciones ordinarias del poder, por no hablar de oponerse a la revolución con la fuerza» (p.399).

Dos hipótesis especifican las condiciones necesarias para la revolución y juntas definen la condición suficiente. Si ambas condiciones —presión desde abajo y debilidad arriba— coinciden, entonces la revolución se hace inevitable.

Las revoluciones, sin embargo, no reparan los problemas de los instintos suprimidos. Todo lo contrario: el caos posrevolucionario incrementa la dificultad de satisfacer las necesidades básicas. La gente comienza a implorar orden y estabilidad. Al mismo tiempo el fervor revolucionario se agota y el «depósito de energías de reserva del organismo humano» es limitado. En efecto, es probable que se inicie una contrarrevolución, y tendría muchas posibilidades de victoria. «La población parece una masa inerte, lista para el modelado. Se presenta como un material favorable para la acción de cualquier “represor”» (p.410). Llega el día de los déspotas y los tiranos. Tal es la irónica conclusión de todas las revoluciones.

2. Las teorías psicológicas abandonan el reino de los reflejos de comportamiento o de los instintos básicos y se trasladan al reino más complejo de las orientaciones motivacionales y de la actitud. Tales teorías están más próximas al sentido común. No ha de causar pues sorpresa que hayan adquirido una gran popularidad y se hayan convertido en los enfoques más elaborados. Quizás el más influyente de todos ellos sea el propuesto por James Davies (1962) y Ted Gurr (1970) bajo el nombre de «teoría de la privación relativa». Las revoluciones son causadas por un doloroso síndrome mental que se extiende entre la población, agravado porque afecta a mucha gente y que motiva una lucha colectiva para aliviarlo. «La miseria alimenta la revuelta», o por decirlo de forma más precisa, la miseria de la que la gente es consciente y que define como injusticia empuja a la gente a la rebelión.

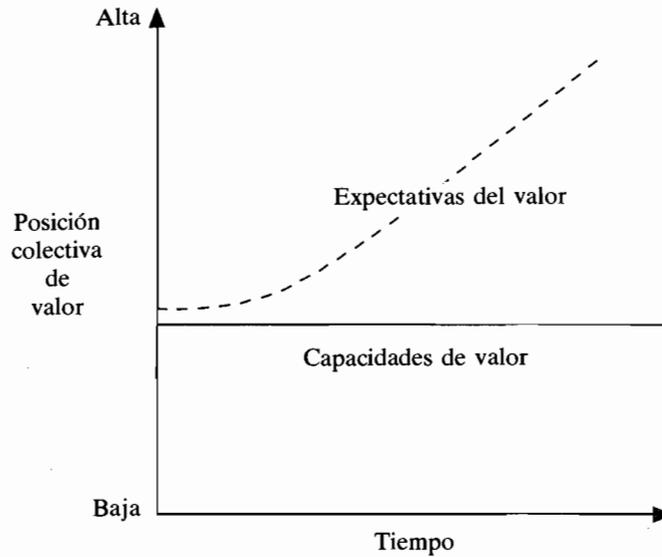
El concepto de privación relativa fue introducido por W.G. Runciman. En su descripción, «La magnitud de la privación relativa es la medida de la diferencia entre la situación deseada y la de la persona deseante (tal como la percibe)... El grado de privación relativa es la intensidad con la que se siente ésta» (Runciman 1966: 10). De forma más precisa, en la formulación de Ted Gurr se refiere a la discrepancia percibida entre las expectativas de valor (bienes y condiciones de vida a los que la gente cree que tiene derecho) y capacidades de valor (bienes y condiciones que esperan obtener o mantener realmente dados los medios sociales a su disposición) (Gurr 1970: 24).

El punto crucial es que la gente siente que tienen derecho a determinados niveles de satisfacción. Incluso si están extremadamente empobrecidos en sentido absoluto, pero lo aceptan como debido a su destino o a la providencia o como su estatus social predeterminado, no surge el fermento revolucionario. Solamente nace la privación relativa cuando comienzan a cuestionar las condiciones existentes, cuando empiezan a definir lo que en justicia *deberían* tener y a percibir la diferencia entre lo que *deberían* tener y lo que tienen. La experiencia está íntimamente relacionada con la percepción de la injusticia, que surge de la comparación entre lo que la gente tiene realmente y lo que otros, parecidos a ellos, han conseguido. El sentimiento de injusticia nace ante la existencia de «inflexibilidades sociales que restringen de forma diferenciada a un grupo el disfrute de condiciones disfrutadas por otros grupos» (Gurr 1970: 129). El tema de la privación (relativa a aspiraciones justificadas), más el tema de la injusticia (relativa a lo que otros disfrutaban), se hace dominante en la conciencia social del período inmediatamente precedente a la revolución. «Lo que se necesita es la conciencia de la pobreza y la conciencia de la opresión, y la convicción de que la pobreza y la opresión no son el orden natural del mundo. Es curioso que en este caso la experiencia sola, no importa lo dolorosa que esta sea, no basta» (Kapusinski 1985: 86). Es necesario definirlo y percibirlo como doloroso. «Las revoluciones no pueden prescindir de la palabra “justicia” y de los sentimientos que despierta» (Brinton 1965: 35). ¿Cómo se produce este síndrome mental? ¿Cuál es su etiología? Si se aduce la dimensión temporal, pueden distinguirse tres desarrollos históricos que conducen a la emergencia de una aguda privación relativa que alcanza el nivel revolucionario. La primera ruta es denominada privación aspiracional. La curva de logros permanece más o menos constante, pero en un momento dado la curva de las aspiraciones justificadas se eleva de forma considerable. Esto ocurre porque un influjo de nuevas ideologías (sistemas de valores, credos religiosos o políticos) establece patrones nuevos de lo que la gente merece y debe esperar justificadamente. O se produce el «efecto demostrativo» de los niveles de vida disfrutados por otras sociedades o por algunos grupos privilegiados en la propia sociedad. En consecuencia, aunque no cambie nada en lo relativo a las condiciones reales de vida, los niveles esperados son elevados y este cambio, que es de tipo exclusivamente psicológico, hace insoportable la privación.

La gente «está encolerizada porque siente que no tiene medios para satisfacer las expectativas nuevas o intensificadas» (Gurr 1970: 50). La «revolución de las expectativas en crecimiento» puede ir a continuación (figura 20.1).

El opuesto simétrico de la privación aspiracional es denominado privación decreciente. En este caso las aspiraciones permanecen más o menos constantes, pero súbitamente hay una caída en los niveles de vida alcanzables de forma realista. Esto puede acontecer por una crisis económica o fiscal, un declive en la eficiencia del estado al

FIGURA 20.1. *Privación aspiracional* (Fuente: Gurr 1970: 51). Reproducida con permiso de Princeton University Press.



proporcionar seguridad pública, el estrechamiento de las oportunidades políticas para la participación acompañado de un giro en dirección a un régimen dictatorial o autoritario. La diferencia entre lo que la gente considera su derecho y lo que en realidad tiene se vuelve insoportable. «La gente, probablemente, se encoleriza más intensamente cuando pierden aquello que tenían que cuando pierde la esperanza de lograr aquello que aún no habían obtenido» (Gurr 1970: 50). La «revolución de los beneficios evaporados», como podría denominarse a este caso, es quizás más común en la historia que la «revolución de las expectativas crecientes» (figura 20.2).

El tercer caso, conocido como «privación progresiva» es analizado por James Davies (1962) y se representa por la llamada curva J (figura 20.3). Combina los mecanismos mostrados por los dos casos anteriores. Las aspiraciones y los logros suben en paralelo durante un tiempo considerable, marcando una época de prosperidad y progreso en las condiciones reales de vida acompañada de una expansión conexas de las esperanzas y los sueños acerca del futuro. A continuación las curvas se separan súbitamente, las aspiraciones continúan creciendo mientras que los logros reales quedan bloqueados o incluso remiten (debido a desastres naturales, guerras, descalabros económicos, etc.).

Esto produce una distancia cada vez mayor, insoportable. «El factor crucial es el temor vago o concreto de que el terreno ganado durante un largo período de tiempo se pierda rápidamente» (Davies 1962: 8). La «revolución del progreso frustrado», como se la podría llamar, no tarda en acontecer. Como explica Davies,

Las revoluciones ocurren con mayor probabilidad cuando un período prolongado de desarrollo económico y social es seguido por un breve período de aguda recesión. El resultado crucial so-

FIGURA 20.2. Privación decreciente (Fuente: Gurr 1970: 47). Reproducida con permiso de Princeton University Press.

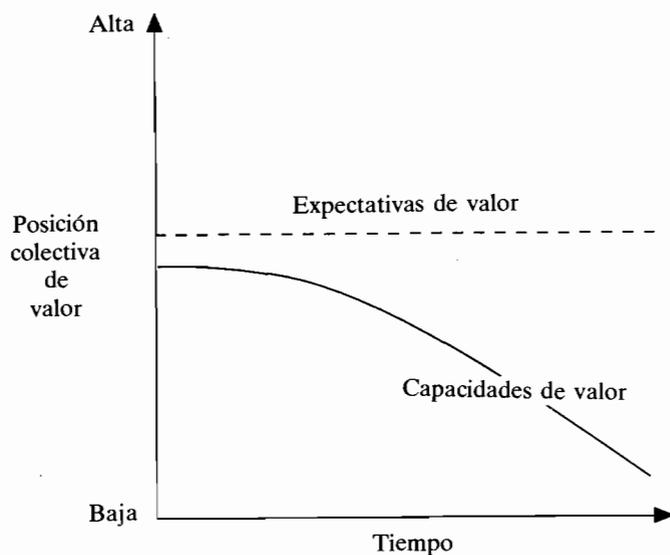
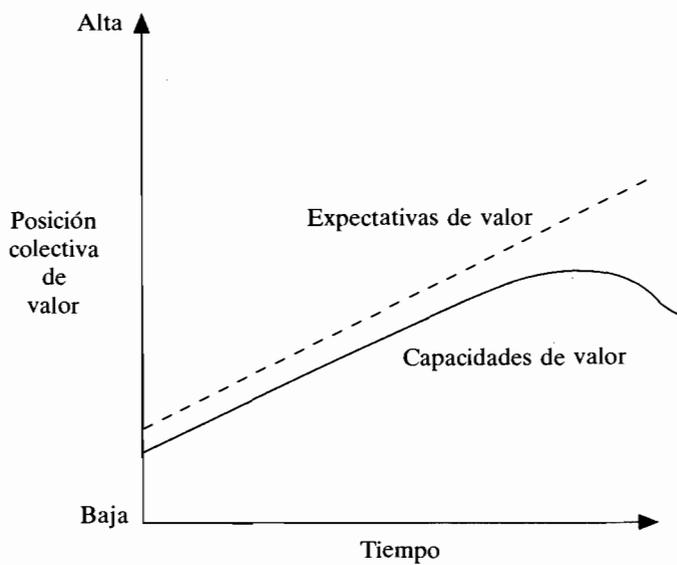


FIGURA 20.3. Privación progresiva (Fuente: Gurr 1970: 53). Reproducida con permiso de Princeton University Press.



bre la gente de una sociedad particular es el de producir, en el primer período, la expectativa de una capacidad continua para satisfacer las necesidades —que continúan creciendo— y posteriormente, en el período último, un estado de ansiedad mental y de frustración cuando la realidad manifiesta se aleja de la realidad anticipada (Davies 1962: 6; 1971).

De todas las teorías de la revolución, la teoría de la privación relativa es la que genera mayor número de hipótesis comprobables. Gurr (1970: 360-7) consigna casi cien y proporciona corroboración tentativa por medio de numerosas ilustraciones y estadísticas, así como de evidencias históricas. La principal acusación lanzada contra la teoría de la privación relativa son sus prejuicios psicológicos y su menosprecio por las variables estructurales. «Su acento sobre los procesos psicológicos del nivel individual no toma en cuenta el contexto macroestructural: las revoluciones son retratadas como manifestación de frustración y agresión incontrolables o como una disonancia cognitiva en lugar de como algo que surge de la estructura de desigualdad de riqueza, poder y estatus entre los distintos grupos en las sociedades» (Taylor 1984: 91).

3. Las teorías alternativas de la revolución centran su atención en el nivel macroestructural, con menosprecio por los factores psicológicos. Para las llamadas «teorías estructurales» las revoluciones son resultado de tensiones estructurales, y primordialmente de la configuración específica de las relaciones entre los ciudadanos y el estado. Las causas de las revoluciones han de buscarse en el nivel específicamente social, en el contexto de las relaciones de clase y de grupo (nacional e internacional) en lugar de en las cabezas de los ciudadanos, en sus mentalidades o en sus actitudes. El exponente contemporáneo más destacado de la escuela, Theda Skockpol, reclama una «perspectiva estructural, que enfatice las relaciones objetivas y los conflictos entre grupos y naciones diversamente situados, en lugar de los intereses, perspectivas o ideologías de actores particulares en las revoluciones» (1979: 291). Cita a Eric Hobsbawm al decir que «la evidente importancia de los actores en el drama... no significa que sean ellos los dramaturgos, los productores y los que diseñen el escenario» (p.18).

Sobre la base de abundantes evidencias históricas, Theda Skockpol compara las Revoluciones francesa, rusa y china, y nos proporciona una descripción estructural general de sus causas así como de sus cursos y resultados. Siguen un modelo de tres estadios. (1) Se producen rupturas y crisis políticas y económicas dentro del antiguo régimen. «Las autocracias y sus administraciones centralizadas y ejércitos, atrapadas en una pinza de presiones entre las estructuras domésticas de clase y las exigencias internacionales, se escinden, abriendo paso a las transformaciones sociales revolucionarias promovidas por revueltas desde abajo» (Skockpol 1979: 47). (2) La crisis del régimen abre oportunidades a la revuelta de masas de los campesinos y/o de los trabajadores urbanos. La quiebra del antiguo régimen es una condición necesaria pero no suficiente para la revolución. «Las revueltas campesinas han sido el ingrediente insurreccional crucial en prácticamente todas las revoluciones sociales reales (esto es, exitosas) hasta la fecha» (pp.112-13). Pero tan sólo pueden acontecer a condición de una ruptura política anterior. «Es la ruptura de la capacidad represiva coordinada de un estado anteriormente unificado y centralizado lo que crea finalmente las condiciones directamente o en último término favorables a las revueltas extensas e irreversibles de campesinos contra terratenientes» (p.117). (3) El tema principal de

la revolución en el tercer estadio también es político: se trata de la reconsolidación, reorganización y reintegración del estado y la administración por la nueva elite política llegada al poder tras el éxito en la expulsión del antiguo régimen. «Las revoluciones se consuman por completo sólo una vez que las nuevas organizaciones del estado —administraciones y ejércitos, coordinados por el ejecutivo que gobernaba en nombre de los símbolos revolucionarios— son erigidas en medio de los conflictos de las situaciones revolucionarias» (p.163). Típico de la teoría de Skockpol es el énfasis en los factores políticos e internacionales. «Tanto el que se den las situaciones revolucionarias, en primer lugar, como la naturaleza de los nuevos regímenes que emergen de las situaciones revolucionarias dependen fundamentalmente de las estructuras de las organizaciones del estado y de su relación parcialmente autónoma y dinámica con otros estados en el exterior» (p.284). Y predice: «en las futuras revoluciones, como en las del pasado, la esfera del estado será central» (p.293).

La teoría estructural de nuevo es acusada de unilateralidad y de olvidar los aspectos psicológicos, individuales. Se centra claramente en las precondiciones estructurales y en los efectos estructurales, olvidando por completo los complejos procesos que se dan entremedias, cuando las masas de gente movilizadas y organizadas por los líderes dirigen realmente la revolución. «Skockpol olvida que seres humanos que piensan y actúan (aunque sea de forma azarosa) son la conexión mediadora entre las condiciones estructurales y los resultados sociales. Más aún, las condiciones estructurales no dictan en absoluto lo que hacen los seres humanos; tan sólo ponen algunos límites a la acción humana o definen un cierto marco de posibilidades» (Himmelstein y Kimmel 1981: 1153). El mensaje que sus críticos extraen del análisis de las teorías estructurales es el mismo que ofrecimos antes: reclamar una posición sintética, multidimensional. «Skockpol considera al análisis estructural y al análisis de la voluntad como opuestos mutuamente excluyentes, en lugar de como dos elementos necesarios en una explicación sociológica completa» (Himmelstein y Kimmel 1981: 1154).

4. Las teorías políticas de la revolución adoptan una perspectiva aún más limitada. Consideran a las revoluciones como fenómenos inherentemente políticos que surgen de procesos que acontecen exclusivamente en el dominio político. Son vistas como el resultado de «equilibrios de poder en cambio y de luchas por la hegemonía entre contendientes por el poder del estado» (Aya 1979: 49). Un buen ejemplo de tal enfoque es el proporcionado por Charles Tilly (1978). Este autor considera que las revoluciones no son fenómenos extraordinarios, excepcionales, ni desviaciones; todo lo contrario —por parafrasear la famosa fórmula de Clausewitz— son precisamente «la continuación de la política por otros medios», esto es, son variaciones del proceso político normal en el que diversos grupos intentan realizar sus fines ganando poder. Las revoluciones son las formas extremas de contienda por el control político (de aquí el «modelo de contienda» de la revolución). Se producen solamente cuando los contendientes son capaces de movilizar los masivos recursos necesarios para arrebatar el poder al antiguo régimen (Goldstone 1982: 193). El contexto más amplio donde hay que situar conceptualmente a las revoluciones es denominado «modelo político». Se trata de un conjunto de componentes interrelacionados que incluyen entre otros: «el gobierno: una organización que controla la principal concentración de medios de coacción de la población. El contendiente: cualquier grupo que, durante un período de

tiempo determinado, aplique recursos acumulados para influir al gobierno. Los contendientes constan de pretendientes y de miembros del estado. Un miembro es un contendiente que tiene acceso rutinario, a bajo coste, a los recursos controlados por el gobierno. Un pretendiente es cualquier otro contendiente» (Tilly 1978: 52). No hace falta decir que es entre los pretendientes, sin medios legítimos para realizar sus intereses, donde se produce la movilización revolucionaria. Por movilización entiende Tilly un incremento en los recursos bajo el control colectivo de los pretendientes o un incremento en el grado de control colectivo (p.54). La movilización es un prerrequisito de la acción colectiva en favor de bienes comunes. La revolución es una forma especial de acción colectiva que se distingue por precondiciones particulares («situación revolucionaria») y por fines particulares («resultados revolucionarios»). El rasgo más importante de la situación revolucionaria es la «soberanía múltiple» o, en otras palabras, «la multiplicación de gobiernos», «Una situación revolucionaria comienza cuando un estado anteriormente bajo el control de un gobierno singular, soberano, se convierte en objeto de demandas efectivas, en competencia y mutuamente exclusivas por parte de dos o más gobiernos distintos. Termina cuando un solo gobierno soberano recupera el control sobre el estado» (p.191). Aquí la población es confrontada con al menos dos centros de poder con demandas incompatibles: el primer gobierno y el gobierno contendiente. Hay cuatro variantes posibles de esta situación. (1) La conquista, cuando un estado soberano intenta someter a otro estado soberano. (2) Cuando un estado subordinado (por ejemplo, un estado bajo control federal, o una colonia sujeta a una potencia extranjera) afirma su soberanía. (3) Cuando los pretendientes movilizan y adquieren control sobre partes del aparato del estado. (4) Cuando el gobierno está fragmentado en dos o más bloques, cada uno de los cuales adquiere un poder parcial sobre el estado (pp.191-2). La revolución se produce cuando una proporción suficiente de los ciudadanos transfiere su apoyo y su lealtad a un centro de poder alternativo. La revolución triunfa cuando la transferencia de poder se hace realmente efectiva, y un conjunto de titulares del poder es reemplazado por otro. «Las grandes revoluciones son extremas en ambos aspectos: grandes cismas entre gobiernos alternativos, destituciones a gran escala de los miembros existentes» (p.195).

Se han ofrecido diversas hipótesis acerca de las causas de las revoluciones. Pueden ordenarse en dos grupos: las causas de las situaciones revolucionarias, y las causas de los resultados revolucionarios. La soberanía múltiple, el punto esencial de la situación revolucionaria, aparece cuando:

1. Aparecen pretendientes suficientemente visibles (oposición política, disidentes) que pretenden controlar el gobierno (surgen líderes revolucionarios y se articula la ideología). En este estadio juegan un papel particularmente importante los líderes carismáticos y los intelectuales.
2. Adquieren apoyo, tanto verbal como (primariamente) a través de acciones y del compromiso de recursos, por parte de un segmento significativo de la población (las masas son movilizadas). Esto ocurre tanto cuando el gobierno es incapaz de satisfacer las demandas habituales de la población como cuando éste incrementa sus demandas sobre la población. «Un aumento de los impuestos es el ejemplo más claro, pero el servicio militar obligatorio, la expropiación de tierras, cosechas o granjas, y la imposición de servidumbres, todos

estos hechos, han jugado un papel histórico en la incitación a la oposición» (Tilly 1978: 205).

3. El gobierno es incapaz o no desea suprimir a los pretendientes (los titulares del poder pierden el control sobre los instrumentos de violencia). Un caso típico es la implicación en una guerra externa, otra es la presión internacional para que renuncien a formas extremas de violencia contra los pretendientes, incluso si éstas están disponibles.

La medida de la transferencia de poder, el punto esencial de los resultados revolucionarios, depende de:

1. El tamaño y la solidez de la brecha entre titulares del poder y pretendientes. Cuando la brecha toma la forma de una alternativa simple, mutuamente excluyente, precisa de un compromiso expreso de la población con una parte u otra y evita la cooptación de los anteriores titulares del poder por parte del gobierno posrevolucionario. La transferencia es por tanto completa.
2. El alcance de las coaliciones entre miembros del gobierno y pretendientes, antes y durante la revolución. Cuantas menos haya más completa será la transferencia posrevolucionaria del poder. Por otro lado, sin ellas la revolución puede fracasar y entonces no habrá transferencia en absoluto.
3. El control de los medios de violencia por los pretendientes. «No es probable ninguna transferencia de poder en una situación revolucionaria si el gobierno retiene el control completo sobre los militares» (Tilly 1978: 214). Para vencer, los revolucionarios han de obtener recursos de coacción: armas y apoyo de algún segmento de la policía y del ejército. Por esta razón, la lealtad del ejército es un factor crucial en muchas revoluciones, y muchas revoluciones triunfan cuando el ejército cambia de lado y se une a los pretendientes.

Tilly sugiere una «secuencia revolucionaria idealizada» típica, que constaría de siete estadios. (1) Se produce la emergencia gradual de pretendientes y la articulación de sus pretensiones de poder. (2) Le sigue una movilización de los seguidores que aceptan esas pretensiones. (3) Los intentos del gobierno de reprimir y forzar la desmovilización fracasan. (4) Los pretendientes y sus coaliciones consiguen establecer un control parcial sobre algún segmento del estado (una región, una sección, una parte del personal). (5) Luchan por expandir tal control. (6) Los pretendientes ganan, son derrotados o son cooptados al entrar en una coalición gobernante con los anteriores titulares del poder. (7) El gobierno singular, soberano, sobre la población es restablecido (1978: 216-17). Es tan sólo en este estadio donde pueden ocurrir ulteriores transformaciones estructurales de la sociedad (económicas, culturales, legales, morales) y si tal ocurre, entonces podemos hablar de «grandes» revoluciones.

Una de las debilidades de la teoría ofrecida por Tilly es su falta de concreción. Stan Taylor señala que este autor no nos dice por qué algunos gobiernos son capaces de cooptar, compensar, amenazar y apaciguar a pretendientes potenciales, incorporándolos al proceso político rutinario, institucionalizado, mientras que otros son incapaces de hacerlo, y han de encarar la arremetida de una situación revolucionaria.

«Tilly no intenta especificar por qué, en algunos casos, hay grupos que deben ser aceptados por el gobierno mientras que otros han de ser rechazados» (1984: 146). Del mismo modo, este autor no es capaz de explicar por qué en algunos casos el ejército se mantiene leal, mientras que en otros se pasa al lado revolucionario, decidiendo de esta manera el resultado de la revolución. Desafortunadamente las debilidades de falta de concreción no son sólo propias de la teoría de Tilly; son compartidas por la «teoría del proceso político» con las otras teorías de la revolución, y probablemente con la mayoría de las restantes teorías sociológicas.

### **La ignorancia definida en el estudio de las revoluciones**

Al margen de sus distintas debilidades y de sus prejuicios unilaterales, las diversas teorías de la revolución añaden percepciones importantes y una considerable cantidad de conocimiento plausible a nuestra comprensión de este complejísimo fenómeno macrosocietal. Una de sus contribuciones ha sido la de agudizar nuestra sensibilidad hacia la gran cantidad de lagunas de nuestro conocimiento, de rompecabezas e interrogantes respecto a las revoluciones. En otras palabras, aumentan el área de nuestra «ignorancia específica» (Merton 1968: 363, 471) o definida: cosas que no sabemos, pero que sabemos que deberíamos saber para comprender el fenómeno de las revoluciones. Al cierre de este capítulo me propongo discutir cinco rompecabezas o paradojas a las que se enfrenta la teorización futura en este campo.

1. El primero concierne al estallido de las revoluciones. Diversas teorías nos ofrecen indicaciones de los numerosos factores y fuerzas, determinantes y codeterminantes, condiciones necesarias y suficientes, circunstancias facilitadoras u sofrenadoras, situaciones conducentes y obstaculizadoras, de las que depende el estallido. Algunas remiten al comportamiento humano: algunas a motivaciones, intenciones, emociones e ideas; algunas al contexto societal y cultural; algunas a intereses económicos; algunas a oportunidades políticas. Está claro que sólo cuando todos estos factores (o unos cuantos) aparezcan en unas determinadas combinaciones únicas (o configuraciones alternativas) se producirán realmente las revoluciones. ¿Cuál es esta mezcla explosiva, la conjetura específicamente revolucionaria, o el síndrome revolucionario, que ha de aparecer en el tiempo y el lugar dados para que la revolución estalle? No lo sabemos.

2. El segundo rompecabezas concierne a la movilización revolucionaria. ¿Cómo es que masas de gente superan súbitamente la barrera de la apatía, de la pasividad, de la inercia, de la obediencia y deciden luchar por sus intereses e ideales? ¿Qué explica la explosión de compromiso, participación, activismo y desafío que observamos al comienzo de la revolución? ¿Es simplemente el resultado de una hábil manipulación por parte de los líderes revolucionarios? ¿O significa que se ha traspasado un determinado umbral de frustraciones insostenibles que conduce a la acción espontánea? ¿Cómo puede determinarse tal umbral cuando el hecho es que la gente es capaz a veces de aguantar una opresión y una privación incomparablemente mayor unas veces que otras? No lo sabemos.

3. El siguiente rompecabezas concierne a la herencia revolucionaria. ¿Cuál es el

impacto de revoluciones anteriores (con éxito o fracasadas) sobre revoluciones posteriores? ¿Acontecen las revoluciones como episodios singulares, con su propia causalidad única cada vez que emergen de nuevo? ¿O siguen ciclos las revoluciones, forman secuencias históricas de largo alcance, donde los intentos revolucionarios anteriores, victorias o fracasos, gravitan pesadamente sobre el curso de los intentos posteriores? ¿Dónde puede encontrarse una causalidad común subyacente a todas las series de estallidos revolucionarios? No lo sabemos.

4. El cuarto rompecabezas, o mejor la cuarta paradoja, concierne a los resultados de la revolución. Las revoluciones, especialmente cuando tienen éxito, engendran mitos heroicos; sus conquistas se exageran, los costos se ignoran. Pero desde una cierta perspectiva histórica los efectos colaterales, el costo humano, los efectos *boomerang*, acaban desvelándose, atemperando la euforia primera. Bien pronto, el mito heroico de la revolución rusa se hizo pedazos por la evidencia de la miseria, la opresión, el salvajismo y la muerte que acarreó. El colapso del comunismo al final del siglo xx proporciona la prueba última de que el proyecto que intentó llevar a cabo estaba completamente equivocado desde un principio. A continuación está el mito heroico de la gran revolución francesa tambaleándose bajo las evidencias proporcionadas por la reciente historiografía «revisionista» (Sullivan 1989; Shama 1989) y a la que recientemente se han referido de forma irónica como «tan gloriosa, aunque tan salvaje» (*Newsweek*, 3 de abril de 1989, p.45). ¿Por qué se da tantas veces el caso de que las revoluciones producen algo profundamente distinto de aquello soñado por los revolucionarios? ¿Por qué el ímpetu de la revolución con tanta frecuencia «destruye tan brutalmente que acaba aniquilando los ideales que la habían engendrado»? (Kapusinski 1985: 86) ¿Es inescapable esta lógica perversa? No lo sabemos.

5. El rompecabezas o la paradoja última es el de la predictibilidad. Muchos observadores están de acuerdo en que ninguna de las revoluciones conocidas históricamente fue nunca predicha. Crane Brinton comenta: «La revolución real siempre es una sorpresa» (1965: 66). Ryszard Kapuscinski reflexionando sobre la revolución iraní observa: «Un golpe o la toma de palacio pueden ser planeados pero una revolución nunca. Su estallido, la hora de ese estallido, pilla a todo el mundo despistado, incluso a aquellos que se han estado afanando por ella. Todo el mundo queda atrapado por el asombro ante la espontaneidad súbitamente aparecida, que destruye todo aquello que encuentra en su camino» (1985: 86). A finales de los años 80 los estudiosos de la revolución tuvieron que admitir otro fracaso predictivo. Jean Kirkpatrick expresó el clima de perplejidad a la vista de las revoluciones anticomunistas de 1989: «qué sorpresa tan fantástica fue el colapso del comunismo. Creo que no ha habido sorpresa mayor en la historia moderna —debemos admitirlo— que la velocidad y la manera total en que los regímenes comunistas cayeron en Europa del este y en la patria socialista misma —la Unión Soviética» (1992: 7). ¿Por qué ocurrió así? Una interpretación del fracaso en la predicción podría referirse a limitaciones epistemológicas: la complejidad de sucesos históricos de tal escala, la carencia de suficiente información inicial, la falta de modelos rigurosos, matemáticos, etc. Todo esto puede, por supuesto, ser mejorado. Algunos autores proclaman tal optimismo epistemológico. «Hay poco fundamento para la creencia de que hoy todo el mundo tiene suficiente conocimiento y capacidad para aplicar métodos formales de diagnóstico a la sociedad con-

temporánea y decir, en este caso la revolución se producirá o no se producirá en breve» (Brinton 1965: 250).

El estudio de las revoluciones permanece en un estado parecido al del estudio de los terremotos. Cuando ocurre una, los investigadores intentan dar sentido a una miríada de datos que han sido recogidos e intentan construir teorías que den cuenta de la siguiente. Gradualmente vamos teniendo una comprensión más completa de ellas, y de las condiciones que hay tras ellas; pero la siguiente que ocurre nos sorprende. Nuestro conocimiento de las revoluciones, como el de los terremotos, todavía es limitado. Podemos detallar los patrones de aquellas que han ocurrido, y podemos consignar algunas de las condiciones conducentes a ellas; pero una mejor comprensión de cuándo van a ocurrir exactamente es algo que todavía pertenece al futuro (Goldstone 1982: 205).

Pero pueden sugerirse razones ontológicas más fundamentales para la impredecibilidad. Quizás en este terreno la predicción no sólo es difícil sino imposible por principio. (1) Porque los sucesos revolucionarios dependen de acciones realizadas por multitudes de individuos, acontecen como efectos agregados de miríadas de decisiones individuales. Cada una de estas decisiones es acometida por individuos situados en situaciones biográficas y sociales únicas, y cada individuo individual acontece ser al menos marginalmente errático, caprichoso e indeterminado en lo que decide hacer. Por tanto, en la macroescala agregada, la condición descrita por las ciencias naturales como «caos» es la que parece prevalecer, haciendo imposible cualquier predicción específica. (2) La predicción es difícil porque la movilización y la coordinación de las acciones revolucionarias precisa líderes fuertes, y la aparición de tales líderes con talento suficiente, estatura y carisma es en gran medida un secreto de la genética. (3) Porque el fenómeno de la revolución incorpora múltiples procesos (crecimiento de los descontentos y de los agravios, movilización de las masas, reacciones de las elites bunkerizadas, presiones de las potencias extranjeras, por nombrar sólo unos pocos), aunque cada uno de ellos fuera regular, describible teóricamente y en cierta medida hasta predecible, en su combinación única, al atravesar un determinado momento histórico, estos procesos producen irreducible novedad, emergen fenómenos no explicables ni predecibles por ninguna teoría parcial. (4) En el caso de los cambios sociales revolucionarios, la lógica circular de la reflexividad y la autodestrucción de la profecía es particularmente perversa. Si la teoría fuera predictiva, la predicción de la revolución sería sin duda afectada por los defensores del antiguo régimen, quienes en ese momento todavía tendrían fuerza suficiente para paralizar la revolución y evitar su victoria, falsando de este modo la predicción con sus acciones. De aquí la paradoja: la teoría de la revolución es imposible porque si proporcionara predicciones, éstas estarían condenadas a ser falsadas por los hechos; y si no proporciona predicciones no es una teoría. En este dominio, quizás, todo lo que podemos esperar de las llamadas «teorías de la revolución» se reduce a interpretaciones con posterioridad al acontecimiento, una mejor organización conceptual de la compleja experiencia histórica y una orientación mejorada en el caos de los hechos. Esto de por sí constituiría un gran hazaña intelectual.

# BIBLIOGRAFÍA

Algunos de los libros que se consignan en esta bibliografía forman parte del trasfondo de elaboración de esta obra pero no son citados específicamente en el texto.

- Aberle, David 1966. *Peyote Religion Among the Navaho*. Chicago: Aldine.
- Abrams, Philip 1982. *Historical Sociology*. Ithaca: Cornell University Press.
- Adam, Barbara 1988. «Social versus natural time, a traditional distinction reexamined», en: Young, y Schuller, pp. 198-226.
- 1990. *Time and Social Theory*. Cambridge: Polity Press.
- Adamson, M. y Borgos, S. 1984. *This Mighty Dream: Social Protest Movements in the United States*. Boston: Routledge and Kegan Paul.
- Addis, Laird 1968. «Historicism and historical laws of development», *Inquiry*, 11 (1968), pp. 155-74.
- 1969. «The individual and the Marxist philosophy of history», en: M. Brodbeck (ed.), *Readings in the Philosophy of the Social Sciences*, pp. 317-35, Nueva York: Macmillan.
- Alexander, Jeffrey C. 1982. *The Antinomies of Classical Thought: Marx and Durkheim* (vol. 2 de *Theoretical Logic in Sociology*). Berkeley: University of California Press.
- (ed.) 1985. *Neo-functionalism*. London: Sage.
- 1988a. «Durkheim's problem and differentiation theory today», en Alexander 1988b, pp. 49-77.
- 1988b. *Action and Its Environments*. Nueva York: Columbia University Press.
- 1988c. «The new theoretical movement», en Neil J. Smelser (ed.), *Handbook of Sociology*, pp. 77-102, Newbury Park: Sage.
- 1990. «Between progress and apocalypse: social theory and the dream of reason in the twentieth century», en: J. Alexander y P. Sztompka (eds), *Rethinking Progress*, pp 15-38, Londres: Unwin Hyman.
- Alexander, Jeffrey C. y Colomy, Paul (eds.) 1988. *Differentiation Theory and Social Change: Historical and Comparative Approaches*. Nueva York: Columbia University Press.
- Antonio, R. J. y Piran, P. 1978. «Historicity and the poverty of empiricism». Uppsala: IXth World Congress of Sociology (mimeo).

- Appelbaum, Richard P. 1970. *Theories of Social Change*. Chicago: Markham.
- Apter, David 1968. *Some Conceptual Approaches to the Study of Modernization*. Englewood Cliffs: Prentice Hall.
- Archer, Margaret S. 1985. «Structuration versus morphogenesis», en S. N. Eisenstadt y H. J. Helle (eds), *Macro-Sociological Theory*, vol. 1, pp. 58-88, Londres: Sage.
- 1986. «Taking time to link structure and agency». Nueva Delhi: XIth World Congress of Sociology (mimeo).
- 1989. «The morphogenesis of social agency». Uppsala: SCASSS (mimeo).
- Arnason, Johann 1987. «Figurational sociology as a counter-paradigm», *Theory, Culture and Society*, 4, 2-3, pp. 429-56.
- Aron, Raymond 1961. *Introduction to the Philosophy of History*. Londres: Weidenfeld y Nicolson.
- 1968. *Main Currents in Sociological Thought*, vol. I. Garden City: Doubleday Anchor.
- 1969. *Progress and Disillusion: The Dialectics of Modern Society*. Nueva York: Mentor Books.
- Ash, T. Garton 1990a. «Eastern Europe: the year of the truth», *New York Review of Books*, 15 de febrero, pp. 17-22.
- 1990b. *We the People: The Revolution of 89*. Cambridge: Granta Books.
- Avineri, Shlomo 1968. *The Social and Political Thought of Karl Marx*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Aya, Rod 1979. «Theories of revolution reconsidered», *Theory and Society*, 8, 1, pp. 39-99.
- Back, Kurt W. 1971. «Biological models of social change», *American Sociological Review*, 36 (agosto), pp. 660-7.
- Banaszczyk, Tadeusz 1989. *Studia o przedstawieniach zbiorowych czasu i przestrzeni w durkheimowskiej szkole socjologicznej* (Estudios sobre las representaciones colectivas del tiempo y del espacio en la escuela sociológica de Durkheim). Wrocław: Ossolineum.
- Banks, Joseph A. 1972. *The Sociology of Social Movements*. Londres: Macmillan.
- Bauman, Zygmunt 1989a. *Modernity and The Holocaust*. Cambridge: Polity Press.
- 1989b. «Sociological responses to postmodernity», en: C. Mongardini y M. L. Maniscalco (eds), *Moderno e Postmoderno*, pp. 127-52, Roma: Bulzoni.
- 1991. *Modernity and Ambivalence*. Cambridge: Polity Press.
- Baumgartner, Tom, Buckley, W., Burns, T. R. y Schuster, P. 1976 «Metapower and the structuring of social hierarchies», en: T. R. Burns y W. Buckley (eds), *Power and Control*, pp. 215-88, Beverly Hills: Sage.
- Bell, Daniel 1974. *The Comming of the Post-industrial Society*. Londres: Heinemann. [Ed. cast.: *El advenimiento de la sociedad post-industrial*. Madrid: Alianza Editorial, 1991].
- Bell, Wendell y Mau, J. A. (eds) 1971. *The Sociology of the Future*. Nueva York: Russell Sage Foundation.
- Bellah, Robert 1968. *Habits of the Heart*. Berkeley: University of California Press. [Ed. cast.: *Hábitos del corazón*. Madrid: Alianza Editorial, 1989].
- Bendix, R. 1964. *Nation Building and Citizenship*. Nueva York: Wiley.
- Berlin, Isaiah 1966. «The concept of scientific history», en: W. H. Dray (ed.), *Philosophical Analysis and History*, pp. 5-53, Nueva York: Harper and Row.
- Bernstein, Richard J. 1972. *Praxis and Action*. Londres: Duckworth. [Ed. cast.: *Praxis y acción*. Madrid: Alianza Editorial, 1979].
- Bhaskar, Roy 1986. *Scientific Realism and Human Emancipation*. Londres: Verso.
- Bierstedt, Robert 1981. *American Sociological Theory: A Critical History*. Nueva York: Academic Press.
- Birnbaum, Norman 1953. «Conflicting interpretations of the rise of capitalism: Marx and Weber», *British Journal of Sociology*, 4 (junio), pp. 125-41.

- Black, Cyril E. (ed.) 1976. *Comparative Modernization*. Nueva York: Free Press.
- Blau, Peter M. 1964. *Exchange and Power in Social Life*. Nueva York: Wiley. [Ed. cast.: *Intercambio y poder en la vida social*. Biblioteca Hora, 1982].
- Blumer, Herbert 1951. «Collective behavior», en: A. McClung Lee (ed.), *Principles of Sociology*, Nueva York: Random House.
- 1957. «Collective behavior», en: J. B. Gittler, *Review of Sociology: Analysis of a Decade*, pp. 127-58, Nueva York: Wiley.
- Bock, K. 1978. «Theories of progress, development and evolution», en: T. Bottomore y R. Nisbet (eds), *A History of Sociological Analysis*, pp. 39-80, Nueva York: Basic Books.
- Boudon, Raymond 1981. *The Logic of Social Action*. Londres: Routledge.
- 1986. *Theories of Social Change: A Critical Appraisal*. Cambridge: Polity Press.
- Boudon, Raymond y Bourricaud, F. (eds) 1989. *A Critical Dictionary of Sociology*. Chicago: University of Chicago Press.
- Boulding, Kenneth E. 1964. «The place of the image in the dynamics of society», en: G. K. Zollschan y W. Hirsch (eds), *Explorations in Social Change*, pp. 5-16, Boston: Houghton Mifflin.
- 1967. «The Learning process in the dynamics of total societies», en: S. Z. Klausner (ed.), *The Study of Total Societies*, pp. 98-113, Nueva York: Praeger.
- Braudel, Fernand 1972. «History and the social sciences», en: P. Burke (ed.), *Economy and Society in Early Modern Europe*, pp. 11-42, Londres: Routledge and Kegan Paul [Ed. cast.: *La historia y las ciencias sociales*. Madrid: Alianza Editorial, 1990].
- 1980. *On History*. Londres: Weidenfeld and Nicolson. [Ed. cast.: *Escritos sobre la historia*. Madrid: Alianza Editorial, 1991].
- Breed, Warren 1971. *The Self-Guiding Society*. Nueva York: Free Press.
- Brinton, Crane 1965 (1938). *Anatomy of Revolution*. Nueva York: Harper and Row (Vintage Books).
- Brzezinski, Zbigniew 1970. *Between Two Ages: America's Role in the Technetronic Era*. Nueva York: Viking Press.
- Buckley, Walter 1967. *Sociology and Modern Systems Theory*. Englewood Cliffs: Prentice Hall.
- Bucharin, N. I. 1929. *Imperialism and World Economy*. Nueva York: International Publishers.
- Bullock, Alan y Stallybras, Oliver (eds) 1977. *The Fontana Dictionary of Modern Thought*. Londres: Fontana/Collins.
- Burke, P. 1980. *Sociology and History*. Londres: Allen & Unwin. [Ed. cast.: *Sociología e historia*. Madrid: Alianza Editorial, 1987].
- Burns, Tom R., Baumgartner, T. y Deville, P. 1985. *Man, Decisions, Society: The Theory fo Actor-System Dynamics for Social Scientists*. Nueva York: Gordon and Breach.
- Burns, Tom R. y Buckley W. 1976. *Power and Control*. London: Sage.
- Burns, Tom R. y Dietz, Thomas 1991. «Institutional dynamics: an evolutionary perspective». Buenos Aires: International Political Science Association (mimeo).
- 1992. «Cultural evolution: social rule systems, selection, and human agency», *International Sociology*, 7, 3, pp. 259-83.
- Burns, Tom R. y Flam, H. 1987. *The Shaping of Social Organization*. Beverly Hills: Sage.
- Cannadine, David 1985. «The contexte, performance and meaning of ritual: the British monarchy and the «invention of tradition, c. 1820-1977», en Hobsbawm y Ranger, pp. 101-64.
- Cardoso, Fernando 1973. «Associated dependent development: theoretical and practical implications», en: Alfred Stepan (ed.), *Authoritarian Brazil: Origins, Policies and Futures*, New Haven: Yale University Press.
- Cardoso, Fernando y Faletto, E. 1969. *Dependency and Development in Latin America*. Berkeley: California University Press.

- Carlyle, Thomas 1963. *On Heroes, Hero-Worship and the Heroic in History*. Londres: Oxford University Press.
- Chazel, Francois 1988. «Sociology: from structuralist determinism to methodological individualism», en: J. Howorth y G. Ross (eds), *Contemporary France: A Review of Interdisciplinary Studies*, vol. 2, pp. 187-202, Londres: Pinter.
- Chiro, Daniel 1977. *Social Change in the Twentieth Century*. Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich.
- Chodak, Szymon 1973. *Societal Development*. Nueva York: Oxford University Press.
- Cohen, E., Lissak, M. y Almagor, U. (eds) 1985. *Comparative Social Dynamics; Essays in Honor of S.N. Eisenstadt*. Boulder: Westview Press.
- Coleman, J., Katz, E. y Menzel, H. 1966. *Medical Innovation: A Diffusion Study*. Nueva York: Bobbs-Merril.
- Collins, Randall 1980. «Weber's last theory of capitalism: a systematization», *American Sociological Review*, 45 (diciembre), pp. 925-42.
- 1986. «Is 1980's sociology in the doldrums?» *American Journal of Sociology*, 91, pp. 1336-55.
- 1988. *Theoretical Sociology*. San Diego: Harcourt Brace Jovanovich.
- Coser, Lewis A. 1967. *Continuities in the Study of Social Conflict*. Nueva York: Free Press.
- Coser, Lewis A. y Coser Rose 1990. «Time perspective and social structure», en: Hassard, pp. 191-202.
- Crozier, Michel y Friedberg, Erhart 1977. *L'Acteur et le système*. París: Editions du Seuil.
- Dahrendorf, Ralf 1959. *Class and Class Conflict in Industrial Society*. Stanford: Stanford University Press.
- 1964. «Recent changes in the class structures of European societies», *Daedalus*, 93, 1.
- 1968. *Essays in the Theory of Society*. Stanford: Stanford University Press.
- 1979. *Life Chances*. Chicago: University of Chicago Press (Ed. cast.: *Las oportunidades de la crisis*. Unión, 1983).
- 1980. «On representative activities», en: T. F. Gieryn (ed.), *Science and Social Structure: A Festschrift for Robert K. Merton*, pp. 15-27, Nueva York: New York Academy of Sciences.
- 1990. *Reflections on the Revolution in Europe*. Londres: Chatto & Windus. [Ed. cast.: *Reflexiones sobre la revolución en Europa*. Barcelona: Emecé, 1991]
- Darwin, Charles 1964 (1859). *On the Origin of Species*. Nueva York: Mentor Books. [Ed. cast.: *El origen de las especies*. Madrid: Espasa, 1991].
- Davies, James C. 1962. «Toward a theory of revolution», *American Sociological Review*, 27, pp. 5-19.
- Davis, Kingsley y Moore, Wilbert E. 1945. «Some principles of stratification», *American Sociological Review*, 10, 2, pp. 242-9.
- Dietz, T. y Burns, T. 1992. «Human agency and evolutionary dynamics of culture», *Acta Sociologica*, 35, pp. 187-200.
- Dunn, John 1972. *Modern Revolutions: An Introduction to the Analysis of a Political Phenomenon*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Durkheim, Émile 1915. *The Elementary Forms of Religious Life*, trad. de J. W. Swain. Londres: Allen & Unwin. [Ed. cast.: *Formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Alianza Editorial, 1993].
- 1972. *Selected Writings*, ed. de A. Giddens. Cambridge: Cambridge University Press.
- Edwards, L. P. 1927. *The Natural History of Revolution*. Chicago: University of Chicago Press.
- Eisenstadt, Shmuel N. 1963. *The Political System of Empires*. Glencoe: Free Press.
- 1966a (1964), «Breakdowns of modernization», en: William J. Goode (ed.), *The Dynamics of Modern Society*, pp. 434-48, Nueva York: Basic Books.
- 1966b. *Modernization: Protest and Change*. Englewood Cliffs: Prentice Hall.

- 1973. *Tradition, Change and Modernity*. Nueva York: Wiley.
- 1974. «Studies of modernization and sociological theory», *History and Theory*, 13, pp. 225-52.
- 1978. *Revolution and the Transformation of Societies*. Nueva York: Free Press.
- 1980. «Cultural orientations, institutional entrepreneurs, and social change: comparative analysis of traditional civilizations», *American Journal of Sociology*, 85, 4, pp. 840-69.
- 1983. «Development, modernization and dynamics of civilization», *Cultures et Développement*, 15, 2, pp. 217-52.
- 1992a. «A reappraisal of theories of social change and modernization», en: Haferkamp and Smelser (eds), pp. 412-30.
- 1992b. «The breakdown of communist regimes and the vicissitudes of modernity» *Daedalus* (Spring 1992), pp. 21-41.
- Eliade, Mircea 1959. *Cosmos and History*. Nueva York: Harper Row.
- Elias, Norbert 1978. *What is Sociology?*. Londres: Hutchinson. [Ed. cast.: *Sociología fundamental*. Barcelona: Gedisa, 1982].
- 1982. *The Civilizing Process*, vols. 1 y 2. Oxford: Basil Blackwell. [Ed. cast.: *El proceso de la civilización*. Madrid: FCE, 1988].
- 1986. «*Technik und Zivilisation*». Hamburgo: German Sociological Association (mimeo).
- 1987. «The retreat of sociologists into the present», *Theory, Culture and Society*, 4, 2-3, pp. 223-48.
- Erikson, K. T. 1971. «Sociology and the historical perspective», en Bell y Mau.
- Etzioni, Amitai 1968a. *The Active Society*, Nueva York: Free Press.
- 1968b. «Mobilization as a macrosociological conception», *British Journal of Sociology*, 19, 3, pp. 243-53.
- 1991. «A socio-economic perspective on friction». Washington: IAREP/SASE Conference (mimeo).
- Etzioni-Halevy, Eva 1981. *Social Change: The Advent and Maturation of Modern Society*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Evans-Pritchard, E. E. 1963 (1940). *The Nuer*. Londres: Oxford University Press. [Ed. cast.: *Los Nuer*. Barcelona: Anagrama, 1984].
- Eyerman, Ron 1992. «Modernity and social movements», en: Haferkamp y Smelser (eds), pp. 37-54.
- Eyerman, Ron y Jamison, Andrew 1991. *Social Movements: A Cognitive Approach*. Cambridge: Polity Press.
- Fairchild, Henry P. 1966. *Dictionary of Sociology and Related Sciences*. Totowa, NJ: Littlefield, Adams.
- Farley, John E. 1990. *Sociology*. Englewood Cliffs: Prentice Hall.
- Feldman, Arnold S. y Moore, Wilbert E. 1962. «Industrialization and industrialism: convergence and differentiation», *Transactions of the Fifth World Congress of Sociology*, Washington, DC, ISA.
- Femia, J. 1987 (1981). *Gramsci's Political Thought*. Oxford: Clarendon Press.
- Ferree, Myra Marx y Miller, Frederick D. 1985. «Mobilization and meaning: toward an integration of social psychological and resource perspectives on social movements», *Sociological Inquiry*, 1, pp. 38-59.
- Fletcher, Ronald 1971. *The Making of Sociology*, vols 1-3. Nueva York: Charles Scribner's Sons.
- Frankel, Boris 1987. *The Post-industrial Utopians*. Cambridge: Polity Press. [Ed. cast.: *Los utópicos postindustriales*. Valencia: Alfons el Magnanim, 1990].
- Freeman, Jo 1983a. «A model for analyzing the strategic options of social movement organiza-

- tions», en J. Freeman (ed.), *Social Movements in the Sixties and Seventies*, pp. 193-210, Nueva York: Longman.
- 1983b. «On the origins of social movements», en: J. Freeman (ed.), *Social Movements of the Sixties and Seventies*, pp. 8-30, Nueva York: Longman.
- Fromm, Erich 1941. *Escape from Freedom*. Nueva York: Holt. [Ed. cast.: *El miedo a la libertad*. Barcelona: Paidós, 1993].
- 1963 (1956). *The Sane Society*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- 1966 (1951). *Marx's Concept of Man*. Nueva York: Ungar. [Ed. cast.: *El concepto de hombre de Marx*. México: FCE].
- 1979. *To Have or to Be?* Londres: Sphere Books, Abacus Edition. [Ed. cast.: *¿Tener o ser?*. Madrid: FCE, 1993].
- Fukuyama, Francis 1989. «The end of history?» *The National Interest* (Summer), pp. 3-18.
- 1992. *The End of History and the Last Man*. Nueva York: Free Press. [Ed. cast.: *El fin de la historia y el último hombre*. Barcelona: Planeta, 1992].
- Gamson, W.A. 1975. *Strategy of Social Protest*. Homewood, IL: Dorsey Press.
- Garfinkel, Howard 1967. *Studies in Ethnometodology*. Glencoe: Free Press.
- Garner, Roberta y Zald, M. N. 1981. «Social movements sectors and systemic constraint: toward a structural analysis of social movements». Ann Arbor: Center for Research on Social Organization (Working Paper no.238) (mimeo).
- Gella, Aleksander 1966. *Ewolucjonizm a poczatki socjologii* (El evolucionismo y los orígenes de la sociología). Wrocław: Ossolineum.
- Gewirth, Allan 1969 (1954). «Can men change laws of social science?» en L. I. Krimerman (ed.), *The Nature and Scope of Social Science: A Critical Anthology*, pp. 217-27, Nueva York: Appleton.
- Giddens, Anthony 1971. *Capitalism and Modern Social Theory*. Cambridge: Cambridge University Press.
- 1979. *Central Problems in Social Theory*. London: Macmillan.
- 1981. *A Contemporary Critique of Historical Materialism*. London: Macmillan.
- 1984. *The Constitution of Society*. Cambridge: Polity Press.
- 1985. *The Nation-State and Violence*. Cambridge: Polity Press.
- 1989. *Sociology*. Cambridge: Polity Press. [Ed. cast.: *Sociología*. Madrid: Alianza Editorial, 1993].
- 1990. *The Consequences of Modernity*. Cambridge: Polity Press. [Ed. cast.: *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza Editorial, 1993].
- 1991. *Introduction to Sociology*. Nueva York: Norton.
- Goffman, Erving 1963. *Behaviour in Public Places*. Nueva York: Free Press.
- 1967. *Interaction Ritual*. Garden City: Doubleday.
- 1971. *Relations and Public*. Nueva York: Harper and Row. [Ed. cast.: *Relaciones en público*. Madrid: Alianza Editorial, 1993].
- Goldstone, Jack A. 1982. «The comparative and historical study of revolutions», *Annual Review of Sociology*, 8, pp. 187-207.
- Goldthorpe, John 1971. «Theories of industrial sociey: reflections on the recrudescence of historicism an the future of futurology», *Archives européennes de sociologie*, 12, pp. 263-88.
- Goody, J. 1968. «Time: social organization», en: *International Encyclopedia of the Social Sciences*, vol. 16, pp. 30-42, Nueva York: Macmillan.
- Goudsblom, Johan 1987. «The sociology of Norbert Elias: its resonance and significance», *Theory, Culture and Society*, 4, 2-3, pp. 323-38.
- Gramsci, Antonio 1971. *Selections From the Prison Notebooks*. Nueva York: International Publishers.
- 1972. *The Modern Prince and Other Writings*. Nueva York: International Publishers.

- Granovetter, Mark 1978. «Threshold models of collective behavior», *American Journal of Sociology*, 83, 6, pp. 1420-43.
- 1979. «The Idea of “advancement” in theories of social evolution and development», *American Journal of Sociology*, 85, 3, pp. 489-515.
- Gunder Frank, André 1969. *Latin America: Underdevelopment of Revolution* Nueva York: Monthly Review Press.
- Gurr, Ted 1970. *Why Men Rebel*. Princeton: Princeton University Press.
- Gurvitch, Georges 1963. «Social structure and the multiplicity of times», en Tiryakian, pp. 171-84.
- 1964. *The Spectrum of Social Time*. Dordrecht: Reidel.
- 1990. «Varieties of social-time», en: Hassard, pp. 67-76.
- Gusfield, Joseph R. 1966. «Tradition and modernity: misplaced polarities in the study of social change», *American Journal of Sociology*, 72 (enero), pp. 351-62.
- Habermas, Jürgen 1983. «A reconstruction of historical materialism», en: T. Bottomore y P. Goode (eds), *Readings in Marxist Sociology*, pp. 212-18, Oxford: Clarendon Press.
- 1987. *Philosophical Discourse of Modernity*, Cambridge: Polity Press. [Ed. cast.: *El discurso filosófico de la modernidad*. Madrid: Taurus.1989].
- Haferkamp, H. y Smelser, N. J. (eds) 1992a. «Introduction», en: Haferkamp y Smelser (eds), pp. 1-11.
- (eds) 1992b. *Social Change and Modernity*. Berkeley: University of California Press.
- Hagen, Everett 1962. *On the Theory of Social Change*. Homewood, IL: Dorsey Press.
- Hagerstrand, Torsten 1988. «Time and culture», en: G. Kirsch, P. Nijkamp y K. Zimmerman, *The Formulation of Time Preferences in a Multidisciplinary Perspective*, pp. 33-42, Aldershot: Grover.
- Hamelink, C. J. 1983. *Cultural Autonomy in Global Communications*. Nueva York: Longman.
- Hannerz, Ulf 1987. «The world in creolisation», *Africa*, 57, 4, pp. 546-59.
- 1989a. «Notes on the global ecumene», *Public Culture*, 1, 2, pp. 66-75.
- 1989b. «Scenarios for peripheral cultures». Binghamton: State University of New York (mimeo).
- Harre, R. y Secord P.F. 1972. *The Explanation of Social Behaviour*. Oxford: Basil Blackwell.
- Harris, Marvin 1968. *The Rise of Anthropological Theory*. Nueva York: Columbia University Press. [Ed. cast.: *El desarrollo de la teoría antropológica*. Madrid: Siglo XXI, 1993].
- Hassard, John (ed.) 1990. *The Sociology of Time*. Londres: Macmillan.
- Hawley, Amos H. 1978. «Cumulative change in theory and in history», *American Sociological Review*, 43, 6, pp. 787-96.
- Hegel, Georg W. F. 1956 (1837). *The Philosophy of History*. Nueva York: Dover. [Ed. cast.: *Lecciones de filosofía de la historia universal*. Madrid: Alianza Editorial, 1989].
- Heráclito 1979 (siglo V a.C.). *Heraclitus on the Universe*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hernes, Gudmund 1976. «Structural change in social processes», *American Journal of Sociology*, 82, 3, pp. 513-47.
- 1989. «The logic of *The Protestant Ethic*», *Rationality and Society*, 1, 1, pp. 123-62.
- Himmelstein, Jerome L. y Kimmel, Michael S. 1981. «Review essay: States and revolutions: the implications of Skockpol's structural model», *American Journal of Sociology*, 86, 5, pp. 1145-54.
- Hobsbawm, Eric 1983a. «The idea of progress in Marx's thought», en: T. Bottomore and P. Goode (eds), *Readings in Marxist Sociology*, pp. 208-12, Oxford: Clarendon Press.
- 1983b. «Mass-producing traditions: Europe, 1870-1914», en: Hobsbawm y Ranger, pp. 263-307.

- Hobsbawm, Eric y Ranger, Terence 1985 (1983). *The Invention of Tradition*. Cambridge: Cambridge University Press [Ed. catalana: *Invent de la tradició*. Barcelona: EUMO. 1989].
- Hobson, J. A. 1902. *Imperialism: A Study*. Nueva York: Pott. [Ed. cast.: *Estudio del imperialismo*. Madrid: Alianza Editorial, 1981].
- Hollis, Martin 1987. *Cunning of Reason*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Holton, Robert 1990. «Problems of crisis and normalcy in the contemporary world», en: J. Alexander y P. Sztompka (eds), *Rethinking Progress*, pp. 39-52, Boston: Unwin Hyman.
- Homans, George C. 1971. «Bringing men back in», en: H. Turk y R. L. Simpson (eds), *Institutions and Social Exchange*, pp. 102-16, Indianapolis: Bobbs-Merrill.
- Hook, Sidney 1955 (1943). *The Hero in History*. Boston: Beacon Press.
- Huntington, Samuel P. 1968. *Political Order in Changing Societies*. New Haven: Yale University Press.
- 1976. «The change to change: modernization, development and politics», en: Black, pp. 25-61.
- Inkeles, Alex 1976. «A model of the modern man: theoretical and methodological issues», en Black, pp. 320-48.
- Inkeles, Alex y Smith, D.H. 1974. *Becoming Modern*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Israel, Joachim 1971. *Alienation*. Boston: Allyn and Bacon. [Ed. cast.: *Teoría de la alienación*. Barcelona: Península, 1977].
- Jacobsen, Chinoch 1979. «Permissiveness and norm evasions: definitions, relationships and implications», *Sociology* (mayo), pp. 219-33.
- Jahoda, Marie 1988. «Time: a social psychological perspective», en: Young y Schuller, pp. 154-71.
- Jarvie, I. C. 1972. *Concepts and Society*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Jenkins, J. Craig 1982. «Why do peasants rebel? Structural and historical theories of modern peasant rebellions», *American Journal of Sociology*, 88, 3, pp. 487-514.
- Johnson, Chalmers 1964. *Revolution and the Social System*. Stanford: Hoover Institution Studies.
- 1968. *Revolutionary Change*. Londres: University of London Press.
- Johnson, Harry M. 1960. *Sociology*. Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich.
- Kaplan, David y Manners, Robert A. 1972. *Culture Theory*. Englewood Cliffs: Prentice Hall.
- Kapuscinski, Ryszard 1985. «Revolution», *The New Yorker*, 11 de marzo, pp. 86-101.
- Kelles-Krautz, Kazimierz 1962 (1896). *Pisma Wybrane (Obras completas)*. Varsovia: Ksiazka i Wiedza.
- Kerr, C. Dunlop, J. T., Harbison, F., Harbison H. y Myers, C. A. 1960. *Industrialism and Industrial Man*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Killian, L. M. 1964. «Social movements», en: R. E. L. Faris (ed.), *Handbook of Modern Sociology*, Chicago: Rand McNally.
- Kimmel, Michael S. 1990. *Revolution: A Sociological Interpretation*. Cambridge: Polity Press.
- Kirkpatrick, Jean J. 1992. «After communism what?» *Problems of Communism*, 41 (January-April), pp. 1-7.
- Klandermans, Bert 1984. «Mobilization and participation: social-psychological expansions of resource mobilization theory», *American Sociological Review*, 49, pp. 583-600.
- Koestler, Arthur 1975 (1940). *Darkness at Noon*. Nueva York: Bantam Books. [Ed. cast.: *El cero y el infinito*. Barcelona: Destino, 1992].
- Kornhauser, William 1968. «Mass society», en: *International Encyclopedia of the Social Sciences*, vol. 10, pp. 58-64, Nueva York: Macmillan.
- Kotkin, Joel y Kishimoto, Yoriko 1988. *The Third Century: America's Resurgence in the Asian Era*. Nueva York: Crown.

- Kriesi, Hanspeter 1989. «New social movements and the new class in the Netherlands», *American Journal of Sociology*, 94, 5, pp. 1078-1116.
- Kroeber, Alfred 1952. *The Nature of Culture*. Chicago: University of Chicago Press.
- Kuhn, Thomas S. 1970 (1962). *The Structure of Scientific Revolutions*. Chicago: University of Chicago Press. [Ed. cast.: *La estructura de las revoluciones científicas*. Madrid: FCE, 1990).
- Kumar, Krisham 1978. *Prophecy and Progress: The Sociology of Industrial and Post-industrial Society*. Harmondsworth: Penguin.
- 1988. *The Rise of Modern Society: Aspects of the Social and Political Development of the West*. Oxford: Basil Blackwell.
- Lackey, Pat N. 1987. *Invitation to Talcott Parsons' Theory*. Houston: Cap and Gown Press.
- Lang, K. y Lang, G. 1961. *Collective Dynamics*. Nueva York: Crowell.
- Langton, John 1979. «Darwinism and the behavioral theory of sociocultural evolution: an analysis», *American Journal of Sociology*, 85, 2, pp. 288-309.
- Lasch, Christopher 1991. *The Truly and Only Heaven*. Nueva York: Norton.
- Lauer, Robert H. (ed.) 1976. *Social Movements and Social Change*. Carbondale: Southern Illinois University Press.
- Lenin, Vladimir I. 1939 (1917). *Imperialism. The Highest Stage of Capitalism*. Nueva York: International Publishers.
- Lenski, Gerhard E. 1966. *Power and Privilege*. Nueva York: McGraw Hill.
- 1975. «Social structure in evolutionary perspective», en: P. M. Blau (ed.), *Approaches to the Study of Social Structure*, pp. 135-53, Nueva York: Free Press.
- 1976. «History and social change», *American Journal of Sociology*, 82, 3, pp. 548-64.
- Lenski, Gerhard E. y Lenski, J. 1974. *Human Societies: An Introduction to Macrosociology*. Nueva York: McGraw Hill.
- Lerner, Daniel 1958. *The Passing of Traditional Society*. Glencoe: Free Press.
- Levy, Marion J. 1952. *The Structure of Societies*. Princeton: Princeton University Press.
- Lewis, J. David y Weigart, Andrew J. 1990. «The structures and meanings of social-time», in: Hassard, pp. 77-104.
- Lipset, Seymour M. 1967. *The First New Nation*. Nueva York: Basic Books.
- Lloyd, Christopher 1988 (1986). *Explanation in Social History*. Oxford: Basil Blackwell.
- Loomis, C. P. y Loomis, Z. K. 1961. *Modern Social Theories*. Princeton: Van Nostrand.
- Lopreato, Joseph 1984. *Human Nature and Biocultural Evolution*. Boston: Allen & Unwin.
- Lukács, Gyorgy 1971. *History and Class Consciousness*. Cambridge MA: MIT Press. [Ed. cast.: *Historia y conciencia de clase*. Grijalbo: México. 1969].
- 1982-4. *Wprowadzenie do ontologii bytu społecznego (Introducción a la ontología del ser social)*, vols 1-5. Varsovia: PWN (Editores Científicos Polacos).
- Lukes, Steven 1974. *Power: A Radical View*. Londres: Macmillan. [Ed. cast.: *El poder: un enfoque radical*. Madrid: Siglo XXI, 1985].
- 1978. «Power and authority», en: T.B. Bottomore y R. Nisbet (eds), *A History of Sociological Analysis*, pp. 633-76, Nueva York: Basic Books.
- 1985. *Marxism and Morality*. Oxford: Clarendon Press.
- Lutynski, Jan 1990. *Nauka i polskie problemy (Ciencia y problemas polacos)*. Varsovia: PIW.
- Lyotard, Jean-François 1984. *The Post-Modern Condition*, Minneapolis: University of Minnesota Press. [Ed. cast.: *La condición postmoderna*. Madrid: Cátedra, 1989].
- 1988. *Peregrinations: Law, Form, Event*. Nueva York: Columbia University Press. [Ed. cast.: *Peregrinaciones*. Madrid: Cátedra, 1992].
- McAdam, Dough, McCarthy J. D. y Zald, M. N. 1988. «Social movements», en: Neil J. Smelser (ed.), *Handbook of Sociology*, pp. 695-738, Newbury Park: Sage.
- McCarthy, John D. y Zald, Mayer N. 1976. «Resource mobilization and social movements: a partial theory», *American Journal of Sociology*, 82, 6, pp. 1212-41.

- Macionis, John J. 1987. *Sociology*. Englewood Cliffs: Prentice Hall.
- McLellan, David 1967 (1961). *The Achieving Society*. Nueva York: Free Press.
- McLuhan, Marshall 1964. *Understanding Media: The Extensions of Man*. Nueva York: Signet Books.
- McMurry, J. 1978. *The Structure of Marx's World-View*. Princeton: Princeton University Press.
- Magee, Bryan 1973. *Karl Popper*. Nueva York: Viking Press.
- Maier, Joseph 1964. «Cyclical theories», en: «W. J. Cahnman y A. Boskoff (eds), *Sociology and History: Theory and Research*», pp. 41-62, Nueva York: Free Press.
- Mandelbaum, Maurice 1948. «A critique of philosophies of history», *Journal of Philosophy*, 45, pp. 365-78.
- 1957. «Societal laws», *British Journal for the Philosophy of Science*, 8, 3, pp. 211-24.
- Mann, Michael 1986. *The Sources of Social Power*, vol. 1. Cambridge: Cambridge University Press. [Ed. cast.: *Las fuentes del poder social*. Madrid: Alianza Editorial, 1991].
- Marcuse, Herbert 1964. *One Dimensional Man*. Boston: Beacon Press. [Ed. cast.: *El hombre unidimensional*. Barcelona: Seix Barral. 1968].
- Marody, Mirosława 1987a. «Antynomie społecznej świadomości» (Antinomias de la conciencia social), *Odra*, 1, pp. 4-9.
- 1987b. «Antynomie zbiorowej podświadomości» (Antinomias del subconsciente colectivo), *Studia Socjologiczne*, 2, pp. 89-99.
- 1990. «Dylematy postaw politycznych i orientacji światopoglądowych» (Dilemas de las actitudes y orientaciones políticas) en: J.J. Wiatr (ed.), *Wartosci a przemiany ladu gospodarczego i politycznego: Polska 1980-1990*, pp. 157-74, Varsovia: Wydawnictwo UW.
- Martindale, Don 1960. *The Nature and Types of Sociological Theory*. Boston: Houghton Mifflin.
- Maruyama, Mōgoroh 1963. «The second cybernetics: deviation-amplifying mutual causal processes», *General Systems*, 8, pp. 233-428.
- Marx, G. T. y Wood, J. L. 1975. «Strands of theory and research in collective behavior», *Annual Review of Sociology*, 1, pp. 233-428.
- Marx, Karl 1953. *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie*, Berlin: Akademie Verlag. [Ed. cast.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*. Madrid: Siglo XXI, 1976].
- 1954. *Capital*, vols. 1-3. Moscú: Progress Publishers. [Ed. cast.: *El capital*. Madrid: Siglo XXI, 1975].
- 1955. *Przyczynek do krytyki ekonomii politycznej (Contribución a la crítica de la economía política)*. Varsovia: Książka i Wiedza.
- Marx, Karl y Engels F. 1960. *Dziela (Obras)*. Varsovia: Książka i Wiedza.
- 1968. *Selected Works*. Moscú: Progress Publishers.
- 1975. *O materializmie historycznym (Sobre el materialismo histórico)*. Varsovia: Książka i Wiedza.
- 1985 (1848). *The Communist Manifesto*. Nueva York: Pathfinder Press. [Ed. cast.: *El manifiesto comunista*. Endymon, 1992].
- Mazlish, Bruce 1966. *The Riddle of History*. Nueva York: Minerva Press.
- Merton, Robert K. 1938. «Social structure and anomie», *American Sociological Review*, 3, pp. 672-82.
- 1959. «Social Conformity, Deviation and Opportunism-Structure», *American Sociological Review*, 24, 2, pp. 177-89.
- 1963. «Foreword», en: H. J. O'Gorman (ed.), *Lawyers and Matrimonial Cases*, pp. vii-xiv, Glencoe: Free Press.
- 1964. «Anomie, anomia, and social interaction: contexts of deviant behavior», en: M. Cli-

- nard (ed.), *Anomie and Deviant Behavior: Discussion and Critique*, pp. 213-42, Nueva York: Free Press.
- 1965. *On the Shoulders of Giants*. Nueva York: Harcourt, Brace and World. [Ed. cast.: *A hombros de gigantes*. Barcelona: Península, 1990].
- 1968. *Social Theory and Social Structure*. Nueva York: Free Press.
- 1970 (1938). *Science, Technology and Society in Seventeenth Century England*. Nueva York: Howard Fertig. [Ed. cast.: *Ciencia, tecnología y sociedad en la Inglaterra del siglo XVII*. Madrid: Alianza Editorial, 1984].
- 1975. «Thematic analysis in science: notes on Holton's concept», *Science*, 188, 25 de abril, pp. 335-8.
- 1976 (1936). «The unanticipated consequences of social action», en: R. K. Merton, *Sociological Ambivalence*, pp. 145-155, Nueva York: Free Press.
- 1982a. «Progress in science? A shapeless cloud of a question», Filadelfia: Temple University (mimeo).
- 1982b. *Social Research and Practicing Professions*, Cambridge: Abt Books.
- 1982c. «Socially expected durations: a temporal component of social structure». San Francisco: American Sociological Association (mimeo).
- 1984. «Socially expected durations: a case study of concept formation in sociology», en: W. W. Powell y R. Robbins (eds), *Conflict and Consensus: A Festschrift for Lewis Coser*, pp. 262-83, Nueva York: Free Press.
- Merton, Robert K. y Kendall, Patricia L. 1944. «The boomerang response», *Channels*, 21, 7, pp. 1-7.
- Mills, C. Wright 1959. *Sociological Imagination*. Nueva York: Oxford University Press. [Ed. cast.: *La imaginación sociológica*. Madrid: FCE, 1993].
- Milosz, Czeslaw 1953. *The Captive Mind*. Nueva York: Knopf. [Ed. cast.: *El pensamiento cautivo*. Barcelona: Tusquets, 1981].
- Mishan, Edward J. 1977. *The Economic Growth Debate: An Assessment*. Londres: Allen & Unwin. [Ed. cast.: *Los costes del desarrollo económico*. Barcelona: Oikos-Tau, 1989].
- Mokrzycki, Edmund 1991. «Dziedzictwo realnego socjalizmu a demokracja zachodnia» (El legado del socialismo real y de la democracia occidental). Varsovia: IFIS PAN (mimeo).
- Molotch, Harvey 1979. «Media and movements», in: M. Zald y J. D. McCarthy (eds), *The Dynamics of Social Movements*, pp. 71-93, Cambridge, MA: Winthrop.
- Moore, Barrington 1966. *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, Boston: Beacon Press. [Ed. cast.: *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia*. Barcelona: Península, 1991].
- Moore, Wilbert E. 1963a. *Man, Time and Society*. Nueva York: Wiley.
- 1963b. *Social Change*. Englewood Cliffs: Prentice Hall.
- 1963c. «The temporal structure of organizations», en: Tiryakian (ed.), pp. 161-9.
- Morris, Aldon y Herring C. 1985. «Theory and research in social movements: a critical review». Ann Arbor: University of Ann Arbor (mimeo).
- Mumford, Lewis 1964 (1934). *Technics and Civilizations*. Nueva York: Harcourt, Brace & World [Ed. cast.: *Técnica y civilización*. Madrid: Alianza Editorial, 1992].
- Naisbitt, John y Aburdene, Patricia 1990. *Megatrends 2000: The New Directions for the 1990's*. Nueva York: William Morrow. [Ed. cast.: *Megatrends 2000*. Actualidad y Libros, 1990].
- Neidhardt, Friedhelm y Rucht, Dieter 1991. «The analysis of social movements: the state of the art and some perspectives for further research», en: D. Rucht (ed.), *Research on Social Movements*, pp. 421-64, Frankfurt: Campus Verlag.
- Nettl, J. P. y Robertson, R. 1968. *International Systems and the Modernization of Societies*. Londres: Farber and Farber.

- Nisbet, Robert A. 1969. *Social Change and History*. Nueva York: Oxford University Press. [Ed. cast.: *Cambio social*. Madrid: Alianza Editorial, 1993].
- 1970. «Developmentalism: a critical analysis», en: J. C. McKinney y E. A. Tiryakian (eds), *Theoretical Sociology*, pp. 167-204, Nueva York: Appleton-Century-Crofts.
- 1980. *History of the Idea of Progress*. Nueva York: Basic Books. [Ed. cast.: *Historia de la idea de progreso*. Barcelona: Gedisa, 1981].
- Novotny, Helga 1988. «From the future to the extended present», en G. Kirsch, P. Nijkam y K. Zimmerman (eds), *The Formulation of Time Preferences in a Multidisciplinary Perspective*, pp. 17-31, Aldershot: Gower.
- Nowak, Stefan 1987. «Społeczeństwo polskie drugiej połowy lat 80-tych» (La sociedad polaca en la segunda mitad de la década de los 80). Varsovia: Polskie Towarzystwo Socjologiczne (mimeo).
- Oberschall, Anthony 1978. «Theories of social conflict», *Annual Review of Sociology*, 4, pp. 291-315.
- O'Connell, James 1976. «The concept of modernization», en: Black, pp. 13-24.
- Offe, Claus 1985. «New social movements: challenging the boundaries of institutional politics», *Social Research*, 52, 4, pp. 817-68.
- Ollman, Bertell 1975. *Alienation: Marx's Conception of Man in Capitalist Society*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Parsons, Talcott 1951, *Toward a General Theory of Action*. Nueva York: Harper & Row.
- 1964 (1951), *The Social System*. Glencoe: Free Press. [Ed. cast.: *El sistema social*. Madrid: Alianza Editorial, 1988].
- 1966. *Societies: Evolutionary and Comparative Perspectives*. Englewood Cliffs: Prentice Hall.
- 1970. «Some considerations on the theory of social change» en: S.N. Eisenstadt (ed.), *Readings in Social Evolution and Development*, pp. 95-139, Oxford: Pergmon Press.
- 1971. *The System of Modern Societies*. Englewood Cliffs: Prentice Hall.
- Persell, Caroline Hodges 1987. *Understanding Society*. Nueva York: Harper & Row.
- Piaget, Jean 1971. *Structuralism*. Nueva York: Harper & Row.
- Piven, F. F. y Cloward R. A. 1979. *Poor People's Movements*. Nueva York: Vintage Books.
- Plamenatz, John 1975. *Karl Marx's Philosophy of Man*. Oxford: Clarendon Press.
- 1986 (1963). *Man and Society*, vol.2. Harlow: Longman.
- Popper, Karl R. 1950 (1945). *The Open Society and Its Enemies*, vols 1 and 2, Princeton: Princeton University Press. [Ed. cast.: *La sociedad abierta y sus enemigos*. Baecelona: Planeta-Agostini, 1993].
- 1964 (1957). *The Poverty of Historicism*. Nueva York: Harper & Row. [Ed. cast.: *La miseria del historicismo*. Madrid: Alianza Editorial, 1992].
- 1968. «Postscript: after twenty years», a *Logic of Scientific Discovery*, segunda edición revisada, Nueva York: Harper & Row. [Ed. cast.: *La lógica de la investigación científica*. Madrid: Tecnos, 1985].
- 1982. *Unended Quest: An Intellectual Autobiography*. Londres: Fontana/Collins. [Ed. cast.: *El porvenir está abierto*. Barcelona: Tusquets, 1992].
- Prebisch, R. 1950. *The Economic Development of Latin America and Its Problems*. Nueva York: UN Publications.
- Quadagno, Jill S. 1979. «Paradigms in evolutionary theory: the sociobiological model of natural selection», *American Sociological Review*, 44 (febrero), pp. 100-9.
- Rex, John 1969. *Key Issues in Sociological Theory*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Ridgeway, Cecilia L. 1983. *The Dynamics of Small Groups*. Nueva York: St Martin's Press.
- Riesman, David 1961. *The Lonely Crowd*. New Haven: Yale University Press. [Ed. cast.: *La muchedumbre solitaria*. Barcelona: Paidós, 1981].

- Ritzer, George, Kammeyer, Kenneth C. y Yetman, Norman R. 1987. *Sociology: Experiencing a Changing Society*. Boston: Allyn and Bacon.
- Robertson, Roland 1992. «Globality, global culture, and images of world order», en: Haferkamp y Smelser (eds), pp. 395-411.
- Rostow, Walt W. 1960. *The Stages of Economic Growth: A Non-Communist Manifesto*. Londres: Cambridge University Press. [Ed. cast.: *Las etapas del crecimiento económico*. Madrid: Ministerio de Trabajo y SS, 1993].
- Roy, William G. 1984. «Class conflict and social change in historical perspective», *Annual Review of Sociology*, 10, pp. 483-506.
- Rubinstein, David 1981. *Marx and Wittgenstein*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Rucht, Dieter 1988. «Themes, Logics, and arenas of social movements: a structural approach», en L.Kriesberg (series Ed.), *International Social Movement Research*, vol. 1, pp. 305-28, Syracuse: JAI Press.
- Rudé, G. 1964. *The Crowd in History*. Nueva York: Wiley. [Ed. cast.: *La multitud en la historia*. Madrid: Siglo XXI, 1989].
- Rueschmeyer, Dietrich 1986. *Power and the Division of Labour*. Stanford: Stanford University Press.
- Runciman, W. G. 1966. *Relative Deprivation and Social Justice*. Berkeley: California University Press.
- Sahlins, Marshall 1960. «Evolution: specific and general», en Sahlins and Service, pp. 12-44.
- Sahlins, Marshall, y Service E. (eds) 1960. *Evolution and Culture*. Ann Arbor: University of Michigan Press. [Ed. cast.: *Cultura y razón práctica*. Barcelona: Gedisa, 1988].
- Schafer, Wolf 1991. «Global history: conceptual feasibility and environmental reality», Stony Brook: SUNY (mimeo).
- Segerstedt, Torgny T. 1966. *The Nature of Social Reality*. Estocolmo: Svenska Bokforlaget.
- Shama, Simon 1989. *Citizens: A Chronicle of the French Revolution*. Nueva York, Knopf.
- Shils, Edward 1968. «Charisma», *The International Encyclopaedia of the Social Sciences*, vol. 2, pp. 386-90, Nueva York, Macmillan.
- 1981. *Tradition*. Chicago: University of Chicago Press.
- Skockpol, Theda 1977. «Wallerstein's world capitalist system: a theoretical and historical critique», *American Journal of Sociology*, 82, 5, pp. 1075-90.
- 1979. *States and Social Revolutions*. Cambridge: Cambridge University Press.
- (ed.) 1984. *Vision and Method in Historical Sociology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Smelser, Neil J. 1959. *Social Change in the Industrial Revolution*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- 1962. *Theory of Collective Behavior*. Nueva York: Free Press.
- 1968. *Essays in Sociological Explanation*. Englewood Cliffs: Prentice Hall.
- 1973 (1967). «Processes of social change», en: N.J.Smelser (ed.), *Sociology: An Introduction*, pp. 709-62, Nueva York, Wiley.
- 1992. «External and internal factors in theories of social change», en: Haferkamp y Smelser (eds), pp. 369-94.
- Smith, Anthony D. 1973. *The Concept of Social Change: A Critique of the Functionalist Theory of Social Change*. London: Routledge & Kegan Paul.
- Smith, D. A., Burke R. E., Worden, S. K. y Benford, R. D. 1986. «Frame alignment processes, micromobilization, and movement participation», *American Sociological Review*, 51, pp. 464-81.
- Sorokin, Pitirim A. 1937. *Social and Cultural Dynamics*, vols. 1-4. Nueva York: American Book Company.

- 1963. «Reply to my critics», en: P. J. Allen (ed.), *Pitirim A. Sorokin in Review*, Durham NC: Duke University Press.
- 1966. *Sociological Theories of Today*. Nueva York: Harper & Row.
- 1967 (1925). *The Sociology of Revolution*. Nueva York: Howard Fertig.
- Sorokin, Pitirim y Merton Robert K. 1937. «Social time. A methodological and functional analysis» *American Journal of Sociology*, 42, 5, pp. 615-29.
- Spencer, Herbert 1893. *Principles of Sociology*, vols 1-3. Londres: Williams and Norgate.
- Spencer, Herbert 1972. *On Social Evolution*. Chicago: University of Chicago Press.
- Spengler, Oswald 1939 (1918). *The Decline of the West*. Nueva York: Knopf. [Ed. cast.: *La decadencia de occidente*. 2 vols. Madrid: Espasa-Calpe, 1989].
- Steward, Julian H. 1979 (1955). *Theory of Culture Change*. Urbana: University of Illinois Press.
- Strasser, Hermann y Randall, Susan C. 1981. *An Introduction to Theories of Social Change*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Sullivan, S. 1989. «Refining the revolution», *Newsweek*, 20 de febrero.
- Swingewood, Allan 1975. *Marx and Modern Social Theory*. Londres: Macmillan.
- Szacki, Jerzy 1980. *Spotkania z Utopia* (Encuentros con la utopía). Varsovia: Iskry.
- Szalai, Alexander (ed) 1972. *The Use of Time*. París: Mouton.
- Sztompka, Piotr 1974. *System and Function*. Nueva York: Academic Press.
- 1979. *Sociological Dilemmas*. Nueva York: Academic Press.
- 1981. «The dialectics of spontaneity and planning in sociological theory», en: Ulf Himmerstrand (ed.), *Spontaneity and Planning in Social Development*, pp. 15-28, Beverly Hills: Sage.
- 1983. «Social development: the dialectics of theory and action», *Reports on Philosophy*, 7, pp. 79-98.
- 1984a. «The global crisis and the reflexiveness of the social system», *International Journal of Comparative Sociology*, 25, 1-2, pp. 45-58.
- 1984b. «On the change of social laws», *Reports on Philosophy*, 8, pp. 33-40.
- 1986. «The renaissance of historical orientation in sociology», *International Sociology*, 1, 3, pp. 321-37.
- 1987. «Social movements: structures in statu nascendi», *The Polish Sociological Bulletin*, 2, pp. 5-26 (reimpreso en: *Revue internationale de sociologie*, 2 (1989), pp. 124-55).
- 1988 (1984). «The social functions of defeat», en: Kriesberg y B.Misztal (eds), *Research in Social Movements, Conflicts and Change*, vol. 10, pp. 183-92, Greenwich, Conn.: JAI Press.
- 1989. «Social movements: structures in statu nascendi», *Revue Internationale de Sociologie*, 2, pp. 124-55.
- 1990. «Agency and progress; the idea of progress and changing theories of change», en: J.Alexander y P. Sztompka (eds), *Rethinking Progress*, pp. 247-63, Londres: Unwin Hyman.
- 1991a. «The intangibles and imponderables of the transition to democracy», *Studies in Comparative Communism*, 24, 3, pp. 295-311.
- 1991b. *Society in Action: the Theory of Social Becoming*. Cambridge: Polity Press, and Chicago: University of Chicago Press.
- 1992. «Dilemmas of the great transition», Cambridge, MA: Harvard Center for European Studies (Working Paper Series, no 19).
- Tarkowska, Elzbieta 1987. *Czas w społeczeństwie* (El tiempo en la sociedad). Wrocław: Ossolineum.
- Tarrow, Sidney 1985. «Struggling to reform: social movements and policy change during cycles of protest». Ithaca: Cornell University: Center for International Studies (Occasional Paper no.15).
- Taylor, Stan 1984. *Social Science and Revolutions*. London: Macmillan.
- Thompson, M., Ellis, R. y Wildavsky, A. 1989. *Cultural Theory*. Berkeley: California University Press.

- Tilly, Charles 1979a. «Repertoires of contention in America and Britain, 1750-1830», en: M. Zald y J. D. McCarthy (eds), *The Dynamics of Social Movements*, pp. 126-55, Cambridge, MA: Winthrop.
- 1979b. «Social movements and national politics». Ann Arbor: Center for Research on Social Organization (Working Paper no. 197) (mimeo).
- 1981. *As Sociology Meets History*. Nueva York: Academic Press.
- 1984. *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons*. Nueva York: Russell Sage Foundation. [Ed. cast.: *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*. Madrid: Alianza Editorial, 1991].
- 1985. «Social movements, old and new» Nueva York: Center for Studies of Social Change, NCSR (Working Paper no. 20) (mimeo).
- Tilly, Charles, Tilly, L. y Tilly, R. 1975. *The Rebellious Century (1830-1930)*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Tipps, Dean C. 1976. «Modernization theory and the comparative study of societies: a critical perspective», en Black, pp. 62-88.
- Tiryakian, Edward A. (ed.) 1963. *Sociological Theory, Values and Sociocultural Change: Essays in Honor of Pitirim Sorokin*. Nueva York: Free Press.
- 1985a. «The changing centers of modernity», en: E. Cohen, M. Lissak y U. Almagor (eds), *Comparative Social Dynamics*, pp. 131-47, Boulder: Westview Press.
- 1985b. «From Durkheim to Managua: revolutions as religious revivals». Savannah: Society for the Scientific Study of Religion (mimeo).
- 1985c. «On the significance of de-differentiation», en: Shmuel N. Eisenstadt y H. J. Helle (eds), *Macro-sociological Theory*, pp. 118-34, Beverly Hills: Sage.
- 1991. «Modernisation: exhumetur in pace», *International Sociology*, 6, 2, pp. 165-80.
- 1992. «Dialectics of modernity: reenchantment and de-differentiation as processes», en: Haferkamp y Smelser (eds.), pp. 78-96.
- Tocqueville, Alexis de 1945. *Democracy in America*, vols 1 y 2. Nueva York: Knopf. [Ed. cast.: *La democracia en América*, 2 vols. Madrid: Alianza Editorial, 1980].
- Tocqueville, Alexis de 1955 (1856). *The Old Regime and the French Revolution*. Nueva York: Doubleday Ancho. [Ed. cast.: *El antiguo régimen y la revolución*, 2 vols. Madrid: Alianza Editorial, 1993].
- Toffler, Alvin 1970. *Future Shock*. Londres: Bodley Head. [Ed. cast.: *El shock del futuro*, Barcelona: Plaza y Janés, 1993].
- 1975. *The Eco-Spasm Report*. Nueva York: Bantam Books.
- Tominaga, Ken'ichi 1985. «Typology in the methodological approach to the study of social change», en: S. N. Eisenstadt y H. J. Helle, *Macro-Sociological Theory (Perspectives on Sociological Theory*, vol. 1), pp. 168-96, Londres: Sage.
- Topolski, Jerzi 1974. «Akywistyczna koncepcja procesu dziejowego» (La concepción activista del proceso histórico), en: J. Kmita (ed), *Metodologiczne implikacje epistemologii marksistowskiej*, pp. 309-24, Varsovia: PWN (Editores Científicos Polacos).
- 1978. *Rozumienie historii* (Para entender la historia). Varsovia: PIW (Instituto Editorial Polaco).
- 1990. *Wolnosc i przymus w tworzeniu historii* (Libertad y coerción en la construcción de la historia). Varsovia: Panstwowy Instytut Wydawniczy.
- Touraine, Alain 1974. *The Post-industrial Society*. London: Wildwood.
- 1977. *The Self-production of Society*. Chicago: University of Chicago Press.
- 1984. *Le Retour de l'acteur*. Paris: Fayard.
- 1985. «Social movements and social change», en: Orlando Fals Borda (ed.), *The Challenge of Social Change*, pp. 77-92, Londres: Sage.

- Toynbee, Arnold 1934-61. *Study of History*, 12 vol. Londres: Oxford University Press [Ed. cast.: *Estudio de la historia*, 3 vols. Madrid: Alianza Editorial, 1970].
- 1948. *Civilization on Trial*. Nueva York: Oxford University Press.
- 1963. «Sorokin's philosophy of history», en: P.J. Allen (ed.), *Pitirim A. Sorokin in Review*, pp. 67-94, Durham NC: Duke University Press.
- Trevor-Roper, H. 1989. «Europe's new order», *The Independent Magazine*, 30 de diciembre, pp. 14-15.
- Tucker, D. F. B. 1980. *Marxism and Individualism*. Oxford: Basil Blackwell.
- Turner, Ralph H. 1987. «Social movement theory: bridging the gap between collective behavior and resource mobilization». Los Angeles: UCLA (mimeo).
- Turner, R. and Killian, L. M. 1972 (1957). *Collective Behavior*. Englewood Cliffs: Prentice Hall.
- Useem, Bert 1980. «Solidarity model, breakdown model, and the Boston antibusing movement», *American Sociological Review*, 45 (junio), pp. 357-69.
- Vico, Giambattista 1961 (1725). *The New Science of Giambattista Vico*. Nueva York: Doubleday Anchor. [Ed. cast.: *Antología*. Barcelona: Península, 1989].
- Wallerstein, Immanuel 1974. *The Modern World-System I*. Nueva York: Academic Press. [Ed. cast.: *El moderno sistema mundial*. Madrid: Siglo XXI, 1979].
- 1980. *The Modern World-System II*. Nueva York: Academic Press (*ibid.* 1984).
- 1983 (1979). *The Capitalist World-Economy*. Cambridge: Cambridge University Press. [Ed. cast.: *El capitalismo histórico*. Madrid: Siglo XXI, 1988].
- 1989. *The Modern World-System III*. San Diego: Academic Press.
- 1991. *Unthinking Social Sciences: The Limits of Nineteenth-Century Paradigms*. Cambridge: Polity Press.
- Weber, Max 1947. *The Theory of Social and Economic Organization*. Londres: Routledge & Kegan Paul. [Ed. cast.: *Economía y Sociedad*. Madrid: FCE, 1993].
- 1954 (1922). *Max Weber on Law, Economy and Society*, ed. M.Rheinstein. Cambridge: Cambridge University Press.
- 1958 (1920-1921). *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*. Nueva York: Charles Scribner's Sons. [Ed. cast.: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona: Península, 1993].
- 1963. *The Sociology of Religion*. Boston: Houghton. [Ed. cast.: *Ensayos sobre sociología de la religión*. 3 vols. Madrid: Taurus, 1984-1987].
- 1985. *Selections in Translation*, ed. W. G. Runciman. Cambridge: Cambridge University Press.
- Weinberg, Ian 1976. «The problem of convergence of industrial societies: a critical look at the state of a theory», en: Black, pp. 353-67.
- White, Leslie 1949. *The Science of Culture*. Nueva York: Grove. [Ed. cast.: *La ciencia de la cultura*. Barcelona: Paidós, 1982].
- 1959. *The Evolution of Culture*. Nueva York: McGraw Hill.
- Whitehead, Alfred N. 1925. *Science and the Modern World*. Nueva York: Macmillan.
- Williams, Robin M., Jr 1970 (1951). *American Society*. Nueva York: Knopf.
- Wolf, E.R. 1969. *Peasant Wars of the Twentieth Century*. Nueva York: Harper and Row.
- Wood, Frederick A. 1913. *The Influence of Monarchs*. Nueva York.
- Wood, James L. y Jackson, M. 1982. *Social Movements: Development, Participation and Dynamics*. Belmont: Wadsworth.
- Worsley, Peter 1984. *The Three Worlds: Culture and World Development*. Londres: Weidenfeld and Nicolson.
- Young, Louise M. 1939. *Thomas Carlyle and the Art of History*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press.

- Young, Michael 1988. *The Metronomic Society: Natural Rhythms and Human Timetables*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Young, M. y Schuller, T. (eds) 1988. *The Rhythms of Society*. Londres: Routledge.
- Zald, Mayer N. y Berger, M.A. 1978. «Social movements in organizations: coup d'état, insurgency, and mass movements», *American Journal of Sociology*, 83, 4, pp. 823-61.
- Zald, M. y Useem, B. 1982. «Movements and countermovements: loosely coupled conflict». Ann Arbor: CRSO Working Paper no. 276 (mimeo).
- Zeitlin, Irving M. 1981. «Karl Marx: aspects of his social thought and their contemporary relevance», en: B.Rhea, (ed.), *The Future of the Sociological Classics*, pp. 1-15, Londres: Allen & Unwin.
- Zerubavel, Eviatar 1981. *Hidden Rhythms: Schedules and Calendars in Social Life*. Chicago: University of Chicago Press.
- Zerubavel, Florian 1971. *Nauki o kulturze* (Las ciencias de la cultura). Varsovia: Editores Científicos Polacos.
- Zollschan, George K. y Hirsch, Walter (eds) 1964. *Explorations in Social Change*. Boston: Houghton Mifflin.
- Zurcher, L. A. y Snow D. A. 1981. «Collective behavior: social movements» en: M.Rosenberg y R. H. Turner (eds), *Social Psychology: Sociological Perspectives*, pp. 447-82, Nueva York: Basic Books.

# ÍNDICE DE AUTORES Y MATERIAS

- Abrams, P., 232-3, 251  
acción, 240-2  
    en la teoría de Marx, 192-4  
acción colectiva, 85, 220-1  
    formas de, 336, 346  
    *véase también* movimiento social  
acción social, 261  
acontecer, 244, 252  
acontecimiento, 32, 66, 233, 244-5  
    *véase también* imagen de campo de la sociedad  
actividades representativas, 218, 288  
Adam, B., 35, 65-7, 68, 73, 76  
agencia, 44, 60-3, 153-4, 164, 204, 233, 235, 243-5,  
    331, 338-9  
    concepto de, 243-4  
    encarnaciones de la, 217-9  
    teorías de la, 219-26  
ahistorismo, 229  
    historiosófico, 229  
    presentista, 230  
aldea global, 112, 117, 121  
Alexander, J. C., 56, 102, 149-50, 156, 163  
alienación, 102-3, 195-6, 309  
    del trabajo, 195  
amplificación del cambio, 285  
anomia, 57, 103, 268  
antagonismos de clase, 189, 199  
antiglobalismo, 120  
antitradicionalismo, 91-2  
Archer, M., 225-6, 242, 245, 251  
astucia de la razón, 185, 255  
    *véase también* mano invisible  
autoridad carismática, 297  
  
Buckley, W., 41, 219-20  
Burns, T., 127, 151-3, 223-5, 278, 307, 322-3  
  
cambio normativo, 278  
    gradual, 278  
    promulgado, 278  
cambio social, 26-7, 34-5, 222  
    cambio en vs. cambio de, 28-9, 42, 50, 133, 136,  
    218, 250, 310  
    tipos de, 27-8  
    cambio parcial, 28  
cambio social vs. cambio en vs. cambio de, 28-9, 42,  
    50, 133, 136, 218, 250, 310  
cambio social vs. cambio histórico, proceso de, 253  
    movimientos sociales, 306-7  
    tipos de cambio parcial, 28  
    cambio estructural, 28-9, 288-9  
campo de posibilidades, 255, 299, 301  
    *véase también* puntos de bifurcación en la historia  
campo sociocultural, 10  
    dimensiones del, 32-4  
    *véase también* imagen de campo de la sociedad  
capitalismo, 94-6, 115-6, 198, 262-3, 309  
    espíritu del, 262-3  
    *véase también* teoría del sistema mundial  
carisma, 296-7  
Carlyle, T., 291-2, 294  
ciclo social, 30  
ciclos, 169-70  
    tipos de, 170-1  
    *véase también* procesos sociales (cíclicos)  
civilizaciones, 172-6  
clase social, 197-8

### 370 Índice de autores y materias

- para sí, 198
- en sí, 198
- modelo polar de, 198
- coeficiente agencial, 226
  - véase también* coeficiente histórico
- coeficiente histórico, 235-7
  - véase también* coeficiente agencial
- cognoscibilidad, 247
  - véase también* conciencia discursiva, reflexividad
- Collins, R., 94-5, 226, 262
- Comte, A., 25-6, 30, 49-50, 55, 94, 127-8
- conciencia de clase, 199
  - véase también* clase social (para sí), conciencia social
- conciencia discursiva, 223, 247
- conciencia ecológica, 249, 257
- conciencia social, 247-50, 254
- conflicto de clase, 189, 199
- consecuencias involuntarias, 108, 134, 235, 250, 255, 288-90, 301, 304, 312, 321
  - véase también* efecto boomerang, profecía auto-destructora
- contradicciones de clase, 189, 198
- contramovimientos, 312-4
- contrarrevolución, 340
- control de acceso, 283
- coordinación temporal, 75
- creatividad, 175, 192-6, 220, 222, 334
- crecimiento, 25, 47, 126, 128
  - metáfora del, 58, 125, 210-2
- crisis, 57, 333
- culto a los héroes, 292
  
- Dahrendorf, R., 53, 106, 165, 218, 230, 288, 316
- Danilevsky, N., 172-3
- Darwin, C., 151-2
- densidad moral, 131, 149, 308
- desarrollismo, 30, 50, 58, 325, 334
- desarrollo, 30
  - desarrollo dependiente, 114
  - desarrollo social, 30-1, 34
  - rechazo del concepto, 214-5, 233
- descubrimientos múltiples independientes, 295
- des-diferenciación, 136, 149-50, 214
- desviación, 278-9
- determinismo heroico, 291-2
  - genético, 292
- determinismo tecnológico, 130, 140, 142, 144-5, 160
  - véase también* evolucionismo, neoevolucionismo
- devenir social, 19-20, 210, 239-58, 279, 329
- diacrónico, enfoque, 26, 32
  - véase también* sincrónico, enfoque
- dialéctica, 184-6, 235
- diferenciación, 98, 128-9, 136, 139, 145, 146, 210, 213-4
  - estructural, 128, 149, 159
  - funcional, 128, 149, 159
  - teoría de la, 145-51
    - véase también* des-diferenciación, división del trabajo
- difusión, 137
- difusión de innovaciones, 283
- dinámica social, 25, 31-2
- división del trabajo, 75
- doble morfogénesis, 226, 245, 315, 321, 324
- dramatúrgica, escuela, 277
- dualidad de los agentes, 242, 244
- dualidad de la estructura, 223, 225, 242, 244
- dualismo analítico, 225
  - véase también* dualidad de la estructura
- duraciones esperadas socialmente, 73
- Durkheim, E., 50, 55, 77-8, 94, 96, 103, 130-1, 149-51, 277
  
- ecumene global, 117-8
- efecto boomerang, 42, 166, 284
  - véase también* profecía autodestructora, consecuencias no intencionadas
- efecto demostración, 164, 167, 309, 341
- Eisenstadt, S.N., 92, 119-20, 150, 156, 159, 230
- Elias, N., 32, 111, 231-2
- elites, 160, 177-8
  - circulación de las, 177
- erosión de normas, 281
- estática social, 25, 31
- estructura, 25-6, 125, 239-40
- estructura de oportunidad política, estructuración, 222-3, 251
- estructuralismo-funcionalismo, 277-325
- estructurismo, 235
- etnocentrismo, 49, 117, 137, 162, 173
  - véase también* relativismo (cultural)
- Etzioni, A., 62, 220-1, 314
- evasiones de normas, 278-82
  - institucionalizadas, 278-82
  - normalizadas, 280
- evolución, 102
  - general vs. específica, 143-4
  - multilineal, 141
  - véase también* desarrollo
- evolucionismo, 10, 125-38
  - biológico vs. sociológico, 126-7, 210
  - crítica del, 135-8
  - véase también* desarrollismo
  
- falsa modernidad, 163, 167
- fenómeno del *free rider*, 318
- fenómeno del pensamiento de grupo, 298
- figuraciones, 232
- formación socioeconómica, 199-201
  - véase también* materialismo histórico
- Fromm, E., 103, 196, 204
- función, 25, 126

- véase también* estructural-funcionalismo  
*Gemeinschaft* vs. *Gesellschaft*, 131-2  
 génesis vs. télesis, 132  
 gestión del tiempo, 59  
 Giddens, A., 32, 65, 68, 73, 93, 107, 109, 222-5, 242, 247, 250, 251  
 globalismo, 120-1  
 globalización, 98, 108-9, 111-6  
   cultural, 116-20  
   económica, 116  
 gradación adaptativa, 146-7, 160  
 Gramsci, A., 186, 201-2  
 grandes individuos, 289  
 "Grandes Hombres", teoría de la historia de los, 289-94  
 grandes revoluciones, 331-2, 346-7  
 Gurr, T., 334, 340-4
- Hagen, E., 266, 268  
 Hannerz, U., 117-9  
 hecho social, 77-130  
 Hegel, W. F., 60, 184, 293  
 heroísmo, 59  
 historia global, 113  
 historia humanista vs. historia naturalista, 201, 256  
   historicidad, 72, 82  
   historicismo, 207-9, 292  
   historismo, 228  
   nuevo historismo, 231-5  
   radical, 256  
*véanse también* coeficiente histórico, sociología histórica
- Holton, J., 57, 166  
 Hook, S., 287, 292-4, 299, 300
- ignorancia pluralista, 310, 317  
 imagen de campo de la sociedad, 31-2  
   aspectos del campo, 32-3  
   procesos en el campo, 33-5  
 imperialismo, 104  
   cultural, 117  
   teoría del imperialismo, 113  
 inconformismo, 282  
 individualismo, 97  
 individuos eventuales, 300  
 individuos que producen eventos, 300  
 ingeniería social, 209  
 Inkeles, A., 101-2, 159  
 inmersión en el tiempo, 66, 223  
 institucionalización, 280, 318  
 intereses creados, 284
- Kant, I., 49  
 Kuhn, T., 54  
 Kumar, K., 94, 96
- ley de los tres estadios, 49, 127  
*véase también* evolucionismo
- legitimidad, 285  
   fundamentos de la, 296-7
- Lenski, G., 139-40, 144-6  
 libertad, 49  
   negativa ("de"), 53, 62, 188  
   positiva ("para"), 53, 62, 188  
 límites al crecimiento, 56  
 Lloyd, C., 235, 256  
 lógica del industrialismo, 160, 167  
 Lukács, G., 195, 201-3
- mano invisible, *véase también* Astucia de la Razón  
 Marx, K., 30, 39, 50, 55, 102-3, 183-4, 228-9  
 materialismo histórico, 30, 58, 183-204, 293  
*véase también* formación socioeconómica  
 McClelland, D., 268-9  
 mentalidad de la cultura, 178  
 mentalidad socialista, 269-75  
 Merton, R. K., 42, 52, 73, 78, 54, 103, 219, 230, 231, 248-9, 268, 278-81, 282-4, 294, 295, 328, 348  
 mestizaje cultural, 119  
*véase también* globalización
- metáfora orgánica, 25-6, 125, 133  
 metapoder, 288, 322  
 modelo volcánico vs. modelo conspirativo de revolución, 338  
 modelos de rol, 279  
 modernidad, 92, 96-100, 155, 308-9, 331-2, 333  
   alta, 93  
   en la estructura de clase, 99  
   en la cultura, 100  
   en la economía, 99  
   epicentros de la, 158, 165  
   en la vida cotidiana, 100  
   especificación histórica de la, 93  
   tardía, en política, 99-100  
   y movimientos sociales, 308-10  
 modernización, 158  
   concepto de, 158-9  
   económica, 158-9  
   política, 159-9  
   religiosa, 159  
   teoría de la, 155-62
- Moore, W. E., 41, 158, 161  
 morfogénesis, 41, 219-20, 225-6, 251  
 normativa, 280  
   de los movimientos sociales, 314-21  
   a través de los movimientos sociales, 321-4  
*véase también* doble morfogénesis
- motivación de éxito, 268-9  
*véase también* personalidad innovadora, personalidad moderna
- movilización, 241, 300, 301, 317, 326, 346, 348  
 movilización de recursos, 318, 320, 326-7

- movimientos revolucionarios, 310, 335  
 movimiento social, definición de, 310, 335  
   funciones del, 303  
   orientado hacia las normas vs. orientado hacia los valores, 310  
   tipos de, 310-4  
  
 neoevolucionismo, 139-54  
 neomodernización, teoría de la, 162-7  
 Nisbet, R., 47-9, 56-7, 58, 210-2  
 normas vs. valores, 310-1  
 nuevos movimientos sociales, 325  
  
 oligarquización, 320  
 organicismo, 125  
 oportunidades vitales, 98  
 optimismo histórico, 31  
 orden axionormativo, 277  
 organización del movimiento social, 319  
  
 Pareto, V., 176-7  
 Parsons, T., 26, 30, 41, 96-7, 139, 145-8, 156, 277  
 perfil temporal de una sociedad, 71, 79  
 permisividad, 278  
 persona carismática, 297  
 personalidad autoritaria, 266  
 personalidad innovadora, 266-8  
   *véase también* motivación de logro, personalidad moderna  
 personalidad moderna, 100-2, 159  
   *véase también* motivación de logro, personalidad innovadora  
 perspectiva procesal, 31, 232-3, 235  
   *véase también* desarrollismo, historismo  
 perspectiva temporal, 71-2, 79  
   presentista, 72  
   prospectiva, 72  
   retrospectiva, 72  
 Popper, K. R., 58, 60, 207-10, 248, 290-1  
 posibilidades históricas abandonadas, 322  
 postdesarrollismo, 59, 207, 325, 334  
   *véase también* historismo, devenir social  
 postindustrial, sociedad, 105-6, 221  
 postmodernidad, 57, 93, 107, 166  
 potencial morfogénico, 321-4  
   ideológico, 322  
   redistributivo, 323  
   reformista, 323  
   reorganizativo, 323  
 raxis, 186, 201-2, 204, 242-50, 252-4, 306  
 reguntas contrafácticas, 293  
 resentismo, 57, 62, 71, 159, 229-30  
 rivación relativa, 267, 269, 309, 340  
   aspiracional, 342  
   decreciente, 343  
   progresiva, 343  
  
 proceso de alineación de marco, 317  
 proceso de valor añadido, 283  
 proceso social, 29-30, 34, 35, 84  
   circular, 30, 37  
   cíclico, 38-9, 170  
   direccional, 30, 35-6, 133  
   endógeno, 43-4, 134, 138, 162, 164, 185  
   espiral, 39, 184, 188  
   exógeno, 30, 43-4, 138, 164  
   latente vs. manifiesto, 42  
   lineal, 36-7  
   no-direccional, fortuito, 37  
   unilineal, 133, 136  
 profecía autodestructora, 342,  
   *véase también*, efecto boomerang  
 profecía autorrealizada, 264  
   *véase también* reflexividad, Teorema de Thomas  
 profecía histórica vs. predicción científica, 208-9  
 progreso, 31, 135, 138, 155  
   agencia de, 53-4  
   criterios de, 51-3, 188  
   definición de, 50-3  
   historia de la idea de, 54-7  
   mecanismos de, 53-5  
 providencialismo, 59  
 puntos de bifurcación en la historia, 299  
   *véase también* campos de posibilidades  
  
 rebelión, 282  
 reflexividad, 109, 120, 332, 350  
   *véase también* cognoscibilidad, conciencia discursiva  
 reforma parcial, 291  
 relativismo, 51, 59, 109, 155  
   cultural, 117, 120, 136, 174  
   del tiempo, 77-8  
   *véase también* etnocentrismo  
 reproducción, 41  
   ampliada, 41  
   contraída, 41  
   simple, 41  
 resistencia a las normas, 281  
 retirada de estatus, 266-7  
 revolución, 55, 188, 199, 331-50  
   concepto de, 333-6  
   historia de la idea de, 332-3  
   historia natural de la, 336-8  
   mito de la, 332  
   modelos de, 332  
   y cambio social, 331  
   teorías de la, 339-48  
 revoluciones científicas, 54-5  
 Robertson, R., 120-1  
 Rueschemeyer, D., 149-51  
  
 Sahlins, M., 143

- sector del movimiento social, 314  
 secuenciamiento temporal, 75  
 selección natural, 151-3  
 Shils, E., 81, 84, 85, 88-90, 91, 254, 296-7  
 sincrónico, enfoque, 26, 32  
   *véase también* enfoque diacrónico  
 sincronización temporal, 74  
 sistemas de reglas, 152-3, 223-5  
 sistema social, 176  
 situación revolucionaria, 346-7  
 Skockpol, T., 230, 335, 338, 344-5  
 Smelser, N. J., 11, 130, 149, 156, 159, 230, 283, 310  
 sociedad activa, 61, 220, 314  
 sociedad de masas, 103, 309  
 sociedad militar vs. sociedad industrial, 129-30  
 sociedades de referencia, 157-165  
 sociología del genio, 294  
 sociología histórica, 227-30  
 solidaridad mecánica vs. orgánica, 131  
 Sorokin, P., 29, 65, 78, 170, 171, 178-81, 339-40  
 Spencer, H., 25, 50, 55, 94, 128-30, 149  
 Spengler, O., 30, 172-5  
 Steward, J., 141-4  
 sustitución de normas, 281
- temporización, 75  
 Teorema de Thomas, 84  
   *véase también* reflexividad, profecía autorrealizada  
 teoría de la convergencia, 35, 160-1  
 teoría de la dependencia, 104, 113-5  
 teoría de la diferenciación, 145-51  
 teoría del sistema mundial, 115-6  
 Tesis de Weber, 262-265  
 tiempo, 65-7
- cíclico, 71  
 cualitativo, 69  
 cuantitativo, 68  
 funciones del, 74-7  
 interior, 71  
 lineal, 71  
 medida del, 69-7  
 y cambio social, 68-9  
 tiempo sociocultural, 78  
 Tilly, C., 58, 212-4, 231, 234, 326  
 Tiryakian, E., 136, 157, 158, 162-3  
 Töniés, F., 94, 103, 131-2  
 totalitarismo, 86, 91, 104, 208, 248  
 Touraine, A., 105, 221, 303, 328  
 Toynbee, A., 32, 39, 175-6  
 trabajo, 194-5, 289  
 tradición, 254  
   concepto de, 84-5  
   disfunciones de la, 90  
   surgimiento de la, 86  
   funciones de la, 88-91  
   imposición de la, 86  
   inventada, 83-85, 87  
 tradicionalismo, 91-2
- universalismo, 97  
 utopía social, 31, 48, 52, 57, 58, 310
- variables de modelo, 96-7
- Wallerstein, I., 115-6, 214-6  
 Ward, L., 132  
 Weber, M., 50, 89, 94-6, 288-9, 261-6  
 White, L., 140-1